JOSE MARIA PEMAN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BREVE HISTORIA DE ESPAÑA

EDICIONES CULTURA HISPANICA

Printed SPAIN * Impreso en ESPAÑA

"¡Oh, España: tú eres la más bella de todas las tierras!..."

San Isidoro de Sevilla.

ADVERTENCIA EDITORIAL

CON el sano criterio del amor a la verdad histórica y con el noble propósito de hacerla resaltar, circula hoy por toda América una clara corriente de revisión de la Historia de España, parte de la común de los pueblos hispanoamericanos. Así se ha convenido en diversos Congresos y reuniones científicas, y así ha comenzado a realizarse por sus literatos e historiadores.

Como un homenaje a ese buen sentimiento y como una participación en el encomio, el Instituto de Cultura Hispánica, dedica esta «Breve Historia de España» escrita por un historiador poeta a los pueblos hermanos que han compartido con ella la tarea común de crear en el mundo una Historia inigualable en espiritualidad y nobleza.

El procedimiento a que se ajusta este libro, es aquel a que obliga su título: el narrativo. En él se cuenta la HISTORIA DE ESPAÑA en la forma más sencilla y clara posible, cuidando todo el tiempo de mantener la narración en un plano de suficiente amenidad e interés dramático.

Empapadas en la narración, se ha procurado que vayan las conclusiones científicas de última hora, sobre todo las que significan reindivicaciones frente a la mendaz "leyenda negra" y mejor estimación de la obra de España.

Más que el exceso de detalles y hechos concretos que puedan ser tentación de memorismo o rutina, se ha procurado hacer llegar insensiblemente al lector la arquitectura total de la vida de España, la trabazón lógica y providencial de su quehacer histórico.

No se violenta jamás en este libro la verdad histórica, ni siquiera la leyenda o la tradición dejan de ser distinguidas del hecho probado. Pero dentro de este rigor, este libro se ha querido escribir con apasionamiento: que el apasionamiento no es enemigo, sino aliado de la verdad, como el color lo es de la luz.

En resumen, en este libro se ha procurado sobreexcitar y utilizar esa gran fuerza elemental del hombre, hasta ahora tan desaprovechada en España, que es el entusiasmo y el amor a la verdad. Los hombres, tienden por instinto a la adhesión fervorosa y al proselitismo tajante. Es preciso aprovechar íntegramente ese tesoro humano. En esta Historia, por la presentación dramática y la viveza contagiosa de los hechos, se trata de que sus lectores reconozcan definitivamente, con entusiasmo, el quehacer de España en la Historia.

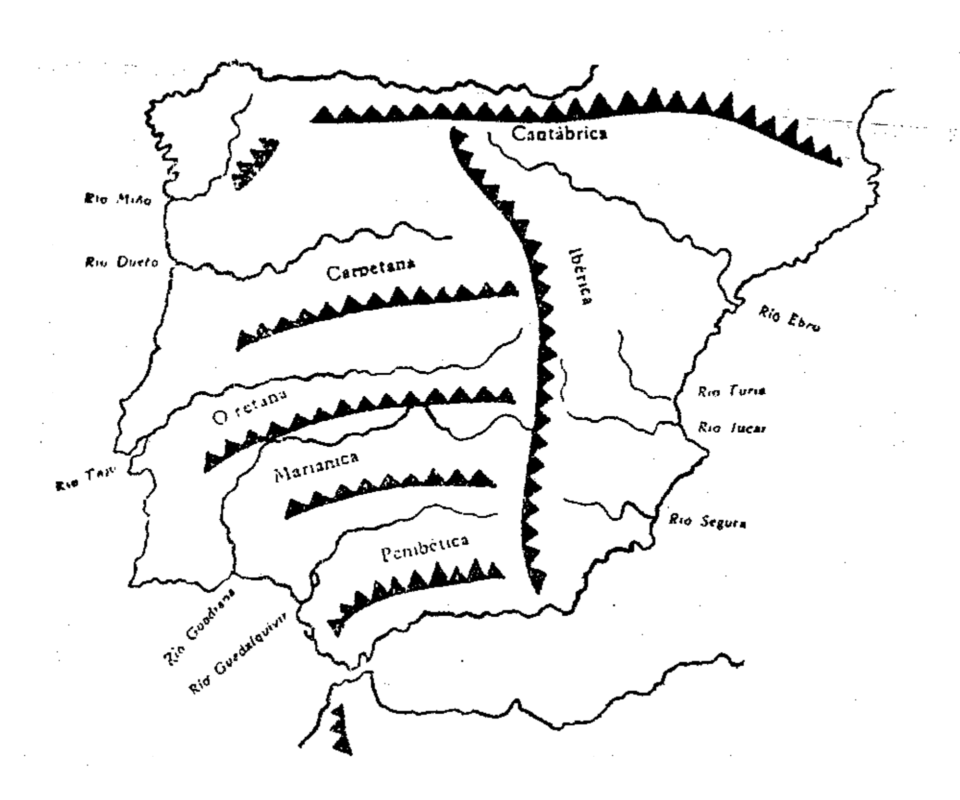
ESPAÑA

ESPAÑA es la tierra situada *más al extremo Oeste* de Europa, entre el Océano Atlántico y el Mar Mediterráneo. Es muy posible que estos dos mares, en los tiempos primeros del mundo, fueran ocupados por continentes de tierra, que, luego, se hundieran en una gran catástrofe o terremoto, y fueran cubiertos por las aguas. En este caso, España es como el nudo central que unía esos dos pedazos de tierra y que, cuando ellos se hundieron, quedó, solo y bravo, sacando la cabeza sobre el mar.

Por eso España es una península rodeada toda de mar, salvo en la pequeña parte que se une con Francia. Es como una tabla que, después de un naufragio, ha quedado nadando, sola, entre las aguas. Por eso, también, sus límites son claros e invariables como los de pocas naciones en el mundo. Por donde se une a Francia, se levantan, como altísimo vallado, los Pirineos: por todo el resto de su perfil la limita el mar. Es verdad que dentro de esos límites clarísimos, hoy, además de España, existe otra nación: Portugal. Pero eso no pasa de ser una división puramente política, cuya razón ya estudiaremos. Portugal estuvo mucho tiempo unido a España, luego se separó; luego volvió a unirse y a separarse al fin. No porque sea, pues, una nación distinta, hemos de considerarlo como un extraño. Es un hermano: que no por vivir en un cuarto distinto de la misma

casa, deja de ser hermano y tener nuestra misma sangre.

Finalmente, por esa posición de España que hemos descrito, en médio de los dos pedazos de tierra hundidos en el mar, conserva en su tierra, montañosa y agitada, como pocas, las huellas del gran cataclismo. Los Pirineos



y la cordillera Ibérica, pintan sobre élla como una gran T, y luego cuatro cadenas más de altas montañas, que van desde esta segunda cordillera al Atlántico, la dividen en pedazos. Esto produce una natural tendencia de los españoles a separarse, dividirse en grupos y pelearse entre sí. El enorme esfuerzo hecho, durante siglos, por los españoles, para vencer este mal y llegar a fabricar

una Patria grande y unida, hace que su Historia, que ahora voy a contar sencillamente, sea una de las más interesantes y variadas de todo el mundo.

Esto produce, también, por la variedad de altura de sus tierras, una enorme diversidad de clima y paisaje, como si España tuviese en resumen un poco de todo lo que hay por el resto de la tierra: en Galicia tiene rías profundas como las de Noruega, y montañas verdes como las de Suiza; en las Vascongadas y Cataluña, una prolongación de los campos suaves del Sur de Francia; en Valencia y Almería, paisajes idénticos a los de la Tierra Santa; en Andalucía, junto a Sierra Nevada, que son los segundos Alpes de Europa, una prolongación de las tierras de Marruecos. Y en el promontorio o meseta del Centro, uniendo todo esto, Castilla: las tierras fuertes, que no se parecen a ningunas otras; las tierras francas, de luz clara y suelo desnudo, que dan a toda esa variedad de paisajes unidad y sello propio. En ninguna otra parte de Europa viven los hombres en tierras de nivel más alto. Castilla es como la terraza o la azotea de Europa. Por eso en tiempos de la gran Monarquía española, se dijo que "el trono de España era el que estaba más cerca de Dios".

Por eso, en fin, nuestros antepasados se admiraban de las tierras que tenían delante de los ojos y las decían piropos y ternuras como a una madre querida. Luego vinieron tiempos en que nos dejamos influir por todo lo de fuera y se puso de moda hablar mal de todo lo español. Ya en tiempo de Lope de Vega, empezaba este vicio, que hacía decir al poeta:

En siendo extranjero un hombre
ya es oficial excelente:

libro en lengua diferente
siempre tiene mayor nombre.

Luego se acentuó tanto la mala costumbre que dió lugar a aquél epigrama de Bartrina:

Oyendo hablar a un hombre fácil es
comprender donde vió la luz del Sol.
Si habla bien de Inglaterra es un inglés.
Si habla mal de Alemania, es un francés
y si habla mal de España... ¡es español!

Pero ya eso pasó para siempre: y ahora hemos de volver a decir como el viejo romance, hace quinientos años:

¡Ay, madre España querida—en el mundo tan nombrada,
de las tierras la mejor,—la más fuerte y más gallarda,
donde nace el oro fino,—el plomo, el hierro y la plata;
abundante de venados,—de caballos celebrada,
rica de vino y de seda,—de aceite, bien alumbrada!

La Historia de España

ESTA es España. Ahora os voy a contar sencillamente su vida y su Historia.

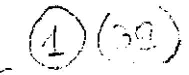
La vida de España ha sido como un drama dividido en tres actos:

En el primero, España se hizo a sí misma, y consiguió formar una Patria, venciendo para esto sus divisiones interiores y las invasiones de fuera. Este acto dura hasta los Reyes Católicos.

En el segundo, esta unidad, ya fuerte y segura de sí misma, se extiende por el mundo y se convierte en grandeza. España descubre a América, domina en gran parte de Europa y logra un gran Imperio. Es la época de los siglos XVI y XVII, que llamamos "siglo de oro".

En el tercero, España tiene que defender esa unidad y grandeza que ha conseguido, contra todos los enemigos que la atacan: contra todos los que contradicen su sustancia espiritual. Es la época de los siglos XVIII, XIX y XX. España tiene que acabar de luchar contra la revolución religiosa, con la que ya luchó en la época anterior; luego contra la revolución roja, que es primero política y al fin social.

Estos son los tres actos del drama de España. En el primero, logra su unidad; en el segundo, afirma su grandeza; en el tercero, defiende su libertad.

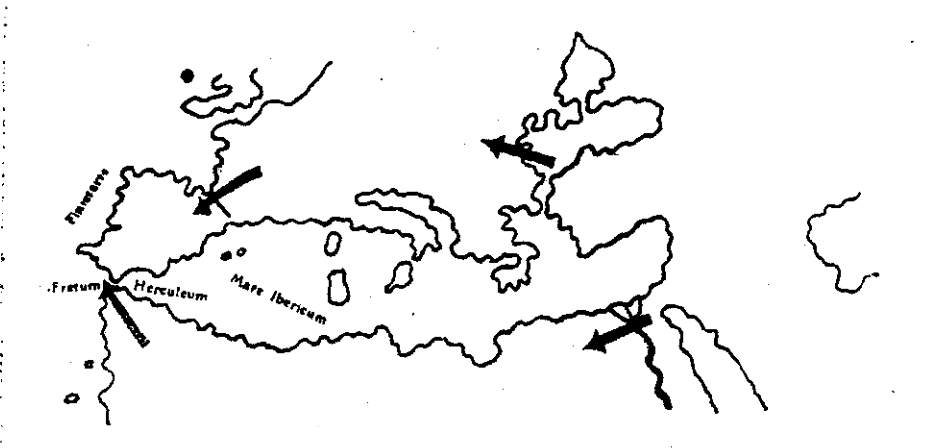


I

Los hombres primitivos de España

EN BUSCA DE LA TIERRA LEJANA Y MISTERIOSA

PARECE demostrado por los sabios, que los primeros hombres que existieron sobre la tierra, vivieron en el nudo de tierras donde se unen Europa y Asia.



Esto coincide con la Sagrada Escritura, que coloca en el Paraíso Terrenal los dos ríos que riegan aquel pedazo de tierra, o sea, el Eufrates y el Tigris.

Si miramos, pues, un mapa de Asia y Europa, vemos que España es la tierra última a donde por Oeste podía llegar, al extenderse, aquella humanidad nacida en aquel

paraíso. Por eso España es para los hombres primitivos algo así como fué luego América, cuando empezó a conocerse, para los hombres del siglo XVI: la tierra lejana, misteriosa y deseada por la fama de sus riquezas.

No es extraño, pues, que queden huellas seguras en nuestra Patria de haber sido habitada desde la época más primitiva, en que es evidente la existencia del hombre. Buscando esta tierra extrema, esta especie de país de las hadas, entraron unos hombres que venían por arriba, por el Pirineo, de Europa, y otros que, por abajo, venían de Africa. Estos últimos pasaron seguramente por el Estrecho de Gibraltar, que todavía no estaba cubierto por el mar, sino atravesado por un arrecife de rocas que se podía pasar a pie.

Desde el primer momento, pues, España aparece como la tierra donde se unen Europa y Africa. Esta unión o contacto, unas veces en forma de mezcla, otras en forma de lucha, será la clave de gran parte de su Historia.

Desde el primer momento, también, quedan en España restos y huellas de las dos civilizaciones que, por arriba y por abajo, entraron en ella. En el Norte, la de los hombres llegados por Europa, más adelantada, más fina. Su principal monumento, superior a ninguno otro de Europa en esa época, son las pinturas que se conservan sobre rocas de la Cueva de Altamira, cerca de Santander. Representan estas pinturas distintos animales—toros, ciervos, caballos—y es admirable la exactitud con que reproducen las posturas y movimientos de éstos. Han pasado muchos siglos sin que los pintores hayan sabido pintar tan bien como aquellos hombres primitivos, los animales y su manera de andar y galopar, saltar o tenderse. Y es que como aquellos hombres vivían de lo que cazaban, tenían una vista finísima para distinguir y retener en la memoria los movimientos de

los animales como hoy día los cazadores distinguen por el vuelo, las diferentes clases de pájaros, con una exactitud de que no son capaces los hombres de la ciudad.

Por el Sur, en cambio, los restos dejados por los hombres entrados de Africa, revelan una civilización más basta, más fuerte, cuyos principales monumentos son los edificados con piedras que quedan por Andalucía y Portugal.

LOS IBEROS

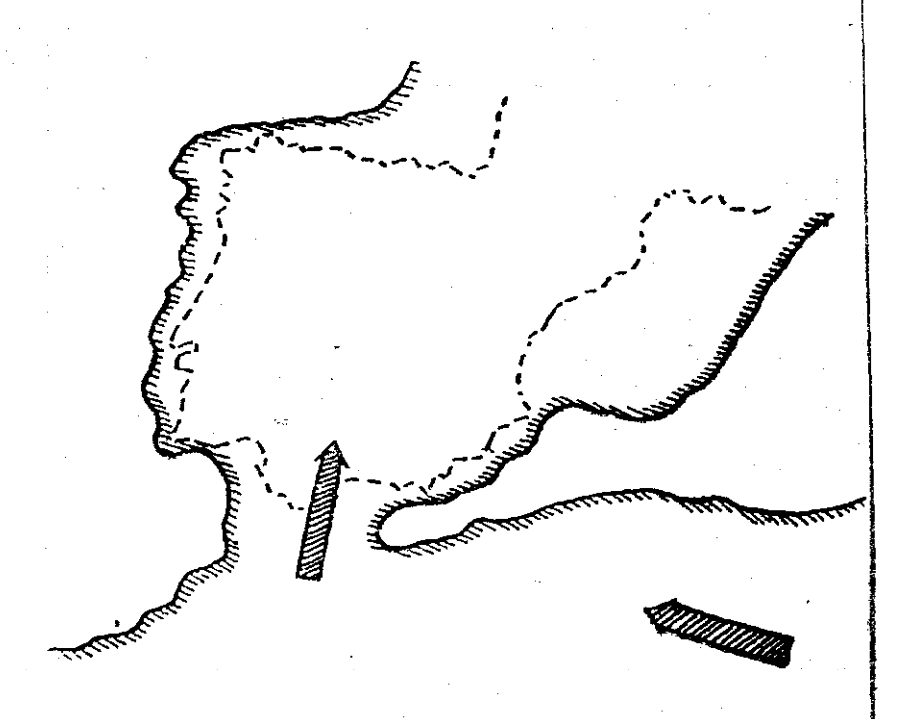
Más adelante, llegan a España unos hombres nuevos que vienen, también, probablemente, de Africa y entran por el Sur, aunque luego se extienden por gran parte de España. Estos hombres, fuertes, valientes, guerreros, duros para el hambre y para el frío, se meten ya por los ríos hacia adentro, explorando las tierras de Castilla.

Estos son los hombres a quienes luego se llamó "iberos", o sea, hombres de Iberia, que es el nombre que se dió antiguamente a España y que quiere decir "tierra de paso", según unos, y según otros, "tierra de conejos". Eran casi seguramente de la misma raza que los hombres que poblaban entonces, las islas del Mediterráneo y el Norte de Africa.

TARTESOS

Los iberos alcanzaron su mayor grado de cultura, en la parte Sur de Andalucía, donde llegó a existir un gran centro de comercio, riqueza y civilización, que se conoce por el nombre de Tartesos. Los más antiguos historiadores nos hablan de este pueblo como de una gente pacífica que vivía feliz entre las flores y las palmeras de Andalucía. Tenían leyes escritas y sabían torear y bailar.

Andalucía era, pues, el centro de cultura más floreciente de todo el Oeste de Europa y su influencia se extendió por tierras lejanas, hasta Francia y Alemania, donde se han encontrado restos de vasos y otros objetos de Arte, de aquella época, imitados sin duda alguna de los andaluces.



Era, además, Tartesos un pueblo riquísimo. Los historiadores antiguos nos hablan del más famoso de sus reyes, como de un hombre bondadoso y fabulosamente rico, que se llamaba Argantonio: que quiere decir "el hombre de la plata". La plata se sacaba, efectivamente, entonces, de las minas de Cartagena, Sierra Morena y Almería, y era tan abundante, que los barcos que venían a Tartesos por ella, no sólo se llenaban hasta rebosar,

sino que cambiaban las anclas de hierro que traían, por otras de plata.

Estos barcos que volvían con anclas de plata, contando maravillas de Tartesos y extendiendo su fama por todo el mundo conocido, venían de las islas del Mediterráneo y de Grecia, con las que Tartesos mantenía, por un lado, activo comercio. Por el otro lado, o sea, por el Atlántico, los barcos mercantes de Tartesos llegaban hasta Inglaterra e Irlanda. Por eso en estas tierras lejanas se han encontrado también cosas—lanzas, por ejemplo—traídas indudablemente, en aquella época, desde aquella rica y feliz Andalucía.

LOS CELTAS

Casi al mismo tiempo que los iberos poblaban el Sur, Este y Centro de España, otro pueblo, llamado los celtas, que venía de Francia e Irlanda, entraba por el Norte, y se extendía principalmente por Galicia y Portugal.

Los celtas se unieron en algunas partes con los iberos, sobre todo hacia el centro de España, por las provincias de Guadalajara y Soria, donde vivieron los que más exactamente deben llamarse "celtíberos". El resto de España quedó dividido en una serie de tribus, de las cuales unas eran puramente celtas, otras iberas y otras de aquellos varios hombres primitivos que dijimos anteriores a estos dos pueblos. Estas tribus, por la dificultad de comunicaciones de España, formada toda por valles, separados entre sí por altas montañas, vivían aisladas y muchas veces tenían guerras entre sí. Para darse un poco de cuenta de cómo estaban distribuídas esas tribus varias, sobre nuestra Patria, lo mejor es ver el mapa eclesiástico de España, pues la división de las diócesis u obispados actuales se parece bastante, sin

duda, a la división de las antiguas tribus; ya que cuando empezó a predicarse el Cristianismo, para poder convertir y atender a cada grupo de hombres, se iba estableciendo, en cada tribu, su obispo y su Iglesia.

LOS MOROS Y NOSOTROS

En resumen, el cuadro que nos presenta aquella España primitiva, es el de una variedad grande de grupos de hombres, acampados en sus valles, y venidos los unos de Asia, por el Norte, al través de Europa; los otros de Africa, por el Sur.

España es un poco como la casa de todos: como el mar, donde han venido a reunirse los ríos humanos de todas las partes del mundo. Esto es lo que hizo fuerte y magnífica su gente: y esto es lo que hizo grande su Historia, que tuvo que luchar, con esfuerzo de gigante, para sacar de esa variedad, una Patria propia y distinta de todas.

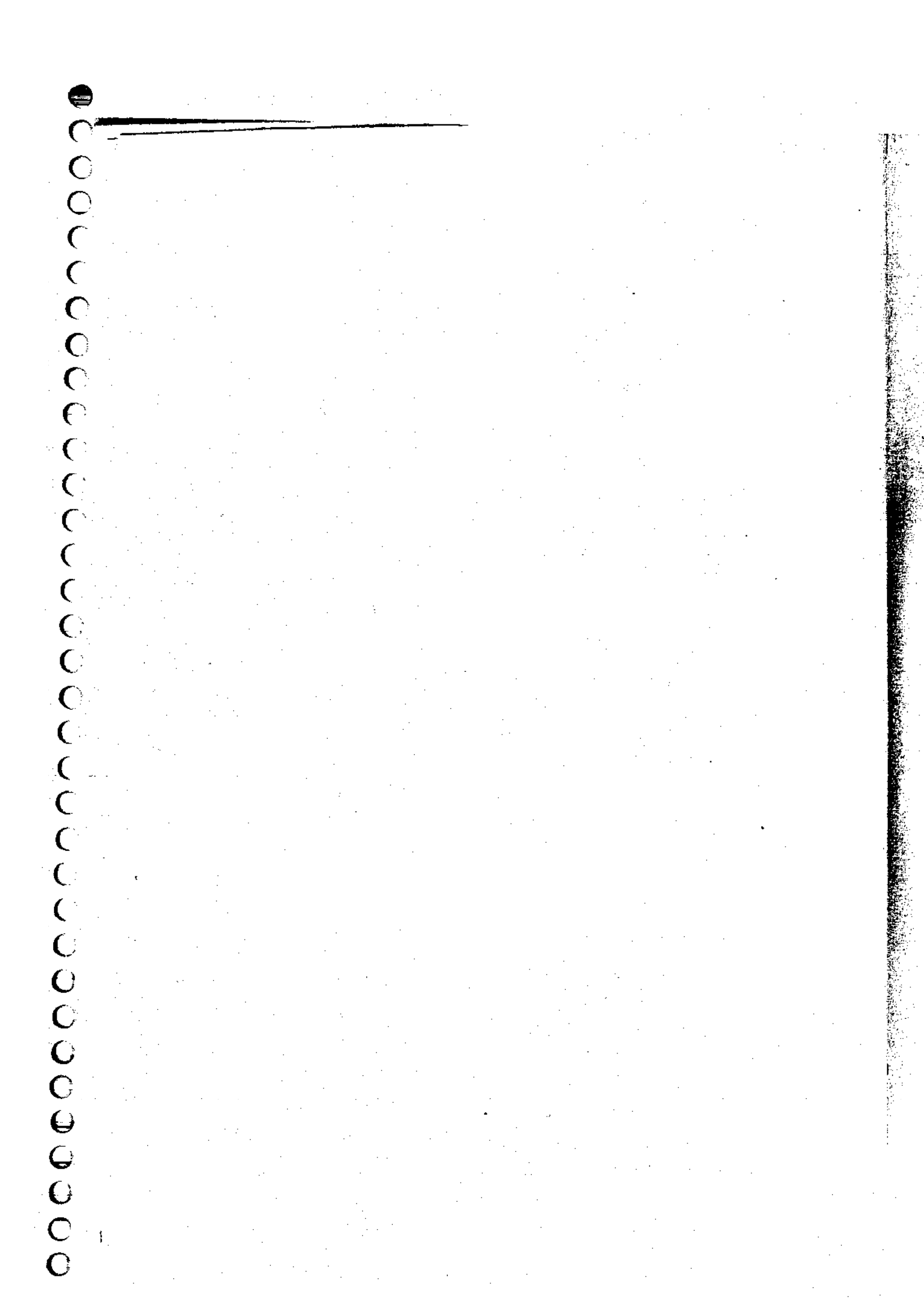
Quizá se pueda decir que en medio de esa variedad de grupos, el que más dominó y dió base y fondo al pueblo español, es el ibero: o sea, el venido del Norte de Africa, del cual proceden también sin duda los moros de Marruecos. Por eso, cuando más tarde los moros invadieron a España, encontraron un pueblo parecido a ellos en muchas cosas y lograron estar en ella muchos siglos, y entenderse, durante ellos, perfectamente, en muchas partes, con los españoles. Por eso ahora los moros "regulares" pelean alegres y contentos, al lado de los españoles, se encuentran como en su casa y quieren, como niños, a sus jefes y oficiales. Son como hermanos nuestros y las tierras de Marruecos son como una continuación de nuestras tierras de España. Pasar el Estrecho de Gibraltar es como atravesar un río dentro de

nuestra misma Patria, con españoles en una y otra orilla.

Sin embargo, cuando en un vaporcito pasamos desde Algeciras a Ceuta, aunque la distancia es sólo de una hora y aunque en los moros encontramos muchas cosas como de familia, notamos también una enorme diferencia. Hemos salido de Europa para entrar en Africa. ¿Qué es lo que ha hecho, viniendo los dos de un tronco común, tan superiores, civilizados y europeos a los españoles frente a los moros? ¿Qué es lo que hizo que los arrojáramos de España, cuando nos dominaron, para dejarlos volver, únicamente, ahora, como soldados a nuestras órdenes, como niños a los que queremos, pero a los que dirijimos y mandamos?

La contestación a esta pregunta es toda la Historia de España: El esfuerzo enorme por el que los africanos españoles del lado de acá del Estrecho, hemos logrado elevarnos tanto sobre esos otros hermanos nuestros del lado de allá, que son los moros, en los que podemos ver lo que hubiéramos sido nosotros si nos hubiera faltado un momento esa voluntad fuerte e incansable para afirmarnos y defendernos contra todos los peligros.

Ahora os voy a contar cómo fuímos invadidos, uno tras otro, por muchos pueblos y cómo, venciendo a los unos y tomándole a los otros lo bueno que traían, logramos hacer esta cosa admirable que es nuestra Patria y ser esa cosa magnífica que es el español: "una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo".

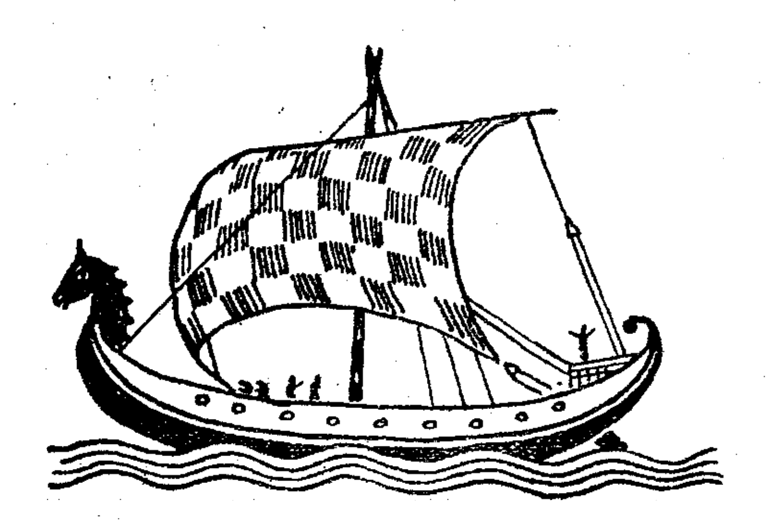


II

Fenicios, griegos y cartagineses

FENICIOS

UNOS ocho o nueve siglos antes de Jesucristo, llegaron a las costas andaluzas unos hombres nuevos que venían del fondo del Mediterráneo y se llamaban



los "fenicios". Eran algo así como los actuales ingleses: emprendedores, buenos navegantes, listos para el comercio, corredores de mundo. Les interesaba principalmente en España la pesca del atún y la explotación de las salinas y de las minas. Para esto no les bastaba

ya con tocar de paso en los puertos andaluces, como hacían las naves que venían de Tartesos, sino que necesitaban establecerse en las costas de un modo más permanente. Buscaban para ello los promontorios más salientes sobre el mar. Así fundaron a Cádiz—la ciudad más antigua de España y aun de todo el Occidente europeo—y algunos otros en la costa del Sur.

Pero los fenicios no se limitaban a establecerse en la costa, sino que, siempre en plan pacífico de comerciantes, se metieron más hacia dentro. Así en Cáceres se ha encontrado, procedente de los fenicios, el más rico tesoro de joyas de oro de aquella época, en España.

GRIEGOS

Los fenicios, mientras fueron un pueblo fuerte, habían detenido y entorpecido las navegaciones de otro pueblo rival que hacía también, como ellos, el comercio del Mediterráneo: los "griegos". Pero cuando los fenicios, atacados en sus bases del fondo del Mediterráneo por otros reyes extranjeros, cayeron de su poder, los griegos pudieron navegar más libremente y empezaron a fundar colonias en las costas de España, a las que antes sólo llegaban en visitas pasajeras, como aquellas que contamos que hacían a Tartesos.

Así fundaron varias ciudades importantes por la costa de Cataluña y Valencia. Las principales fueron Rosas y luego Ampurias.

Los griegos tampoco lucharon con los españoles, sino que mantuvieron con ellos relaciones comerciales y pacíficas; y los españoles, que tenían ya un fondo de civilización suficiente para desear aprender las novedades que los griegos traían, sin perder su carácter propio, esas novedades y adelantos. De los griegos aprendieron

los españoles a hacer monedas y a cultivar la viña y el olivo.

También los griegos influyeron notablemente en nuestras Artes. El mejor testimonio de ello es la llamada *Dama de Elche,* cabeza de mujer encontrada en la ciudad valenciana de Elche. Se vé en ella la influencia griega. por la belleza y corrección de la figura. Pero es, al mismo tiempo, en el fondo, del todo española, por la dignidad del gesto, por la riqueza y, sin embargo, de buen gusto, de sus collares y zarcillos, por el pudor de la mitra y las tocas que le cubren la cabeza. Cuando se desenterró la figura en Elche, a fines del siglo pasado, los campesinos la pusieron por nombre "Carmen". Les parecía una mujer española, una valenciana de aquellas huertas. Y los sabios cuando trataron de ponerla un nombre, tal era la noble dignidad de la figura, que no la llamaron, como parecía natural, como se han llamado otras figuras semejantes de otros países, "La Mujer de Elche", sino "La Dama de Elche". La *Dama:* es decir, la Señora...

CARTAGINESES

También habían establecido, por aquel tiempo, relaciones comerciales con los puertos españoles, los cartagineses, que venían de Cartago, la más importante colonia fenicia del Norte de Africa. Al destruirse el poder de los fenicios, en sus bases del fondo del Mediterráneo, Cartago crece en importancia y pasa a ser una gran ciudad independiente. Por entonces las colonias fenicias del Sur de España—que se sienten solas y poco seguras al caer el poder de sus dueños, los fenicios—. hacen venir a los cartagineses. Estos entran en España

como aliados de los fenicios; pero bien pronto se convierten en dominadores y pasan a ser los dueños absolutos de las antiguas colonias de aquellos.

Sobre la base de estas colonias andaluzas, los cartagineses se extienden rápidamente por toda la costa de Levante y por el Centro de España. Pero no se crea que era ésta una conquista militar. Los cartagineses hacían su penetración por España de un modo pacífico, casándose con mujeres del país y haciendo con los españoles tratados de amistad. Así lograron poco a poco dominar en gran parte de España, siendo los cartagineses muy cortos en número. No se cree que entraran en España más de unos cuarenta mil: o sea, algo menos que los habitantes de cualquier ciudad un poco importante de hoy día; pocos más de los que caben en una buena plaza de toros. Sin embargo, con su sistema de alianza y casamientos, lograron ser los verdaderos dueños de gran parte de España.

SUS PLANES CONTRA ROMA

Los cartagineses, en efecto, tenían frente a ellos, en el Mediterráneo, un poderoso enemigo: los romanos. Roma, que marchaba a grandes pasos hacia el dominio del mundo que rodea el Mediterráneo, no podía ver con buenos ojos el poder creciente de Cartago. Basta con mirar un mapa para ver que Roma, en el centro de Italia, y Cartago, en el Norte de Africa, están frente a frente, a orillas del Mediterráneo, como dos caballeros al borde de la arena, dispuestos para luchar en un torneo. La lucha acabó por estallar y los cartagineses tuvieron con los romanos una primera guerra, que tuvo por teatro la isla de Sicilia. "Guerras púnicas" se iban

a llamar los varios encuentros de estos dos pueblos. En ella fueron vencidos los cartagineses y arrojados de la isla. Desde aquel momento, los cartagineses soñaron con el desquite y empezaron a madurar un plan audaz para atacar a Roma, no por mar, sino por tierra, cogiéndola por la espalda y dando la vuelta a Francia, hasta entrar en Italia por el Norte.

Para llevar a efecto este plan necesitaban, ante todo, dominar a España, que tenía que ser, naturalmente, la primera estación de esa ruta larga y atrevida. Con este propósito, entran en España, no como pacíficos comerciantes, sino ya como declarados dominadores, unos nuevos jefes cartagineses: la familia de los Barca. Son astutos y enérgicos. Pronto extienden su dominación por gran parte de España. Así se aseguran para sus planes contra Roma, la preciosa alianza de aquellos españoles duros, valientes, sufridos, buenos caballistas y tan hábiles en el manejo de la honda, que a cien metros de distancia sabían, con una piedra, romper el cuerno de un toro.

ANIBAL

Ya los cartagineses son dueños, como digo, de muy buenas bases en España, cuando es elegido jefe un muchacho de veintiséis años, también de la familia de los Barca, llamado Aníbal. En su cabeza de gran general, ha cuajado ya por completo aquel plan militar osado y grande que será la primera empresa mundial en que entrará España. Aníbal quiere declarar la guerra a Roma y en seguida emprender, a gran velocidad, la ruta que dijimos, para sorprenderla por la espalda, por el Norte.

SAGUNTO

Para hacer estallar la guerra con Roma, Aníbal busca un pretexto. El pretexto se le presenta en seguida. Los romanos eran amigos y aliados de las colonias griegas que todavía existían en el litoral de Valencia. Aníbal, aprovechando unas cuestiones que tenía con otros pueblos vecinos, atacó un día una de ellas: la llamada Sagunto. Aníbal no daba gran importancia a ese ataque: lo hacía sólo como un pretexto para molestar a los romanos, amigos de Sagunto. Contaba con vencer rápidamente a Sagunto y en seguida, como Roma protestaría, marchar contra Roma.

Pero Aníbal no había contado con que Sagunto, aunque colonia griega y aliada de Roma, estaba poblada por hombres del país, por españoles que amaban bravamente su independencia y consideraban indigna una rendición. Los ataques directos se estrellaron contra la valiente resistencia de Sagunto, y entonces Aníbal se decidió a rodearla y sitiarla. A pesar de que el ejército de Aníbal era poderosísimo, como preparado que estaba para marchar nada menos que contra Roma, el pueblecito español se resistía meses y meses frente a la rabia impaciente de Aníbal. Por su parte. Roma, que no se decidía a enredarse en una guerra a fondo en esta España lejana y famosa por sus guerreros indomables, no enviaba auxilios a sus amigos de Sagunto y se limitaba a enviar embajadores que discutían con Aníbal inútilmente. Mientras tanto, la situación de la gente de Sagunto, sitiada y sin comunicación, se hacía insostenible. Hasta que, al fin, viéndose perdidos, decidieron morir antes que rendirse. Hicieron en el centro de la ciudad una inmensa hoguera, en la que arrojaron

todas las riquezas de las casas, echándose luego muchos de ellos en el fuego. Muchas mujeres echaron a sus hijos pequeños y luego, a la vista de los sitiadores, se arrojaron por las murallas de la ciudad. Otros, en fin, colocaban sus espadas de pie entre dos piedras, con la punta hacia arriba, y se tiraban sobre ellas, muriendo así atravesados.

Aquellos hombres de Sagunto, que aun no habían recibido la doctrina de Cristo, y no sabían, por lo tanto, que en ningún caso es permitido quitarse la propia vida, de la que sólo Dios es dueño, demostraron, de un modo bárbaro y primitivo, poseer un enorme valor y una gran dignidad humana. Ese valor frío, de resistencia heroica y tenaz, más difícil que el valor arrebatado de ataque y empuje, ha sido siempre muy propio de los españoles. Y cuando, luego, se ha unido al sentido cristiano y se ha dirigido por él, ha asombrado al mundo con maravillas como la resistencia del Alcázar de Toledo, en 1936. Aquella resistencia se pareció a la de Sagunto. Pero el Alcázar fué un Sagunto bautizado y hecho cristiano. Sus defensores no se dieron la muerte a sí mismos: sino que la esperaban cada día heroicamente defendiéndose de los hombres y rezándole a Dios... Y a este otro Sagunto Dios le premió, al fin, con la victoria.

FIN DEL PODER CARTAGINES

Vencido Sagunto, Aníbal decide poner en práctica su plan y marchar por tierra contra Roma. Pasa el Ebro, que era el límite que no le estaba permitido pasar por los tratados, y se mete por los Pirineos. Roma al principio no creyó posible que Aníbal se dirigiera por allí contra ella, pues estaban por medio, además

de los Pirineos, los Alpes enormes y llenos de nieve, que ningún ejército había atravesado nunca. Por eso en el primer momento no mandó tropas contra Aníbal. Cuando se dió cuenta, ya éste había cruzado los montes a marcha forzada y se había presentado en Italia. Su ejército era el más poderoso que nunca se había visto entonces. Llevaba cien mil de infantería y doce mil caballos. Llevaba, sobre todo, como gran novedad desconocida de los romanos, cuarenta elefantes, que hacían en aquél ejército el papel que hoy día hacen los *tanques* o carros de asalto, arrollándolo todo a su paso y llevando ante sí la sorpresa y el terror.

Así logró Aníbal varias victorias en Italia, siendo la de Cannas la mayor de todas. Aunque de este modo, logró bajar más allá de Roma, en ésta ya no pudo entrar y fué derrotado por los romanos. Desde aquel momento el poder cartaginés empieza a decaer. Los romanos, aprovechando la ausencia de Aníbal y sus tropas, mientras que luchaban con éstas en Italia, mandaron por mar a España otras tropas, que en poco tiempo se apoderaron de casi todas las ciudades cartaginesas en España. Así acabó en nuestra Patria el dominio cartaginés, poco antes que la misma Cartago, en Africa, fuera destruída por los romanos. Dios, que dirige desde arriba los hechos de la Historia, había empleado a los cartagineses, en España, como instrumento para el suceso más importante de toda nuestra época antigua: para que se decidiera Roma a venir a España, y a traerla, como ahora veremos, su superior civilización.

III

Los romanos

PRIMERAS CONQUISTAS

CON razón los romanos, a pesar de las primeras provocaciones de Aníbal, se habían resistido durante tanto tiempo a venir a pelear a España. Roma sabía que era largo y difícil someter aquellos españoles, divididos en tribus aisladas y acostumbradas a la vida independiente. Y, en efecto, cuando, después de apoderarse de las ciudades cartaginesas, Roma se decidió, al fin, a dominar toda España, vemos que tardó en conseguirlo totalmente doscientos años, cuando sólo siete había tardado en conquistar la Galia.

Andalucía, el Levante y Cataluña eran ya de Roma, porque era donde estaban las colonias cartaginesas de que se apoderó en primer lugar.

CONQUISTA DE LUSITANIA: VIRIATO

La segunda campaña, la dirigió Roma contra la parte de Portugal, que entonces se llamaba Lusitania. Roma quería apoderarse, como se vé, en redondo, de todas las tierras que rodean la meseta del centro, que consideraba más dura y difícil. Pero también esta conquista de la parte de Portugal, se le hizo difícil, porque

se encontró enfrente, con un verdadero genio de la guerra, llamado Viriato. Viriato había sido, de joven, pastor, pero por su gran vocación militar y sus condiciones notables para la guerra, fué elegido jefe por los españoles. Viriato empleaba contra los romanos una forma de hacer la guerra, que ha sido, durante siglos, la propiamente española, por ser la más conforme a las condiciones de nuestro terreno. Se llama la guerra "por guerrillas" y consiste en dividir los soldados en pequeñas partidas, de gran agilidad y movimiento, que aprovechando los accidentes del terreno, atacan inesperadamente y por sitios diversos al enemigo, Los romanos estaban acostumbrados a hacer la guerra con grandes masas de tropa, muy bien armadas, pero lentas para moverse: y Viriato, que conocía aquellas tierras al detalle, les sorprendía a cada momento, apareciendo inesperadamente tras una colina o disparándoles sus flechas desde unas peñas o un bosque donde sus soldados no podían ser vistos. Así los grandes ejércitos romanos eran como toros atacados por moscas. Los toros eran grandes y bien armados, y las moscas, en cambio, son muy chicas; pero por su misma pequeñez y la rapidez de su vuelo, las moscas logran desesperar al toro, picándole por sitios diversos, sin que el toro, a pesar de sus cuernos y su fuerza, pueda nada contra ellas.

De este modo Viriato logró vencer muchas veces a los romanos. Durante nueve años, Roma envió contra él diferentes generales sin lograr derrotarle, hasta que, al fin, el último de ellos, llamado Cepión, logró alguna victoria parcial. Entonces el general romano decidió aprovecharse de aquella victoria, con perfidia, para acabar de una vez con Viriato. Propuso un tratado de paz y logró que Viriato le mandara unos embajadores suyos para convenir las condiciones. Cuando los tuvo

en su tienda, Cepión, ofreciéndoles dinero, logró convencerles de que, a su vuelta, asesinaran a Viriato. Efectivamente, al volver a la tienda de éste, los traidores se lo encontraron dormido. Entonces se acercaron de puntillas y sacando, de repente, las espadas, antes que despertara, lo atravesaron con ellas y lo dejaron muerto. Así murió aquel gran guerrero: a traición y con los ojos cerrados; que con los ojos abiertos y de frente no hubiera podido ser.

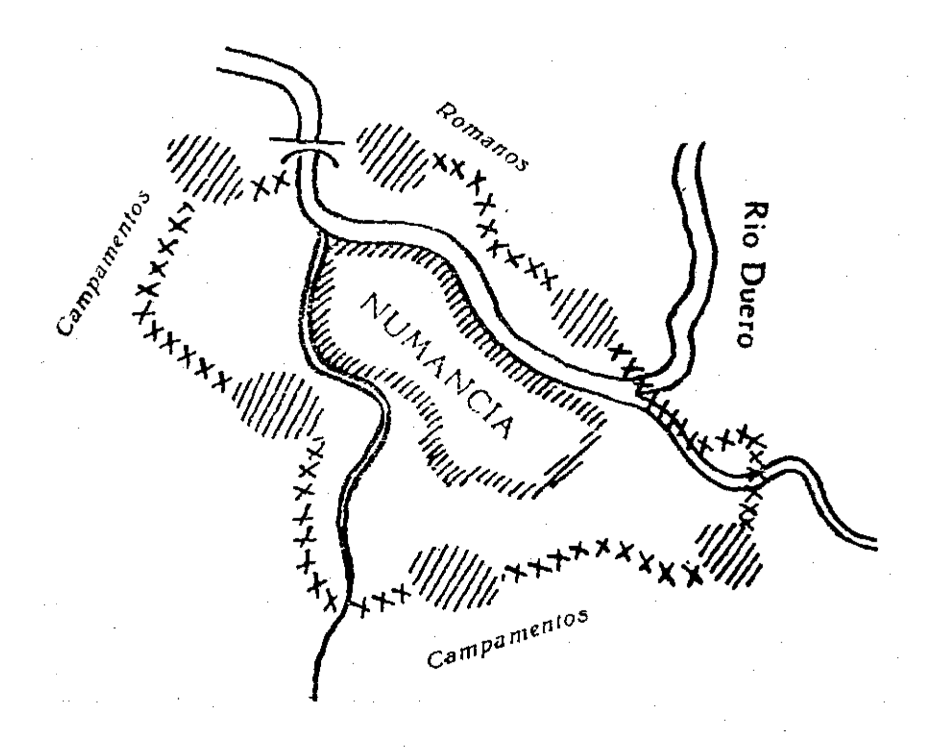
CONQUISTA DEL CENTRO: NUMANCIA

Muerto Viriato, los romanos se apoderaron con facilidad de toda la parte de Portugal. Con esto estaba en su poder toda la parte del Este, Sur y Oeste; o sea, que la meseta del centro quedaba como cercada o cogida con unas tenazas.

Entonces Roma se decidió al ataque definitivo y se entró rápidamente en el centro de España. Ya sabía ella que era lo más difícil. La meseta central, la Castilla de después, estaba habitada por las tribus más guerreras y su terreno era el más agrio y difícil. Tocarla era como tocarle a España en el corazón.

La defensa de la meseta fué, en efecto, desesperada y heroica y tuvo su momento más terrible en el famoso sitio de Numancia. Así se llamaba la ciudad más importante de aquellas tribus y estaba situada, cerca de la que hoy es Soria, en sitio alto y bien defendido. Los hombres de Numancia, al verse rodeados por los romanos, se encerraron en sus muros dispuestos a imitar a Sagunto y morir antes que rendirse. Roma envió contra Numancia, uno tras otro, a ocho de sus más famosos

generales. Como no lograban vencerla, se decidió a enviar nada menos que al mejor de sus generales, al que había destruído años antes, la poderosa Cartago, que se llamaba Scipión. Dentro de Numancia no había más que cuatro mil defensores. Scipión organizó, contra ellos, un ejército de sesenta mil hombres, o sea, quince veces mayor. Aun así, Numancia no se rindió y fué



preciso apretar el cerco de modo terrible. Scipión sustituyó las tiendas de campaña de sus tropas por casas de piedra, como dando así a entender que estaba dispuesto a estar allí todo el tiempo que hiciera falta. Además, con grandes piedras, desvió la corriente del

río Duero, que pasa por Numancia, a fin de que los defensores de ella no tuvieran agua que beber. En Numancia llegó a faltar totalmente el agua y la comida. El hambre era tal, que los defensores llegaron en algún momento a comer la carne de sus compañeros muertos. Así, a los cuatro años de sitio, cayó Numancia. Pero Scipión, al entrar, no encontró más que cadáveres y un gran hoyo de metro y medio de profundidad, donde se había quemado todo cuanto en la ciudad había de útil y de rico.

No se crea, sin embargo, que este pueblo que así supo defenderse, era un pueblo totalmente salvaje. Era un pueblo que tenía una cierta civilización primitiva. Gracias a ella, esta gente, que tan duramente se defendió contra los romanos, supo luego apreciar lo que valía la superior civilización de Roma. Por eso con más rapidez que ninguna otra gente de Europa, como ahora veremos, aprendió e hizo suyo todo lo bueno que Roma sabía. Esta mezcla de valor enorme para defender su independencia, y de docilidad para aceptar lo bueno de los demás, es lo que hizo grande al pueblo español.

Admiremos, pues, aquellos primeros españoles por su bravura heroica; pero admirémosles también por su docilidad para mejorar de civilización. Entre los restos de Numancia, estudiados en nuestros días por los sabios, se han encontrado, al lado de las cenizas que recuerdan su heroicidad, objetos llenos de arte que revelan que aquellos hombres no eran indiferentes a la belleza y a la gracia. Uno de los sabios que desenterraba aquellos restos gloriosos, llegó a decir: "Acaso aquellos heroes de Numancia, hicieron su comida de carne humana, en una vajilla pintada artísticamente con pájaros y flores".

LO QUE TOMAMOS Y LO QUE DIMOS A ROMA

Dominada la meseta, España estaba ya casi totalmente en poder de los romanos. Todavía quedaban algunos focos independientes, sobre todo en las altas montañas de Asturias y las Vascongadas; pero, poco a poco, llegaron a ser sometidos, y César Augusto, dictador de Roma, pudo considerarse ya dueño total de España.

Larga había sido la conquista: doscientos años, como dije, había durado. En cambio, ahora, fué muy rápida la unión de españoles y romanos. No bien éstos empezaron a tratar a los españoles con dulzura, a concederles derechos y a respetar su dignidad, los españoles se hicieron lealmente sus amigos y se dejaron influír por la cultura y la organización de Roma, que era entonces el pueblo más grande del mundo.

Uno de los principales beneficios que los romanos hicieron a España, fué la construcción de grandes y anchos caminos que contribuyeran a comunicar entre sí todas aquellas tribus, antes separadas, y a hacer de España una Patria unida. Todavía muchas de las carreteras por las que corren nuestros automóviles, están construídas sobre los antiguos caminos romanos. Los principales nudos de unión de estos caminos fueron Tarragona, Zaragoza y Mérida. En estos sitios y en muchos otros de España, quedan restos magníficos de los monumentos romanos: puentes, circos, teatros. Casi todos están hechos de grandes bloques de granito, y son tan imponentes, que en España todavía se dice corrientemente "obra de romanos" para significar cualquier tarea difícil o colosal. En los cortijos españoles

es muy corriente que los arados tropiecen con estátuas, vasijas u otros objetos romanos, que nos recuerdan, a cada momento, todo lo que España debe a Roma: a la que, con razón, da el nombre cariñoso de "madre".

Pero España supo también corresponder a estos beneficios de Roma. Fué como una hija buena que cuan-



do ya la madre es vieja, le devuelve, en apoyo y cuidado, todo lo que de niña recibió de élla. España tomó de Roma leyes y organización. Tomó de élla, sobre todo, el lenguaje: el latín, que, andando el tiempo, había de convertirse en nuestra hermosa lengua española. Pero España dió, en cambio, a Roma muchos poetas y filó-

sofos famosísimos, que aun conservándose españoles de espíritu e ideas, escribían el latín mejor que los mismos romanos. Entre los más ilustres de estos escritores, figura el cordobés Séneca, cuyas sentencias morales se parecen mucho a los refranes, llenos de buen sentido, que todavía suelen decir los campesinos en España. También son famosísimos los poetas Lucano y Marcial. Además fueron españoles varios de los más famosos emperadores que en este tiempo tuvo Roma, como Teodosio y Trajano. Es decir, que no mucho después de haber conquistado los romanos a España, hubo españoles que hasta gobernaron a los mismos romanos.

SOMOS ROMANOS

La conquista de España por Roma y la facilidad con que se apropió su gran civilización, es uno de los hechos en que más claramente se vé la mano de Dios dirigiendo la Historia. Gracias a ello, los bárbaros del Norte que habitaban las selvas y bosques de Alemania, quedaron como bloqueados entre Italia por un lado y por otro Francia y España, dependientes de Roma. Así se evitó que los bárbaros, que ya habían intentado salirse de sus fronteras e invadir los pueblos vecinos, nos sorprendieran en un estado primitivo, del que, acaso entonces no hubiéramos ya podido salir. La conquista romana dió tiempo a que nos apropiáramos profundamente, como Francia, la civilización, y cuando, al fin, como veremos, los bárbaros lograron invadirnos, ya éramos un pedazo de Europa: ya éramos una Patria civilizada que no pudieron destruir ni éllos ni los moros.

La defensa de esta civilización que de Roma recibi-

mos contra todos los peligros, y su extensión por el mundo, forma todo el resto de la Historia de España. Luego hemos recibido otras muchas influencias, pero todas las hemos acomodado sobre ese fondo que Roma nos dió. Hoy todavía, cuando escribimos una carta, ponemos delante del nombre de la persona a quien se dirige *Don*, que no es más que una abreviatura de *Dominus*, que en latín quiere decir *Señor*. El Derecho Romano es la base de nuestro derecho y de nuestra administración. Por eso si en lo religioso somos "católicos y romanos", en lo civil somos también "españoles y romanos". Romano es para nosotros, en todo, frente a Dios y frente a los hombres, nuestro segundo apellido.

IV

El cristianismo

SAN PABLO Y SANTIAGO

HE explicado que los romanos habían logrado huir y comunicar entre sí las tierras de España. De este modo disponía Dios que la obra de Roma en nuestra Patria, sirviera para que cuando llegara a ella la religión de Cristo, se extendiera con mucha mayor rapidez. Cuando los romanos hacían en España sus grandes caminos, preparaban y facilitaban, sin darse cuenta, el paso de los futuros apóstoles de Dios.

La religión de Cristo, en efecto, se extendió en España tan de prisa como corre el fuego sobre un rastrojo seco. Es seguro que estuvo en España, predicándola, el Apóstol San Pablo, que en una de sus cartas o epístolas, anuncia que piensa venir a España. Aquel gran Apóstol, intrépido y vehemente, sintió como tantos otros hombres antiguos, la atracción de nuestra Patria, que era entonces, por el Oeste, puesto que América no se conocía, el fin de la tierra. También se cree que estuvo en España predicando la Fe, el Apóstol Santiago, a quien, según tradición muy antigua, se apareció la Virgen María sobre el Pilar de Zaragoza. Desde entonces este Pilar, o sea, la columna sobre la que se cree que se apareció la Virgen, es el centro de la devoción española y tiene en su parte baja como un hoyo hecho

sobre la piedra, a fuerza de tantos besos como durante siglos le ha dado la gente que allí acude.

Desde luego, a la rápida propagación del Cristianismo en España, debió contribuir también la disposición natural de los españoles mismos, que estaban bien preparados para recibir la nueva doctrina, por ser de suyo gente buena, sencilla y amiga de la virtud y del honor. Los escritores antiguos dicen que los iberos se señalaban entre los demás pueblos antiguos por su seriedad y moral. Las mujeres iberas llevaban sobre la cabeza un aro de hierro que servía para echar sobre él un velo, con el que a menudo se cubrían la cara. La misma *Dama de Elche* aparece con la cabeza y el cuello pudorosamente cubierto de paños. Parece que las primitivas damas españolas estaban nada más que esperando que se levantara la primera iglesia de Cristo, preparadas ya con sus tocas para asistir a la primera misa...

MARTIRES Y POETAS

Por todo esto, a los pocos años de empezarse a predicar en España el Evangelio de Cristo, ya había en ella muchísimos cristianos. Pero Roma, que había sido tolerante con todas las religiones de los pueblos vencidos, con el Cristianismo fué, al principio, muy recelosa y lo persiguió a sangre y fuego. No se escapó España de esta regla general, y los primeros cristianos de ella fueron cruelmente tratados por las autoridades romanas. Los cristianos, entonces, pusieron al servicio de la nueva Fe aquel mismo ímpetu y valor de que tales pruebas habían dado en Sagunto y Numancia. Así España, que ya había sido rica en héroes, empezó ahora a ser rica en mártires. Mujeres, niños, ancianos, sacerdotes, seglares, dieron la vida por no renunciar a la fe de

Cristo. Mérida, Córdoba, Zaragoza, Tarragona, fueron las ciudades que dieron más cantidad de mártires; y como éstas son también las ciudades donde la civilización de Roma había influído más, ello demuestra que los españoles habían ligado perfectamente esta civilización a su modo de ser, y que no habían perdido por ella su antiguo valor y virtud.

También, además de mártires, dió España en gran abundancia a la nueva Iglesia buenos escritores: entre ellos Prudencio, que es el primer gran poeta cristiano del mundo.

UN GRAN OBISPO ESPAÑOL

Convertida así gran parte de España al Cristianismo, en seguida empieza a cumplir la que ha sido su tarea más constante en la Historia: la predicación y extensión del Evangelio por el mundo. Los primeros actos de presencia que hace España fuera de sus fronteras, por otros países, son para defender o propagar la Fe.

Así el famosísimo obispo de Córdoba, llamado Osio, fué uno de los más grandes defensores que, en aquellos primeros siglos de su vida, tuvo en el mundo la doctrina de Cristo.

Era un hombre fuerte, sabio y de una voluntad dura que no cedía a nadie ni a nada cuando se sentía seguro de su Verdad. Llegó a alcanzar un gran influjo sobre el Emperador de Roma, que se llamaba entonces Constantino; y consiguió de éste que, al fin, dejara en libertad a la Iglesia de Cristo, para que viviera en paz sin sufrir Año 312
persecuciones ni molestias.

LAS HEREJIAS

Pero este gran triunfo que dió al desarrollo del Cristianismo un gran impulso, trajo también sus peligros. Hasta entonces la Religión se había desarrollado con grandes dificultades, entre grupos pequeños, tapándose y escondiéndose como un delito. Muchas veces, incluso, los cristianos habían tenido que reunirse debajo de tierra en unos oscuros escondites que se llamaban *catacumbas*. Todo esto hacía duro y difícil el desarrollo del Cristianismo, pero en cambio, aseguraba su pureza. La doctrina, conocida de pocos y transmitida entre grupos pequeños, no podía variarse ni equivocarse. Y los que se unían a ella, era siempre gente firme y segura, puesto que sabían que, al aceptarla, se jugaban la vida.

En cambio, ahora, permitido el Cristianismo para todos y viviendo a la luz del día, acudieron rápidamente a él grandes masas de hombres, faltos a veces de la suficiente preparación para entenderlo. Además, como ya no peligraba la vida del que se hacía cristiano, muchos acudían a la Iglesia con espíritu ligero y vano, dispuestos a tomar y dejar de su doctrina lo que les convenía o a variarla a su antojo. De aquí nacieron las *herejías:* o sea, errores, o desviaciones que se querían hacer pasar por la verdadera doctrina de Cristo.

Entre estas herejías, la principal fué la llamada de los *arrianos,* que negaban la Santísima Trinidad tal como la enseña la doctrina, pues sostenía que Jesucristo no había sido Dios, sino un simple hombre. Con esto caía por su base toda nuestra doctrina, que no era ya una cosa divina, sino humana.

La lucha y discusiones entre *cristianos* y *arrianos*

fué enorme, diciendo unos que Cristo era Dios y otros que no era. Por eso todavía en el lenguaje vulgar, como recuerdo de aquello, cuando se quiere significar un gran alboroto o desorden, se dice: "Se armó la de Dios es Cristo".

EL CREDO

Contra los arrianos se alzó con una vehemencia incansable nuestro obispo Osio. Escribió y predicó contra ellos. Luchó por todos los medios por detenerlos y vencerlos. Por su deseo y consejo se celebró en la ciudad de Nicea, en Asia, el primer *Concilio*, o sea, la primera gran reunión de los obispos del mundo. A todos asom- Año 32
bró nuestro Obispo de Córdoba, por su sabiduría y por el ardor con que defendía la verdad de la Fe. Al fin, como conclusión del Concilio, Osio escribió un resumen, sin palabra de más ni de menos, de la verdadera doctrina de Cristo. Este resumen es lo que llamamos el Credo, que se reza o se canta, desde entonces, en todas las misas del mundo... Y como por la diferente hora de sol, está demostrado que en todos los minutos del día se está celebrando misa en alguna parte de la tierra. debe ser para nosotros, los españoles, motivo de santo orgullo pensar que, a toda hora y en todo momento, sin interrupción, desde hace muchos siglos, se está, en alguna parte, proclamando la fe de Cristo con las palabras de un obispo español.

ESPAÑA SALE AL MUNDO

Estas tareas de Osio, salvando y defendiendo la verdadera doctrina de Cristo, por todas partes, hacen ver a España, saliendo ya de sus fronteras e influyendo en

el mundo. Lo mismo pasa, poco después, con el nombramiento del primer papa español: San Dámaso. Casi al mismo tiempo es elegido emperador de Roma otro español, de tierras segovianas: Teodosio. Este se convierte al Cristianismo: y en seguida arregla con el Papa, español también, que el Cristianismo sea la religión oficial de todo el mundo romano. Este suceso es obra de dos españoles. España había salido de sus fronteras y decidía en las cosas del mundo.

Esto de salir una nación fuera de sí misma e influir en las otras, es lo que se llama, con palabra que ahora se repite mucho, *Imperio*. El *Imperio* no es preciso que sea conquista militar de otras tierras: puede ser también dominio e influencia de nuestra fe, nuestra sabiduría o nuestro espíritu en otros pueblos o gentes. Al contaros, pues, en este capítulo, de ese Obispo español que defendía la Fe por el mundo, y de ese Papa y de ese Emperador españoles que decidían que Roma se hiciera cristiana, os estoy contando los primeros pasos imperiales de España.

V

Los godos hasta Recaredo

EMPIEZAN LAS INVASIONES DESTRUCTORAS

HASTA ahora, todos los pueblos que habían ido invadiendo España—fenicios, griegos, cartagineses, romanos—habían sido pueblos más adelantados que ella y sus invasiones habían servido, por lo tanto, para aumentar su civilización. De ellos había ido aprendiendo la escritura, la moneda, el comercio y muchas cosas de arte y de buena organización. Unido todo esto al Cristianismo, cuya extensión por España os acabo de contar, tenemos en el siglo quinto una España civilizada y unida, cristiana, por dentro, y por fuera romana.

Y ahora empiezan las invasiones destructoras, contrarias a esa civilización cristiana y romana que había conseguido: primero, por el Norte, la de los bárbaros o godos; más tarde, por el Sur, la de los moros o árabes. La tarea de España no será ya, frente a estas nuevas invasiones tomarles lo que traigan y aprovecharlo para su civilización: su tarea será ahora defender esa civilización frente a sus ataques, salvarla y lograr que no se pierda.

LOS EXTRANJEROS DEL NORTE

La primera de estas invasiones fué la de los bárbaros del Norte. Estos venían de los bosques y selvas del centro de Europa y entraron en España por el Norte, por el Pirineo, después de haber invadido Italia y Francia.

La palabra "bárbaros" no ha de tomarse aquí en el simple sentido de brutos o salvajes. Bárbaro quería decir simplemente, en latín, extranjero. Y los romanos llamaban así *bárbaros*, a aquellos pueblos situados al Norte de Italia, más allá de los Alpes, burlándose de ellos porque no hablaban el latín, y cuando intentaban hablarlo balbuceaban, como los niños, cuando queriendo hablar sin saber, dicen: *ba... ba...* Es este balbuceo, este *ba, ba,* torpe e infantil, el que les hizo a los romanos ponerles el mote de *bárbaros*.

Por lo demás, los bárbaros, aunque muy inferiores de cultura a los romanos, tenían algunas virtudes que no dejaron de servir para dar fuerza y hombría a los pueblos, como España, sometidos a Roma, cuya civilización ya decadente, se había hecho blanda, comodona y viciosa. Los bárbaros, a cambio de grandes fallos de cultura eran sanos, sencillos, valientes y muy defensores del honor y de la familia, que era la base única de toda su organización elemental.

El trato con ellos y su unión durante tres siglos con los españoles, sirvió para despertar en éstos muchas antiguas virtudes. Sin perder ya la civilización romana, los españoles la hicieron más fuerte, más de hombres. Durante los siglos que, luego, tuvieron que luchar contra los moros, completaron esta obra. Así Dios, que ha cuidado siempre de España, como cuida de las flores del campo, la dió en las varias invasiones cuanto necesitaba. Las cuatro primeras invasiones—fenicios, carta-

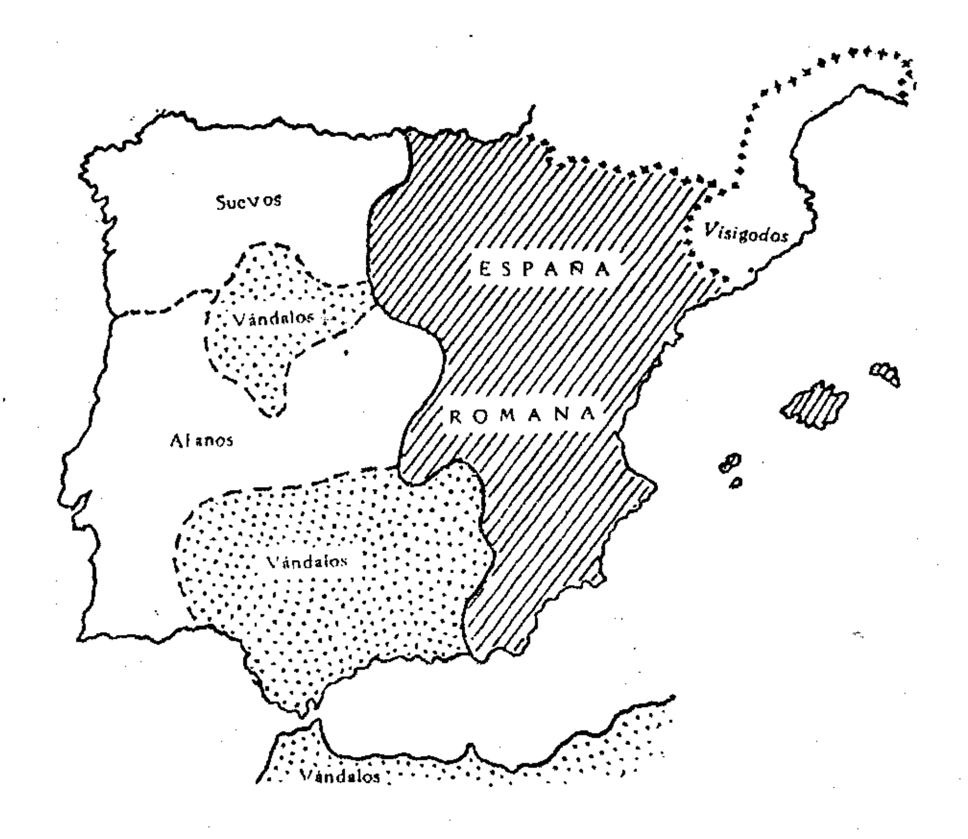
gineses, griegos, romanos—la hicieron civilizada. Las dos siguientes—bárbaros y moros—la hicieron fuerte. Gracias a esto, el español, siendo tan civilizado como cualquier europeo, conserva un fondo primitivo de entereza, que sale a relucir en esos momentos decisivos en que no sirve ya la civilización externa: cuando hay que luchar, sufrir o morir: cuando hay que cristianizar a América o defender a Oviedo o Santa María de la Cabeza, o hay que dejarse matar por Dios, como Víctor Pradera o Ramiro de Maeztu. Nos pasa a los españoles como a nuestras flores y frutas. Las otras de Europa —las rosas de Holanda o las peras de Francia—tienen quizá más lucida apariencia en los escaparates del mundo, donde se enseñan envueltas en papel de seda o con lazos de colores. Pero son sosas y sin olor. En cambio, con menos apariencia, son más "verdad", más honradas, más sabrosas y fragantes, las peras de Galicia, las naranjas de Valencia o las rosas y claveles de Sevilla.

PRIMERA LLEGADA DE LOS BARBAROS

Los primeros bárbaros que entraron en España, fueron los más feroces y destructores. Eran varias tribus que se habían unido para la invasión y entre las que se señalaban como principales los "suevos", los "alanos" y los "vándalos". El nombre de estos últimos se conserva en España para significar todo lo que es destructor y salvaje. Eran hombres altos, fuertes y llevaban, larga, hasta los hombros, la cabellera rubia. Se vestían nada más que con unos mantos de lana; y sus armas eran hachas y espadas, hechas de piedra o de madera. Año 409

Estas tribus feroces ocuparon principalmente la parte de Galicia y Portugal, el Centro y Andalucía, que de

los "vándalos" tomó su nombre "Vandalusía". Un escritor de aquellos tiempos, Idacio, que presenció la invasión con ojos de buen periodista, asegura que entraron destruyéndolo todo y dejando tras de sí el hambre y la ruína.



LOS GODOS

Poco después, entró en España otro pueblo bárbaro: los "godos". Los godos eran la tribu más numerosa de los bárbaros del Norte y también la de costumbres más templadas, pues por ser los situados más al Sur, eran

los que más relación habían tenido con el Imperio romano. Además, la situación de España, última tierra de Europa por el extremo Oeste, era ventajosa, y hacía que a ella llegaran los pueblos invasores, como el agua que viene desde lejos filtrándose al través de las rocas, más puros y amansados.

ATAULFO Y EURICO

Así cuando los godos llegaron a España, no venían ya directamente de sus selvas, sino del Sur de la vecina Francia, que antes habían conquistado, y donde se habían organizado en un reino que quería imitar un poco al Imperio romano. Tenían por rey a Ataulfo, que se había casado con una hermana del Emperador de Roma, llamada Gala Placidia, con el cual tenía hecho tratado de alianza y amistad.

Ataulfo se puede considerar, pues, como el primer rey de España: y estableció su Corte en Barcelona. Era un gran aficionado a las cosas y costumbres romanas. Esto llegó a molestar a los godos, que acabaron por asesinarle.

Sus sucesores, sin embargo, siguieron siendo amigos y aliados del Imperio romano, y a nombre de éste, para reconquistar a España, sostuvieron guerra con los otros bárbaros que dijimos habían entrado en España y que seguían estando por la parte de Galicia y Portugal. Hasta que uno de ellos, el rey Eurico, de gran talento y ambición, decidió romper su alianza con el casi moribundo Imperio romano, y a nombre propio ya, como rey de los godos, conquistó casi toda España. Luego se ocupó de dar leyes y organización a aquel reino, ya grande y fuerte, que no sólo comprendía España, sino una buena parte de Francia.

ESPAÑA ENTRA EN SUS FRONTERAS

Por el lado de Francia, tenían los godos por vecinos a otro pueblo bárbaro llamado los "francos". En este tiempo los francos se hicieron cristianos y su rey, Clo-
Año 496 doveo, se hizo un fogoso defensor de la fe de Cristo. Esto llevó a los francos a atacar a sus vecinos los godos, que no eran católicos, pues seguían creyendo en una de aquellas herejías que dijimos que combatió Osio, el gran obispo de Córdoba; el *arrianismo*. Este ataque de los francos, fué bien recibido por la población romana que vivía sometida a los godos, pues ésta, como sabemos, desde la conversación del Imperio romano, era cristiana también. Los francos, pues, encontraron un aliado, por lo menos de alma y corazón, dentro del mismo reino de los godos, una especie de "quinta columna", y con facilidad vencieron a éstos y los arrojaron de casi todas las tierras que tenían en Francia.

Este suceso es de la mayor importancia, pues a partir de él, España se mete dentro de sí misma y empieza a tener casi los mismos límites que hoy. Antes había sido: primero, un conjunto de tribus sueltas, o sea, *menos que una nación;* luego, con los romanos o bárbaros, *más que una nación:* o sea, parte de un conjunto político que la unía a Francia y se extendía por Europa pues cuando España era romana, Francia y gran parte de Europa lo eran también; cuando era goda, Francia y gran parte de Europa lo eran también. Ahora, replegada a sus límites de hoy, separada ya de Francia, empezaba a ser una nación, una Patria.

LOS BIZANTINOS EN ESPAÑA

La Monarquía de los godos era electiva o sea, que al morir un rey no le sucedía necesariamente su hijo, sino aquel que era elegido por votos por los nobles y los obispos, si bien la elección solía caer en un pariente del rey muerto. Esto trae grandes inconvenientes. Como son muchos los que pueden ser elegidos rey, vienen las conspiraciones y luchas para conseguirlo y se forman bandos o *partidos,* que es de lo peor que le puede pasar a una nación pues, los *partidos* en una nación son como rajas en un cristal.

Por eso, muy a menudo, los reyes godos morían asesinados por otros que aspiraban al trono. Por eso, también, una vez, uno de sus reyes, para que le ayudaran en las luchas de su elección, llamó a España a los griegos de Oriente, llamados "bizantinos", que eran los sucesores del Imperio romano, después que ya éste había sido destruído en Roma. Los griegos vinieron, en efecto, a ayudarle y en premio el rey godo tuvo que concederles tierras para que se quedaran por el Sur de Andalucía. Pero volvió a ocurrir lo que antes dijimos que pasó con los francos. Estos griegos eran católicos y por lo tanto encontraron la mayor simpatía entre la población española romana que vivía sometida a los godos y que era también católica. Ayudados, pues, de ellos, los griegos se pasaron de los límites que les había señalado el rey godo y se apoderaron de bastantes tierras más por Andalucía y el Levante.

Esto hizo a los godos decidirse a afirmar aquella política nacional, de formación de una nación, de una Patria, a la que se veían empujados desde que se habían tenido que separar de Francia y se sentían dentro de

unos límites claros y propios. Acto importantísimo fué el trasladar la capital a Toledo: o sea, a la meseta, al Centro de España. Esto indicaba como el propósito de meterse dentro de sí, para desde el centro dominar toda España y apretarla y unirla: el propósito de huír de las costas, más abiertas a las invasiones e influencias de fuera, y buscar, en la meseta, el corazón y meollo de España.

LEOVIGILDO

Ya estaba situada la capital en Toledo, cuando sube al trono uno de los más famosos reyes que los godos tu-
Año 568 vieron. Se llamaba Leovigildo. Era hombre de gran talento y voluntad y su empeño era este que hemos indicado de unir fuertemente a España. Para esto venció a los otros bárbaros, no godos, que todavía quedaban por Portugal y luchó contra los bizantinos establecidos en Andalucía, logrando, en efecto, dominar en casi toda España. Pero su gran talento le hacía comprender que para lograr una España unida y fuerte, como él quería, no bastaba con unir bajo su poder todas sus tierras: había que buscar también una unión de los hombres mismos que vivían en esas tierras. Su gran acierto estuvo en comprender que esto no podía conseguirlo si no aceptando en gran parte la civilización del pueblo sometido: de los españoles romanos, que eran la mayoría en el país. Para esto adoptó en gran parte las costumbres romanas, dió a algunos de los vencidos cargos en su Corte y él se rodeó de las mismas pompas y ceremonias que los antiguos emperadores de Roma.

Pero su equivocación estuvo en no ver que la civilización romana no era más que lo que unía al pueblo sometido, por fuera. Lo que le unía fuertemente por

dentro, juntando sus almas, era la religión de Cristo. Y en esto la división seguía: pues Leovigildo y sus godos seguían fieles a la herejía arriana. Esto bastaba para hacer inútiles todos los demás esfuerzos para unir las tierras y las costumbres de España. De nada sirve que



dos hombres se unan por fuera y se vistan del mismo modo y vivan en la misma casa, si luego, por dentro, sigue pensando cada uno de modo diferente.

LA GUERRA CON SU HIJO

Pero aquí vuelve a verse, clara, la providencia de

Dios cuidando de España. Uno de los hijos del rey, llamado Hermenegildo, se había casado con una princesa de Francia. convertida ya al Catolicismo. Esto trajo, en la Corte, contínuos disgustos y peleas entre la princesa y su suegra, la mujer de Leovigildo, que era fervorosa arriana. Entonces Leovigildo desterró a su hijo a Sevilla. No pudo hacer nada peor para lo que él iba buscando: pues en Sevilla había un obispo católico, San Leandro, famoso por su virtud y celo, que en unión de su esposa, logró que Hermenegildo recibiese el bautismo.

Y en seguida ocurrió como en el caso de los francos y de los bizantinos: que los españoles romanos se pusieron del lado de Hermenegildo, como católico, y le ofrecieron su ayuda para que en defensa de su nueva Fe, se rebelase contra su padre. Esto produjo una larga y dura guerra entre el padre y el hijo, que no era más que el estallido de la guerra interior que existía entre las almas: entre los godos, arrianos, y los españoles romanos, católicos. Esta guerra acabó con la muerte en Valencia del hijo, que, desde entonces, por haber muerto en defensa de su Fe, es venerado como mártir por la Iglesia con el nombre de San Hermenegildo.

No se cree que Leovigildo tuviera parte y culpa en esta muerte que entristeció sus últimos días y aun parece muy probable que esa pena le llevó, poco antes de morir, a recibir, en secreto, el bautismo.

RECAREDO

Al morir Leovigildo, le siguió, como rey, su otro hijo Recaredo. Este subió al trono con el firme propósito de acabar la obra de unión soñada y empezada por su padre. Pero los sucesos del reinado de éste le habían hecho ver, con gran claridad, qué era lo que faltaba para que

la unión fuera completa. Faltaba unir a godos y españoles en una sola religión. Mientras esto no fuera así, ya estaba visto: en cuanto entraba en lucha con los godos un pueblo o un hombre que fuera cristiano—los francos, los bizantinos, Hermenegildo—, contaba con la simpatía y apoyo de los españoles, y el reino se dividía en guerras y bandos. Todo esto, unido a las súplicas del obispo San Leandro, que no dejaba de predicarle la verdadera Religión, movió a Recaredo a hacerse católico.

En Toledo, con gran solemnidad, recibió el bautismo el rey Recaredo y tras él todos los nobles de su Corte. El Catolicismo pasaba a ser la Religión oficial y única Año 509
de toda España: esto era el año quinientos ochenta y nueve. Aprended esta fecha, porque desde entonces, o sea, desde hace catorce siglos, no ha dejado nunca de ser la fe de Cristo, la religión de España. Aquel día, como si adivinaran toda la gloria que a España aguardaba en la defensa y propagación de aquella Fe, repicaron alegremente las campanas de Toledo y los obispos cantaron gracias a Dios por haber hecho de todos los españoles "un solo rebaño con un solo Pastor".

LOS CONCILIOS DE TOLEDO

Toda esta ceremonia ocurría en el llamado tercer Concilio de Toledo: porque en Toledo, de tiempo en tiempo, se reunían los obispos y los nobles y personas principales, a la vista del pueblo, para decidir sobre los asuntos más graves y esto es lo que se llaman los *concilios de Toledo*.

Estas reuniones trataban al principio casi nada más que de asuntos religiosos; pero luego, a partir de la conversión de Recaredo, empezaron, cada vez más, a ocuparse de todos los asuntos del gobierno de España. Es

natural que así fuera, pues los obispos y sacerdotes era la gente más culta que quedaba en medio del general atraso que había traído al mundo la caída de Roma y la invasión de los bárbaros. Las demás gentes, incluso las clases altas, por lo general, no sabían leer ni escribir: y sólo los sacerdotes conservaban buenas bibliotecas en Toledo y Sevilla.

A partir del Concilio que hemos dicho, donde se declaró el Catolicismo Religión de España, se reunieron en Toledo, en el tiempo de los godos, quince concilios y a ellos se debe que la organización de España se mejorase bastante. Dieron buenas leyes, que hicieron más suaves las costumbres y menos frecuentes las luchas interiores. Moderaron los tributos o contribuciones; y dieron reglas para que la justicia se hiciera con más rectitud.

SAN ISIDORO DE SEVILLA

Además, los hombres de la Iglesia, obispos y sacerdotes, como los únicos hombres cultos de la época, son los que salvaron los restos que quedaban de la cultura de Roma. Esta tarea la cumplió, sobre todo el gran Isidoro, que fué arzobispo de Sevilla, a la muerte de San Leandro. Fué el hombre más sabio de su época y escribió una cantidad enorme de libros, siendo el más famoso el llamado las *Etimologías*, donde trató de conservar todo cuanto se sabía en aquel tiempo y cuanto quedaba de la antigua cultura clásica de los griegos y los romanos. Si San Isidoro no hubiera escrito sus libros, muchas cosas se hubieran perdido y olvidado para siempre. Sus libros son como un puente colocado sobre ese torrente destructor que fué la invasión de los bárbaros. Si él no hubiera hecho ese puente, muchas cosas se hu-

bieran quedado al otro lado sin llegar a nuestros días. Por eso durante seis siglos, hasta la época de Santo Tomás, fueron los libros de San Isidoro, la base y fundamento de la sabiduría de toda Europa, así en los asuntos religiosos como en todos los demás. Durante todos esos siglos, los alemanes y los franceses aprendían en esos libros, escritos en Sevilla, todo lo principal de la doctrina de Cristo y de la ciencia de los hombres antiguos.

LA IGLESIA GODA UNE AL CRISTIANISMO. LA CULTURA CLASICA

Esa gran influencia de la gente de la Iglesia, como única culta, tuvo también una gran ventaja y fué que unió en una sola mano los dos elementos que formaban la sabiduría de entonces y que son esas dos que hemos dicho: la doctrina de Cristo, por una parte, y por otra la ciencia de los antiguos griegos y romanos. La unión de estas dos cosas es lo que había de formar y definir la civilización europea. Y esa unión y mezcla no estaba aún bien hecha, porque los romanos se habían convertido al Cristianismo poco antes de llegar los bárbaros y no había aún tiempo de poner bien de acuerdo la nueva Fe con lo aprovechable de la antigua sabiduría. Este acuerdo y mezcla lo hicieron, en mucha parte, sobre todo, los obispos españoles de aquella época con San Isidoro a la cabeza. Ellos le dieron a España lo que todavía le faltaba para ser una Patria verdaderamente "una": un modo único de pensar: cristiano de fondo, con todo lo aprovechable de los godos y de los romanos.

Desde entonces fué España ya "una", por dentro y por fuera. Así lo comprendía San Isidoro cuando la di-

rigía los primeros piropos que se han echado a España como a una Patria propia, única e infundible: "¡Oh España: tú eres la más bella de todas las tierras!... Tú eres tierra bendita y madre de numerosos pueblos. De tí reciben la luz el Oriente y el Occidente"...

Lo de llamarla "madre de pueblos" y decirla que envía su luz "a Oriente y Occidente", parece ya casi exagerado para aquel momento en que España estaba metida dentro de sus fronteras y apenas acababa de hacerse a sí misma. Casi parecen estas palabras profecía e inspiración de Dios, como si entusiasmado el gran Santo de Sevilla por aquel gran suceso de la conversión de Recaredo, adivinara la futura grandeza de aquella España que nacía: el descubrimiento de América y sus grandes empresas para propagar la Fe por todos los pueblos. A ver nacer ante sus ojos la "España una", el gran Arzobispo adivinaba, como en sueños, la "España grande".

IV

Los godos desde Recaredo hasta don Rodrigo

PRIMER ENEMIGO DE LA UNIDAD DE ESPAÑA: LOS ARRIANOS

PERO todavía antes de llegar a esa futura grandeza, tuvo España que luchar mucho por su unidad. Todo el trabajo de los reyes godos que reinaron después de Recaredo, va encaminado a lo mismo: a procurar por todos los medios que España siguiera unida.

Para esto se ven obligados a luchar con numerosos enemigos: en primer lugar, con el partido arriano, que no quería aceptar la nueva religión católica y continuamente hacía esfuerzos para volver a implantar la antigua herejía. También lucharon con los griegos bizantinos que quedaban todavía por el Sur de España y que fueron, al fin, definitivamente barridos.

SEGUNDO ENEMIGO: LOS JUDIOS

Otro enemigo de la unidad de España que preocupó también a los reyes sucesores de Recaredo, eran los judíos. Había en España gran cantidad de ellos y gozaban de gran preponderancia, ocupando muchas veces los

cargos públicos. Como los judíos no tienen patria propia y andan errantes por el mundo, donde quiera que abundaron históricamente formaron entre ellos como una nación encima de la otra en que están. Esto llegó a alarmar a los reyes godos, que veían, con miedo, la gran cantidad de judíos que había en España y el mucho poder que tenían.

Había sobre todo en España un peligro constante que preocupaba a los reyes. Este peligro eran los moros y árabes, pueblo guerrero y conquistador que se había apoderado, hacía poco tiempo, del Norte de Africa. El Norte de Africa está demasiado cerca del Sur de España: Sólo separado de él por el Estrecho de Gibraltar. Era peligroso tener tan cerca unos vecinos tan inquietos, conquistadores y poderosos como eran los árabes, que venían desde muy lejos ganando tierras. Y este peligro aumentaba el recelo que los reyes tenían de los muchos judíos que andaban por España, pues sabían que, en el fondo, por el gran odio que tenían a todo lo cristiano, los judíos eran buenos amigos de los árabes y podían convertirse en aliados suyos para ayudarles, un día, a pasar el Estrecho.

Estas razones son las que movieron al rey Sisebuto a dar una ley echando de España a los judíos que no se bautizaran. Se ha acusado mucho a este rey de fanatismo e intransigencia católica, por haber dado esa ley contra los judíos. Pero la verdad es que la dió, no por motivos religiosos, sino políticos. Echó a los judíos no por su religión: los echó como echaríamos de nuestra casa a un huésped que supiéramos que era más amigo del vecino que no de nosotros mismos; sobre todo, si supiéramos que ese vecino tenía intención de asaltar nuestra casa. ¿Quién nos dice que ese huésped no va a ayudar, un día, secretamente, a su amigo el vecino,

contra nosotros?... Y la prueba de que fué esto el motivo de echar a los judíos y no su religión, está en que la Iglesia no tomó parte para nada en esa decisión del rey y, por el contrario, San Isidoro de Sevilla, que vivía todavía, protestó de la ley y la consideró poco conveniente

En efecto, la ley de Sisebuto, lejos de dar el resultado deseado, empeoró la cuestión. Pues los judíos que obedecieron a la ley, salieron de España y se fueron precisamente al Norte de Marruecos, con los moros: y los demás se hicieron cristianos de nombre y recibieron el bautismo sin creer en él; continuando, por dentro, tan judíos como antes. Lo que se consiguió, pues, fué que hubiera ahora judíos a un lado y otro del Estrecho, y que la comunicación entre los judíos de España y los moros fuera más fácil y contínua. Desde entonces empezó a existir en España una verdadera organización de espionaje al servicio de los futuros invasores árabes. El peligro había aumentado, lejos de disminuir.

TERCER ENEMIGO: LAS ELECCIONES Y LOS PARTIDOS

Del mismo deseo de buscar y asegurar la unión de toda España, nace también otro de los esfuerzos políticos que ocupó a varios de los sucesores de Recaredo: el esfuerzo por hacer que la Monarquía se convirtiera en hereditaria, o sea, que a la muerte de un rey le siguiera en el trono, siempre, su hijo mayor y no, como ahora venía ocurriendo, el pariente que se eligiera por votos. Ya dijimos que esto ocasionaba contínuamente luchas, bandos y partidos, por los muchos que querían

ser elegidos. Un romance viejo, de los que cantaban nuestros antepasados hace cinco siglos, contaba este estado de cosas, con estas palabras:

> En el tiempo de los godos
> que en Castilla rey no había
> cada cual quiere ser rey
> aunque le cueste la vida.

Todo esto se quería evitar con el sistema hereditario: en el que sabiéndose automáticamente que el hijo mayor será el rey sin que ningún otro pueda aspirar a ello, hay menos bandos y ocasión para luchas. Y el mismo rey puede ser más imparcial y justiciero, puesto que a nadie le debe el favor de haber sido elegido, sino a Dios, que le hizo nacer hijo del rey.

Pero, naturalmente, estos esfuerzos de los reyes para que heredasen el trono sus hijos, desagradaban a los nobles y parientes suyos, que se veían de este modo privados del derecho que antes tenían de poder ser elegidos ellos. En torno, pues, a esta cuestión, los nobles lucharon contínuamente contra los reyes, sublevándose y formando bandos y tropas para combatirles. Los reyes se vieron obligados, a menudo, a castigar duramente a grandes penas a los nobles que se iban al extranjero para buscar apoyos en su lucha contra el rey. Porque esto ocurría con lamentable frecuencia y era uno de los desastres, no pequeños, de aquel sistema de elección. Ya vimos cómo para ayudar en su elección a un rey, vinieron a España los griegos de Oriente, que se quedaron, luego, en sus tierras varios siglos. Y todavía veremos después cómo un bando de nobles, descontentos por otra elección de rey, ayudó, más tarde, a los moros en su venida a España.

CUARTO ENEMIGO: LA DIVISION DE RAZAS

Todavía quedaba en España un gran motivo de desunión que preocupaba a los sucesores de Recaredo. En España vivían dos razas o pueblos distintos, por un lado, los godos; por otro, los españoles-romanos. Esta división se señalaba mucho porque tenían unos y otros leyes distintas y les estaba prohibido casarse entre sí. Varios reyes se ocuparon de este problema y levantaron esa prohibición. Uno de ellos, Recesvinto, hizo ley nueva, distinta de la de unos y la de otros, que es la que se llama el *Fuero Juzgo:* considerado en su época como el mejor Código que había en el mundo.

EL REY VAMBA

A pesar de todos estos esfuerzos de los reyes, se veía que el poder de los godos se acercaba a su fin. Las revueltas y luchas interiores eran contínuas; los reyes acababan muchas veces destronados o asesinados; el país estaba lleno de vicios, lujos y escándalos.

El último gran rey que los godos tuvieron, fué el llamado Vamba. Señal de lo mucho que le quisieron y del gran amor con que guardaron su recuerdo, es que este es el primer rey godo del que hablan los romances viejos. Los romances viejos son como la Historia de España popular y poética; y en éllos, al cabo de muchos siglos, se cantaban todavía, de puerta en puerta, al son de la guitarra, las cosas de este famoso rey.

Según los romances, Vamba era un hombre sencillo y modesto, que no quería ser rey. Cuando fueron a decirle que había sido elegido, se lo encontraron en sus

tierras, arando. Se quedó asombrado de su elección y no quería de ningún modo aceptar la corona.. Decía que antes que ser él rey echaría flores el palo que llevaba para arrear a sus bueyes. Pero al decir esto, milagrosamente, el palo se llenó todo él de flores, como si fuera la rama de un almendro. Entonces, Vamba, agachó la cabeza y aceptó. El romance describe la gran solemnidad de la coronación. El rey llevaba muy bien peinada la gran melena rubia y vestía un traje morado bordado de alcachofas de plata. Detrás venía la reina.

La Reina, de tela verde—lleva una saya bordada.
El cabello suelto, al viento,—por la mitad de la espalda.
Cuando llega su caballo—cubren el patio las damas
de flores y bendiciones—y de grandes voces altas.

Todo esto es leyenda y cuento; pero indica lo mucho que los godos quisieron a este rey. De él se sabe que tuvo que luchar con casi todos los enemigos, bandos y partidos que hemos visto que venían desuniendo a España, a pesar de los esfuerzos de los reyes. Tuvo que luchar por el Norte de España, con una sublevación de nobles, la más importante que hasta entonces había habido. Logró vencerla y coger prisioneros a sus jefes. Tuvo que luchar también con el partido arriano, que no dejaba sus pretensiones de desquite, castigando con gran energía a los revoltosos.

Además, en su tiempo, los moros intentaron, por primera vez, pasar el Estrecho. Llegaron hasta la costa de España con bastante tropa y barcos; pero los soldados del rey Vamba lograron rechazarlos, matando a muchos y echándoles bastantes barcos a pique. Parece ser que no fueron ajenos a esta intentona, los partidos de

nobles, que eran enemigos del rey y querían destronarle.

Como casi todo su reinado lo tuvo que pasar Vamba en luchas y guerras, se ocupó de mejorar el Ejército, que andaba muy descuidado y flojo: y dió leyes en las que se establecía una especie de "servicio militar obligatorio", o sea, el mandato, bajo graves castigos, de que todos los hombres del reino acudieran a la guerra.

Con todo esto, el pueblo le quería y veneraba mucho; pero los nobles no paraban de tramar conspiraciones contra él. Hasta que, al fin, una sublevación dirigida por un pariente suyo, que quería ser elegido rey, logró quitarle el trono, a los ocho años de reinado.

EL REY DON RODRIGO

Durante el tiempo de los sucesos del rey Vamba, era cada vez mayor la decadencia del poder de los godos. Aumentaban las luchas y divisiones: y se hacían las costumbres cada vez más escandalosas y libres. Durante este tiempo, los moros volvieron a intentar en varias ocasiones entrar en España, y ya se vió clara y descarada la ayuda que para ello le prestaban los judíos. En estos varios intentos fueron vencidos. pero ya se veía que no abandonaban su propósito.

Así llegó el momento en que fué elegido el último rey de los godos, llamado Don Rodrigo. Las malas ocasiones que traían inquietos a los reyes anteriores, a pesar de los esfuerzos de éstos por variarlas, seguían igual. Los judíos habían vuelto a España libremente. la Monarquía seguía siendo por elección y naciendo de aquí bandos y partidos. Estos dos elementos, como se temía, son los que al fin, trajeron la ruína de los godos.

EL CONDE TRAIDOR

La leyenda cuenta que el rey Don Rodrigo abusó, en su Corte de Toledo, de una dama de las más bellas, que se llamaba Florinda, la Cava, y que era hija del Conde Don Julián, gobernador de Ceuta, plaza del Norte de Africa, que era de los godos. Entonces éste, para vengarse del rey, se entendió secretamente con los moros del Norte de Africa y les ayudó para que se pasaran a España.

Este cuento parece inventado para cubrir de flores y hacer más poético el desastroso fin del poder de los godos en España. Pero no es preciso recurrir a él para explicarse este desastre, que se debió a motivos bien claros, conocidos y ya previstos.

En efecto, la traición del conde Don Julián, sin necesidad de tener que vengar a ninguna hija, se explica perfectamente. Era gobernador de Ceuta: tenía, pues, al lado a los moros de Marruecos, y podía comparar el poder de aquellos hombres fuertes que eran servidores del Califa de los árabes, dueño entonces casi de la mitad del antiguo Imperio romano, con el poder de los godos, cada día más débil y caído. Además, como hemos visto, los nobles godos eran cada vez más rebeldes al rey: y no era ésta la primera vez que acudían a los extranjeros para que les ayudasen contra los reyes. Además, finalmente, Ceuta y todo Marruecos estaban llenos de judíos que aconsejaban secretamente a los moros que viniesen a España y que seguramente darían iguales consejos al conde Don Julián.

Ello es que el conde ayudó a los moros a formar un ejército, en el que había, además de los moros, algu-

nos godos traidores, que al mando del moro Tarik y del mismo Don Julián, atravesó, al fin, el Estrecho y se apoderó rápidamente del Peñón de Gibraltar y de Algeciras. Los invasores tomaron, sin perder tiempo, el camino de Córdoba. Pero Don Rodrigo había logrado reunir un ejército de unos veinticinco mil hombres, bastante mayor que el de los moros, y los alcanzó no lejos de Algeciras, a orillas de la laguna llamada de la Janda.

Allí se dió una de las batallas más importantes y decisivas de la Historia de España, que es la que se suele llamar "batalla del Guadalete". Al principio iba Don Rodrigo alcanzando la victoria, pues tenía muchos soldados más. Pero hacia la mitad de la batalla, uno de los nobles que peleaba al lado del rey godo, el obispo Don Opas, que partenecía a un partido de los que habían salido descontentos cuando la elección de Don Rodrigo, le hizo traición a éste y se pasó al lado de los moros. Aquí aparece ya el otro motivo de ruína y desastre que ya veníamos señalando: los partidos y desuniones a que daban lugar la elección de los reyes. Ellos contribuyeron a darle a la España de los godos el golpe mortal. La traición de Don Opas fué decisiva. Al ponerse al lado de los moros, los soldados de Don Rodrigo se vieron con la retirada cortada. El pánico se extendió entre ellos rápidamente y tirando las armas huyeron por todas partes.

LA ESPAÑA GODA SE DERRUMBA

Ni los mismos moros se dieron cuenta en el primer momento que aquella victoria iba a tener una importancia tan decisiva e iba a ser el principio del dominio

casi total de España, que iban a conservar muchos siglos. Ellos habían entrado en España, en poco número, y en realidad no con el proyecto de conquistarla toda, sino de ayudar a aquellos godos descontentos y en premio conseguir algunas tierras por el Sur de España. La prueba de que no intentaban otra cosa, es que en el primer momento, ni siquiera se apoderaban del gobierno de las ciudades que iban conquistando, sino que se las entregaban a los godos traidores y sobre todo a los judíos. Fué, luego, a medida que se entraban en España, cuando comprendieron la debilidad de aquel podrido poder de los godos y se dieron cuenta de que se deshacía con facilidad, en sus manos, como una bola de arena. La conquista de España se les vino a las manos casi sin pensarla ellos mismos.

Fué esta tan rápida, espantosa e inesperada, que los viejos romances han conservado de ella un recuerdo, como de un gran terremoto o huracán. Cuentan aquella catástrofe rodeándola de signos milagrosos, como los que cuenta el Evangelio que se vieron al morir Cristo en la Cruz. Pretenden que la tierra tembló, que aparecieron cometas, que los perros aullaron y las serpientes silbaron en sus cuevas...

Pero yo prefiero a todos estos cuentos, la pintura más real y viva que hace un cronista moro, con exactitud de periodista, de cómo, ya de noche, después de la gran batalla, se vió galopar solo, por el campo, dando tristes relinchos, el caballo blanco de Don Rodrigo, con su espléndida montura de seda de oro, bordada de rubíes y de esmeraldas... Se ve que aquellos duros jinetes moros, se asombraban de la riqueza de aquella silla de montar que el rey godo llevaba a la guerra. Y esa era la catástrofe. La España goda no moría por ningún milagro extraño, ni por ningún cuento de bellas Floriñ-

das: moría por el oro y las piedras preciosas de la montura del rey: por el lujo, por el vicio, por el escándalo. Las grandes catástrfes de la Historia son siempre castigos que Dios envía a los pueblos por sus grandes pecados.

VII

Principio de la dominación árabe y de la reconquista cristiana

LA RECONQUISTA DE ESPAÑA

EL primer empuje de los nuevos invasores moros y árabes, después de la victoria de la Janda, fué casi lo que puede llamarse "un paseo militar". En algunos sitios aislados, como Sevilla o Mérida, encontraron resistencia; pero faltaba un plan de conjunto y estos focos eran fácilmente vencidos.

Tan brillante fué aquella primera entrada militar de Tarik, que al año siguiente, su jefe superior, Muza, gobernador de Africa, vino en persona a España para continuar la conquista: pues en vista del magnífico resultado de aquel primer ensayo, los moros habían agrandado sus propósios y ambiciones sobre España. Los que habían entrado con la idea de ayudar a los godos descontentos, soñaban con apoderarse para ellos de toda aquella tierra que se les venía a las manos.

Muza trajo un ejército ya más numeroso y más escogido. La base principal de ese ejército era la caballería. Los moros tenían caballos excelentes y ligeros y acostumbrados a las largas caminatas del desierto, solían ser magníficos jinetes. Por eso su caballería traía a España un nuevo modo de combatir, en el que la defen-

sa del jinete se basaba en la velocidad de su embestida, y no, como entre los cristianos, en las corazas y mallas protectoras que, con su mucho peso, hacían más lento el paso el caballo.

Cuando entraban en batalla, los moros colocaban sus tropas de este modo: delante, unas primeras filas de arqueros que tiraban de rodillas; detrás, otras líneas de arqueros que tiraban de pie sobre las cabezas de los anteriores; y detrás, protegida por éstos, la caballería. Cuando los arqueros, con un intenso tiroteo de flechas, veían quebrantado al enemigo, se abrían, de repente, hacia los lados, y entonces la caballería, a gran velocidad, pasaba entre ellos y caía sobre el ejército contrario.

De este modo las tropas de Muza, unidas ya a las de Tarik, se extendieron con rapidez y facilidad por gran parte de España y lograron, a los los años de la batalla de la Janda, entrar en Toledo, la antigua capital de los godos.

La resistencia, en realidad, seguía siendo casi nula. Los godos, como antes dijimos, no tenían ya fuerza para nada; y en cuanto a los españoles-romanos, como no eran más que un pueblo sometido de mala gana, no sentían gran deseo de defender el reino godo y les daba lo mismo cambiar de amos y someterse a los nuevos invasores.

Por eso los moros y árabes corrieron tan fácilmente sobre España, que llegaron, con los sucesores de Muza, Hasta los Pirineos y soñaron con meterse por Francia; pero allí fueron detenidos y vencidos por el rey francés Carlos Martel.

EMPIEZA LA RESISTENCIA CRISTIANA

Unicamente quedaba, pues, en España, sin pisar por los moros, algunos puntos del Norte, en Asturias, Navarra y Aragón, donde, a favor de lo quebrado del terreno, se habían refugiado grupos de fugitivos godos y españoles. De estos puntos arrancan, a los dos años de la entrada de los moros, los primeros esfuerzos para volver a ganar la España tan desastrosamente perdida. Eso es lo que se llama la *reconquista*. Y ya desde ahora llamaremos a los hombres que van a acometer esta empresa y llevarla a cabo durante ocho siglos, sencillamente *españoles:* pues los godos y españoles-romanos refugiados en aquellos montes del Norte de España, ante el peligro común y el común enemigo, pronto se unieron apretadamente, desapareciendo toda huella de la antigua división de razas. Lo que durante tantos siglos no habían podido conseguir los esfuerzos de los códigos y los reyes godos, lo consiguió en seguida la realidad viva de la guerra y la urgencia de salvar a España.

COVADONGA

El principal núcleo de resistencia y el primero que dió gloriosa señal de vida, fué el de Asturias. Ocupaban un corto espacio de terreno en la parte más montañosa de aquella región y había elegido rey a un noble de notables prendas y señalado valor, llamado Pelayo. Este se había mantenido, en un principio, a la defensiva, hasta que viéndose acorralado por un ejército moro muy superior al suyo, con el que venía aún el obispo traidor Don Opas, se decidió a darle la batalla. Pelayo se refugió con su gente en la cueva de Covadonga, que

está situada en la ladera de una altísima montaña muy empinada, en cuya cima colocó otro grupo de sus escasos soldados. Los moros, que por la rapidez y facilidad de aquellos dos años de conquista, se habían figurado ya que nada podía detenerles, intentaron atacar de frente a los españoles, desde el hondo valle que corre delante de la montaña que decimos. Pero aunque los españoles eran muchos menos, su posición era mucho más ventajosa. Desde la cueva y desde la cima de la Año 718
montaña, disparaban sus flechas sobre los moros del valle con gran seguridad, mientras éstos tiraban inútilmente las suyas, hacia arriba, contra la montaña. Como algunas, rebotando sobre las peñas, volvían a caer sobre los mismos moros, y como otras de los cristianos, salían del fondo de la gruta, sin que se vieran a los tiradores, los llegaron a creer, según parece, que una fuerza milagrosa hacía que sus propios disparos se volvieran contra ellos. Empezó con esto a correr el desconcierto y el pánico. Se unió a ello, probablemente, una fuerte tormenta que se desencadenó y que rápidamente convirtió en torrente el valle o desfiladero donde estaban los moros y por el que desaguaban las vecinas sierras. Ello es que el ejército moro fué totalmente deshecho, retirándose en desorden los pocos que quedaron vivos.

En memoria de esta gran victoria de Covadonga, que es la primera que señala la reacción cristiana y la voluntad de recobrar a España, se alza hoy en aquel lugar una hermosa basílica, donde se venera a la Santísima Virgen. Gracias a esta victoria, el núcleo español de Asturias pudo asegurarse y ensancharse con los sucesores de Pelayo, sobre todo con Alfonso I. Antes de acabar el siglo VIII, se llegó a situar su capital en Oviedo: plaza inmejorablemente situada para la defensa.

LOS SUCESORES DE PELAYO

En realidad, los sucesores inmediatos de Pelayo no tuvieron un plan fijo y continuado de reconquista. Se limitaron a hacer excursiones militares aisladas por tierras de Galicia y León; pero generalmente volviendo a sus bases de Asturias, sin conservar las plazas o tierras a donde llegaban.

Por su parte, los moros, después del escarmiento de Covadonga, tampoco presentaban batalla a los cristianos de Asturias. La orden del Califa de Damasco, el lejano emperador a que los moros obedecían, era no sobrepasar la línea a que habían llegado en el primer empuje Tarik y Muza. Los moros, pues, se habían replegado, por debajo del río Duero, a una línea que es fácil de ver en el mapa y que iba desde Guadalajara a la altura de Toledo, hasta Coimbra en Portugal. Y como por su parte los españoles se mantenían en la faja de tierra pegada al mar Cantábrico, entre unos y otros quedaba un gran espacio de tierra libre y deshabitado, que no era ni de unos ni de otros y que por esto se llamaba el *Gran Desierto*. Esta situación se prolongó casi igual durante los tres primeros siglos de la dominación mora, o sea, del ocho al diez. Por eso esa franja de tierra, deshabitada y sin cultivar durante tanto tiempo y arrasada continuamente por las embestida de uno y otro bando, conserva hoy todavía, en su pelada desnudez, la huella de aquellos días terribles. La famosa aridez de aquella parte de Castilla, no es sólo un resultado del clima crudo. Es también, sobre el pecho de España, como una gloriosa cicatriz.

LOS DEMAS NUCLEOS DE RESISTENCIA ESPAÑOLA

Mientras esto ocurría por el Extremo Norte y Oeste de España, o sea, por Asturias y Galicia, aparecían también otros núcleos de resistencia en el Norte, hacia el Centro, por Navarra y Aragón, cuyos primeros pasos son menos conocidos. Al mismo tiempo, por el extremo Oeste, donde los moros habían llegado hasta la frontera misma de Francia, los habitantes de esta nación, o sea, los "francos", habían luchado con ellos y habían logrado arrojarlos hasta más allá del río Ebro. En la tierra española comprendida entre este río y los Pirineos, habían formado una provincia o condado, dependiente de Francia. Pero bien pronto los condes que mandaban en estas tierras se declararon independientes. Así nació en Cataluña un nuevo núcleo de resistencia española, que en unión de los de Aragón, Navarra, Asturias y Galicia, completaban la estrecha faja de tierra que, ocupando todo el Norte de España, de mar a mar, había de ser la base de la reconquista.

Toda esta faja de tierra era igualmente española: toda élla estaba poblada por la misma gente—los antiguos godos y españoles-romanos, ya unidos y mezclados fuertemente—y toda élla tenía un mismo y único afán y porvenir. bajar hacia el Sur para recobrar a España. Las divisiones, pues, que separaban la estrecha faja, eran puramente impuestas por la incomunicación del terreno y por las necesidades de la guerra que agrupaba en torno de unos mismos jefes y de una misma organización, cada masa de hombres que tenía un mismo y definido terreno para operar. Aquellos primeros nú-

cleos, base de los diferentes reinos que durante siglos existieron separados en España, fueron al principio como los varios "cuerpos de ejército" de una misma nación, que pelean en una misma guerra.

VIII

La época brillante de los árabes

ÁRABES Y MOROS

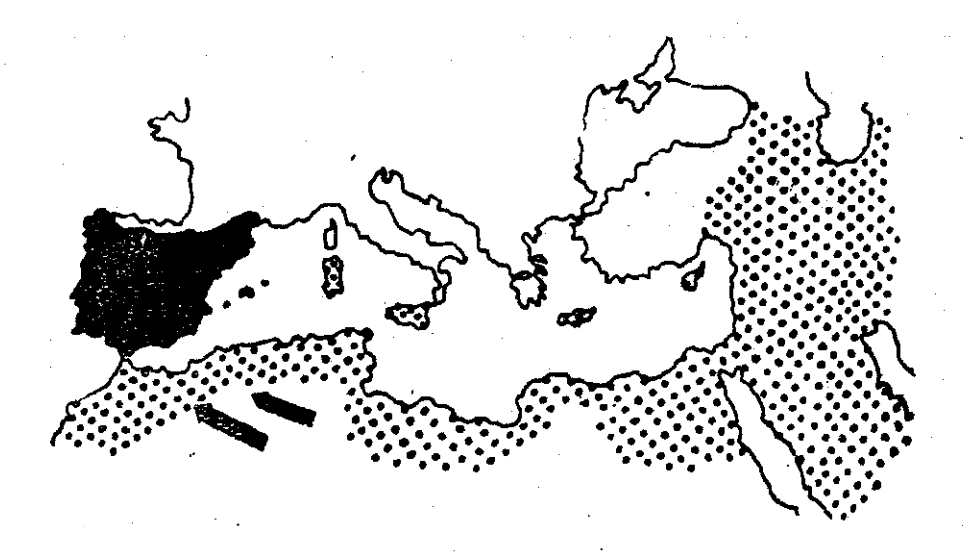
¿QUÉ ocurría, mientras tanto, en todo el resto de España, que seguía dominada por los invasores moros?

Ante todo, hay que apartar la idea, demasiado simple y fácil, de que en el resto de España, los moros victoriosos habían sustituído totalmente a los españoles derrotados y que España había quedado dividida en dos campos, frente a frente: una faja española al Norte y una nueva España mora que ocupaba todo el resto.

Para darse bien cuenta de la situación verdadera de todo ese resto de España, hay que empezar por tener en cuenta que la invasión la habían realizado unidos dos pueblos totalmente distintos: uno, los árabes, que procedían de Asia, donde eran los súbditos directos del Califa de Damasco, y que hacía relativamente poco tiempo que avanzando en sus conquistas, habían llegado al Norte de Africa. Y otro, los bereberes o propiamente "moros", que es el pueblo que ya estaba, antes que ellos, desde siglos, en el Norte de Africa y que al llegar los árabes se habían unido a ellos y aceptado su religión, que era la de Mahoma. Juntos ambos pueblos, hicieron la conquista de España; pero siendo, desde el

primer momento, mucho más numerosos los moros que los árabes. En el ejército de Tarik, que era de unos doce mil hombres, apenas trescientos eran árabes. Los demás, salvo algunos godos traidores, eran moros todos.

Ahora bien, estos moros o habitantes de la Mauritania en el Norte de Africa, eran, como ya dijimos en un capítulo anterior, del mismo tronco y la misma familia que los primitivos "iberos": base de la población es-



pañola. Cuando en los tiempos más primitivos los iberos pasaron de Marruecos a España, atravesando probablemente el Estrecho por un arrecife de rocas, aquello fué como una primera invasión de los moros, semejante a ésta de ahora: con la sola diferencia de que aquellos moros se quedaron en España y mezclándose luego con los pueblos que invadieron ésta, sobre todo con los romanos, llegaron a formar el pueblo español...

Al llegar ahora, pues, estos moros, a pesar de las

enormes diferencias ya existentes de civilización y religión, no dejaron de encontrar en los españoles un cierto carácter común, como un cierto lejano "aire de familia", que facilitó las relaciones entre unos y otros.

Los moros invasores, además, no eran un pueblo que se viniese a España trayéndose, como un carro de mudanzas, sus casas y sus mujeres. Era un pelotón de soldados que se entró por España, solo, sin más que sus armas y sus caballos, y sin otro plan al principio que pelear en élla una temporada. Al decidir, luego, quedarse en élla, aquellos invasores que no traían mujeres propias, empezaron necesariamente a casarse con mujeres del país, con españolas. El mismo hijo de Muza parece ser que se casó nada menos que con la viuda—por lo visto, alegre—del rey Don Rodrigo. Los hijos, pues, de los moros invasores tenían ya media sangre mora y media española. Así a las pocas generaciones, los moros de España, aunque conservaran toda la apariencia externa de moros, eran casi totalmente españoles de sangre y de raza.

Este hecho, desconocido para muchos, explica muchas cosas. Explica ante todo, la relativa tolerancia que en muchas ocasiones los moros tuvieron en España, para con los cristianos, y que permitió el nacimiento de los llamados "mozárabes", o sea, españoles cristianos que vivían tolerados en el territorio que dominaban los moros. Ya veremos que no faltan momentos de terrible intolerancia y crueldad. Pero de todos modos no cabe duda que el mandato del lejano Califa, que decía: "devorad a los cristianos y que vuestros tros hijos devoren a los suyos, hasta que no quede ninguno", se había debilitado mucho, con la distancia, hasta llegar a España. En España hubo épocas largas en que en las ciudades gobernadas por los moros, la

mayoría de la población era española, se hablaban por igual las dos lenguas y los cristianos conservaban sus iglesias y sus escuelas.

MUCHAS COSAS QUE LLAMAMOS ARABES O MORAS, SON ESPAÑOLAS

Y la civilización de esta España mora, que llegó, como ahora veremos, a ser la más brillante y famosa de la época, no debe llamarse, como es corriente, árabe, sino "española", porque española era la mayor parte de la gente que la produjo y originales y propias son todas sus cualidades. En realidad, los árabes no produjeron una civilización absolutamente propia en ninguna parte de las muchas tierras que llegaron a poseer. Donde aparece bajo su dominio una civilización brillante, es porque ya existía en el país dominado un fondo de civilización que es el que la crea y sostiene. Así en España casi todo lo que se suele llamar "árabe", son cosas españolas y originales, iberas de origen y raíz. Así el "arco de herradura", que ya existe en iglesias españolas del tiempo de los godos; así el cante y el baile andaluz, que vienen seguramente de los bailes y los cantos, ya famosos, de aquellos primitivos españoles de Tartesos. Y si en el Norte de Africa, en Marruecos, se encuentran cosas muy parecidas a estas de España, no es porque los moros las trajeran aquí, sino por ese fondo común y de familia que tenían todos los españoles de uno y otro lado del Estrecho: o sea, los iberos y los moros.

ABDERRHAMAN I

Lo que había, pues, frente a la faja española del

Norte, no era una España poblada de árabes y moros: era una España poblada de españoles, con unas gotas de sangre mora por dentro y por fuera su apariencia y modo de vivir.

Ya se comprende, pues, que esa España, más española que mora, mantenía de un modo muy débil su obediencia al lejano Califa de los árabes y sólo necesitaba que apareciese un jefe de carácter decidido, para romper ese lazo y hacerse independiente.

No tardó en presentarse la ocasión. Pocos años después de la conquista de España, la familia imperial que venía ostentando el Califato de los árabes, los Omeyas, fué destronada y vencida allá en Asia, por otra familia poderosa que se apoderó del mando: los Abasidas. Los miembros de la antigua familia de los Omeyas, fueron cruelmente perseguidos por los usurpadores; pero uno de ellos, el joven Abderrhamán, logró escaparse y esconderse durante algún tiempo, hasta que un día descubrieron su escondite y tuvo que escaparse a toda prisa, llevando con él su hermano menor de trece años. Perseguido por sus enemigos, se vió obligado a echarse a un río y atravesarlo a nado; pero su hermano, más niño, no pudo seguirle y cuando llegó Abderrhamán a la otra orilla, salvo, vió cómo en la de enfrente sus perseguidores le cortaban la cabeza a su hermano.

Guardando en su corazón un profundo odio y deseo de venganza, anduvo durante bastante tiempo escondiéndose como un vagabundo, por diversos países, hasta que vino a dar en Marruecos: la eterna antesala de España. Allí oyó hablar de ésta y de la situación en que sa hallaba, todo lo cual le hizo concebir un propósito audaz. La España árabe estaba en aquellos días agitada de enormes divisiones internas. Los sucesores de Muza

no habían logrado crear un poder fuerte y sus dominios estaban rotos en bandos y partidos. Abderrhamán juzgó que era una ocasión admirable para presentarse en España y con el prestigio de su nombre y su casta imperial, hacerse aclamar *emir*, o sea, jefe único.

No se equivocó en sus cálculos. El cansancio de tantas luchas y divisiones, el orgullo de tener por jefe un Omeya, o sea, un descendiente de los califas de Damasco, obró pronto el milagro. La España árabe aceptó el mando de Abderrhamán y éste, con gran aplauso del pueblo se declaró en Córdoba *emir* único de toda élla, sin depender para nada de los califas usurpadores de Oriente.

Por fin, la España árabe tomaba la forma y apariencia de una nación unida bajo un mando único y fuerte. Esto parecía, a primera vista, un grave peligro para la débil y estrecha faja española del Norte. Pero, en realidad, la unidad y fortaleza de aquella España árabe era más aparente que real y Abderrhamán, lejos de ocuparse en atacar a los cristianos, tuvo que dedicarse a someter contínuas rebeldías interiores.

Abderrhamán era un hombre ancho, fuerte, de estatura gigantesca y con el pelo rubio, casi colorado. Era un árabe puro, que, con su gran inteligencia, comprendía que aquellos hombres ágiles y morenos que le rodeaban, españoles y moros, formaban un pueblo bien distinto de sus compatriotas de Oriente. Se sintió siempre como desterrado en una tierra extraña: veía perfectamente que aquella tierra que le rodeaba, aun teniendo un barniz árabe y moro, seguía siendo española. Abderrhamán, como muchos árabes, escribía versos, y en algunos que se han conservado, se advierte perfectamente esta sensación de destierro que confirma cuanto acabamos de decir sobre la España mora. Así en uno

de ellos se dirige a una palmera de sus jardines y le dice: "¡Oh, palmera!: tú has crecido en una tierra extranjera. Yo también, como tú, vivo alejado y separado de los míos".

EL CALIFATO DE CORDOBA

Pero los sucesores de Abderrhamán sacaron mejor partido de este alejamiento y de esta sensación de cosa distinta y propia que les daba la tierra de España. Nacidos en ella y más unidos a su espíritu, en vez de suspirar en verso por el lejano Oriente, decidieron levantar, cada vez más, frente a él, el poder de este pueblo árabe-español.

Así rodearon la Corte cordobesa de todo un esplendor y pompa que pretendía imitar la de los califas de Oriente. Hicieron traer tapices, joyas y toda clase de objetos preciosos y ricos; y hasta hicieron venir, pagándolo a precio de oro, el más famoso de los músicos de la Corte oriental, para darle brillo a la de Córdoba y demostrar que no era menos que aquélla.

Pero cuando esta política alcanzó su grado máximo fué ya en el siglo diez, con Abderrhamán III. Este fué el primero que se decidió ya a tomar el título de califa, lo mismo que los de Oriente. Toda su política fué una afirmación, llevada a sus últimas consecuencias, de aquella verdad que había hecho suspirar a su abuelo el primer Abderrhamán: la verdad de que la España árabe era una cosa propia y distinta que nada tenía que ver con el Califato árabe de Oriente. Bajo su mando, pues, el Califato español alcanza un brillo grande, superior ya al de Oriente, y se hace famoso en toda Europa, donde no había en aquel siglo Corte que ganase a Córdoba en esplendor y riqueza. Pero toda esta gloria del Califato de Córdoba es la gloria española; puesto que se

levanta precisamente sobre la base de oponer al Califato de Oriente, todo lo que el de Córdoba tenía de original y propio: es decir, de español.

La misma grande y famosa Mezquita. obra suprema de la Córdoba árabe, mayor que todas las de Oriente, sólo puede llamarse "árabe" a medias y de un modo relativo. Su planta o traza no es la corriente de las mezquitas, sino la de las iglesias españolas del tiempo de los godos; sus columnas son todas romanas, aprovechadas de los muchos edificios romanos que estaban arruinados y tirados; sus arcos dobles están inspirados en el acueducto de Mérida; sus preciosos mosáicos son obra de artistas bizantinos que fueron traídos especialmente para trabajar en ellos.

Y lo mismo podría decirse, luego, de los monumentos más tardíos que solemos llamar "árabes", como el Alcázar de Sevilla o la Alhambra de Granada. Deben llamarse más bien españoles o, si queréis, "andaluces". Lo poco que tienen de arquitectura, es todo español. Los árabes no eran arquitectos, como no eran nada que signifique creación propia y fuerte. Los árabes no ponían más que el detalle, el adorno: el azulejo, el relieve de yeso.

BRILLO PURAMENTE EXTERIOR DE LA CIVILIZACION ARABE

En general, la civilización árabe aunque dotada de algunas fuerzas espirituales como su "monoteísmo" o creencia en un solo Dios, es, en todo, una civilización superficie, que no cala nunca hondo y no produce más que las cosas exteriores: el brillo, el color, el barniz. Lo que es que como estas cosas son las que están más a la vista, fué corriente creer, durante mucho tiempo,

que la civilización árabe había tenido mucha más hondura que la que tuvo y había traído a España muchas cosas que en realidad no trajo.

Así se ha exagerado mucho, por ejemplo, lo que los árabes pusieron en nuestro lenguaje, que no es demasiado. Nuestro lenguaje viene, totalmente, en sus palabras y en su construcción, del latín, y los árabes no hicieron otra cosa si no echar sobre él algunas palabras bonitas, como quien echa azúcar sobre un pastel. Y nótese que casi todas las palabras que los árabes dejaron en nuestra lengua, son nombres de colores, de flores, de perfumes, de cosas de lujo y adorno. Arabes son, por ejemplo: "añil", "amarillo", "carmín", "azucena" "adelfa", "jazmín", "azahar"; todo lo blando, bello y superficial. ¡Pero "Dios", "espada", "patria" o "rey", ésas son palabras romanas!

Y lo mismo en la agricultura. Porque algunos nombres de instrumentos de labranza son árabes, se ha llegado a decir que los árabes son los que enseñaron a los españoles a cultivar y regar la tierra. No hay tal cosa. Los cultivos fundamentales de España—el trigo, la viña, el olivo—los conocían los españoles desde tiempos antiquísimos. Y en cuanto al sistema de riegos, es totalmente romano y todavía, en muchas partes, son piedras romanas las que conducen el agua por acequías y canales. Lo único que en este punto trajeron los árabes fueron algunos cultivos raros y de lujo, como la caña de azúcar, la granada, la higuera o el azafrán. Siempre el adorno, el "arabesco".

Lo que tiene de española y lo que tiene de árabe la brillante civilización del Califato de Córdoba, está en esa misma relación de importancia: español es el vino, el aceite o el pan de que nos alimentamos y vivimos: árabe es el azúcar del postre, la esencia del pañuelo o

la flor del ojal. Español, el fondo; árabe, el barniz, el brillo, el color.

Y lo que bajo esa superficie brillante, no era español, no era más que dureza y salvajismo. Que eso era, en definitiva, lo que bajo su barniz vistoso traía, de verdad, aquel pueblo que no había conocido ni la civilización de Roma ni la religión de Cristo. Así, por ejemplo, aquellos califas elegantes y perfumados, luego, cuando ganaban una batalla, le cortaban la cabeza a todos los prisioneros y las amontonaban formando una especie de colina tan alta, que, a veces, por detrás de élla, podía pasar, sin ser visto, un hombre a caballo. Y en una ocasión un califa llegó a salar los cuerpos de los prisioneros muertos, y levantar con ellos una verdadera torre, sobre la que hizo subir al santón para que cantase, desde lo alto, las oraciones de la tarde.

ALMANZOR

Por todo esto, porque bajo aquel brillo aparente, del Califato de Córdoba, no había más que atraso, pasiones y divisiones, y lo que tenía de bueno y profundo era español, pasó toda aquella época de su grandeza, sin que en realidad el dominio árabe en España aumentara, ni los cristianos perdieran nada de las tierras que aún tenían.

El momento de más extensión y poderío militar del Califato de Córdoba, fué bajo el mando de Almanzor, que no era califa, sino el favorito y general en jefe, durante el mando de Hixem II, uno de los sucesores de Abderrhamán el Grande. *Almanzor* significa en árabe *el protegido de Dios:* y era un hombre duro y fanático que quiso volver a los árabes a la pureza primitiva de su religión y de sus costumbres. Bajo su mando, las tro-

pas realizan las excursiones militares más profundas y audaces contra la zona cristiana: llegando en una de ellas, hasta Santiago de Compostela, las campanas de cuyo torre trajeron, en señal de triunfo, a Córdoba. Pero estas excursiones militares eran inútiles, pues se hacían por el método de lo que los árabes llaman *razzias*, o sea, arrasando las tierras a donde llegaban. pero sin hacerse fuertes en ellas y conservarlas. Como en todo, también en la parte militar, los árabes eran todo brillo y apariencia: grandes empujones vistosos, de los que al día siguiente, por falta de un plan de conjunto, no quedaba nada.

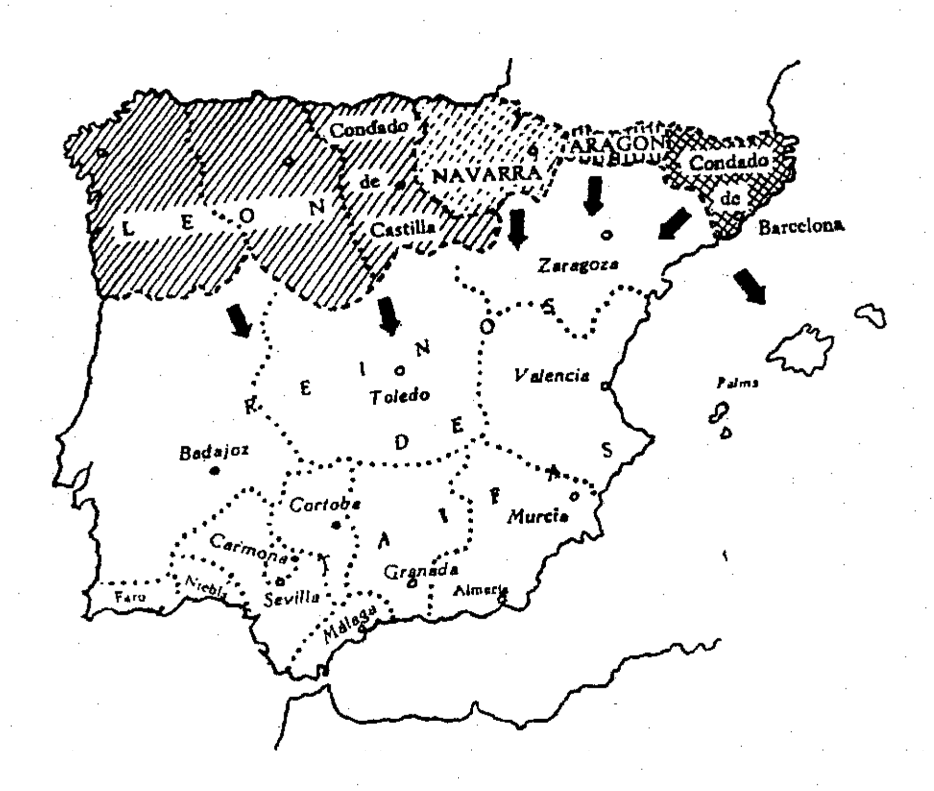
Al fin, Almanzor fué vencido por los españoles en la batalla de Calatañazor y poco después moría, acaso de las heridas recibidas en su derrota. Le sucedieron varios jefes de su familia: que no tenían ya sus dotes de energía y mando. En cuanto faltó una mano dura que lo sostuviera, el Califato de Córdoba empezó a desmoronarse y a dejar ver toda su interna falta de unidad y fuerza. Año 100?

LOS REINOS DE TAIFAS

Poco después, a principios del siglo once, el Califato moría. En Córdoba se declaró una especie de república y en seguida, como en toda república, cada gobernador o cada jefecillo se hizo independiente. Así se convirtió el antiguo Califato en una serie de reinos pequeños, separados, que son conocidos con el nombre de "reinos de taifas". Los dos principales eran el reino de Sevilla y el de Granada.

En ellos la civilización árabe se conservó aún durante siglos en todo lo que tenía de vistosa y brillante; pero cada vez más falto de todo fondo serio y real. Esa civilización, amiga por sí misma de las decadencias, da sus

más vistosos chisporroteos, como una lamparilla de aceite, cuando se va a apagar. Aquellas Cortes, sevillana y granadina, son las Cortes lánguidas y poéticas de versos, canciones, baños y banquetes, que han dado tanto tema para cuentos, acuarelas y tarjetas postales. Esto fué durante mucho tiempo, para casi todos los extran-



jeros y aun para bastantes españoles, lo único que conocían de la España árabe Al través del recuerdo romancesco de esas Cortes, hablaban con gran entusiasmo de la civilización de los moros de España, que consideraban muy superior a la de los mismos cristianos, cuya definitiva victoria poco menos que lamentaban.

Ya hemos dicho bastante sobre esto; pero para for-

mar juicio definitivo, terminaré este capítulo, con dos estampas de la Corte de Sevilla que nos han conservado los escritores árabes.

En una de ellas está el rey Motamid, el más famoso de los reyes de Sevilla, asomado a un balcón de su palacio, junto con su favorita. Por caso rarísimo en Andalucía ha nevado: y la favorita se entusiasma viendo, por vez primera, aquella sábana blanquísima que cubre los alrededores de palacio. Llora pensando que no volverá a ver nunca más aquel espectáculo divino... Y entonces el rey Motamid manda que planten en aquel sitio un bosque apretado de almendros, a fin de que cada primavera, al cubrirse de flores blancas, los ojos de su favorita vuelvan a recrearse en esa falsa blancura de nieve.

En la otra estampa, el mismo rey Motamid está en su palacio hablando con su poeta favorito y amigo íntimo. Durante la conversación, éste deja deslizar unas bromas que el Rey considera poco respetuosas. Entonces el Rey coge un hacha y golpea con élla a su amigo hasta dejarlo muerto allí mismo, entre un charco de sangre.

Así terminaba, en aquellas Cortes decadentes, el esplendor del antiguo Califato entre favoritas caprichosas y reyes asesinos. No: aquella civilización, por brillante y poética que fuera en la superficie, era muy inferior a la de aquellos españoles, más rudos de forma, pero que con una idea clara del bien y la verdad, venían bajando victoriosos, como ahora veremos, desde el Norte de España.

más
aceit
na y
vers
lo te
fué



IX

Los cristianos dentro de la zona árabe

LA RECONQUISTA: CRUZADA RELIGIOSA

VISTO en el capítulo anterior lo que era en realidad la España árabe, podemos formarnos una idea más clara de lo que era nuestra Patria durante aquellos tres primeros siglos de la dominación. Arriba, al Norte, una zona cristiana, española. Enfrente, cubriendo el resto de España, una zona que llaman árabe, y que, aunque sometida a éstos, era cada vez más española de sangre y más original de vida y civilización.

Durante estos tres primeros siglos no puede decirse que entre ambas zonas hubiera una guerra organizada y constante. Estaban frente a frente ocupadas cada una más en sus luchas interiores, que en unas campañas a fondo contra los de enfrente. No hay por una y otra parte más que *razzias* o excursiones aisladas, que arrasan las tierras que pueden, sin conservarlas ni quedarse en ellas. Pero un plan de conjunto y una voluntad continuada falta en los dos lados: ni los cristianos tienen aun una idea clara de *reconquista,* ni de *conquista* la tienen los moros.

Y como mientras tanto, según hemos visto, la zona

árabe se iba haciendo cada vez más española, es posible que de no haber tenido en cuenta más que la raza y la sangre, estas zonas se hubieran ido poco a poco entendiendo y mezclándose. Es posible que hubiera bastado esa especie de reconquista callada e interior que se iba realizando en la sangre y en el alma de los mismos dominadores. Pero había una cosa por encima de la sangre y la raza, que mantenía la división y que hacía imposible la mezcla y unión definitiva: la Religión. Esto es lo que mantenía, de verdad, separados a moros y cristianos. Y esto es lo que empujó a éstos a la reconquista: que no es más que una Cruzada religiosa, una guerra en defensa de la fe de Cristo: la prueba está en que la frase que ha quedado señalando los dos bandos en lucha es esa: "moros y cristianos", no "moros y españoles".

LOS MARTIRES

Por eso, aun antes que se hubiera entablado entre moros y cristianos una verdadera guerra organizada y continua, fué dentro de la misma zona árabe, donde se produjeron los primeros movimientos de Cruzada religiosa, de lucha por la Fe.

Desde el primer instante los cristianos que vivían sometidos en esa zona, sólo lo estaban a medias y hacían en ella un papel parecido al que hacían los judíos entre los godos ya cristianos, durante su dominación. Era una nación dentro de otra, y en cuanto había algún bando o partido descontento entre los moros y árabes, los cristianos lo apoyaban para debilitar así el poder y la autoridad de los enemigos de su Fe. Esto dió lugar, varias veces, a fuertes castigos por parte del gobierno árabe. En Toledo y en Córdoba hubo enormes matanzas de

cristianos, pasando de trescientos los que en esta última ciudad fueron crucificados en un mismo día.

SAN EULOGIO Y SAN ALVARO

Luego, durante el brillante Califato de Córdoba, la unión de los cristianos con los moros y árabes, como dije, empezó a ser más estrecha. Los cristianos más jóvenes, sobre todo, empezaron a dejarse deslumbrar por el brillo aparente de aquella civilización y se puso de moda hablar correctamente el árabe y leer los libros de sus poetas y sus sabios. Esto llegó a alarmar a algunos cristianos más fogosos en su Fe. Entre ellos había dos cordobeses muy señalados que habían adquirido gran influencia entre sus compañeros los cristianos. Se llamaban Eulogio y Alvaro. Eran íntimos amigos y los dos fueron luego Santos. No eran, como han pretendido luego los enemigos de nuestra Religión, unos fanáticos exaltados e ignorantes, que agitaron a los demás cristianos y rompieron esa paz aparente que en el Califato reinaba entre ellos y los moros. Eran, por el contrario, hombres de mucha cultura que, por lo mismo, se dieron más claramente cuenta de que con aquella afición creciente de los cristianos a las cosas árabes, se corría el peligro de que se fuera debilitando y perdiendo la Fe y la civilización española. Estos grandes Santos eran también grandes sabios, que en medio de las dificultades de aquella época habían logrado tener y leer no sólo los libros de los Santos Padres de la Iglesia, sino algunos de las antiguas letras clásicas de Grecia y Roma. Por eso tuvieron idea clara de la gran responsabilidad que España tenía ante la Historia, de no dejar perder todo aquel tesoro en manos de los árabes. La idea de la *reconquista*, como Cruzada religiosa

y guerra por la Fe y la civilización, se apareció clara en las almas de aquellos hombres insignes, y con sus sermones llenos de vehemencia y ardor, lograron llevarla a los demás cristianos de Córdoba. La reacción fué magnífica. Las autoridades árabes, alarmadas ante aquel nuevo despertar de la Fe de los cristianos, los persiguieron implacablemente. Pero los cristianos no dieron un paso atrás. Muchos de ellos, empezando por San Eulogio y San Alvaro, recibieron el martirio en una explanada de las afueras de Córdoba, que aún lleva el nombre de *Campo de la Verdad*.

El ejemplo de Córdoba fué seguido por los cristianos de otras ciudades: y en muchas de ellas se ven todavía en las afueras las explanadas donde se mataban a los mártires, que muy a menudo llevan ese mismo nombre de *Campo de la Verdad*. Porque aquellos duros y fuertes santos de Córdoba, habían logrado hacer volver en sí a los cristianos españoles. El español—pueblo extremoso, enemigo de las medias tintas—no entiende la Verdad más que así: como una cosa última por la que se está dispuesto a morir. Por eso, en el toreo, llaman la "hora de la verdad", a lo que ya no es adorno ni jugueteo, sino momento decisivo de tirarse con la espada sobre el toro, jugándose el todo por el todo....

X

En la zona cristiana: La Reconquista por León y Castilla

LOS SUCESORES DE PELAYO

VOLVAMOS ahora la vista a la zona cristiana: para ver cómo también se va despertando en ella la idea de reconquista, como Cruzada religiosa.

En el reino de Oviedo, los sucesores de Alfonso I, que corresponden al período brillante del Califato de Córdoba, son una serie de reyes de historia poco brillante, que no pensaba todavía en atacar la zona mora, más grande y fuerte que su pequeñísimo reino. Con Alfonso II, sin embargo, el deseo de *reconquista* empieza a sentirse con más claridad en el reino cristiano. Sus tanteos militares contra los moros tienen aún poca importancia; pero en cambio la tiene el hecho de haber buscado la alianza de Carlomagno, el poderoso emperador que mandaba en Francia. Esta política de apoyarse en los cristianos de Europa para fortalecerse frente a los invasores árabes y moros, indica una idea clara del camino que España debía seguir. Así como los árabes buscaban su fuerza, cada vez que la necesitaban, apoyándose en las bases del Norte de Africa, así los españoles han de buscarlas en las bases europeas y cristianas de detrás del Pirineo. Porque la lucha entablada

es algo más que una pelea entre los cristianos y moros, que sólo interesa a España... Es una lucha de dos civilizaciones que interesa al mundo todo: la lucha de la Europa romana y cristiana, contra el Oriente mahometano. Esta idea no se abandonará ya nunca del todo durante los largos siglos de la *reconquista* y en más de quince ocasiones vienen Cruzadas de Europa a pelear al lado de los españoles.

EL "CAMINO DE SANTIAGO"

Y aún parece que Dios quiere favorecer esa política de Alfonso II, haciendo que durante su reinado aparezca en Galicia el sepulcro del Apóstol Santiago. En torno a este sepulcro se forma la ciudad de Compostela: y empiezan a venir a ella para rendir homenaje al Apóstol, peregrinaciones de todas partes de Europa. El *Camino de Santiago,* que así se llamó la calzada o carretera que atravesaba todo el Norte de España para ir a Compostela, fué una ancha vena por donde entraban continuamente en España alemanes, franceses y otras gentes de todos los rincones de Europa. De este modo la situación de España y la gran contienda que tenía entablada en defensa de la Fe, se hizo popular en Europa y tuvo, en cierto modo, a sus espaldas, la simpatía de toda la Cristiandad.

REYES DE LEON: SUCESORES DE ALFONSO II

Los sucesores de Alfonso II, que ya tuvieron su Corte en León, aunque intentan pelear en varias ocasiones contra los moros, son vencidos casi siempre y durante varias de ellas—las que corresponden a la época bri-

llante de Abderrhamán el Grande — llegaron a estar totalmente sometidos al Califato de Córdoba, al que pagaban un tributo o contribución.

Tuvieron además que luchar varias veces con porciones de su propio reino que, siguiendo la mala costumbre española, tendían a separarse y desunirse: primero estas luchas fueron con Galicia, y luego con los condes que mandaban en un "chico rincón" del reino, que por los muchos castillos que tenía, se llamó luego Castilla. Uno de estos condes, llamado Fernán González, declaró ya abiertamente la guerra al Rey, y aunque de momento fué vencido, sus sucesores insistieron en sus propósitos hasta lograr, poco después, hacer en Castilla un nuevo reino independiente.

FERNANDO I: REY DE LEON Y CASTILLA

Después de la derrota y muerte de Almanzor, como ya vimos, el Califato de Córdoba empieza a decaer y el poder árabe se debilita rápidamente. Estamos ya en el siglo diez, y en seguida la debilidad del enemigo se nota en las mayores ventajas que logran en sus acometidas Alfonso V, rey de León, y Sancho el Mayor, que lo era de Navarra. Este último, por una serie de circunstancias y enlaces de familia, llegó a reunir en su poder todos los reinos de España, salvo el condado de Cataluña. Pero a su muerte tuvo la mala idea de repartirlos entre sus hijos, volviéndolos a separar así.

En este reparto, las tierras de Castilla, que venían, como dijimos, siendo independientes al mando de sus condes, son ya convertidas en reino y entregadas a uno de los hijos de Sancho el Mayor, llamado Fernando I. Pero éste se apoderó también del reino de León y así

se unieron estos dos reinos bajo su mando. Esta unión había de dar sus frutos.

Por primera vez un rey cristiano sentía bajo su mando un pedazo de tierra algo considerable. En seguida Año 1035 Fernando I tomó el título de "emperador". Esto era un poco exagerado para la poca tierra que tenía. Pero esto indica cómo en cuanto España se unía un poco, nacía en élla no sólo la idea de nación, sino la idea gloriosa de ser más que nación: Imperio.

Pero por lo pronto lo que había que hacer era seguir reconquistando a España. A ello se puso Fernando I. Con esta tierra algo mayor por base y teniendo ya enfrente, no el Califato de antes, sino los divididos reinos de taifas, Fernando I inauguró la época de la verdadera reconquista, ganando a los moros muchas batallas y mucha tierra.

Pero Fernando I cometió el enorme desacierto de volver a desunir los reinos para repartirlos entre sus hijos: dejándoles, aparte de otras porciones más pequeñas a sus otros hijos, Castilla, a su hijo Sancho, y León, a su hijo Alfonso.

ALFONSO VI

Esto dió el mal resultado de siempre. El hijo mayor, Sancho, se empeñó en apoderarse de las partes de todos sus hermanos. Se apoderó, primero, del reino de León, haciendo prisionero a Alfonso, que luego logró escaparse. Y ya se iba apoderando de las partes de todos los demás, cuando estando sitiando a Zamora, lo mataron delante de sus murallas, por la famosa trama de Beleido Delfor.

Muerto Sancho, su hermano Alfonso volvió en seguida del destierro, donde se había refugiado al ser vencido por aquél, y fué proclamado rey de Castilla y León.

Como siempre, la unión dió magníficos resultados. En cuanto nuestros reyes sentían bajo su mando una porción estimable de tierra y se veían libres de luchas interiores, la idea de *reconquista* renacía en ellos. Alfonso VI recoge el pensamiento de su padre, Fernando I. Este, como vimos, se había llamado emperador. Alfonso VI no tomó este título, pero, más prácticamente, soñó con dar un golpe imperial en el corazón mismo de los reinos moros, en la antigua Corte de Toledo. Aprovechando unas luchas interiores que los moros tenían allí, cayó sobre Toledo con un poderoso ejército, en el que venían algunos cruzados o voluntarios franceses. Como Toledo está en una altura, defendido por el foso profundísimo del Tajo y rodeado de fuertes murallas, no fué posible tomarlo por derecho, sino rodearlo e impedir la llegada de todo socorro y alimento. De este modo, al poco tiempo, Toledo se rindió y el Rey de Castilla y León entró en la ciudad triunfalmente, al son gozoso de tambores y trompetas. Año 1085

IMPORTANCIA DE LA CONQUISTA DE TOLEDO

La conquista de Toledo fué un hecho de la mayor importancia. Como hasta entonces, según dijimos, las acciones guerreras de una y otra zona solían ser *razzias* pasajeras y aisladas, el contacto entre ambas era muy limitado. Toledo fué la primera ciudad importante, de la que los españoles se apoderaron ya en firme y quedándose en ella. Fué, pues, el primer punto donde se estableció un contacto y relación continua entre los españoles puros que venían del Norte y los árabes. Esto tuvo una importancia grande, pues gracias a ese contacto toledano, los árabes comunican a España y a Euro-

pa, no una civilización original y propia que ya dijimos que no tenían, pero si muchas cosas de la antigua civilización romana y griega, perdidas en Europa desde la entrada de los bárbaros y que ellos conservaban y traían de Oriente. En Toledo se estableció, bajo la dirección de Domingo Gundisalvo, una "escuela de traductores", donde las principales obras de los árabes se tradujeron al latín y de este modo pudieron ser conocidas en Europa. Gracias a esta labor conoció Europa por ejemplo, al mayor de los sabios de Grecia, Aristóteles, cuyas obras sirvieron mucho, en el siglo siguiente, a Santo Tomás de Aquino para escribir las suyas, consideradas como la base de la filosofía cristiana. Sin esa "escuela de traductores" de Toledo, Santo Tomás no hubiera tenido datos suficientes para escribir su obra fundamental: la *Suma Teológica*.

EL ENEMIGO PIDE AUXILIO

La conquista de Toledo tenía también una enorme importancia militar. La fama y gloria de ese nombre que había sido durante el tiempo de los godos, la capital de España, producía mucha impresión entre los moros. Además, por su situación en el centro de España, Toledo tenía más a su alcance a la mayor parte de los muchos reinos en que estaba dividida la zona mora, y podía ser una base magnífica para futuras conquistas.

Por todo esto, la conquista de Toledo produjo grandísimo revuelo en la zona árabe: "quebrantó extraordinariamente la moral del enemigo", como se dice en términos militares. Entonces los árabes volvieron la vista al Norte de Africa: su base constante de reserva y apoyo. Allí había ahora un nuevo pueblo moro, venido del desierto, famoso por su fuerza y valor: los "almora-

vides". A ellos decidieron, como luego veremos los árabes de España pedir auxilio.

El enemigo, pues, se iba a robustecer: no iba a ser ya una serie de reinos moros, débiles, decadentes y separados. Iba a ser un pueblo nuevo, fuerte y de refresco. La *reconquista* cristiana, frente a él, si quería adelantar, iba a tener que apretarse, modificar sus errores y defectos y ajustarse a un plan militar enérgico y bien pensado.

Pues hasta ahora no se había abandonado el mal sistema de la *razzia* o excursiones aisladas y pasajeras: y el mismo Alfonso VI, a pesar de haber seguido el buen camino en Toledo, había hecho también excursiones de éstas como una en que llegó por el Sur de España hasta Tarifa, metiendo allí los cascos de su caballo en el mar, y diciendo: "¡Esta tierra es la última de España y la he pisado!". Desahogo inútil y victoria pasajera, porque luego se retiró otra vez con sus tropas hacia el centro de España.

Para modificar esto era preciso un hombre genial que impresionase el ánimo de todos los españoles y les enseñase la lección de lo que había que hacer... Y Dios, que siempre da a España lo que necesita en sus horas difíciles, hizo, entonces, aparecer en la Historia la figura del Cid Campeador.

XI

El Cid Campeador

LA ALDEITA DE VIVAR

SE llamaba Rodrigo Díaz. Había nacido en la aldeita de Vivar: una de esas aldeas de la parte más alta de Burgos, de casas bajas y de color pardo, que parece que se agachan y aprietan, como un bando de gorriones, contra el suelo, pardo también para confundirse con él y que no se las vea. La tierra que rodea la aldeita es también como élla, disimulada y humilde. Parece un desierto de color muerto y tostado. Sin embargo, es tierra rica, de pan llevar, que da buen trigo y buena cebada.

Aquel buen caballero, Rodrigo Díaz, que allí nació, fué como esa misma tierra: serio, callado, talentoso, sin grandes apariencias y ruídos. Su cosecha no fué vistosa cosecha de flores. Fué cosecha de trigo. Cosecha de grandes hechos y de sabias lecciones.

Por ser en todo pardo y sencillo, como su tierra, no era de la principal nobleza: aunque sí de familia honrada y de limpio linaje. Luego, por sus hechos, alcanzó gran renombre. Los moros le llamaron *Cid*, que quiere decir *Señor;* y los cristianos *Campeador*, o sea, *hombre de batallas y combates.*

LOS POETAS, LOS SABIOS Y LA HISTORIA

Por este contraste entre su gran fama y su vida seria y sin ostentación, su recuerdo, durante siglos, estuvo pasando de un extremo a otro: desde los sueños excesivos de los poetas a la excesiva severidad de los sabios. Primero, los romances inventaron un Cid arrebatado y romántico, con una larga historia de amores, desafíos y hazañas. Este es el Cid que un poeta francés, Corneille, tomó de los poetas españoles, haciéndolo famoso en Europa. Luego, los sabios pasaron al extremo opuesto: le quitaron importancia; algunos llegaron a negar que hubiera vivido, y otros, sin negarlo, dijeron que había que "echar siete llaves a su sepulcro", o sea, que no había que acordarse más de él.

Afortunadamente en nuestros tiempos, la Historia seria y honrada, manteniéndose a igual distancia del sueño de los poetas y de la frialdad de los sabios, ha abierto las siete llaves y ha aclarado toda la verdad de su vida. Y de esa verdad ha salido un Cid más grande y extraordinario que todos los anteriores. Como buen castellano que era, ahí había que encontrarlo: en el justo medio. La seriedad honrada fué la norma de su vida... Por eso la Historia, que es también honradez y seriedad, es su mejor homenaje.

EL CID, ALFEREZ

El Cid, era un hombre de regular estatura, ancho de espaldas: de ojos vivos y una larga barba negra. No parece que fuera un "niño precoz": sino más bien tardo y lento para aprender, pero seguro para retener y aprovechar lo sabido. Desde luego, no era, como se cre-

yó mucho tiempo, un simple soldado rudo, ignorante y de poco saber. Sabía escribir, cosa que no era corriente en su época. Se han encontrado varios escritos de su puño y letra: y algunos de ellos escritos en latín, lo que demuestra que conocía también esa lengua. Desde luego, como veremos, su gloria no está únicamente en sus hechos de armas, sino en las ideas claras que tuvo sobre las necesidades de España y el camino a seguir para su grandeza y aumento.

Siendo joven, aparece al servicio del rey don Sancho de Castilla, el hijo mayor de Fernando I. Tenía en su reino el cargo de "alférez", o sea, de jefe supremo de la tropa. Alférez se ha llamado siempre en España al que ha tenido el mando directo de los soldados sobre el campo. En tiempos del Cid, como el ejército no era sino una masa de hombres unida, sin divisiones ni compañías, el alférez mandaba toda esta masa y unidad. Luego a medida que el ejércio fué teniendo otra organización y dividiéndose en unidades varias, dando otros nombres, como "comandante" o "general", a los que mandan desde más lejos a una masa mayor, el nombre de alférez fué siempre reservado para el que mandaba la última unidad, la que opera unida y directamente sobre el campo. Hoy todavía el alférez es el que manda el último pelotón en que se divide la tropa: el grupo que asalta la trinchera o avanza en vanguardia... Los gloriosos alféreces de España pueden, pues, asegurar que son compañeros del Cid.

LA JURA DE SANTA GADEA

A las órdenes del rey Don Sancho, hizo el Cid sus primeras campañas en la guerra que, como antes hemos dicho, este rey sostuvo contra su hermano Alfonso VI.

A sus órdenes seguía cuando el rey Don Sancho fué muerto a las puertas de Zamora.

En seguida, como ya sabemos, fué proclamado rey de Castilla y León con el nombre de Alfonso VI, el hermano antes vencido. Necesariamente el nuevo Rey no podía mirar con buenos ojos al antiguo alférez de su hermano, que había peleado contra él, y el Cid, por su parte, no podía tener tampoco gran simpatía por el antiguo enemigo de su Rey.

Una vieja leyenda supone que cuando el rey nuevo, Alfonso VI, fué a coronarse en la iglesia de Santa Gadea, el Cid se le presentó delante y en forma destemplada le exigió que antes de recibir la corona, jurase ante todos los que allí estaban que no había tenido parte alguna en la muerte de su hermano Don Sancho, en Zamora. Si esa jura de Santa Gadea fué como la cuenta el romance, se comprende que el rey Alfonso no se la perdonara en su vida al Cid, pues la fórmula de juramento exigida por éste no pudo ser más tremenda:

Que te maten, rey Alfonso,—manos torpes de villanos,
con cuchillos cachicuernos—no con lanza ni con dardo.
Por las aradas te maten—que no en villa ni poblado,
te saquen el corazón—por el izquierdo costado,
si no dijeres verdad—cuando seas preguntado:
Si fuiste tú o consentiste—en la muerte de tu hermano.

Nada de esto es verdad, probablemente; pero fué un modo que tuvieron los poetas de decir el recelo y desconfianza que había entre el Cid y el nuevo Rey. Porque lo que sí es indudable es que, al poco tiempo, el Cid dejó su c[illegible]go de [illegible]z y s[illegible] de Vívar.

EL CID, SEÑOR DE VIVAR

Tenía entonces treinta años: estaba en la flor de la edad y sin embargo le vemos encerrarse, durante diez, en su casa y llevar una vida patriarcal y tranquila que parece lo más opuesto a su futura gloria militar. El era "el Señor" de la aldea; pero en España "el Señor" no quiere decir, como en otros países, el "señor feudal", el tirano, cuyos criados se pasan la noche apaleando el estanque del jardín para que el canto de las ranas no moleste su sueño. El "Señor" en Castilla, quería decir un poco el padre y el amigo de todos. El Cid durante aquellos años de Vívar, es el hombre prudente y de buen consejo, que resuelve los pleitos y disputas entre los vecinos, aplicando severamente las leyes, de las que era y fué siempre muy menudo conocedor. Y si monta a caballo alguna vez, no es para guerrear, sino para hacer un favor al vecino alcanzándole la vaca o el carnero huído del ganado.

Sin embargo, de este modo, disimulado y pardo como aquella tierra, el Cid se preparaba para su futura cosecha de gloria: templaba su voluntad, aprendía a conocer la gente y se llenaba de sereno sentido de justicia. El Cid era lento y prudente, pero seguro. Representa esa parte que pone Castilla en el espíritu español: menos brillante quizás que la viveza de Levante o el ingenio del Sur, pero que nos da unido a todo eso, unos granos de esa seriedad y buen sentido que tanto se suelen admirar en otros pueblos, como los alemanes o los ingleses.

JIMENA

El rey Don Alfonso, sin embargo, no dejaba de mirar

con recelo al antiguo alférez de su hermano. Unas veces mostraba sus temores, vigilándole como a un sospechoso. Otras, halagándole con favores y dádivas. Uno de estos halagos consistió en influir el Rey para que se casara con Jimena Díaz: matrimonio brillante para el Cid, pues Jimena era de mucho más ilustre familia que él y tenía sangre de reyes.

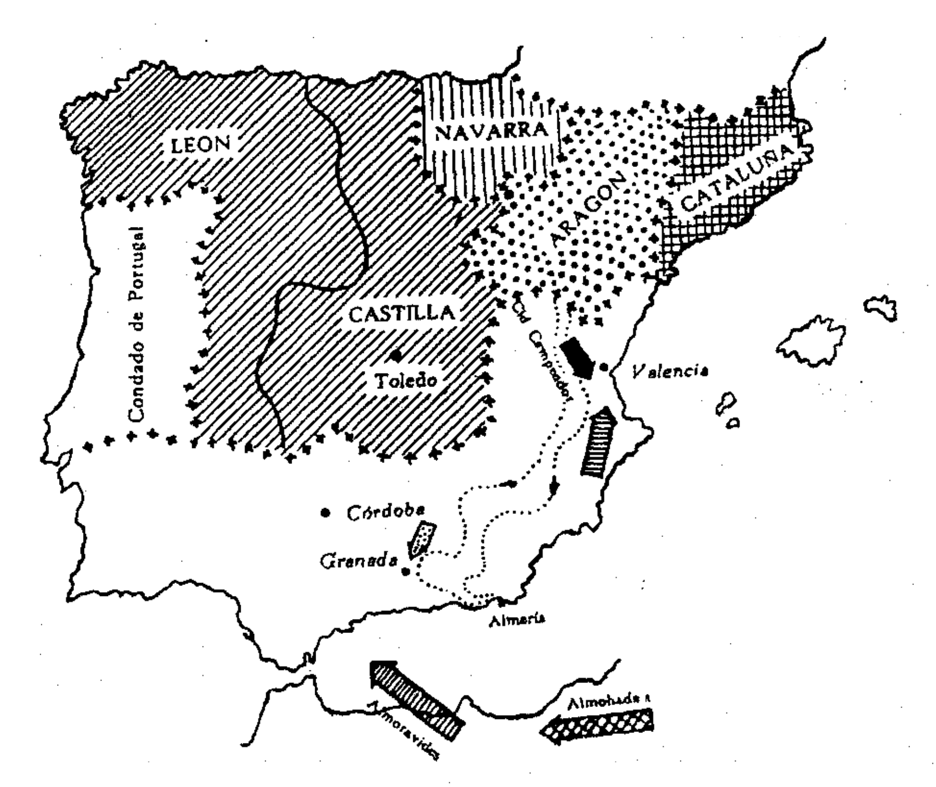
Ésta boda con Jimena no aparece, pues, en la verdad, rodeada de toda la leyenda poética que cuentan los romances: fué una boda de cabeza y de corazón, como toda la vida del Cid. Y por los datos que se tienen, parece que el matrimonio fué feliz, con una felicidad casera y cristiana. Según el *Poema del Cid*, el más viejo libro de poesía española, muy anterior a los romances, cuando el Cid marchaba a la guerra, se separaba de Jimena con todo dolor, "como la uña de la carne". Y delante de Valencia, el Cid procura pelear mejor que nunca contra los moros, porque sabe que Jimena le está mirando desde las murallas de la ciudad.

EL CID SALE PARA EL DESTIERRO

Poco después de su boda, el Rey tuvo definitivamente un disgusto con el Cid, y le mandó salir de su reino. El Cid, respetuoso y obediente, besó la mano del Rey y se dispuso a salir por los caminos a buscar su pan y su gloria.

El *Poema* describe, sin adornos, con una terrible verdad dolorosa, la salida del Cid de su tierra querida. El Cid va volviendo la cabeza y con los ojos mojados. Cantan los gallos de la mañana. En las aldeas por que va pasando el Cid, están cerradas todas las casas. El Cid, que quisiera descansar un poco, llama inútilmente a una

de ellas: como nadie le contesta, saca su pie, forrado de hierro, del ancho estribo, y golpea con él dos o tres veces la puerta de madera. Retumban los golpes en la casa silenciosa... Y al fin sale una niña de nueve años y le dice que no pueden abrirle porque el Rey, para que se



vaya pronto, ha anunciado grandes castigos a quien le ampare o le reciba en su casa.

El Cid agacha la cabeza, se vuelve a su tropa y les dice: ¡Adelante!

LA TROPA DEL CID

Adelante... ¿hacia dónde? El Cid lleva consigo un pelotón de buenos castellanos que voluntariamente se han

prestado a seguirle y a ir con él a buscarse la vida y la fama. Son pocos, pero muy escogidos. Ya el Cid empieza con ello a sacar el fruto de sus años oscuros de señor campesino, padre y amigo de todos. Los mejores han querido venirse con él. Y él, por su parte, ha aprendido a tratar a todos con justicia y cariño, haciéndose respetar al mismo tiempo. La tropa del Cid, es como un pedazo de Castilla, en movimiento: hay en ella igualdad y jerarquía; tanto el mando como la obediencia, están hechos de dignidad y de amor. En una ocasión, al mandar el Cid levantar las tiendas de campaña para seguir caminando, vienen a decirle que la mujer de su cocinero está un poco enferma. El Cid pregunta cuánto tiempo creen que tardará en ponerse buena y poder caminar. Le dicen: "Diez días". Y el Cid, contesta:

—Que vuelvan a colocar las tiendas. Dentro de diez días nos pondremos en camino.

EL CID EN LA "CIUDAD BLANCA"

Adelante... ¿hacia dónde? Aunque lucida y valiente, la tropa del Cid es pequeña: y el Cid, hombre prudente, deberá seguir, por lo pronto, el camino que solían emprender en su tiempo todos los desterrados que se veían obligados a buscarse la vida. Deberá ir a ofrecer sus servicios a algún señor poderoso en unión de cuyas tropas su esfuerzo podrá ser más eficaz.

Piensa primero en ofrecerse al Conde de Barcelona. Pero éste no acepta el ofrecimiento del castellano. Así se privó Cataluña de la gloria de haber tenido a sus órdenes al Cid Campeador. Entonces, el Cid decidió ofrecerse al Rey moro de Zaragoza, que era aliado y amigo

de su rey, Alfonso VI. Esta amistad y alianza era importantísima para el reino de León y Castilla, que de este modo tenía guardado su flanco o frontera del Este. Y pensando en eso, el Cid, que nunca obró como un aventurero libre y sin patria, sino como buen castellano y vasallo del rey Alfonso, se decidió a ir a Zaragoza.

Después de varios días de camino, el Cid, empinándose en sus estribos pudo descubrir al lejos "la Ciudad Blanca", que era el nombre que entonces se daba a Zaragoza. La llamaban así, porque por tener las murallas de piedra caliza, la blancura de la ciudad se veía desde muchas leguas de distancia y aun en las noches de poca luna parece ser que relucía en la oscuridad. Esto hacía pensar a los buenos cristianos que era un resplandor milagroso de candor y blancura que envolvía a Zaragoza por guardar en su interior a la Virgen del Pilar.

A los pocos días, el Cid estaba en Zaragoza y entablaba relación con el Rey moro, que, como todos los reyes de taifas, vivía en una Corte blanda y lujosa, rodeado de poetas, cantores y bailarines. El Rey le acogió con muy buena amistad y al poco tiempo el Cid, con su agudeza y buen sentido, se había apoderado por completo de su afecto y era su amigo íntimo y consejero inseparable.

POLITICA DEL CID CON LOS MOROS

Fácilmente el Cid se acomodó a la vida mora y penetró su modo de ser. Aprendió árabe y se ganó la confianza de todos. No se crea, sin embargo, que ni por un momento pensó aprovechar aquellas ventajas para apoderarse del reino donde entró como amigo. Le bastaba que el reino fuera aliado de su Rey, al que siem-

pre guardó lealtad en su destierro, para no hacerlo. Pero, sobre todo, sus observaciones en aquella Corte mora, le hacían concebir al Cid, lento y talentoso, planes mucho más amplios que no la simple y vulgar traición de apoderarse de aquella ciudad. El Cid pensaba en una gran política española de atracción de los moros amigos y cercanos, para con auxilio de ellos, y aprovechando la desunión de los reyes de taifas, vencer a los reinos más lejanos de Valencia, Sevilla o Granada. Era una grande y hábil política de *reconquista,* sobre bases parecidas a la que se ha llamado luego "política africana", y que ha dado tan buenos resultados en Marruecos, cuyos moros son fieles y leales amigos nuestros.

Desde su estancia en Zaragoza, el Cid no dejó ya nunca de llevar en sus tropas bastantes moros aliados y amigos. El Cid fué el primer capitán de "regulares". Su modo de tratar a los moros, conociendo su lengua, respetando sus costumbres, se parece mucho al modo de los generales de nuestros tiempos formados en Africa, y que han llegado a ser para los moros verdaderos santones, a quienes adoran y por quienes se dejan matar.

Con la ayuda, pues, de los moros amigos de Zaragoza, el Cid escogió a Valencia como mira y objeto de su esfuerzo militar. La situación de Valencia para la reconquista contra los árabes, significaba el corte en dos frentes de la zona mora; significaba dejar aislado y ya sin más recurso que hacerse del todo español, el reino de Zaragoza.

PRIMERA ENTRADA EN VALENCIA

La empresa era arriesgada y difícil: tanto, que ningún rey español, a pesar de lo que aquello podía signi-

ficar, para la reconquista, se había decidido a intentarlo. Valencia estaba lejos: para llegar a ella había que atravesar las tierras de varios reyezuelos y gobernadores moros, colocadas entre sierras y desfiladeros, dificilísimos de atravesar.

El Cid, como siempre, procedió con cautela y prudencia. Aprovechó ciertos disturbios interiores que había en la misma Valencia, y con una lucida tropa de castellanos y moros de Zaragoza, se dirigió contra ella: presentándose como mediador y yendo, en realidad, en plan de ensayo y tanteo. Por el camino fué realizando la labor más difícil, que era la de asegurarse las espaldas, venciendo, unas veces, a los reyezuelos intermedios y otras ajustando con ellos tratados de amistad. Incluso parece que en alguna ocasión peleó en duelo personal con algunos de los jefes moros, asombrando a todos por su maestría invencible en el manejo de la espada.

Así consumó la empresa, que se creía imposible, de llegar hasta Valencia y entrar en la ciudad. Pero de momento no se apoderó de su gobierno: limitándose a apaciguar los bandos que la dividían y asegurar en el trono al Rei moro, haciéndolo su amigo y exigiéndole el pago de un tributo.

LA IDEA GRANDE DEL CID

Ya se había retirado el Cid de Valencia, cuando empezaron a llegar a él noticias que le llenaron de inquietud. Como respuesta a la toma de Toledo, por Alfonso VI, según dijimos, los reyes moros, sintiéndose cada vez más perdidos, habían decidido llamar en su socorro a los "almoravides" del Norte de Africa Las noticias se apresuraban y eran cada vez más alarmantes. Los "almoravides" estaban ya en España y avanzaban rápida-

mente de Sur a Norte. Su empuje era arrollador y amenazaban convertir otra vez, la España árabe, ahora dividida y débil, en un reino único y fuerte como en los tiempos del Califato de Córdoba.

Entonces es cuando toda la llama española del alma del Cid, se aviva como una antorcha. A su luz, la idea nacional de la *reconquista* se le aparece clara y urgente. Ya no basta el sistema de *razzias* o excursiones aisladas que se ha venido empleando durante siglos. Ni bastan tampoco, como acaba de hacer él en Valencia, las alianzas y componendas con los reyezuelos moros. Las mismas noticias que le llegan de Valencia se lo confirman. Ante las favorables noticias del avance de los "almoravides". los moros de Valencia se han alborotado, han destronado al Rey amigo y han proclamado una república, seguramente nacida para esperar la próxima llegada de los nuevos auxiliares.

Hay que pensar ya en las conquistas serias y definitivas: conservándose los puestos conquistados y permaneciendo en ellos. A su rey Alfonso VI le corresponde resistir a los "almoravides" por el Sur y Oeste, por Castilla y Portugal; a él le toca el sagrado deber de cortarles el paso por el Levante, convirtiendo ya en un verdadero *frente* de posiciones fijas el camino que antes ganó pasajeramente para ir a Valencia.

SEGUNDA ENTRADA DEL CID EN VALENCIA

La situación no daba espera. El Cid reúne un nuevo ejército, superior al de antes, y sale otra vez sobre Valencia. Ahora va dejando guarniciones en los pueblos que conquista y formando así una verdadera línea de combate. En poco tiempo está otra vez en las puertas de

Valencia. Pero esa vez no piensa en tratados ni alianzas El Cid rodea a Valencia, la corta los caminos y el agua, y la aprieta con verdadera impaciencia. Había que ganarla antes que llegara el refuerzo de los "almoravides". Un escritor árabe cuenta así, en pocas palabras, la dureza del cerco de Valencia por el Cid: "Se echó—dice—sobre la ciudad, como el usurero sobre sus deudas". A los pocos meses, Valencia, enferma de hambre y sed, tuvo que rendirse y sus puertas se abrieron para dar paso al Cid victorioso.

Pero no podía el Cid dormir sobre sus laureles. Aquella conquista no podía terminar, como otras anteriores, con un botín tomado y un rey sometido. Había que quedarse en la plaza: había que conservarla, como muralla que defendiera el Levante contra los nuevos moros invasores. No es ya su gloria ni su provecho lo que le preocupa. Es España, cuyo problema total ha visto como nadie hasta entonces y cuya unidad siente como nadie desde aquellas costas, tan lejanas de su Castilla.

EL SEÑOR DE VALENCIA

El Cid, leal vasallo siempre, toma posesión de Valencia a nombre de su rey Alfonso y aun parece ser que le envió desde la ciudad ganada, regalos y presentes en señal de acatamiento. Este rasgo conmovió mucho a los poetas del romancero, que en repetidos versos cuentan o imaginan la carta, a la par orgullosa y humilde, que desde Valencia enviaría el Cid a su ingrato Rey:

Poderoso Rey Alfonso,—reciba vuestra grandeza
de un hidalgo desterrado—la voluntad y la ofrenda:
que con su espada en dos años—le ha ganado el Cid más
[tierra

que te dejó el rey Fernando,—tu padre, que en gloria
[sea.

Aunque la carta sea invención de los romances, lo cierto es que el Cid gobernó a Valencia en nombre del Rey; si bien, naturalmente, a tanta distancia, era de hecho como un señor independiente en la ciudad. Rápidamente atendió a todo. Convirtió en Catedral la Mezquita y estableció en el Alcázar su residencia. Hizo venir de Castilla a su mujer y a sus hijos. Todos los días y a toda hora recibía en el Alcázar a quien viniera en demanda de justicia. Les decía a los moros: "En el Alcázar me encontraréis a cualquier hora, porque yo no me paso los días, como vuestros reyes, en festines y bailes". Toda su sabiduría parda de aldeano de Burgos y todo su fino conocimiento de los moros, le fueron precisos para hacer su mando sabio, justo y prudente. Unas veces, cuando lo creía necesario, era severo con los vencidos y ordenaba castigos duros y ejemplares. Otras veces, sus disposiciones eran suaves y tolerantes: como aquella, por ejemplo, en que ordenaba que los cristianos no levantasen sus casas de modo que desde ellas se pudiera ver el interior de las casas de los moros. Agudo conocedor de sus almas de niños, sabía que cualquier *detalle* de éstos puede tener para ellos importancia definitiva. Y así cuidaba de la intimidad y recato de las casas moras—las de las ventanitas estrechas y el patio con toldo—como hoy se cuidan los jefes de que no les falte a los soldados moros "regulares", su té oloroso o su buen carnero.

LA GUERRA HASTA EL FIN

Y en medio de todos estos cuidados, no pudo abandonar ni un día el cuidado constante de su vida: la gue-

rra. Los "almoravides", en su avance arrollador, habían llegado a las puertas de Valencia. Pero allí habían sido detenidos por el Cid. Una y varias veces pretendieron asaltar sus murallas; pero se estrellaron siempre frente a las tropas del gran Campeador, sin que, en vida de éste, lograran poner el pie en la ciudad. El Cid había cumplido su programa: la nueva invasión mora se había estrellado contra su línea de resistencia.

Poco después, como si cumplido su deber con España, nada más tuviera que hacer, el Cid, agotado de tan dura tarea y enfermo de fiebres muere en Valencia. Tenía al morir, cincuenta y siete años. Su larga barba negra se le había vuelto de color de ceniza. El viejo romance lo ve, al morir, reclinar sobre el hombro de Jimena, su esposa, las sienes "coronadas de victorias".

LA VICTORIA DESPUES DE MUERTO

Todavía después de su muerte, Jimena Díaz, su viuda, conservó el gobierno de Valencia algún tiempo, frente a los "almoravides". Como los ataques de éstos apretaran, Jimena tuvo que pedir auxilio al rey Alfonso; pero éste le contestó que no era posible sostener una ciudad situada tan lejos de su reino. Sin embargo, el Cid había podido. Entonces Jimena, con su gente, se decidió a abandonar Valencia; y así se acabó la magna empresa del Cid.

Por el camino que años antes el Cid recorriera victorioso, cruzando sierras y desfiladeros, va Jimena Díaz, con sus gentes, vestida de largas tocas de luto. Detrás de élla sobre una mula, va un largo cofre, con argollas de hierro. Dentro vá el cuerpo de Rodrigo Díaz, el Cid Campeador.

La leyenda pretende que aun después de muerto, el Cid ganó una batalla a los moros. Dice que los castellanos, viéndose muy apretados en Valencia, amarraron su cuerpo a un caballo y le hicieron marchar con sus tropas, de modo que los moros, creyendo que el Cid vivía, huyeron espantados. Esto es cuento y mentira. Lo que no es mentira es que aquel muerto que cruzaba, de retorno de su amada Valencia, los campos de Aragón y Castilla, iba dejando tras de sí una lección viva. La lección de la idea total y nacional de la reconquista; la lección del mando fuerte y único; de las conquistas fijas y definitivas; del modo duro y suave de tratar a los moros...

Mientras estas lecciones, adivinadas por el genio español del Campeador, no se aprendieron bien, la reconquista no avanzó decisivamente y a fondo. Cuando, al fin, se aprendieron y siguieron, vino la época de las grandes conquistas. Las victorias de San Fernando y de Jaime el Conquistador: ésas son las verdaderas batallas que el Cid ganó después de muerto.

XII

Desde el Cid a las Navas de Tolosa

LOS "ALMORAVIDES"

YA hemos visto cómo los "almoravides" de Marruecos habían sido llamados en auxilio por los reyezuelos moros de España. Eran aquéllos unos moros muy primitivos, guerreros y fanáticos. Su nombre—"almoravides"—quiere decir en árabe "hombres religiosos", porque pretendían volver la religión de Mahoma a su pureza primitiva.

Los árabes de España, mucho más refinados y cultos, comprendían el gran peligro que significaba el hacer venir a aquellos nuevos moros, que entrarían como amigos, pero bien pronto se convertirían en dominadores. El Rey de Sevilla se resistía a llamarlos. Pero, al fin, apretado por las conquistas de Alfonso VI, tuvo que decidirse aunque de mala gana. Comprendía que era cambiar la dominación cristiana por la "almoravide". "Puesto a elegir—dijo—, prefiero ser camellero en Africa, que porquero en Castilla".

No tardó en cumplirse su profecía. Los "almoravides", formando un gran ejército, entraron en España al mando de su jefe Yusuf: un terrible fanático, que electrizaba a sus soldados, por su fama de santo e inspirado por Dios. El rey Alfonso VI acudió a detenerlos a la misma frontera de Andalucía, pero, menos afortu-

nado que el Cid por el lado de Valencia, fué vencido en Zalaca. Tras esta victoria, los "almoravides", según la costumbre mora, faltos de una idea total de España, no siguieron avanzando y se dedicaron a la tarea más fácil de apoderarse de los reinos moros. Al poco tiempo, pues, la España mora era otra vez una tierra unida bajo el mando de los nuevos invasores.

"LOS ALMOHADES"

Como la tiranía a que los "almoravides" sometieron a los antiguos moros y árabes de España, era insoportable, éstos se decidieron, otra vez, a apelar al sabido recurso: y llamaron a los "almohades" una nueva tribu mora, todavía más fanática y dura, que acaba de llegar al Norte de Africa. Poco después los "almohades" se presentaban en España y se repetía, punto por punto, el caso de los "almoravides". Vencían al rey cristiano de Castilla, que era Alfonso VIII, en Alarcos, y en seguida se dedicaban a dominar los reinos moros, volviendo a unir bajo su mando toda la zona árabe de España.

PORTUGAL

¿Qué ocurría mientras tanto en la zona cristiana? De momento, nada más que desuniones y luchas interiores. La "lección del Cid" seguía aún sin aprenderse.

Los sucesores de Alfonso VI de Castilla, tienen que luchar con una serie complicada e interminable de rebeliones y pleitecillos de casa. La más importante de esta rebeldía era la que empezaban a levantar frente a los reyes, los condes de Portugal, que formaban parte del reino de Castilla. Aquel pedazo de España dominado en tiempos primitivos por los "celtas" y después por

los "suevos" durante la invasión de los bárbaros, conservaba siempre huellas de estas diferencias frente al resto de España, que más rápidamente había sido "ibera" primitivamente y "goda", después. Se unió a esto que el condado fué a parar, por aquellas absurdas divisiones que hacían los reyes en su testamento, a manos de mujer; y que la condesa de Portugal se casó con un conde francés. Aquel conde extranjero sobre aquella tierra apartada y distinta, se sentía necesariamente poco unido a Castilla. Empezaron las rebeldías y desobediencias; y poco después otro conde llamado Alfonso Enríquez, logró la independencia de Portugal y el título de rey.

Año 1139

Estos motivos pequeños y de pura circunstancia, fueron el principio de que Portugal empezara a ser una nación distinta de España. Pero nada de esto significa frente a la unión más profunda de alma y pensamiento que entre ambas naciones ha existido y existirá siempre. Las circunstancias pequeñas de un casamiento o la intervención de un extranjero, habrán podido separarlas; pero los grandes sucesos de la Historia las han unido siempre, porque a las dos naciones han interesado por igual. La reconquista era un problema de las dos; como de las dos fué luego la gloria de las grandes navegaciones y descubrimientos. Esta realidad viva, superior a toda contingencia política, es la que recoge y afirma el "pacto ibérico" sellado actualmente entre ambas naciones.

ALFONSO VII, EL EMPERADOR

Alfonso VII fué el primero de los sucesores del vencedor de Toledo, en el que vuelve a aparecer el deseo de *reconquista*. Pero su reinado coincide con el nuevo

poder de la zona mora, otra vez fortalecida y unida. como dijimos. Sus empresas contra los moros vuelven a ser puras *razzias* momentáneas.

En este punto las circunstancias no le permitieron seguir la "lección del Cid". Tampoco pudo seguirla del todo en el otro—el mando único y fuerte—, aunque se ve que lo intentó. Alfonso VII tomó, como su antecesor Fernando I, el título de "emperador" y procuró que este título tuviera alguna realidad, intentando que le rindieran vasallaje los otros reinos de la España cristiana.

Sin embargo, él mismo contradijo esta política de unión. volviendo, en su testamento, a la funesta costumbre de dividir el reino entre sus hijos. León y Castilla volvieron a separarse al ser heredados respectivamente por sus hijos Fernando y Sancho.

ALFONSO VIII

El rey Sancho de Castilla, tercero de su nombre, murió al poco tiempo y le sucedió su hijo, menor de edad, Alfonso VIII.

Mientras fué menor de edad, el reino estuvo bastante agitado por las luchas y rivalidades de algunas familias poderosas. Pero llegado a la mayor edad, Alfonso VIII comprendió que el gran interés de su Patria estaba únicamente en la *reconquista*, y a élla dedicó toda su atención.

Sus primeros esfuerzos, sin embargo, no fueron afortunados. Como ya sabemos, los "almohades", recién entrados en España, le derrotaron en Alarcos, y como resultado de esta derrota llegaron hasta el centro de España, a las puertas mismas de Toledo, que

juntamente con otras varias ciudades de Castilla, se encontró seriamente amenazada.

LA CRUZADA CONTRA LOS MOROS

La situación era grave y Alfonso VIII lo comprendió así. Tenía enfrente, otra vez, una España mora, unida y fuerte. Más fuerte aún, quizá, que en los días del Califato de Abderrhamán el Grande, porque las dos nuevas invasiones del Norte de Africa habían anulado ya casi por completo, en España, la raza árabe, que era la más débil. Frente a él tenía Alfonso VIII una España ya berebere o mora: fuerte y dura como una tribu del desierto.

El Rey de Castilla comprendió que había que hacer un esfuerzo grande. Recordó lo que era el alma y la razón de la reconquista: la idea religiosa, la lucha por la fe. En torno de esta idea, hizo un llamamiento a todos los reyes de la España cristiana y aún consiguió que el Papa diese a la empresa que proyectaba contra los moros, categoría de Cruzada: igual a las que se organizaban contra Tierra Santa para rescatar el sepulcro de Cristo.

Se predicó la Cruzada, en efecto, por toda Europa y acudieron voluntarios de todos los países, en número crecidísimo. Pocas veces la guerra de la *reconquista* presentó con más claridad su idea y su entraña. Los moros venían apoyados en Africa; los españoles, en Europa. Eran dos mundos los que iban a encontrarse y chocar.

De España acudieron, con las mejores tropas que pudieron, todos los reyes, menos el de León. Portugal

envió una lucida tropa de nobles y caballeros principales.

Todo este ejército imponente, el mayor que nunca se había visto en España, comenzó a bajar hacia el Sur en busca de los moros. Pero era el mes de julio. El calor de Castilla era sofocante y los voluntarios extranjeros, no pudiendo soportarlo, empezaron a marcharse poco a poco. Al final sólo quedaban unos ciento cincuenta extranjeros mandados por un Arzobispo, que, aunque francés, era hijo de madre castellana. De este modo la intervención de los extranjeros sirvió para dar a entender el interés europeo que tenía aquella empresa; pero la gloria final de ella corresponde sola y totalmente a los españoles. Siempre ha sido destino de España sacrificarse ella por los grandes problemas de la civilización y del mundo.

LAS NAVAS DE TOLOSA

Hacia mediados de julio, el ejército español estaba metido por las quiebras de Sierra Morena. Los moros estaban ya muy cerca y los cristianos se encontraban en posición difícil, en un desfiladero, donde era tan peligroso volver hacia atrás como seguir adelante. Afortunadamente unos pastores que por allí andaban y que los españoles creyeron ser ángeles por el gran servicio que les hicieron, les enseñaron unas veredas ocultas y caminillos de cabras, por donde lograron salir de aquel mal paso y llegar a un terreno llano, junto a las Navas de Tolosa.

Era el año 1212: día de Nuestra Señora del Carmen. Año 1212
Los cristianos se decidieron a dar la batalla en aquel buen terreno. Al clarear el día, hubo misas en el campamento y comulgó toda la tropa. En seguida se desple-

gó el ejército en orden de batalla: en el centro, los caballeros de Portugal y el Rey de Castilla; a la derecha, el Rey de Navarra, y a la izquierda, el de Aragón. ¡Al fin era España toda la que avanzaba en línea!

El ejército moro, que había conocido los grandes preparativos españoles, había reunido también para el choque, una gran cantidad de soldados: casi cuatro veces más que los cristianos. En el primer momento los moros embisten furiosamente el centro con una gran masa de infantería, seguida de caballos y camellos. Tratan de cortar en dos el ejército cristiano. El centro vacila. Entonces los navarros del ala derecha se corren por el flanco y caen furiosamente sobre el campamento moro. Su embestida es arrolladora. Rompen las cadenas que defendían las tiendas, y que desde entonces figuran en su escudo de armas. Todavía, sin embargo, hay un momento en que parece que los navarros van a ser envueltos. El rey de Castilla, Don Alfonso VIII, quiere picar espuelas a su caballo y meterse en medio de la pelea. Le dice al Arzobispo de Toledo, que tiene a su lado: "Arzobispo, es hora de morir". Pero el Arzobispo, sereno, firme, le aprieta duramente el brazo con su guante de hierro y le dice: "No; es hora de vencer..." En aquel momento, el ala aragonesa de la izquierda ha entrado de refresco en la batalla. Las tropas moras empiezan a flaquear. Comienza la huída. Cuando la noche va cayendo, unos soldados traen al rey Alfonso la tienda de campaña, de bella tela carmesí, del rey moro. Y sobre el campo sembrado de muertos, se levantan las voces de los cristianos cantando el himno de acción de gracias: "A Tí, Señor, te alabamos; a Tí, Señor, te confesamos... ¡Padre de inmensa majestad!"

LA SANTA IDEA DE LA UNIDAD

En las Navas de Tolosa había vencido la cólera española. Pero en las Navas había vencido también una idea: una idea que los españoles habían olvidado hasta entonces muchas veces: la idea de unidad. Había habido por primera vez un solo ejército, un solo entusiasmo y un solo plan de conjunto.

Los moros no tenían idea de unidad. Acababan de vencer en Alarcos; pero por falta de una idea total de España y un pensamiento de conjunto, no le habían sacado partido a la victoria. Los moros, como los niños o los salvajes, no veían más que lo que tenían delante de los ojos y no sabían ponerlo en relación con otras cosas lejanas para formar la idea de unidad. Esta es una idea superior, hija de la civilización latina. Para llegar a una idea de unidad hay que subir y elevarse. Los moros eran como el hombre que anda por la calle, que sólo ve las cosas que tiene delante. Los españoles, civilizados por Roma, eran como el hombre que sube a una torre o se eleva en un aeroplano, que ve y domina el conjunto de la ciudad. Así habían llegado a ver a España como una, en su tierra, en su Fe y en su interés: por eso fueron unidos a las Navas y obtuvieron la victoria.

XIII

El Santo y el Conquistador

ARAGON, NAVARRA Y CATALUÑA

VOLVAMOS ahora los ojos a los otros núcleos de resistencia cristiana, cuyo nacimiento hacia el Este del Pirineo, vimos en un capítulo anterior.

El reino de Aragón nació, como independiente de Navarra, por el reparto que en su testamento hizo a sus hijos el rey de estos últimos, Don Sancho el Ma-
Año 1002 yor. Durante el principio de su vida, el reino de Aragón aparece unas veces unido a Navarra y otras separado de élla. En este período, el rey más importante de Aragón fué Alfonso I, llamado el Batallador, porque peleó muchas veces contra los moros, si bien todavía por el antiguo sistema de *razzias,* sin orden ni conjunto.

A la muerte de Alfonso I, el reino de Aragón se separa definitivamente de Navarra; y poco después una princesa aragonesa, a quien correspondía el trono, se casó con un conde de Cataluña. El hijo de ambos, pues, llamado Alfonso II, fué ya rey de Aragón y Cataluña, que quedaron así unidos para siempre.

Desde entonces Cataluña es ya una parte del reino de Aragón y junta con él interviene en la lucha contra los moros y en todas las empresas españolas. Su His-

toria es un pedazo de nuestra Historia, como su tierra es un pedazo de España.

UNA NUEVA HEREJIA

Por su situación, al lado de los Pirineos, frontera de Francia, el reino de Aragón se vió a menudo mezclado en cuestiones y asuntos europeos que no preocuparon a los otros reinos de España.

Así, por ejemplo, en tiempos de los sucesores de Alfonso II, ya a principios del siglo trece, apareció por el Sur de Europa una nueva herejía o falsa religión llamada de los albigenses. Sostenían estos herejes que no hay diferencia entre lo bueno y lo malo: y como consecuencia práctica de esto se entregaban a todos los vicios y excesos, negando el matrimonio, la autoridad y todo orden.

Alarmado el Papa, ordenó contra ellos una Cruzada, en la que intervino también Aragón, que tenía demasiado cerca el peligro para que le fuera indiferente. La Cruzada fué dirigida y mandada por jefes franceses y éstos fueron implacables en el castigo de los herejes, contra los que ordenaron terribles matanzas, persiguiéndolos aun dentro de las iglesias y acuchillándolos al pie de los altares.

Algunos españoles, más acostumbrados, por su contacto con los moros, a estas guerras por la Fe, protestaron de estas crueldades excesivas. Y un español, Santo Domingo de Guzmán, creó una Orden religiosa —los "dominicos"—, cuyo principal objeto había de ser el de convertir a los herejes y vencerlos por los medios suaves de la predicación y el convencimiento. En este problema de los "albigenses", España representa, pues, el partido moderado y tolerante.

LA INQUISICION ARAGONESA

Es cierto que como último recurso para los que no se lograban convertir, España estableció el Tribunal de la Inquisición: o sea, un Tribunal eclesiástico que juzgaba al hereje, y si lo encontraba culpable de herejía, como ésta era entonces un delito castigado por las leyes del Estado, lo entregaba a éste para que se aplicase la pena correspondiente, que en algunos casos extremos era la muerte.

Esto ha servido a los extranjeros enemigos de España, para acusarnos de crueles e intolerantes. Pero a esto hay que contestar dos cosas:

Primero.—Que la Inquisición la hubo en todos los países del mundo y cuando se estableció en España, hacía ya más de catorce años que existía en Francia, Alemania, Inglaterra y Suiza.

Segundo.—Que la Inquisición no hacía más que resolver si el acusado era o no "hereje"; y luego, si lo era, lo pasaba al Estado. Porque todos los Estados de aquel tiempo consideraban la "herejía" como un delito y lo castigaban en relación lo mismo que el robo o el asesinato. Los "herejes", entonces, eran considerados como hoy día los grandes revolucionarios y anarquistas. Eran los perturbadores del orden público. Y de hecho los "albigenses" lo perturbaron grandemente con sus rebeldías, atacando las mismas cosas que atacan los revolucionarios de hoy: las iglesias, la autoridad, la propiedad y la familia. ¿Cómo asombrarse entonces de que los buenos cristianos se defendieran contra ellos? ¿Acaso hoy día todos los pueblos, aun los que se dicen más "liberales" o tolerantes, no se de-

fienden contra los revolucionarios que atacan todas las bases del orden y la tranquilidad del Estado?

LA GRAN HORA DE LA RECONQUISTA

Con esto hemos visto cómo todo los reinos de España—Castilla y León, por un lado; por otro, Navarra y Aragón—llegan al siglo trece. En las puertas de este siglo, como si entraran en él bajo arco de laureles, tienen todos ellos un momento de gloriosa unión, como ya contamos, en las Navas de Tolosa. Ahora, en el resto del siglo, va a recogerse el fruto de esta gran victoria. El siglo trece es para España la hora brillante de la reconquista: el siglo de los grandes triunfos cristianos.

El terreno ha quedado preparado después de las Navas de Tolosa. Deshecho el poder "almohade" en la gran derrota, otra vez la España mora se ha dividido en una colmena de reyezuelos y Cortes de juguete. El enemigo es débil y desunido. Sólo hace falta que Dios depare a los cristianos reyes buenos y decididos.

SAN FERNANDO SUEÑA EN LA CRUZADA

En Castilla, muerto Alfonso VIII, el vencedor de las Navas, después del corto reinado de Enrique I, entra a reinar Fernando III. Parece que Dios bendecía aquel siglo: que es para toda la Cristiandad el siglo de los hombres magníficos. Es el siglo de San Luis, rey de Francia; de Santo Tomás de Aquino y de Dante Alighieri. El Rey que subía al trono de Castilla, era un hombre de parecida altura. Sabio, prudente, enérgico, y sobre

todo tan lleno de virtudes, que la Iglesia le ha llevado a los altares con el nombre de San Fernando.

A los pocos años de reinar, por una serie de felices circunstancias de familia, en San Fernando se reunían otra vez las coronas de Castilla y León, para no separarse ya nunca más. Sobre esta base fuerte, el joven y santo Rey sueña con dar un empuje grande y decisivo a la gran obra española: la *reconquista*. Para él ésta no era una empresa gloriosa que podía emprender o dejar. Era un deber, una obligación sagrada. Sentía la reconquista, más que como Rey de España, como santo y siervo de Dios. En una ocasión en que su pariente San Luis el rey de Francia, le invitaba a que le acompañara a ir en Cruzada contra los moros de Tierra Santa, él le contestó: "Tengo bastantes moros en mi tierra".

SAN FERNANDO HA APRENDIDO LA "LECCION DEL CID"

A esta idea clara de la reconquista como Cruzada y obligación de Fe, el Santo Rey aplicó lo que hemos llamado antes la gran lección del Cid. Dejó totalmente el sistema desorganizado de *razzias* y preparó un plan de conjunto sobre la base de un "frente andaluz" que debía de bajar implacable y unido, sin dar nunca paso atrás. La batalla de las Navas había forzado la Sierra, que es puerta y límite de Andalucía. Quedaban ahora las llanuras, invitando a extenderse por ellas con ímpetu arrollador. Para este superior esfuerzo, el Rey, con gran energía, hizo que contribuyeran con su dinero y riqueza, todos los pueblos y señores. También hizo que entraran en la guerra las "mesnadas" o tropas particulares que estos señores y nobles reunían, y las milicias populares de los Ayuntamientos.

De este modo San Fernando consiguió hacer avanzar la frontera de Andalucía, no sólo en profundidad, sino en anchura: en una línea bastante extensa. Hasta que un extremo de esta línea, mediante un golpe de audacia, logró entrar en la ciudad de Córdoba. La conquista de la antigua capital del Califato, produjo una impresión enorme en la zona mora. El Rey Santo convirtió la Mezquita en Catedral católica e hizo que a hombros de prisioneros moros, se devolvieran a Santiago de Compostela las campanas que fueron llevadas a Córdoba por Almanzor.

El dominio de Córdoba daba a San Fernando una gran facilidad para la reconquista de otras tierras de Andalucía: y por eso fué rápidamente seguido de la sumisión y entrega de otras varias ciudades como Murcia y Jaén.

CONQUISTA DE SEVILLA

Once años después de conquistada Córdoba, las tropas del Rey Santo, avanzan por el valle del Guadalquivir. Las blancas y alegres ciudades de las vegas cercanas a Sevilla, rodeadas de viñas y olivos, empiezan a caer bajo su espada. Los moros no quieren creer lo que ven sus ojos: ¡el rey Fernando se dirige indudablemente a Sevilla! El Santo va a intentar el milagro: va a procurar la conquista de la rica y famosa capital "almohade", de la perla de las ciudades moras de España.

Poco después, el rey Fernando está sobre Sevilla. La rodea y la abraza como el Cid, ayer, en Valencia. Pero Sevilla es una población grande y sus defensores suman un número crecidísimo. Rendirla simplemente por un cerco sería empresa larga y acaso imposible. Todo lo ha previsto el Rey Santo: en Vizcaya y en San-

tander ha hecho armar una flota de trece barcos que, al mando del almirante Bonifaz, ha bajado por las costas de Portugal y ha entrado por la boca del Guadal-
Año 1248 quivir. Es la primera escuadra de Castilla que entra en acción de guerra. El Rey Santo ha comprendido la necesidad que España tiene y tendrá siempre de este arma de combate.

La tarea que tienen que cumplir los barcos en la empresa de Sevilla, es de una importancia decisiva. Sevilla está atravesada por el río Guadalquivir. A un lado está la ciudad y al otro el famoso barrio de Triana. "Divide y vencerás", dice el refrán. La orden que el Rey ha dado al almirante Bonifaz, es la de intentar romper el puente que, hecho de barcas amarradas con cadenas, une a Triana con Sevilla. La empresa es dificilísima; pero al fin un día sopla un viento favorable de Poniente: Bonifaz hace desplegar todas las velas de sus barcos y a gran velocidad los arroja sobre el puente de barcas. El estruendo del golpe retumba en toda la ciudad. Las cadenas saltan en pedazos. Sevilla ha quedado partida en dos mitades... Poco después los soldados de San Fernando asaltaban las murallas. Y algo más tarde se paseaba triunfalmente por las calles de Sevilla, no el rey Fernando, que en su humildad de Santo huía todo aplauso, sino la que él consideraba la vencedora de aquella empresa: la Virgen de los Reyes.

POLITICA DE ATRACCION DE LOS MOROS

San Fernando había seguido en todo la "lección del Cid": había hecho fuerte y único el mando; había avanzado mediante un plan de conquistas definitivas.

Ahora, vencedor de Sevilla, ponía en práctica tam-

bién la tercera "lección del Campeador". Su política de atracción de los moros fué sabia y prudente: a ratos severa y a ratos llena de tolerancia y suavidad. Los cruzados y voluntarios de otras partes de Europa que asistieron a nuestras conquistas se asombraban, a menudo, de esta benignidad y en ocasiones protestaban de ella. Este fué también, en gran parte, el motivo por el que muchos cruzados se habían vuelto un día antes de la batalla de las Navas. No se daban cuenta que los españoles tenían en esto una experiencia mucho mayor que ningún otro pueblo en el mundo. Eramos maestros en ese arte que la necesidad y los siglos nos habían enseñado.

Y San Fernando fué en esto maestro de maestros. Penetraba no sólo en las murallas, sino en el alma de las ciudades que conquistaba. Las hacía *suyas* con un dominio pleno de fuerza y de amor. Y aun con ciudades que no conquistaba, lograba alianzas, que su lealtad convertía en verdadera amistad de amor. Así fué tan estrecha la que logró con el reyezuelo moro de Granada, que éste, al morir San Fernando, mandó que hubiese en Granada luto público de toda la Corte y dispuso que en cada aniversario se trasladasen a Sevilla cien caballeros moros, llevando cada uno un cirio de cera blanca, para ponerlo en la tumba del Rey Santo.

LA MUERTE DEL REY SANTO

No mucho después de su gran victoria, San Fernando entregó su alma a Dios. La humildad y la devoción de su muerte, todavía oscurecieron las grandes virtudes de su vida. Cuando sintió que llegaba el Viático, se echó abajo de la cama, donde estaba, y se arrodilló para recibirlo, en las losas del suelo Luego se hizo

desnudar y quitar de encima todas las galas e insignias de rey, porque decía que en aquella hora suprema ya no había reyes ni vasallos. Y así, desnudo, con una soga de esparto atada al cuerpo, murió el Santo Rey, "cubierto por el polvo de cien combates, ni uno sólo contra cristianos".

ARAGON: DON JAIME EL CONQUISTADOR

Pero ni aun así se había cansado Dios de hacer espléndidos regalos a aquel gran siglo de España. Al mismo tiempo que reinaba en Castilla y León, San Fernando, reinaba en Aragón y Cataluña, el más grande de sus reyes: Don Jaime I el Conquistador.

Hasta parece que cuidaba Dios de dar a cada una de las partes de España, el hombre más ajustado a sus circunstancias y necesidades. La reconquista por el Centro de España, por las ásperas llanuras de Jaén, por las sierras andaluzas, era una obra puramente interior, ardiente y dura, que había que entender, como San Fernando la entendió, como Cruzada religiosa. La reconquista por Levante, por las costas del Mediterráneo, estaba mezclada de mil intereses humanos, de mil conveniencias políticas de dominio, frente a Europa, de aquella costa española. Tenía más de empresa nacional y menos de Cruzada religiosa. Para la primera era preciso un Santo. Para la segunda era preciso un Conquistador.

El rey Don Jaime I lo fué en grado sumo. También en él, como en el Rey Santo, las "lecciones del Cid" aparecen bien aprendidas y respetadas.

Los primeros años de su reinado tuvo que emplearlos en asegurar el poder fuerte y único en su mano.

Entró a reinar siendo un niño: y con sólo nueve años peleó ya para sujetar a los nobles levantiscos y rebeldes, asombrando a todos por su energía y resistencia física.

Durante diez años tuvo que emplearse en estas luchas interiores. Hasta que habiendo logrado someter a todos los revoltosos y sintiéndose ya fuerte y seguro en el mando, pensó en su gran deber de rey español: en la reconquista. Con gran claridad el rey Don Jaime comprendió que, mientras San Fernando bajaba por el Centro de España a Andalucía, lo que a él le tocaba hacer era limpiar de moros la costa del Mediterráneo.

CONQUISTA DE LAS BALEARES

Pero la "lección del Cid" había llegado en él a su última consecuencia. No le bastaba ya bajar por la costa mediterránea, en plan de conquistas definitivas, empujando una línea de frontera. Era preciso más: era preciso empezar por asegurar totalmente y para siempre el dominio de aquella costa. Y para esto, Don Jaime, con una idea audaz y de conjunto, superior a todo cuanto hasta entonces se había pensado, decidió, como primer paso, abordar la conquista de las islas Baleares... En su mano la reconquista tomaba hechura nueva: se convertía en una empresa europea y preveía futuros y lejanos peligros.

Porque, en efecto, las islas Baleares, situadas admirablemente frente a Valencia, son una posición cuyo dominio es necesario para quien quiera dominar la costa española del Mediterráneo. Son como los centinelas avanzados que vigilan toda aquella costa.

Las Baleares estaban en poder de los moros "almohades", que, aun al desaparecer su poder en el

resto de España, conservaban aquellas islas apartadas. La empresa, tan superior a las acostumbradas en la época, fué juzgada como temeridad y locura, por muchos nobles y señores. Pero Don Jaime, con tenacidad y energía, les obligó, como San Fernando, a contribuir a la empresa; logrando armar la primera flota aragonesa: cuarenta y tres naves grandes y doce galeras de vela y remo. Las "naves" equivalían entonces a nuestros acorazados, y las "galeras" eran las unidades ligeras, como nuestros cañoneros y destructores. Era una respetable escuadra para su época: algo así como la hermana mayor de aquella otra escuadra castellana del almirante Bonifaz, que había de nacer a la vida diez años más tarde.

Con sus barcos y un numeroso ejército de desembarque, cayó el rey Don Jaime sobre la más grande de las islas Baleares: sobre Mallorca, llamada la *Isla Dorada,* por su mágica belleza de paraíso. Sin gran dificultad el Rey se apoderó de la ciudad de Palma y pronto fué suya toda la isla. Al año siguiente siguió la rendición de Menorca y tres años después la de Ibiza. Ya eran de Aragón las islas Baleares; ya tenía Aragón su mano puesta sobre el Mediterráneo.

LA CONQUISTA DE VALENCIA

En estas condiciones ya se podía pensar en marchar sobre Valencia. El rey Don Jaime, tres años después de conquistadas las Baleares, emprende con un lucido ejército, ya más a lo moderno y europeo, la empresa que dos siglos antes emprendiera, con genial inspiración, el Cid.

Bajó el ejército del Rey por la costa, apoderándose de todas las plazas importantes: y meses después Va-

lencia estaba de nuevo cercada y sitiada. Al poco tiempo Valencia se entregó ya para siempre al dominio español, y el rey Don Jaime aseguró su dominio, conquistando otras varias ciudades más al Sur.

Con esto Don Jaime había tocado al límite final de su reino: pues había convenido con el Rey de Castilla, que más allá, donde ya eran las tierras de Murcia, empezaban los dominios castellanos. No obstante, el incansable Don Jaime realizó también conquistas por estas tierras murcianas, pero siempre cumpliendo lealmente lo tratado y entregándolas a Castilla. Estos nuevos usos demuestran cómo el rey Jaime tenía una idea clara que no habían tenido sus antecesores, de una unidad de España. En él era ya amistad y buena armonía con Castilla, lo que más tarde había de ser unión absoluta.

LA CRUZADA QUE NO LLEGO A IR A TIERRA SANTA

Todavía antes de morir, tuvo este gran Rey la idea de armar una Cruzada contra los moros de Tierra Santa. Acabado de limpiar de moros su propio reino, sueña con ir a luchar por la Fe en tierras lejanas. Señal de que a pesar de las diferencias que antes dijimos, había una idea central de ser España la defensora de Cristo contra el moro, que compartían lo mismo castellanos que aragoneses. Señal también de que el reino de Aragón y Cataluña, situado en la costa, sentía más fuertemente la atracción de las empresas exteriores. Recordemos que cuando al rey de Castilla, San Fernando, le propusieron ir a Tierra Santa, se negó diciendo que bastantes moros tenía "dentro de casa". En cambio el rey Don Jaime, armó una fuerte escuadra, casi toda catalana, y se echó al mar camino del Oriente. Pero a

poco de salir se levantó un fuerte temporal que hundió casi toda la escuadra e hizo desistir al Rey de sus propósitos. Parece que Dios le daba la razón a San Fernando: invitaba a los catalanes a volver "a casa": a la casa de todos, a España.

ULTIMA EMPRESA Y MUERTE

Todavía, antes de morir, el Rey Conquistador, aprendiendo bien esa lección, armó una flota catalana para ir ahora al Norte de Marruecos y apoderarse, como lo hizo, de la ciudad de Ceuta. Esa sí que era buena empresa española: asegurar la orilla del Estrecho; el zaguán y la antesala de todas nuestras invasiones. ¡Tener en la mano la Ceuta de Don Julián; la Ceuta de los peligros constantes; el Gibraltar de Africa!...

Poco después moría Don Jaime el Conquistador. Había sido, más que un gran rey de Aragón y Cataluña, un gran español. Entre él y San Fernando, habían comprendido totalmente a España hacia dentro y hacia afuera. Su última empresa en Marruecos, como su primera empresa en las Baleares, revelan su clara idea de España como nación en Europa y en el Mundo. Dejaba señaladas al morir una "política mediterránea" y una "política africana"... Y en todo ello, en Marruecos y en Baleares, había estado, a su lado, Cataluña, sirviendo a la idea más grande de España que nadie había tenido hasta entonces.

XIV

La herencia del Santo y del Conquistador

ALFONSO EL SABIO

VOLVAMOS a Castilla. A San Fernando le sucedió en el trono su hijo Alfonso X.

Siendo Infante, su santo padre le había ya unido a sus tropas y le había hecho intervenir en sus grandes conquistas contra los moros. Ya Rey, continuó éstas, en sus primeros años, apoderándose de varias ciudades del extremo Sur de Andalucía: Cádiz, Sanlúcar, Puerto de Santa María.

Pero pronto, Don Alfonso abandonó la lucha contra los moros para ocuparse de cuestiones interiores de su reino.

Alfonso X era el hombre más sabio de su época. Llegó a tener, por su ciencia, fama en todo el mundo. Escribió un libro bellísimo de versos dedicados a la Virgen titulado *Las Cantigas.* Supo todo cuanto en su tiempo se sabía sobre el cielo y las estrellas. Y mandó hacer un Código, llamado las *Siete Partidas,* que es una obra enorme, llena de orden y armonía, como las grandes catedrales que por entonces se levantaban.

EL SUEÑO DEL IMPERIO

Por todo esto, Don Alfonso el Sabio estaba lleno de las grandes ideas de la antigua sabiduría romana: y sus pensamientos y propósitos, movidos por ellas, fueron superiores a los que su época podía comprender. Impresionado por el reino que heredaba, mucho mayor ya, por las conquistas de su padre, que el de todos sus antecesores, soñaba con restaurar el Imperio Romano.

En cuanto España se siente un poco grande y fuerte, en seguida sueña con el Imperio. Al Rey Sabio le llamaron soñador los hombres de su tiempó. Peró de los grandes soñadores es el mundo. Y el Imperio, que fué sueño, en el rey Don Alfonso, fué realidad dos siglos después, con Carlos V.

Porque el sueño de Alfonso el Sabio, no estaba basado sobre pura imaginación. El título de "emperador" que venían llevando los reyes germanos, sucesores de Carlo Magno, estaba vacante. El, por su madre, que era de esa casta, se consideraba con derecho a él. Y como su fama era general en Europa, logró ser elegido "emperador". Sin embargo, los otros pretendientes al Imperio, no acataron la elección. Don Alfonso quiso sostenerla a la fuerza y realizó para ello enormes esfuerzos, armando una flota y yendo él mismo a Roma a buscar el apoyo del Papa. Pero, al fin, tuvo que desistir de su empeño. Los gastos que requería eran enormes y sus súbditos castellanos no entendían aquella empresa y la calificaban de locura.

DERROTAS Y TRISTEZAS

En verdad, Don Alfonso había soñado demasiado con grandezas y había descuidado los inmediatos asuntos de

España. Mientras que él aspiraba al Imperio, los moros de Granada habían vuelto, una vez más, a llamar a una tribu del Norte de Africa: los "benimerines", se llamaban ahora los nuevos invasores. El Rey Sabio acudió contra ellos, pero fué derrotado en varias batallas.

A la amargura de estas derrotas y del fracaso de su sueño, se unió en los últimos días de su vida, la sublevación de su hijo segundo Don Sancho, que aspiraba a sucederle en el trono. El hijo mayor del Rey Sabio había muerto y, según la ley de las Partidas, el trono correspondía al hijo mayor del muerto, siguiendo su línea. Era lo romano, lo correcto. Dón Sancho alegaba que el pretendido heredero era un niño; pero el Rey Sabio le contestaba que la ley le daba el derecho al otro. Hasta el final de su vida era el hombre de la ley, del libro.

Pero Don Sancho no se preocupaba de leyes. Era arrebatado y valiente, de modo que le llamaban Don Sancho el Bravo. Hizo la guerra a su padre y como su hombría era más popular que la sabiduría de su padre, contó con la simpatía del pueblo. Don Alfonso se vió obligado a refugiarse en Sevilla y allí murió solo y triste. Año 1284
Había soñado mucho: había sabido muchas cosas de las estrellas y los imperios lejanos. En cambio, Don Sancho, había sabido las cosas del mundo y de la guerra... Y al fin, el "Bravo" había vencido al "Sabio".

SANCHO IV Y GUZMAN EL BUENO

Durante los sucesores de Alfonso X, la reconquista, que sólo hubiera necesitado ya un último empuje para terminarse, se para durante más de un siglo, porque las agitaciones interiores consumen inútilmente toda la energía de los reyes.

Don Sancho IV el Bravo, tuvo que luchar contra el

infante Don Juan, el nieto de Alfonso el Sabio, a quien dijimos que, por ley, hubiera correspondido el trono. El Infante llegó a aliarse, para luchar contra su tío, con los moros "benimerines", que aún seguían en España.

En esta guerra ocurrió uno de los sucesos más heroicos de nuestra Historia. Los moros tenían sitiada la ciudad de Tarifa, que defendía un caballero llamado Guzmán, a quien por sus grandes virtudes llamaban el Bueno. Los moros habían logrado coger prisionero a un hijo de Guzmán y le mandaron decir que si no se rendía lo matarían delante de las murallas Pero Guzmán no sólo no se rindió, sino que dice la leyenda que, des-
Año 1297 de la muralla, tiró su propio puñal para que mataran a su hijo: dando de este modo a entender la firmeza de su decisión.

EL EMPLAZADO

Heredó a Sancho el Bravo, su hijo Fernando, que era menor de edad. Mientras no fué mayor, gobernó el reino con gran tacto y prudencia, su madre Doña María de Molina. Luego, cuando tuvo dieciséis años, empezó a reinar con el nombre de Fernando IV. Su reinado lo llenan otra vez, luchas y disturbios interiores, y las pocas empresas que intentó contra los moros no fueron muy afortunadas, logrando únicamente conquistar la plaza de Gibraltar. A Don Fernando IV se le conoce con el nombre de "El Emplazado". Cuenta la leyenda, que en una ocasión el Rey sentenció a muerte a dos caballeros, llamados los Carvajales, sin tener pruebas bastantes del delito de que se les acusaba. Los codenó a ser tirados desde una altísima peña. Ya estaban en la peña, próximos a morir, cuando los hermanos Carvajales, jurando que eran inocentes, profetizaron al Rey que en el plazo de treinta días

moriría y Dios juzgaría su mala acción. De allí a treinta días el Rey estaba dispuesto a salir de camino, y dice el viejo romance:

Primero se echó a dormir—la siesta, porque es verano.
Mucho es pasado del día—el Rey no se ha levantado.
Muerto encontraron al Rey—los que a llamarle han entrado.
Porque Dios, como es tan justo—a cada cual da su pago.

LA BATALLA DEL SALADO

En tiempos de su sucesor Don Alfonso XI, los moros de Granada volvieron a llamar a los "benimerines" de Africa. Volvía a repetirse, aunque con menor importancia, el caso de los "almoravides" y los "almohades". Pero España había aprendido ya la gloriosa lección de las Navas de Tolosa. Castilla, Aragón y Portugal se unieron y acudieron a dar la batalla al moro, acabado de desembarcar, en las puertas mismas de España. Allí, cerca de Tarifa, a orillas del río Sala- Año 1340
do, se encuentran los dos ejércitos y los moros fueron totalmente vencidos, sin que la invasión de los "benimerines" siguiera más adelante. Murieron en esa batalla más de doscientos mil moros. Y en élla puede decirse que se termina la Reconquista de España frente a Africa. Ya no quedan en élla más que los moros españolizados, nativos, del blando y decadente reino de Granada.

ARAGON SE EXTIENDE POR MARRUECOS Y EL MEDITERRANEO

Mientras tanto, los sucesores de Jaime el Conquistador, de Aragón, que no tenían ya fronteras con los

moros, se empleaban en empresas de política exterior, siguiendo los dos caminos—mediterráneo y marroquí—que el gran Rey había dejado señalado.

Pedro III, logró en Marruecos, con gran habilidad, una alianza o protectorado sobre la ciudad de Túnez, donde se enarboló, al lado de la del país, la bandera aragonesa. Con esta excelente base en el Norte de Africa, el Rey de Aragón se decidió a aumentar el dominio del Mediterráneo, y con una poderosa escuadra de ciento cuarenta barcos, logró apoderarse de la isla de Sicilia.

LOS SUCESORES DE PEDRO III

Los sucesores de Alfonso III—Jaime II, Alfonso IV, Pedro IV—alternan entre las luchas interiores con la nobleza y las empresas exteriores y marinas. O sea, en definitiva, continúan las lecciones del rey Don Jaime I: fortalecer el poder real y completar por el mar la grandeza y seguridad de España.

En el primer sentido, los reyes lucharon continuamente contra los nobles, que habían logrado arrancar al primero de ellos, a Alfonso III, el privilegio llamado de *la Unión*. Este privilegio era un documento por el que se reconocían a los nobles una serie de derechos que les hacían poderosísimos y debilitaban el poder del rey. No hay nación que pueda prosperar si el mando supremo no es uno y fuerte, y lo limitan privilegios y poderes particulares. Los reyes, comprendiéndolo así, lucharon continuamente contra los nobles que defendían esos derechos excesivos. Hasta que Don Pedro IV logró vencerlos: y dice la leyenda que con su puñal rasgó la escritura donde se concedía el privilegio de *la Unión*, con tanta furia, que se hirió él mismo la mano.

La otra ocupación de estos reyes aragoneses fueron las empresas por mar. De estas empresas resultó, en tiempos de Don Jaime II, la conquista de otra isla en el Mediterráneo: la isla de Cerdeña.

LA EXPEDICION A ORIENTE

Con este nuevo apoyo en el Mediterráneo, el reino de Aragón empezó a sentir aquel mar como un lago o estanque propio: y se dejó llevar por la tentación de intervenir en las cuestiones que ocurrían en sus orillas más lejanas.

El Emperador bizantino de Constantinopla—heredero del antiguo Imperio Romano—estaba siendo atacado por los turcos. Para auxiliar al Emperador, Aragón armó una flota al mando del almirante Roger de Flor. No era aquello más que una aventura, en la que se trató, principalmente, de dar salida a los muchos soldados desocupados que, como resto de las antiguas guerras, vagaban por Aragón y Sicilia. Pero su idea central de amparar al Emperador bizantino contra los turcos, significa de todos modos una prueba de la constante voluntad de España de defender la vieja civilización de Roma contra todos los peligros de Oriente. Ya la había defendido contra los moros. Ahora empezaba un nuevo peligro—los turcos—y allí acudía España con su romántica expedición.

Los catalanes y aragoneses obtuvieron contra los turcos grandes victorias; pero no sacaron partido de ellas, porque, luego, los bizantinos, encelados de los grandes honores que el Emperador concedió a Roger de Flor, se volvieron contra los que habían venido a ayudarles y asesinaron a éste. Los españoles, en ven-

ganza, hicieron una terrible matanza de bizantinos y después se deshizo la expedición.

SOLO QUEDA GRANADA

Durante el reinado de Pedro IV, pues, las lecciones de Don Jaime el Conquistador estaban cumplidas. Se había fortalecido el poder real y el Mediterráneo era un mar aragonés, del que dijeron los poetas que los peces no se atrevían a asomar a la superficie sin llevar, sobre el lomo, el escudo de Aragón.

Todavía Don Pedro IV, como hemos visto, acudió fuera de su reino, en unión del Rey de Castilla, a la gran batalla del Salado. Destrozados allí los "benimerines", se acababan ya las invasiones y auxilios del Norte de Africa, donde, además, Aragón había puesto ya su planta en Ceuta y Túnez.

No quedaba, en España, más zona mora que el reino de Granada, aislado y solo. El reino era débil e imposible ya el auxilio africano. La reconquista hubiera podido terminarse rápidamente con un leve esfuerzo. Pero los reyes posteriores, débiles y desunidos, retrasan absurdamente ese esfuerzo durante todo un siglo. En ese tiempo, sobreviviéndose a sí mismo, el reino de Granada prolongó una vida débil, lánguida, entre músicas y versos. La civilización brillante y vacía de los árabes daba, muriendo, sus últimos resplandores. Los reyes granadinos se dedicaban, esperando su fin, a añadir salas y salas a la maravilla decadente de la Alhambra: y a llenarla de construcciones frágiles de ladrillo y dibujitos menudos de yeso... Porque los moros no sabían trabajar más que la blandura del yeso y del ladrillo en un lugar como Granada, que tiene sus sierras llenas de espléndidas canteras de mármol.

XV

Castilla hasta Isabel y Aragón hasta Fernando

EL MAL SIGLO

DURANTE siete siglos, de un modo o de otro, toda la Historia de España ha venido resumiéndose en una lucha por su unidad: por la unidad de sus tierras, reconquistándosela a los moros; por la unidad de su poder y su mando, fortaleciendo la corona contra los bandos y partidos de los nobles.

El siglo catorce significa una pausa en esta gran tarea de la construcción de la España una. Es un siglo desdichado: los reyes son débiles generalmente, la reconquista está parada, la rebeldía empieza a ser general, las costumbres son cada vez más viciosas. Pasaremos la vista ligeramente sobre esta especie de enfermedad que padeció España..

DON PEDRO EL CRUEL

En Castilla, el sucesor del vencedor del Salado, Alfonso XI, fué Don Pedro I. Este Rey ha pasado a la Historia con el nombre de "el Cruel": aunque algunos también le han llamado el Justiciero. Sus crueldades y rigores, en efecto, quizás podrían explicarse por

el estado de luchas en que se hallaba el reino. Tuvo que someter continuas rebeldías de grandes señores y sostener una lucha constante con su hermano Don Enrique de Trastamara, que quería quitarle el trono.

Lo que no tiene explicación y disculpa, es su flojedad en no proseguir la reconquista, que después de la expulsión de los "benimerines", lograda por su padre, tan corto esfuerzo necesitaba ya; su afición a las cosas de moros y judíos; su conducta licenciosa y sus guerras con otros reinos cristianos y españoles, como Aragón. Todo esto demuestra que los sabios ejemplos de un San Fernando, los tenía este sucesor suyo muy borrados de la memoria.

Su hermano y rival Don Enrique de Trastamara, contrató para la lucha contra el Rey a las *Compañías Blancas,* tropas de aventureros de todos los países que eran famosas por su valentía desorganizada y loca. Con estos auxiliares Don Enrique logró vencer a su herma-
Año 1369 no en Montiel, y después de vencido, tuvo una disputa personal con él y lo asesinó con su propia mano.

GUERRA ENTRE HERMANOS

De este modo se apoderó del trono con el nombre de Enrique II y empleó su reinado en desdichadas peleas con los reinos hermanos de Aragón, Navarra y Portugal. Había subido al trono mediante un fratricidio: y fratricida siguió siendo en sus empresas.

Su sucesor, Don Juan I, intentó al principio solucionar la cuestión con Portugal, casando a un hijo suyo con una hija del Rey de aquella nación. El intento era bueno y acaso se hubiera logrado la unión de las dos naciones. Pero la hora era mala: pues el estado de desunión y debilidad en que se hallaba el reino espa-

ñol, no hacía muy halagüeña para los portugueses la idea de la unión. Por eso éstos se rebelaron contra lo que había pactado su Rey, al morir éste, y pelearon contra el Rey de Castilla, venciéndolo en la batalla de Albujarrota, que por mucho tiempo aseguró la independencia y separación de Portugal. Año 1385

EL REY DOLIENTE

Don Enrique III, su sucesor, fué el mejor rey de este período. Aunque llamado el Doliente, por su naturaleza débil y enfermiza, fué enérgico de voluntad. Fué el que con más entereza supo mantener el poder del trono frente a los nobles. Estos habían recibido de los débiles reyes anteriores tal cantidad de mercedes o donaciones que el dinero o caudal de la corona había quedado casi agotado. La leyenda cuenta que en una ocasión, al pedir el Rey la comida por la noche, le contestaron sus criados que no tenía qué comer, pues no habían podido comprar nada. Entonces el Rey empeñó su gabán para comer aquella noche, y como supiera que a aquella misma hora varios grandes señores se reunían en un espléndido banquete, se disfrazó de criado y se fué a presenciarlo. Al día siguiente mandó llamar a su palacio a aquellos señores: y cuando estu vieron reunidos le preguntó al principal de ellos cuántos reyes había conocido en Castilla. "Tres", le contestó. "Pues yo (dijo el Rey) soy más joven y he conocido ayer más de veinte; pero desde hoy no ha de haber más de uno". Y al decir esto hizo salir al verdugo con el hacha en la mano; perdonándoles la vida únicamente cuando le prometieron devolverle todos los dineros y bienes de la Real Casa, que sus antecesores les habían regalado indebidamente.

Esto será cuento y mentira, pero revela la gran impresión que hizo al pueblo castellano la entereza de aquel buen Rey. Fortificado así, un poco, el poder real, por el reinado de Enrique III, pasan algunos destellos y reflejos de la gran época pasada. Todo ya más pequeño y como en miniatura. Las antiguas invasiones moras desde Marruecos, se han convertido ahora en rápidas piraterías que molestan continuamente las Cortes del Sur de Andalucía. Para cortarlas, el Rey armó una pequeña flota, que forzó la barra del Río Martín y limpió de moros y piratas la ciudad de Tetuán. En su tiempo también Castilla amparó una expedición marítima a las Islas Canarias. Por lo menos, durante este reinado suenan nombres gratos a los oídos españoles: Marruecos, Tetuán, las Canarias. Sólo oirlos es un alivio en medio de tantas luchas interiores y tanto pleitecillo indigno.

LA CORTE BLANDA

Tras Don Enrique el Doliente, entró a reinar Don Juan II. Era hombre de débil carácter: de los que se dejan impresionar por el último que les habla. Apasionado de los versos y la música, su Corte fué refinada y blanda como la de cualquier reyezuelo moro. Florecieron en élla buenos poetas, como Juan de Mena y el Marqués de Santillana. La lucha con el moro es sustituída por justas y torneos, donde los caballeros de la Corte lucen su habilidad con lanzas de punta roma. Y en medio de aquellas fiestas, que sorben todo el tiempo y la atención del Rey, la política, en el sentido bajo de esta palabra. La antigua dureza de costumbres va suavizándose; pero va siendo sustituída por la intriga, la zancadilla, la mentira. No hay tantas muertes y asesinatos como en otro tiempo; pero hay más calumnias,

más murmuraciones, más papeles con críticas venenosas que corren por los rincones.

DON ALVARO DE LUNA

Menos mal que todo aquel hervidero de ligerezas y pasioncillas, tuvo un poco de dirección y orden, a falta de la que el Rey no les daba, en las manos enérgicas de un verdadero gobernante, que fué el favorito del Rey: Don Alvaro de Luna. El Rey no veía más que por sus ojos: y los ojos de Don Alvaro fueron sagaces como pocos en su tiempo. Llegó a tener una idea alta y clara de España y de la política que se hubiera debido hacer. Si le hubieran dejado desarrollar sus planes, es posible que muchas ideas de robustez del poder real y de la unidad de la nación que florecieron al fin con los Reyes Católicos, se hubieran realizado antes.

Pero no le dejaron, no ya terminar, sino casi ni empezar su obra. Los nobles, envidiosos del favor con que el Rey le distinguía, estuvieron siempre sublevados contra él. Y al fin, influyendo en el ánimo del débil Rey, lograron que éste no sólo le retirarse su favor, sino le condenase a muerte. El verdugo le cortó la cabeza en Año 1453
Valladolid, a la vista del pueblo. Todo hace suponer que Don Alvaro era verdaderamente popular y que la gente llana y humilde, que no tenía contra él los motivos de envidia de los nobles, conoció instintivamente en él a un gran español que comprendía a su Patria y quería llevarla por el buen camino. Por lo menos su muerte dejó en nuestros romances populares, una honda huella de dolor: que parece revelar la impresión popular de aquella terrible injusticia. Hacen juegos de palabras con su apellido: y comparan el vaivén de su suerte a

las mudanzas de la luna, que crece y mengua sin cesar... Uno de ellos termina con melancolía:

De ver morir a la Luna—se enlutaron las estrellas..

VOLVAMOS A ARAGON

Don Juan II fué el penúltimo rey de Castilla. No queda ya más que uno después de él: Don Enrique IV. Los que le siguen ya no son reyes de Castilla, ya son reyes de España...

Por eso vamos a mirar un momento al reino de Aragón, antes de contar el reinado de Enrique IV, puesto que durante el reinado de éste es cuando se hace ya la boda de una Infanta de Castilla y un Infante de Aragón y se unen para siempre los dos reinos españoles.

Dejemos el reino de Aragón al morir su rey Don Pedro IV, el que rompió con su propio puñal el privilegio de *la Unión,* de que abusaban los nobles.

Después de dos reyes de escasa importancia, Juan I y Martín I, por haber muerto el último de ellos sin hijos, queda el reino sin sucesión directa.

EL COMPROMISO DE CASPE

Hay dos pretendientes al trono: los dos sobrinos del último Rey. Uno es el Conde de Urgel, aragonés; otro, Don Fernando "el de Antequera", infante castellano. Esto significa la amenaza de una guerra. Pero afortunadamente las costumbres se van suavizando y los aragoneses, catalanes y valencianos deciden solucionar el problema de un modo pacífico. Se reúnen en Caspe tres representantes de cada una de esas regiones y discuten el caso amigablemente, según la ley y la concien-

cia. Esto es lo que se llama el *Compromiso de Caspe* y en él la opinión de más peso fué la de un santo fraile dominico, valenciano, gran predicador y hombre de fino talento, llamado San Vicente Ferrer. Su gran autoridad hizo que la elección recayera en Don Fernando "el de Antequera". Esta elección de un castellano, siendo el otro pretendiente aragonés, indica que el Santo y los allí reunidos, tenían una idea clara de que España era una, por encima de su accidental división en reinos distintos. Año 1412

EL CISMA DE OCCIDENTE

No pudo, sin embargo, evitarse la guerra: y una vez elegido rey Don Fernando, tuvo que luchar con el otro pretendiente hasta vencerlo y hacerlo prisionero.

Durante su reinado, el suceso más notable que ocurrió fué la terminación del llamado *Cisma de Occidente*. Se da este nombre a una gran división que hubo en la Cristiandad, pues con motivo de dudas e intrigas habidas en la elección del Papa, llegó a haber, al mismo tiempo, tres que pretendían ser el verdadero Papa. Uno de ellos era un aragonés, Don Pedro de Luna, que de buena fe sostenía su derecho, y había tomado el nombre de Benedicto XIII.

En tiempos del rey Don Fernando, se decidió terminar aquella división, reuniendo un Concilio para que resolviera el problema eligiendo un Papa único. Los otros dos se sometieron a ello, pero Benedicto XIII se negó rotundamente, con esa terquedad que suelen tener los aragoneses cuando se creen asistidos de la razón. El rey Don Fernando, que era buen amigo suyo, le rogó mucho que desistiera de su empeño. Pero no pudo lograrlo: y el pretendido Papa aragonés, solo y abandonado de todos, murió en el castillo de Peñíscola,

diciendo que él era el Papa y llamándose a sí mismo Benedicto XIII. Por eso, para significar una gran terquedad o insistencia, ha quedado como frase corriente el decir "fijo en sus trece".

Estos disturbios y luchas, que varias veces en la Historia han ocurrido en la Iglesia, son la prueba mayor de ser ésta obra de Dios y estar asistida por Él: puesto que a pesar de todas esas imperfecciones humanas, la Iglesia ha continuado siempre su vida firme como una roca, obedecida por todos los católicos y regida por el Papa de Roma.

ALFONSO V

En el reinado del hijo y sucesor de Don Fernando, Alfonso V, es cuando se lleva más lejos la política aragonesa de extenderse por el Mediterráneo.

Alfonso V, nombrado por la Reina de Nápoles su ahijado y heredero, después de luchar con los franceses, que también la querían, logró apoderarse de esta ciudad importantísima del Sur de Italia. De este modo el dominio aragonés del Mediterráneo occidental, fué ya absoluto, por tener el Rey de Aragón, bajo su mando, tierras en ambas costas de Italia y de España. Por eso, orgulloso de lo que aquel triunfo significaba para su reino, cuentan los cronistas de su época, que Alfonso V entró en Nápoles en un carro tirado por cuatro caballos blancos, coronado de laurel, llevando en la mano un cetro y a sus pies una bola de oro que representaba el Mundo.

ESPAÑA E ITALIA

Nápoles era, entonces, una gran ciudad alegre, que se hallaba en los primeros fervores de lo que luego se

ha llamado el *Renacimiento.* Quiere decir el *Renacimiento* la vuelta y resurrección de la antigua sabiduría griega y romana, que, desde la invasión de los bárbaros, estaba muy perdida en estas naciones de Occidente. Sus restos se habían conservado entre los bizantinos o griegos del Oriente, cuyo Emperador, en Constantinopla, era el sucesor directo de los emperadores de Roma. Ahora, como ya dijimos, los bizantinos estaban siendo continuamente atacados por unos invasores parecidos a los moros y árabes de España: los turcos. Y huyendo de ellos, venían continuamente a refugiarse a Italia los sabios y escritores bizantinos, que traían con ellos los libros y escritos, por aquí desconocidos y olvidados, de los grandes escritores antiguos de Roma y Grecia. Así empezó a producirse el *Renacimiento.*

El rey Alfonso V, que era ya, en Aragón, gran aficionado a los libros y al estudio, se entusiasmó con ese ambiente de arte y sabiduría que había en Nápoles. Estableció allí su Corte y se rodeó en ella de poetas, sabios y escritores. No volvió más a Aragón, y cuando murió, dividió sus dominios, dejándole a su hijo Fernando el reino de Nápoles y a su hermano Juan el de Aragón.

Durante el reinado de Alfonso V comenzó a ser muy estrecha y constante la relación de España con Italia. En Valencia y Cataluña, y más tarde en la misma Castilla, se encuentran, en pintura, en arquitectura, en poesía, en novela y en todo, muchas señales de esa antigua relación.

DON JUAN II

El sucesor de Don Alfonso V fué, como hemos dicho, Don Juan: segundo de este nombre en Aragón y último rey de dicho reino, que, en el Rey siguiente, va ya a unirse para siempre con Castilla.

Don Juan II tuvo que luchar con un primo suyo que en realidad tenía mejor derecho que él al trono y que se llamaba Don Carlos, príncipe de Viana. El pretendiente buscó apoyo en los catalanes y éstos se lo dieron, entablándose una guerra civil o interior. Logró en ésta Don Carlos algunas victorias y al fin Don Juan II hizo con él un arreglo, según el cual Don Carlos mandaría en Cataluña, pero sólo como gobernador y en nombre del rey Don Juan.

A los pocos meses de este acuerdo, Don Carlos murió repentinamente. Lo extraño de esta muerte, en la flor de su vida, hizo suponer a muchos que había sido envenenado; y entonces los catalanes, sus amigos, indignados, rompieron toda relación con Don Juan I y declararon a Cataluña independiente.

PERO NO INDEPENDIENTE DE ESPAÑA

Es la primera vez en la Historia que suena en Cataluña el grito de independencia y separación. Pero no se crea que ese grito de Cataluña tiene nada que ver con los gritos *separatistas* y antiespañoles que en esta última época se oyeron allí, por desgracia. Cataluña quiso entonces, por esta cuestión puramente interna, separarse del rey Don Juan I; pero lejos de querer separarse de España, lo que hizo inmediatamente fué ofrecer su corona al rey de Castilla, Enrique IV, que no la aceptó, y luego al rey de Portugal, Don Pedro, que murió poco después. Es decir, que al querer separarse de Aragón, por una cuestión política entre éllos, Cataluña quería meterse más adentro de España, unirse a los otros reinos peninsulares más interiores. Al ofrecer su corona al Rey de Castilla, se anticipaba a la unión que, luego,

lograron los Reyes Católicos. Al ofrecerla al Rey de Portugal, se anticipaba a la unión que, luego, como veremos, logró Felipe II. ¿Era esto ser *separatista*? ¿Era esto sentirse antiespañoles?

Y para esos *separatistas* que, en algún momento, sintieron tanta admiración por Francia y hasta hablaron de entregarle Cataluña, antes que seguir unidos a España, convendrá recordar que en aquella guerra interior fué Don Juan I de Aragón el que buscó la alianza de los franceses contra los catalanes. Y cuando, como aliados del aragonés, las tropas francesas entraron por los Pirineos, los catalanes contestaron a sus mensajes para que se rindieran, que "primero se darían al turco que al Rey de Francia".

¿A DONDE VAN AQUELLOS ARRIEROS?

La guerra duró poco tiempo. Don Juan I se apoderó rápidamente de muchas ciudades catalanas: y poco después los catalanes pidieron la paz y volvieron a la obediencia y amistad del Rey de Aragón.

Pero mientras se agitaba Aragón con estas desagradables guerras entre hermanos, en una pequeña ciudad del reino, en Tarragona, ocurría un suceso, aparentemente insignificante, pero al que vamos nosotros a volver los ojos. Una pequeña caravana de mercaderes y arrieros, con sus mulas y borriquillos cargados de mercancías, salía hacia el Oeste, por los caminos que llevan a Castilla. Hacían leguas y leguas al paso más ligero que podían. Dormían poco en ventas y mesones. Uno de los mercaderes tiene el pelo rojizo, los ojos vivos y una expresión inteligente y simpática. ¿Quién es? Es el hijo del rey Don Juan I de Aragón: el infante Don Fernando.

Va así disfrazado de arriero, a Castilla, a casarse con una Infanta de aquel reino. Va por las peladas riberas del Duero, en busca de su novia... Vamos nosotros también con él, porque aquella novia y aquella boda nos interesan mucho. La novia se llamará después Isabel la Católica. Y de sus bodas con el heredero de Aragón, nacerá definitivamente, al unirse los dos reinos, la "España una", que bien pronto será también la "España grande".

XVI

Una corte desgraciada y una boda feliz

LA CORTE DE ENRIQUE IV

La novia, que tenía entonces dieciocho años cumplidos, era una muchacha de regular estatura, con los ojos azules y el cabello de un rubio oscuro, como con reflejos de cobre. Era hija del rey Don Juan II y había nacido en un pueblo castellano de bellísimo nombre: Madrigal de las Altas Torres.

Cuando murió su padre le había sucedido en el trono su hijo, el hermano mayor de la niña rubia, Don Enrique IV. Si sus inmediatos antecesores, como hemos visto, venían siendo todos débiles e inútiles, Don Enrique superó a todos en ruindad: y su reinado es, acaso, el más triste y desgraciado que nunca hubo en España. Según los escritores de la época, Don Enrique era flaco de cuerpo, bajo de estatura, con cara de mono y los ojos saltones. En su cuerpo, lo mismo que en sus costumbres, mostraba ser un hombre inferior y degenerado.

Signo de esto era, sin duda, su afición a toda inferioridad: Le gustaba rodearse continuamente de moros y judíos: y en su cámara, para levantar la cortina, tenía un alto negrazo vestido de amarillo. Era también un ena-

morado de toda clase de animales. Fué el primer europeo, seguramente, que tuvo en sus jardines una "casa de fieras": y el andar entre ellas y cuidarlas era su gran delicia. Este gusto enfermizo por todo lo inferior, por lo salvaje, por lo animal y bajo, es el síntoma de todos los tiempos decadentes. Es el mismo gusto que ha habido en un mundo reciente, por las costumbres y los bailes negros: por todo lo que oliera a selva o a barbarie.

Porque su corte toda le acompañaba en esos mismos gustos. Los cronistas de la época describen las modas absurdas y rebuscadas de "las elegantes" de la Corte, que solían llevar en la cabeza turbantes moros y plumas de gallos, y colgando del cinturón puñales y cuchillos, como cualquier bandido o contrabandista. Todo se había hecho pequeño y artificioso. El gran estilo gótico de las catedrales, degeneraba en un nuevo estilo florido, donde el adorno tenía más importancia que la línea. No se escribían más que burlas contra el Rey y versos pedantes. Un noble cortesano llegó a componer todo un tratado sobre la manera de cortar la carne y el pollo en la mesa.

LA "BELTRANEJA"

Don Enrique IV, quiso, sin embargo, empezar su reinado con una expedición contra los moros. Llegó con facilidad casi a las mismas puertas de Granada: porque los moros, que no tomaban en serio la tropa de aquel Rey, ni siquiera le presentaron batalla. No pudo caer más bajo un sucesor de San Fernando. Y en cuanto en un pequeño encuentro hubo algunos muertos y heridos, Don Enrique dió la orden de volver hacia atrás, porque "no quería que se derramase sangre". Además de todo,

era lo que ahora se llama un pacifista. Síntoma, también, de todas las decadencias.

Pero los nobles castellanos se sintieron dolidos de aquella expedición que los había puesto en ridículo. Llegaron a sospechar que Don Enrique se entendía, secretamente, con los moros, a cuyas costumbres parecía tan aficionado. A esos motivos de indignación, se unió en seguida otro. La segunda mujer del Rey, había tenido una hija única—que había de ser por lo tanto la heredera del trono—, de la que se corría el rumor, cada vez más repetido, de que no era hija de Don Enrique, sino de su amigo y favorito Don Beltrán de la Cueva. Por eso todo Castilla la llamaba, por mote, "la Beltraneja".

Entonces los nobles exigieron de Don Enrique que privase de su derecho a la hija dudosa y reconociera como su heredero al infante Don Alfonso: hermano del Rey y también de la infanta Doña Isabel.

El Rey, siempre indeciso y vacilante, aceptó primero esta imposición, pero al poco tiempo se volvió atrás. Entonces los nobles, enfurecidos, se reunieron una mañana en medio de una vega, junto a Avila, y con gran aparato, ante el pueblo, le quitaron el cetro y la corona a un muñeco que, levantado sobre un tablado o escenario, representaba al rey Don Enrique. Con esto querían decir que lo declaraban destronado, le negaban la obediencia y proclamaban rey al infante Don Alfonso.

LA GUERRA CON LOS NOBLES

Naturalmente, Don Enrique, no se conformó con esto. La burla y falta de respeto de aquel destronamiento de Avila, había producido alguna reacción a su favor, sobre todo en el pueblo llano y los Ayuntamientos: pues el pueblo de Castilla era tan amante de sus

reyes, que aun siendo estos tan torpes e indignos como Don Enrique, no querían que se les tratase con desprecio. Logró, pues, Don Enrique formar un pequeño ejército y marchó contra los nobles, encontrándolos y derrotándolos cerca de la villa de Olmedo. En esta batalla el infante Don Alfonso, que era casi un niño, apareció en lo más recio del combate, armado de pies a cabeza, y peleando con admirable valor.

DOÑA ISABEL HACE LA PAZ

Mientras tanto, la vida de su hermana, la infanta de los ojos azules, Doña Isabel, era bien triste. Vivía sola y apartada de la Corte, en el alcázar de Segovia. Allí empleaba sus largos días en rezar por su hermano Don Alfonso, a quien quería tiernamente, porque se habían criado juntos y juntos se habían educado en el horror y condenación de las costumbres de aquella Corte podrida.

Poco después de la derrota de Olmedo, murió inesperadamente el joven infante Don Alfonso, y en seguida los nobles de su partido ofrecieron la corona a su hermana Doña Isabel. La respuesta de ésta estuvo llena de sensatez y prudencia: No aceptaría la corona mientras viviese su hermano Don Enrique; pero sí la aceptaba como heredera, pues no reconocía a la "Beltraneja" para cuando el Rey hubiese muerto.

Don Enrique encontró la fórmula excelente para terminar la lucha con los nobles. Poco después, entre éstos y el Rey se firmaba un convenio que, en sustancia, era la decisión de la Infanta: los nobles respetaban a Don Enrique en el trono, pero al morir le sucedería Doña Isabel... La niña rubia, rezando en su re-

clinatorio, había dado con la fórmula de paz que no encontraban los políticos de la Corte.

¿QUIEN SE CASA CON LA INFANTA?

Declarada heredera del trono, se puso sobre el tapete la cuestión del matrimonio de la futura Reina. ¿Quién se casaría con Doña Isabel? Don Enrique quería casarla con el Rey de Portugal. Un infante francés la pretendía también. Y también Don Fernando, el heredero del trono de Aragón, al que apoyaba el arzobispo Carrillo.

En aquella boda se jugaba la suerte de España. La boda con el de Portugal, significaba la unión con este reino: significaba un poco salir al Atlántico, un poco volverse de espaldas al resto de España y al Mediterráneo. La boda con el francés, significaba mezclarse de lleno con la Europa de adentro. La boda con el de Aragón significaba la unidad de España.

Pero mientras los políticos de la Corte discutían, la niña de los ojos azules había mandado secretamente a su capellán a recorrer los varios países y traerle noticias directas de los pretendientes. Todas sus alabanzas fueron para la arrogancia y buena figura del Infante de Aragón.

La elección quedó hecha. Además, el buen instinto del pueblo castellano tenía también señalada sus preferencias por el Infante aragonés. La unión con el reino hermano había dado siempre a Castilla días de gloria: Las Navas, el Salado. La boda con aquel Príncipe guapo y joven, era la solución popular. Los niños decían por la calle un cantarcillo nuevo:

¡Flores de Aragón
dentro de Castilla son!

Cuando los pueblos enloquecen, Dios habla por las bocas de los niños. Pero como el Rey apretaba en sus amenazas a favor del de Portugal, había que obrar con rapidez. Había que hacer que el Rey se encontrase la boda hecha. El arzobispo Carrillo, el fiel amigo de la Infanta, mandó entonces a Aragón unos enviados para que secretamente se trajesen al Infante. Estos son aquellos arrieros y mercaderes que vimos cómo venían por las riberas del Duero.

Pocos días después, el infante Don Fernando, quitado ya sus disfraces de arriero, entraba en la cámara de Doña Isabel. Tenía diecisiete años. Andaba con majestad y soltura. Hizo una profunda reverencia. En un rincón, un cortesano se lo mostraba a la Infanta con arrebato: "Ese, ése". En recuerdo de aquel momento
Año 1469 solemne, Doña Isabel le concedió en su escudo dos S S. El arzobispo Carrillo miraba la escena desde la puerta. Por las ventanas entraban voces de niños:

¡Flores de Aragón!

Los ojos azules de la castellana habían encontrado los ojos vivos del aragonés, se habían unido dos corazones. Se habían unido dos reinos.

XVII

Primeros años de los Reyes Católicos

CASTILLA, POR LA REINA

MUERTO Enrique IV, es proclamada reina de Castilla la infanta Doña Isabel. Era un día frío de diciembre, cuando las puertas del alcázar de Segovia se abrieron para dejar paso a la Reina que iba a coronarse. El pueblo gritaba a su paso: *¡Castilla, Castilla por la Reina!...* Unámonos nosotros también a esa alegría del pueblo: porque esa que viene sobre un caballo, vestida de blanco y oro, es *Isabel la Católica*. Empieza una gran hora de España. Año 1474

GUERRA CON PORTUGAL

Lo primero que tuvo que hacer la nueva Reina fué luchar contra un gran bando de nobles que, apoyados por el Rey de Portugal, pretendían, otra vez, sostener contra ella los derechos de la "Beltraneja", Don Fernando, que estaba en Aragón, acudió rápidamente al lado de la Reina y logró vencer a los nobles y al Rey de Portugal, cerca de la ciudad de Toro. Poco después el Rey vecino firmaba la paz y la "Beltraneja" entraba en un convento.

REYES ABSOLUTOS

El mismo año en que se firmaba esta paz y Doña Isabel se encontraba, por lo tanto, ya en posesión tranquila de la corona de Castilla, moría el padre de Don Fernando, y éste heredaba la corona de Aragón: ya estaban unidas las dos coronas. Después de tantos siglos de lucha por la unidad, los Reyes Católicos eran, al fin, reyes de España.

Desde el primer momento acordaron ejercer el poder real juntos y de acuerdo. Todas las leyes y decretos habían de firmarlos unidos, con la doble fórmula: Yo el Rey. Yo la Reina.

Pero desde el primer momento, comprendieron también que tenían que luchar enérgicamente para lograr que este poder real, fuese verdadero, único y fuerte. Los tiempos habían cambiado. La idea del poder real era cada vez más absoluta. Y a esto aspiraban los *Reyes Católicos:* a ser reyes absolutos, sin que les limitaran su poder ni nobles revoltosos ni pueblos indisciplinados.

Pero no se crea que el reinar de un modo absoluto, quería decir a capricho y sin freno. Aquellos reyes absolutos se sentían limitados por algo mucho más profundo que los parlamentos, partidos y elecciones que luego se idearon como limitación del poder: por la conciencia. La Reina Católica consultaba todas las cosas graves con sus confesores y personas de buen criterio. Cuando vinieron los primeros indios de América, veremos que preguntó a los sacerdotes más eminentes, si estaba permitido hacerlos esclavos y como les dijeron que no, a pesar de que la venta de esclavos era un gran negocio, la prohibió terminantemente. Cuando

por primera vez fué a confesarse con fray Hernando de Talavera, su sabio y virtuoso confesor, como la Reina no se arrodillase, porque no era costumbre entonces de los reyes, el fraile la mandó arrodillar, diciéndole:

—En el confesonario no hay reyes ni vasallos: sino sólo penitente y confesor.

La Reina se arrodilló y dijo:

—Este es el confesor que yo quería...

LA SANTA HERMANDAD

La primera preocupación de los Reyes, para lograr que su poder fuera cierto y llegara a todo el reino, fué combatir el estado de libertad y desorden que reinaba por los campos y caminos, donde eran continuos los robos y asesinatos: los "atracos", que decimos hoy. Para esto hicieron revivir una fuerza que ya existía en Castilla, pero que estaba casi olvidada: la Santa Hermandad. Era esta una milicia popular, reunida y sostenida por los Ayuntamientos, y a la que se daba gran libertad para poder castigar severamente y por su mano los delitos. Los árboles de los caminos de Castilla aparecían cada mañana llenos de cuerpos colgantes de maleantes y ladrones: productos de la enérgica justicia de cada noche. Pronto la tranquilidad volvió a los caminos: y la seguridad fué grande en toda Castilla.

LA JUSTICIA DE LOS REYES

Al mismo tiempo que de este modo reprimían los Reyes los delitos de la gente baja, corrigieron, también, con mano dura, la rebeldía de los grandes señores. Hicieron devolver a la Casa Real, cantidades enor-

mes de dineros y riquezas. Pusieron multas crecidísimas. Se hicieron entregar las llaves de muchos castillos que antes se burlaban del poder real, y otros más tercos en su rebeldía fueron derribados.

Logrado así en Castilla el orden y la paz, los Reyes bajan a Andalucía, donde, por la mayor distancia de la Corte, la anarquía y falta de mando era todavía mayor.

Sevilla los recibió con su luminosa alegría acostumbrada. Salieron a recibirles una comparsa de negritos vestidos de verde y amarillo cantando y bailando. Durante todo el trayecto hasta el Alcázar, la mula blanca de la Reina caminó sobre riquísimas alfombras y tapices.

Pero bien pronto la alegre ciudad vió que los Reyes venían a algo más que a divertirse y descansar. Establecieron la costumbre de recibir, cada viernes, en el salón principal del Alcázar, a todo el que viniera a pedir justicia. La Reina en persona oía las quejas y sus resoluciones eran frías y a veces terribles. Los malhechores eran ahorcados; los dineros robados eran devueltos a su dueño. Al poco tiempo la fama de la Reina inflexible, de los ojos azules, corría toda la ciudad: los buenos la bendecían y la temían los malos. Miles de personas que no tenían la conciencia tranquila, huyeron de Sevilla.

Cuando la Reina vió que su severidad había producido ya el efecto deseado y el escarmiento era grande, con finísima habilidad, publicó una *amnistía* o perdón general, que llevó la alegría a muchos corazones y aumentó el cariño y la admiración del pueblo. Sólo quedaba fuera del perdón un delito: el delito de "herejía".

LA INQUISICION ESPAÑOLA

¿Por qué era esto?... Era porque toda aquella labor de limpieza y seguridad del reino, no era más que el principio de la gran empresa que los Reyes meditaban; la terminación de la *Reconquista,* apoderándose del único reino moro que quedaba: el reino de Granada.

Para esta conquista, había que disponer, como bases militares fundamentales, de Sevilla y de Córdoba. Era preciso, pues, empezar por tener estas bases bien limpias de judíos, moros renegados, etc.: de todos los que podían ser espías y favorecedores ocultos del enemigo.

Por eso no sólo se excluyó del perdón real la "herejía", sino que, para vigilarla y combatirla, los Reyes establecieron ahora, con carácter general y nacional, el Tribunal de la Inquisición, que, como vimos, había funcionado ya en Aragón contra los "albigenses".

Dentro de las ideas de hoy día, extraña aquel Tribunal dedicado a castigar tan severamente la "herejía", o sea, el error religioso. Pero hay que tener en cuenta que se estaba entonces en plena guerra; que la guerra era eminentemente religiosa, y que por lo tanto el "hereje", el rebelde religioso, era considerado sencillamente como un peligroso y posible auxiliar del enemigo. La Inquisición nació, pues, como una "medida de guerra", como en las naciones beligerantes de hoy día el Gabinete de Censura y la intervención de Teléfonos, para evitar el espionaje o la infiltración del enemigo.

Además, es falso eso que han pretendido muchos de que la Inquisición fuera más severa o cruel que los demás tribunales de Justicia de la época. Esto es menti-

ra. Los procedimientos de la Inquisición eran más benignos que los de cualquier otro tribunal. Fué el primero que prohibió la tortura, que entonces se empleaba en todos los tribunales y en todos los países. Sus cárceles eran mucho más benignas que las demás: dándose el caso de que los criminales ordinarios, cuando se veían perdidos, fingían muchas veces ser "herejes" para ser conducidos a las cárceles de la Inquisición, en vez de a las cárceles comunes.

Añadamos, todavía, que la Inquisición española jamás dió muerte a ningún sabio eminente, como ocurrió con otras, como la de Suiza, por ejemplo; y que ella, defendiendo la unidad de la Fe, una vez expulsados los moros, evitó en España las grandes guerras religiosas, que causaron en los demás países de Europa muchísimas más víctimas que aquí la Inquisición. En Francia, por causa de las disputas religiosas, en una sola noche—"la noche de San Bartolomé" , murió mucha más gente que la que mató en España la Inquisición en todos los siglos de su vida.

XVIII

La conquista de Granada

LOS REYES PIENSAN EN GRANADA

TOMADAS estas medidas de retaguardia, los Reyes empezaron a pensar seriamente en la guerra contra el moro. Los Reyes, como aragonés el uno y castellana la otra, entendían esta guerra de un modo un poco distinto. El aragonés creía que debía hacerse una campaña rápida contra los moros, para, una vez derrotados, ajustar una paz con ellos, hacerlos pagar un tributo, y dedicarse en seguida a otras cuestiones más europeas: la expansión por el Mediterráneo, la lucha con Francia. La castellana, en cambio, creía que la campaña contra los moros debía de llevarse "a fondo" hasta tomarles por completo el reino de Granada y acabar totalmente con ellos. Eran las dos tendencias que siempre han dividido a España: la meseta y la costa. Doña Isabel era más iluminada, más mística. Don Fernando, más político, más prudente. Por eso en la unión de los dos estaba la gran fuerza de España.

Pero en este caso, los hechos dieron, por sí solos, la razón a la iluminada sobre el prudente. Aquel año, por Navidad, los moros de Granada cayeron por sorpresa, de noche, sobre un pueblecito andaluz, Zahara, y ma- **Año 1481**

taron a gran parte de los vecinos. La guerra era inevitable: los moros mismos la habían provocado.

HACIA GRANADA, PASO A PASO

No era nada fácil la conquista del reino de Granada. Era un trozo de tierra bastante extenso, con unos tres millones de moros, que se extendían desde cerca de Sevilla hasta cerca de Murcia. Su capital, Granada, estaba admirablemente defendida, no sólo por sus fuertes murallas, sino por las altísimas sierras que por todas partes la rodean. Además, dentro del reino, los moros disponían de varios puertos de mar — Málaga y Almería—para poder recibir refuerzos.

Los Reyes comprendieron que no era posible ni prudente llegar a Granada en un empuje rápido: sino que había que ir tomando, una a una, las posiciones que la rodean y defienden. Esta campaña tenaz duró años. Sólo se podía operar en primavera y verano. Aunque más de una vez fueron vencidos los cristianos, poco a poco iban avanzando, y en los romances llamados "moriscos", quedan las huellas del dolor y temor de los moros a medida que iban perdiendo las mejores plazas que defendían a Granada. Un día se ha perdido Antequera: y un mensajero trae a la Alhambra noticias de la gran carnicería que han hecho los cristianos:

Muchos moros dejan muertos. — Yo soy quien mejor [librara
y siete lanzadas traigo: la menor me llega al alma.

Otro día es Alhama la que ha caído, y el Rey moro, paseando por su jardín, suspira: "¡Ay de mi Alhama!".

Otro día es Alora "la bien cercada". Y en el romance queda la estampa—tan parecida a las que se han visto en las guerras actuales — de las caravanas de moros huyendo del pueblo:

Las moras llevan la ropa,—los moros harina y trigo.
y los moritos pequeños—llevan la pasa y el higo.

Mientras tanto, viendo que las cosas iban mal, en Granada los moros se dividen y pelean entre sí. El hijo del Rey, llamado Boabdil, se rebela contra su padre y lucha con él. Esto ayudó mucho al éxito de los cristianos. En una de las batallas, Boabdil cayó prisionero del rey Don Fernando: y éste, que era tan astuto como valiente, decidió devolverlo a Granada y ofrecerle su protección para que se apoderase del trono, a cambio de que le cediera varias ciudades que le interesaban. Así logró acercarse más a Granada y que Boabdil debilitara más a esta manteniendo la división y la lucha interior.

OTRA VEZ EL PELIGRO TURCO

Así las cosas, empezaron a llegar noticias, cada vez más angustiosas, de que los turcos, que habían conquistado ya Constantinopla, pensaban avanzar por el Mediterráneo. Esto tenía llena de alarma a toda Europa. En Roma, se temía ver llegar de un momento a otro a los feroces invasores: y el Papa se dirigía a todos los reyes y príncipes cristianos para que hicieran Cruzada y libraran al mundo de ese gran peligro.

Esto hizo que la guerra de Granada se hiciera popular y conocida en toda Europa. No podía ser indiferente ya que sobreviviera o no aquí, en España, en el

extremo Oeste del Mediterráneo, un reino moro. El tener esta base en la otra punta del Mediterráneo y el venir a ayudarles, podía ser uno de los principales motivos para que los turcos, que eran amigos y hermanos en religión de los moros, se decidieran a cruzar ese mar. Lo que durante tantos siglos había sido generosa empresa española—la *reconquista*—, empezó pues, a ser un poco preocupación europea.

CAÑONES, CAMINOS Y HOSPITALES

Con esto la guerra contra Granada se ensancha de planes y se moderniza de estilo. En cuanto a los planes, los Reyes deciden, antes de ir directamente a Granada, tomar por detrás de esta los puertos de mar—Málaga sobre todo—que podían ser las bases de desembarco y auxilio si llegaban los turcos.

En cuanto al estilo, colocada ya la guerra en un plano de atención mundial, nuestro ejército se hace mucho más organizado y moderno. Vienen ingenieros de Alemania y Francia que traen las "últimas novedades" en materia de artillería. Aparecen frente a las murallas moras las nuevas "bombardas" que arrojan balas de marmol y de hierro. También van a ensayarse unas nuevas máquinas infernales, abuelas lejanas de las bombas incendiarias de hoy, que tiran pelotas de estopa y pez, haciendo arder casas enteras. Para que todas estas máquinas, montadas sobre carros tirados por bueyes, puedan avanzar, brigadas enteras de hombres del pueblo, se ocupan en abrir carreteras y caminos. La Reina no descuida tampoco los servicios de Sanidad. Organiza seis grandes tiendas con camas, medicinas y vendas, a las que se da el nombre de "hospital

de la I... a". Ella misma y sus damas vienen a ser las primera... fermeras de la Cruz Roja.

Así se... ra, en poco tiempo, tomar la costa de Málaga. Y pr... nido ya de este modo el peligro del auxilio turco, e... ército español entra de lleno en la florida vega de Gra... a y acampa frente a la ciudad.

LA GUERRA DE LAS HAZAÑAS

Pero, a pesar ... do el aparato técnico y moderno de aquel ejército, ... le más que todo el aire perfumado y poético de G... ada y su vega. La guerra toma en seguida un aire ca... resco de novela y romance. La emoción que en tod... ropa ha producido, como dijimos, esta campaña, ha... do a ella aventureros y voluntarios de muchos paíse... lemanes, franceses, irlandeses. Son pocos, pero val... s y escogidos: vienen en busca de fama y gloria. Esto ... ca a los caballeros españoles, que se esfuerzan en os... recerlos con su valor y arrojo. La guerra es como un ... ntinuo concurso de hazañas y valentías particulare... a ver cuál se lleva el premio: y el premio es una ... risa de la Reina, que sobre su caballo recorre a ... hora el campamento, con todo el sol de Andalucía ... re su pelo castaño.

Por su parte, frente a el... a Corte de Granada es también una Corte refinada... legante. Sus caballeros salen a menudo de las mur... s en plan de reto particular. Hay continuos encue... s y desafíos. Un día un moro famoso por su estatu... igantesca, llamado Tarfe, llega, solo, hasta cerca ... la tienda de la Reina y dispara una flecha. Aquel ... noche, en respuesta, un caballero español, Pérez d... Pulgar, se mete en Granada, matando a los centin... de un postigo de la mu-

rralla, llega hasta la mezquita y en su pared clava su puñal, con un cartel que dice: *Ave María.* Al otro día el moro Tarfe aparece, solo, en el campo cristiano, arrastrando el cartel, amarrado a la cola de su caballo. Y otro caballero español Garcilasso de la Vega, lucha con él en desafío, y lo atraviesa con su espada.

SANTA FE

Pero con todos estos lances particulares, la ciudad no se rinde y el cerco dura meses y meses. Un día, por un descuido en el campamento cristiano, una vela encendida prende fuego a la lona de una tienda. De ésta se propaga a la de junto y en poco tiempo arde casi todo el campamento. Hay una gran inquietud entre los cristianos. Pero la Reina iluminada, que ve en todo la mano de Dios, dice que aquello es un aviso para que el campamento de lona se sustituya por una ciudad de piedra y canto. Así se hace. Con el más fogoso entusiasmo, los españoles se ponen a la obra. Y en poco tiempo surge frente a Granada una nueva ciudad con calles, plazas y casas de piedra. Los cristianos, entusiasmados con la Reina, quieren llamarla *Isabela.* Pero la Reina, de cuya mente no se borra nunca el sentido de Cruzada que la empresa tiene, manda que se la llame *Santa Fe.*

RENDICION

Cuando los moros vieron, desde sus murallas, surgir frente a ellos, como por magia, aquella nueva ciudad, comprendieron que los españoles estaban decididos a mantener el cerco cuanto tiempo hiciera falta. Esto, unido al hambre que empezaba a ser grande en la ciudad, les hizo decidir el envío de una embajada con

bandera blanca para concertar la rendición de la ciudad.

Los Reyes Católicos, que, por su parte, comprendían que un asalto a Granada no era posible, se apresuraron a aprovechar la coyuntura y aceptar la rendición, llegando al límite posible de benevolencia en las condiciones establecidas. Los moros serían bien tratados, considerándoseles como vasallos fieles de los Reyes. Y hasta se llevaba la delicadeza a concertar que el día de la entrada en la ciudad, las tropas españolas, en vez de atravesar por el centro de ella, darían la vuelta por la ronda, a fin de no avergonzar y excitar a los moros.

Firmada así la rendición, pocos días después, el 2 de enero de 1492—día glorioso de nuestra Historia—, el rey Boabdil salía con una pequeña escolta, e hincado de rodillas ante los Reyes, les entregaba las llaves de Granada. Un poco más tarde los Reyes subían a la Alhambra y sobre su torre se levantaba una Cruz que el Papa había mandado de regalo. En todos los países cristianos la noticia causaba enorme emoción, y se celebraban fiestas y actos religiosos en acción de gracias. Al fin, el mundo se enteraba del enorme peligro de que España le venía liberando con su sangre, desde hacía ocho siglos. Año 1492

PELIGROS

Los Reyes Católicos habían tenido una doble razón para aceptar la rendición de Granada, con aquellas condiciones suavísimas, que, una vez más, asombraban a los extranjeros. Una era el aprovechar la ocasión para poner el pie en la ciudad; y otra, el conservar así en ella a los moros, evitando que aquellas tierras se despoblaran en el primer momento y se quedaran sin brazos que las cultivasen.

Sin embargo, aquella situación no podía ser más que pasajera. Los Reyes habían encargado el cuidado de los moros al confesor de Doña Isabel, fray Hernando de Talavera, hombre santo y buenísimo que con la mejor buena fe intentó convertirlos por medios suaves. Pero pronto se vió que la situación estaba llena de peligros. Los moros formaban una nación dentro de otra, en unión de los numerosos judíos. La esperanza continua de que los turcos habían de venir un día u otro, a auxiliarles, les mantenía envalentonados. La libertad peligrosísima que se les había concedido de comerciar e ir y venir a Africa, mantenía un continuo servicio de espionaje.

LOS JUDIOS ECHADOS DE ESPAÑA

La primera medida que los Reyes tomaron para combatir estos peligros, y limpiar y asegurar el reino conquistado, fué el firmar, en el año mismo de la entrada en Granada, un decreto echando de España a todos los judíos que no se hubiesen convertido.

Los enemigos de España han atacado mucho a los Reyes Católicos, por esta medida, acusándoles de fanáticos e intolerantes. Los que esto dicen se olvidan de que, como hemos dicho antes, los judíos eran en España verdaderos espías y conspiradores políticos: que vivían en la secreta amistad con los moros y en callada esperanza de los turcos. ¿Es que hay algún país en guerra que consienta dentro de sus tierras, los amigos, aliados y espías del enemigo?

Los judíos estaban organizados en verdaderas sociedades secretas de intriga y conspiración. En esas sociedades se habían preparado crímenes horribles, como el asesinato de un santo obispo de Zaragoza y el marti-

rio, en La Guardia, de un niño, en el que se había reproducido la pasión de Cristo, azotándolo, coronándole de espinas y crucificándole al fin. También era corriente el robo de hostias consagradas en las iglesias, para luego pisotearlas y profanarlas en secreto.

Por todo esto, los Reyes Católicos, dispuestos a asegurar la unidad religiosa, base de la unidad de España, echaron a los judíos. Pero lo hicieron por estos altísimos motivos religiosos y patrióticos, no por una cuestión de odio de raza. España sostuvo siempre la doctrina católica de que todos los hombres, sean de la raza que sean, pueden salvarse y recibir la gracia de Dios. Lo que España castigaba no era la raza ni la sangre: era el delito religioso, y político, de los que atacaban nuestra Fe, base de nuestra Patria. La prueba es que a los que de veras se convertían, para nada se les molestaba. El rey Don Fernando tenía su Corte llena de judíos convertidos, que eran amigos y consejeros suyos. Y muchos hombres de sangre judía llegaron a ser estimadísimos en España e incluso ser elegidos obispos. El obispo Cartagena era de sangre judía, y lo era el "Tostado", obispo de Avila, y lo era el célebre fray Luis de León.

CISNEROS

Pero cuando esta política de enérgica limpieza y severa unidad se acentuó más, fué cuando, dos años después, entró a ser confesor de la Reina un fraile franciscano alto, flaco, de negros ojos penetrantes, que se llamaba Francisco Jiménez de Cisneros.

Había nacido en Torrelaguna, en el centro mismo de Castilla, y su llegada a la Corte, que andaba ahora metida entre las flores de Granada y Sevilla, significó como una racha de viento castellano que venía a re-

avivar la llama mística de la Reina. Cisneros era seco, frío y corto de palabras. Tenía una idea vehemente y clarísima de que esta España una, que los Reyes Católicos acababan de hacer, sólo podía mantenerse y apretarse mediante una gran pureza en la Fe, que era el alma y razón de su vida.



En esta línea de conducta y pensamiento, Cisneros, ayudado por la Reina, acometió con gran energía la reforma de los conventos y Ordenes religiosas que andaban relegados y faltos de rigor. Más tarde vino a Granada y cambió, por completo, los procedimientos suaves de su antecesor Talavera. Hizo que subieran a las torres las campanas que, por no excitar a los moros, no se habían atrevido a montar los cristianos. Pronto Granada se llenó del glorioso repique de más de doscientas. En una ocasión en que los moros se insubordinaron, se entró, solo, sin armas, por medio de ellos, llevando una Cruz en alto: y logró contenerlos sólo por el arrojo de su gesto y la majestad de su figura. En otra ocasión, en la plaza principal de Granada, hizo una gran hoguera, en la que quemó los principales libros religiosos de los moros.

Esto también ha servido de pretexto a nuestros enemigos para acusar de bárbaros e ignorantes a Cisneros y a España: suponiendo que allí se quemó poco menos que toda la sabiduría del mundo. También esto

es calumnia. Cisneros apartó de la hoguera todos los libros de historia, ciencia y de medicina. Quemó únicamente los libros religiosos: que entonces, por todo lo dicho antes, tenían verdadero carácter de "literatura de guerra".

Ver, pues, en el acto puramente defensivo y de guerra de Cisneros un signo de incultura, es una falsedad. Los Reyes Católicos, que habían autorizado aquella quema, eran los mismos que poco antes habían dado una ley protegiendo la Imprenta, que acababa de inventarse. Y Cisneros era un hombre enamorado de la Cultura y de los buenos libros. Por su mandato se compuso e imprimió más tarde esa obra colosal que fué la *Biblia políglota*, en cinco idiomas; se publicaron las obras de Aristóteles, de San Gregorio y otras muchas. Si quemó unos cuantos libros moros, bien llenó el hueco publicando muchos otros libros, propagadores de la Verdad y del Bien.

LA LIMPIEZA DE ESPAÑA

La enérgica política de Cisneros, ayudada por los Reyes Católicos, se llevó hasta el fin. La limpieza fué completa. A la ley contra los judíos siguieron más tarde otras echando, si no se convertían, a los moros que, fingiéndose cristianos o no, vivían entre los cristianos. Así se logró esa fuerte unidad interna de fe y de alma: sin la cual la unidad externa de las tierras y el gobierno hubiera sido difícil e insegura.

Dura y agria fué la tarea. A esta distancia casi nos entristece el rigor que hubo que emplear. Pero pensemos que de no haber hecho aquello, España hubiera sido en el extremo Occidente de Europa, lo que son los Balkanes en el extremo Oriente: un conjunto de razas

y pueblos mezclados y desunidos, hormiguero de toda clase de gentes y semillero de toda clase de conflictos.

El que quiera persuadirse de ello, que vaya a aquellos países y viva unos días en aquellas ciudades, que son como hoteles, donde viven sin entenderse hombres de todas las razas, lenguas y religiones—moros, turcos, rusos, griegos, judíos—: que no podrán nunca unirse para nada grande. Si no se hubiera hecho en España una enérgica limpieza, eso hubiera sido ella: que ha sido, en el extremo contrario de Europa, tierra, como aquellas, de paso contínuo, de invasiones y de conquistas... El que después de ver aquello y pensar esto, vuelva aquí y vea esta España unida, europea y civilizada, tendrá que acabar bendiciendo la obra de los Reyes Católicos y del cardenal Cisneros.

XIX

Cristóbal Colón

EL SUEÑO DE COLON

Y[illegible] es "una" España por fuera y por dentro: una en la ti[illegible] y [illegible] F[illegible] Ah[illegible], c[illegible] la ha hecho a nombre de Dios, en defensa de su doctrina y en gloria de su nombre, Dios la va a premiar haciéndola "grande".

Por los días en que más ocupados andaban los Reyes en la conquista de Granada, se había presentado varias veces a ellos, un hombre un poco extraño. Era alto, de pelo rubio, nariz larga y los ojos grises, un poco distraídos y como soñadores. Hablaba el español con acento extranjero. Ponía gran fe en sus palabras: y cuando hablaba de sus planes enrojecía de entusiasmo y de deseo de hacerse comprender. Se decía que era genovés de origen. Y se llamaba Cristóbal Colón.

Los planes que aquel hombre extraño proponía a los Reyes eran los siguientes: Estaba ya averiguado que la tierra era redonda. Siendo eso así, no cabía duda de que navegando hacia el Oeste, se llegaría también a las tierras de Asia, a algunas de las cuales ya los portugueses habían llegado navegando hacia el Este.

Esta navegación tenía no sólo una importancia científica, sino que también, según Colón, podía tener

una gran importancia política para España y el mundo. Se creía que en aquellas tierras lejanas gobernaba un poderoso rey llamado el "Gran Khan", que quiere decir el rey de reyes: del cual se decía que era cristiano o al menos amigo de los cristianos, por haber sido sus tierras misionadas en los tiempos primitivos por el Apóstol Santo Tomás. Poniéndose en contacto con él, se podía, pues, concertar una alianza con su pueblo, contra los turcos y moros, servidores de Mahoma, cogiéndolo así entre Asia y Europa, por detrás y por delante, aplastándolos y librando de este peligro a la humanidad.

El plan audaz de Colón no pudo encontrar en el mundo mejor aire para exponerse y salir a la vida, que aquella vibrante exaltación del campamento de Santa Fe, frente a Granada. Allí se estaba terminando una Cruzada de ocho siglos: y lo que Colón proponía era como una continuación gigantesca y mundial de aquella misma Cruzada, de aquella misma lucha contra los enemigos de la Fe. Naturalmente, la Reina, mística y ardiente, fué la que mejor acogió las ideas de Colón. No podía, de momento, ocupada de lleno en la guerra, prestarle toda su atención; pero desde el primer momento quedó impresionada, y sin dar aún respuesta decisiva a Colón, procuró no perderle de vista y hasta le concedió una cantidad mensual para que pudiera vivir en la Corte.

Colón, antes de venir a España, había estado ya en Portugal, presentando su proyecto en aquella Corte. Pero en Portugal su proyecto no podía interesar. Los portugueses pensaban más bien en el camino del Este para llegar a Oriente. También parece que pensó proponer su idea a la Corte de Francia; pero desistió porque aquella nación andaba muy metida en las cuestio-

nes europeas y no se dedicaba a estas exploraciones marinas. A España corresponde, pues, la gloria de haber escuchado y atendido a Colón.

Cuando terminó la guerra de Granada, los Reyes se ocuparon más detenidamente del proyecto de aquel hombre soñador y terco. Hubo bastantes vacilaciones. Pidieron su parecer a varios hombres sabios y las opiniones fueron varias y distintas: pensando unos que los planes de Colón eran realizables y otros que eran disparatados.

Al fin, en uno de sus viajes, Colón encontró un apoyo decidido en los frailes franciscanos del pequeño convento de la Rábida, cerca de Huelva. Es natural que los franciscanos se entusiasmaran con las ideas atrevidas de Colón. La Orden franciscana era, por esencia, la Orden misionera, y llevada de su celo por convertir pueblos infieles, había realizado los más atrevidos viajes y se había puesto en relación con los más lejanos pueblos. Ya en el siglo XIII algunos franciscanos habían llegado hasta Abisinia, a cuyo Rey, el "Negus", que era cristiano, habían convencido para que enviase embajada a los Reyes de Aragón, como lo hizo, para proponerles su ayuda contra los moros. La idea de Colón, pues, se movía en el mismo plano exaltado y místico de aquellos frailes. Por eso los misioneros comprendieron en seguida lo que no acababan de comprender los sabios.

Ayudado por los franciscanos, Colón volvió a ser recibido por los Reyes. Hubo nuevas vacilaciones. Estuvo a punto Colón de emprender su proyecto bajo el amparo del duque de Medinaceli. Pero, al enterarse la Reina, con una de aquellas iluminadas reacciones, tan corrientes en ella, decidió que empresa de tal importancia no podían amparar más que los Reyes y se de-

cidió al fin, a darle a Colón lo que necesitaba para su viaje.

LAS "ESPECIAS"

Don Fernando, aunque más práctico y prudente que Doña Isabel, también acabó por interesarse en la empresa. Uno de los hombres de su mayor confianza, el rico banquero judío Luis de Santánjel, se había hecho gran defensor del proyecto de Colón: porque aunque los Reyes Católicos habían sido tan severos en la limpieza del judaismo en España, como no actuaban por motivos "raciales" mantenían no pocos judíos conversos en altos cargos de la Corte. Es curioso que Colón recibiera su apoyo: por un lado, de aquellos frailes arrebatados, y de otro, de aquel banquero calculista. Y es que la expedición proyectada interesaba en los dos sentidos.

Las tierras de Asia—las Indias—, a donde se quería llegar, además de tener aquel valor político de alianza contra el moro, se sabía que eran las tierras de las "especias": o sea, de la canela, la pimienta, el clavo, etcétera... Estos polvos y semillas fuertes y picantes, a los que ahora le damos una importancia relativa, tenían entonces un valor y una consideración casi equivalente a la que hoy tiene el oro. Su descubrimiento iba a causar una verdadera revolución en la comida, que hasta entonces había sido sosa y sin gracia y había suplido con su gran cantidad su falta de sabor. Los hombres de aquella hora del Renacimiento, que salían de la aspereza de la época anterior y querían volver a los refinamientos antiguos de Roma, se habían apoderado con vehemencia de aquellos polvillos fuertes y refrescantes, que parecían traer una vida nueva. Para andar con ellas, se encerraban los hombres en cuartos

misteriosos, con todas las puertas cerradas para que el viento no se llevara ni una chispa del tesoro. Se pesaban y medían en balanzas finísimas, como las que hoy tienen los boticarios para los venenos. La canela y la pimienta, en fin, eran el oro de entonces.

Y las tierras a donde Colón decía que quería ir eran, según las viejas leyendas, las tierras riquísimas en "especias". La expedición de Colón, pues, bien podía interesar a los frailes y a los banqueros. Desde el primer momento, quedó marcada con este doble sello que siguió marcando toda la obra de España en América. Fué empresa de Fe y de interés. Por eso tanta gente no ha sabido comprenderla o la ha comprendido sólo a medias. Por eso, en cambio, acabó por comprenderla tan bien la España doble y equilibrada de aquella hora: la España de Castilla y Aragón, de Isabel y Fernando, que estaba preparada como ninguna otra nación para comprender las cosas del cielo y de la tierra.

EL DESCUBRIMIENTO

Colón obtuvo, al fin, de los Reyes tres carabelas para su atrevido viaje. Se llamaban la "Pinta", la "Niña" y la "Santa María". Esta última era la nave capitana donde iba Colón. Las otras dos iban mandadas por dos hombres del país, buenos navegantes, llamado uno Martín Alonso Pinzón y el otro Vicente Yáñez.

En la mañana del 3 de agosto del mismo año de la toma de Granada, 1492, salían las tres carabelas del puerto de Palos, cerca de Huelva. Antes de embarcar, todos los tripulantes confesaron y comulgaron. El viento era favorable y el día clarísimo.

Bajaron las tres carabelas hasta las Canarias y desde ellas torcieron el rumbo, ya a ciegas, hacia el Oeste,

por aquel mar nunca navegado que los mapas de la época llamaban *Mar Tenebroso* y pintaban lleno de monstruos y dragones, para significar el horror de lo desconocido. La navegación fué, en conjunto, buena y feliz. Colón, que escribía su diario de mar, se siente a veces poeta: "Las mañanas—dice—eran deliciosas. No faltaba sino la melodía de los ruiseñores para ser como en Andalucía en Abril". La tripulación en conjunto iba alegre y apostando, como en juego de chicos, a qué barco corría más. Todas las tardes, sobre cubierta, en la soledad de aquellos mares desconocidos, se alzaban las voces de los marineros españoles que cantaban la *Salve*. Un día hubo una falsa alarma en la nave de Pinzón, porque éste gritó que había visto tierra; pero luego resultó que era una nube baja. Pocos días después, ya casi a los dos meses de navegación, Colón vió algunas hojas verdes que nadaban sobre el mar, lo que le hizo suponer, con alegría, que tenía que haber tierra cerca. Al otro día, vino al barco un pelícano. Colón mandó entonces cambiar la ruta y seguir el vuelo de los pájaros. Cuatro días después, el 12 de octubre, día de Nuestra Señora del Pilar, el marinero que estaba de vigía dió la voz deseada: ¡Tierra!

La tierra adonde habían llegado era América. Era el archipiélago de las Antillas; pero Colón creyó, y murió creyéndolo así, que adonde había llegado era, efectivamente, al Asia, a las Indias. Colón llamó a aquella primera tierra donde puso el pie, *San Salvador*. En ella salieron a recibirle a nado unos salvajes completamente desnudos, pintados de colores y con el pelo "corto y tosco como el de una cola de caballo". Miraban a aquellos hombres nuevos y blancos como si fueran dioses. Colón para atraérselos les regaló gorros colorados y collares de cristal. Luego exploró otras is-

las cercanas a las que llamó *Isabela, Fernandina, Juana, la Española, la Concepción*. Los grandes amores de España habían saltado el mar: Dios, la Virgen, la Patria, los Reyes y el Príncipe.

EL REGRESO A ESPAÑA

Volvían a España poco después, nada más que dos carabelas, pues la "Santa María", poco antes de emprender el viaje de vuelta, había encallado entre unas rocas. Cerca ya de España, una gran tormenta las separó, haciendo que una llegara a Galicia y otra a Lisboa. Reunidas, luego, las dos entraron en Palos, a los seis meses de haber salido.

Cuando desembarcó Colón entre las aclamaciones y el entusiasmo del pueblo, se encontró con que los Reyes estaban en Barcelona. Había que ir allí para encontrarles. Era aquel el momento culminante, la hora suprema del reinado de los Reyes Católicos. Poco antes, de vuelta de Granada, vencedores, habían atravesado para llegar a Barcelona, toda España, entre el entusiasmo de sus vasallos y la alegría de sus corazones. Habían atravesado una España pacífica, alegre, próspera en sus campos y en sus ciudades: bien distinta de la de hacía unos años. Ahora, llegados a Barcelona, se presentaba ante ellos Cristóbal Colón, trayéndoles en testimonio de su descubrimiento seis indios cautivos y un loro vistoso con plumas de mil colores.

Los Reyes le recibieron en un tablado, que para ello se había colocado en una plaza. Colón se arrodilló ante ellos, pero los Reyes le invitaron a que se sentase: privilegio sólo concedido a los príncipes. Aquella tarde le convidaron a comer. Y oyeron entusiasmados el relato de las maravillas de aquellas tierras lejanas. Colón,

creía siempre que había llegado a las Indias de Asia. Todavía tardaron unos años los Reyes en conocer que lo que Colón les traía era un Nuevo Mundo.

LOS OTROS TRES VIAJES COLOMBINOS

En el segundo que partió de Cádiz, Colón descubrió un nuevo grupo de islas, entre ellas San Juan de Puerto Rico y exploró algunas partes de Cuba y de Jamáica. En esta expedición, el Almirante llevó consigo a su hermano Diego Colón, al que bien pronto vino a unirse su otro hermano el cartógrafo Bartolomé. La familia Colón empezó a adueñarse del regimiento y los negocios públicos de aquellas tierras, y los Reyes, celosos desde el primer momento de dar a la Conquista toda la amplitud y universalidad que merecía, enviaron al visitador Juan Aguado y declararon abiertas a la navegación las rutas de las islas Occidentales.

Regresa Colón a España y en un tercer viaje que emprende desde Sanlúcar de Barrameda, descubre la isla de la Trinidad y presiente por la corriente del Arenoso la tierra firme y continental. Siempre llevado de su ensueño asiático, cree que son las tierras del Paraiso Terrenal las que tiene cerca. Este constante escape hacia el delirio poético, hacía que el glorioso Almirante, magnífico para las grandes audacias, no acertara en los detalles realistas del gobierno de los hombres cuando quiso hacerse cargo de él en la Isla Española. Esto hizo que desde la Metrópoli fuera enviado el comendador Bobadilla que, excediéndose en su cometido, hizo regresar a Colón a España, prisionero. Los Reyes acogieron a Colón con benevolencia y aunque aún le ayudaron para un cuarto viaje en el que

† 1506 Isabel

exploró todo el Mar Caribe, fueron inflexibles en no tolerar más su intervención en el gobierno de aquellas tierras, cuya ordenación encargaron a Nicolás de Ovando, que partió para Santo Domingo con treinta embarcaciones y dos mil quinientos hombres.

Poco después de regresar de su cuarto viaje, a cuya vuelta se enteró de la muerte de su gran protectora la Reina Doña Isabel, Colón murió en Valladolid, el 21 de mayo de 1506

LOS INDIOS Y LA ESCLAVITUD

Nicolás de Ovando llevaba ya unas instrucciones concretas de los Reyes que son como la simiente de toda la organización jurídica y política del Nuevo Mundo que, sea cuales sean los numerosos incumplimientos en que incurrieran los conquistadores y colonizadores, serán siempre una gloria del pensamiento español. En estas instrucciones se abordaba ya el problema de la esclavitud. Como el provecho material que iba resultando de las exploraciones era poco, pues no aparecían las "especias" ni el oro, Colón temió que los Reyes fuesen a cansarse de aquellos grandes gastos sin compensación y le fuesen a negar el apoyo para más viajes. Esto le decidió a traerse algunos indios como esclavos, para con el dinero de su venta disminuir los gastos de la expedición. Pero no bien lo supo la Reina, sintió escrúpulos de conciencia y ordenó que fuese suspendida toda venta sobre los esclavos hasta que ella consultase si la moral cristiana autorizaba tal comercio. Como le fuera contestado que no era moral aquello, la Reina no sólo prohibió terminantemente toda venta de esclavos, sino que ordenó devolver a sus tierras los que habían venido. Poco después en las instrucciones de Ovando

decía que se procurase que los cristianos se casasen con indias y al revés.

Esta política de unión amorosa con los pueblos salvajes conquistados es una de las glorias mayores de España. Ninguna otra nación la intentó. España consideró siempre a los indios como hombres libres, hijos de Dios y hermanos nuestros: preocupándose por encima de todo de hacerlos cristianos y civilizados. Los que trajo Colón en el primer viaje, fueron bautizados con gran pompa y los mismos Reyes hicieron de padrinos. Es pueril presentar esta mezcla de razas como mero producto de la mayor sensualidad de los españoles que admitían por eso el trato con las mujeres indígenas que otros pueblos más exquisitos rechazan. Sin negar esto en absoluto, lo cierto es que la mezcla de razas es hija de un concepto ideológico y un criterio cristiano de vida, que consideraba como seres humanos iguales a nosotros a los pobladores de las tierras descubiertas. Esa explicación de la poca escrupulosa ardentía española para el amor, no serviría para explicar el que, como veremos más tarde, el Emperador Carlos quinto recibiera en su Corte con el rango de Princesas a las hijas de Moctezuma, enviadas por Hernán Cortés y negociara sus matrimonios con caballeros principales de la Corte que en ello se sintieron muy honradas. Todavía el ducado de Moctezuma ilustra los linages españoles. El resultado de esta política cristiana, fué que los países que España conquistó en América, son hoy pueblos civilizados, cristianos, de tipo europeo. Las razas se han unido estrechamente en ellos, dando lugar a los "mestizos" y "mulatos", que son producto de la mezcla de los españoles con los indios y negros. Los demás pueblos no han sabido hacer esto. En América del Norte, los "pieles rojas" o indios del país, fue-

ron aniquilados casi por completo. Todavía hoy en Nueva York los blancos y los negros van en sitios separados en los tranvías. Y en la India Oriental, los naturales del país, siguen casi tan salvajes como hace siglos, sin civilizarse ni mezclarse con los conquistadores. Muchos pueblos han conquistado y dominado tierras. Sólo España y Portugal han civilizado un Mundo.

XX

Hasta la muerte de doña Isabel

ESPAÑOLES Y PORTUGUESES SE DIVIDEN EL MUNDO

LAS asombrosas navegaciones colombinas habían producido una emoción enorme en todo el mundo. Se hablaba y se discutía de ellas en todas partes. Hasta en el Arte de aquel momento se nota el asombro y la preocupación del Nuevo Mundo. En la arquitectura aparecen, como adornos nuevos, labrados en la piedra de portadas y arcos, cuerdas de barco, flores extrañas y salvajes con largos pelos. Todavía en vida de Colón, varios españoles le imitan y hacen viajes a las nuevas tierras, descubriendo y conquistando nuevas partes de ella. En uno de estos viajes, casi al tiempo de morir Colón, un italiano llamado Américo Vespucio, llegó ya a la certeza de que aquello no era Asia, sino un continente distinto, una nueva "parte" del mundo, que existía entre Asia y Europa. Por eso a dicho continente se le llamó *América*.

En realidad las cartas y relaciones de Vespucio, dirigidas a Lorenzo de Medici y Piero Soderivo, por su mayor seriedad científica y geográfica anunciando el descubrimiento de la *Quarta Pars* del mundo, alcanzaron mayor popularidad que las propias relaciones de Colón,

perjudicadas ante los ojos exigentes y racionalistas del Renacimiento por sus fantasías geográficas a lo Marco Polo y Mandeville.

Pero en varios de estos viajes empiezan ya a intervenir los portugueses, que sin abandonar la ruta oriental que es su gloria, quieren probar estos nuevos caminos. Esto llega a producir ciertos recelos entre España y Portugal. Porque el primer acto de los Reyes Católicos, al recibir por Colón la noticia de las tierras encontradas, fué escribir al Papa Alejadro VI y pedirle la concesión de esas tierras para España. Así lo hizo el Papa. Pero como los portugueses tenían concedidas, desde antes, para ellos, las que descubrieron en sus navegaciones hacia el Este y se tenía duda de si eran las mismas tierras a que había llegado España, surgieron discusiones. Entonces las dos naciones acudieron al Papa y éste resolvió el conflicto trazando una raya sobre el mapa, que dividiría en adelante los dominios españoles y portugueses.

De este modo el Papa evitó una guerra, como había evitado otras muchas anteriormente. El Papa era entonces un Poder moral que todos respetaban y su intervención entre los pueblos daba amenudo mejor resultado que el de las Asambleas internacionales de hoy. Porque en estas falta un poder superior que resuelva y al que obedezcan todos. En estas las naciones mismas quieren resolver entre sí sus conflictos, siendo jueces y partes al mismo tiempo. En cambio, entonces, las naciones se sometían, en muchos casos, al juicio de ese Poder más alto, en el que todas veían la representación de Dios.

EL "GRAN CAPITAN"

Mientras que, de este modo, España ganaba por Oc-

cidente un Nuevo Mundo, ¿qué ocurría en España?

Terminada la guerra de Granada y pacificado el reino, el rey Don Fernando pudo ya dedicar mayor atención a los asuntos de política europea, que eran su pasión y habían sido siempre la de los reyes aragoneses.

De este modo, en el principio de la gran época de España que ahora empieza, aparecen ya los dos caminos de sus empresas futuras: uno, hacia el Nuevo Mundo; otro, hacia Europa. Aquél, más poético, más místico; éste, más político y humano. Por varios siglos se alargaron sobre nuestra Historia, las sombras de la exaltada castellana y del prudente aragonés.



La ambición del Rey de Francia, que quería apoderarse del reino de Nápoles, dió ocasión para una nueva intervención de España en Italia: sobre el reino que fué de Alfonso V de Aragón.

En esta empresa, aparece en toda su gloria un nuevo personaje, que ya había sobresalido en la guerra de Granada y que completa la galería de grandes hombres que Dios regaló a España en esta hora magnífica. Se llamaba Gonzalo de Córdoba; y le pusieron por mote, por su valor y arte para la guerra, el "Gran Capitán".

Tenía casi la misma edad que la Reina, y desde los primeros años de su reinado había figurado, cerca de ella, como uno de los caballeros que le servían más leal-

mente y con más fervorosa admiración. Se había hecho famoso por su destreza en todos los juegos y ejercicios de fuerza y riesgo, y por sus hazañas en el cerco de Granada. Era alto, delgado, guapo. Un buen tipo cordobés. Córdoba, y en general Andalucía por estar al Sur de España, habían recogido sólo lo mejor de la raza española, pues los más endebles y peores, al bajar la *reconquista* desde el Norte, se habían ido quedando por el camino "emboscados", como se dice ahora. El tipo cordobés era, pues, un poco el resultado de una raza que había venido filtrándose durante siglos por las demás tierras de España. Por eso era y es corriente allí el tipo alto, fuerte, valiente. Si es torero, se llamará "Lagartijo". Si es guerrero, el "Gran Capitán".

PRIMERA CAMPAÑA DE ITALIA

Este fué el hombre que Don Fernando, por recomendación de Doña Isabel, escogió para jefe de las tropas que mandaba a Italia.

Gonzalo desembarcó en Sicilia con tres mil hombres escogidos. Como la campaña duró varios años y a aquella distancia no era posible la variación continua de los soldados, como ocurría en la Península, aquel fué el primer "ejército permanente" que tuvo España. Esto dió ocasión para que el genio militar del "Gran Capitán" floreciera en todo su esplendor.

Logró, en poco tiempo, una tropa unida y disciplinada como hasta entonces no se había conocido. Hizo funcionar, por primera vez, de modo justo, los servicios de *intendencia* y los de *sanidad*. Ensayó nuevos procedimientos artilleros como las minas bajo tierra, con las que hizo volar varias murallas. También adelantó mucho en el arte de cavar trincheras y defenderlas con

alambradas. En fin, con el "Gran Capitán" nacía la guerra moderna.

Su primera campaña fué rápida y triunfal, pues el Rey de Francia, amenazado al mismo tiempo por el rey Fernando, en la frontera de los Pirineos, abandonó pronto el campo.

CAMPAÑA CONTRA EL TURCO

Pero surgió entonces un nuevo peligro. El peligro turco volvía a sentirse sobre Europa. Los terribles asiáticos habían conquistado una isla de Grecia, Rodas, bastante avanzada sobre el Mediterráneo. El Papa volvió a llamar a Cruzada, y el "Gran Capitán", con cincuenta y seis barcos, unidos a otros varios de la escuadra veneciana, marchó sobre la isla cogida por el turco. La isla se defendió bravamente, arrojando contra los barcos españoles incluso trozos de roca y aceite ardiendo, que, sosteniéndose sobre el mar, lo convertía en un campo de fuego. A pesar de todo esto, las tropas del "Gran Capitán" saltaron a la isla y la reconquistaron. España había vuelto a salvar a Europa. Había rechazado por Oriente al turco, como por Occidente había rechazado al moro.

Al desembarcar en Venecia, Gonzalo es recibido con delirio, como un dios. Le llenan de regalos, que él reparte con rumbo de buen andaluz entre sus soldados.

SEGUNDA CAMPAÑA DE ITALIA

Pero no podía el "Gran Capitán" dormir sobre sus laureles. En seguida vuelven a surgir en Nápoles conflictos con el nuevo rey de Francia: Luis XII. Estalla la guerra. Ahora es cuando el "Gran Capitán" alcanza la

cumbre de su gloria. La guerra ha variado mucho de estilo. Hasta hace unos años, lo principal del ejército era la caballería; la infantería era apenas un arma de auxilio, Ahora todo ha variado. La infantería, protegida ya por la artillería, ha adquirido gran importancia. Aparece la *maniobra*: es decir los movimientos rápidos e inesperados, que ordena la inspiración, casi artística, del jefe. De este modo el "Gran Capitán" gana, en campo abierto, las grandes batallas de Ceriñola y Garellano.

Pronto el reino de Nápoles es dominado. El Rey de Francia se vé obligado a pedir una tregua. Y el "Gran Capitán" manda en Nápoles como si fuera un rey. Todos le adoran por su generosidad de gran señor. Reparte entre sus soldados y capitanes recompensas magníficas. En una ocasión en que había permitido que sus soldados saquearan una ciudad, se presentó a él un grupo, diciéndole que habían llegado tarde y nada habían ya podido coger en el saqueo. Entonces el "Gran Capitán" les dijo: "Pues id a mi casa y saqueadla". Los soldados volvieron atrás, en efecto, y se llevaron todo lo que les pareció de la casa de Gonzalo, que estaba llena de riquezas. Era un andaluz puro, y había hecho cierta la frase popular andaluza: había "tirado la casa por la ventana".

MUERTE DE LA REINA

Cuando el "Gran Capitán" volvió a España, ya había muerto la reina Doña Isabel. Y le pasó algo así como a Colón. Desaparecida su protectora, ya no se le volvió a encargar de ninguna otra empresa. Y el resto de sus días vivió retirado en sus fincas de Andalucía, haciendo vida de gran señor.

La reina Isabel la Católica había muerto en el Cas-

tillo de la Mota, cerca de Medina del Campo. Su enfermedad fué larga, y durante ella continuó con toda su energía y claridad de cabeza. "Desde su cama—dice un escritor de aquel tiempo—, gobernaba al mundo".

Por aquellos días escribió su magnífico testamento, que es como el manifiesto y *programa* del Imperio español. En él aconseja a sus sucesores que se ocupen siempre, con gran interés, de América, y que mantengan el dominio español en el Norte de España y Estrecho de Gibraltar. Luego las circunstancias de la Historia, han apartado algunas veces a España de esa política. Pero cada vez que España quiere volver a sí misma y hacer una política de seguridad y grandeza, tendrá que mirar a donde le señalaba la mano moribunda de la gran Isabel: a América y a Africa. En aquélla están las tierras-hijas que criamos con nuestros esfuerzos. En ésta la tierra inmediata y hermosa, cuyo dominio o amistad nos es preciso, para cumplir el papel que tenemos en el mundo, de porteros del Mediterráneo.

En su testamento mandaba la reina Isabel que heredase el reino su hija Doña Juana. Su hijo mayor, el príncipe Don Juan, había muerto. También habían muerto otros hijos suyos y nietos, que, por las bodas que habían hecho, pudieran traernos la unión con Portugal. Como Doña Juana había presentado síntomas de no estar muy sana de la cabeza—por eso se la llama "Doña Juana la Loca"—, la Reina disponía, que si no podía gobernar, lo hiciera en su nombre, hasta que el príncipe Don Carlos fuese mayor, su viudo Don Fernando el Católico.

Poco después de escrito este testamento, la Reina recibió los Santos Sacramentos y murió. Era un día frío de noviembre y el viento azotaba los muros del

Castillo. Uno de los cortesanos que contempló la muerte de la Reina, escribía, al darle la noticia, al Arzobispo de Granada: "El mundo ha perdido su más noble adorno".

XXI

Primeros años del reinado de Carlos V

REGENCIA DE DON FERNANDO

MUERTA la reina Doña Isabel, como su hija y heredera en el trono de Castilla, Doña Juana, daba cada vez más claras señales de estar loca, la sustituyó como "regente" o gobernador del reino, el rey viudo Don Fernando.

Durante su regencia, en cumplimiento de lo que en su testamento pedía la reina Isabel, se conquistaron varias plazas importantes en el Norte de Africa, Túnez entre ellas. Dirigió la expedición el Cardenal Cisneros, que pagó además los gastos de la escuadra y la tropa. Esta expedición dejó ya afirmado el dominio de España en una zona de Marruecos.

También durante su regencia, Don Fernando buscó un pretexto para intervenir en el único reino español que todavía quedaba independiente: Navarra. A pesar de que Francia apoyó al rey de Navarra, Don Fernando se apoderó con bastante facilidad de aquellas tierras. Desde entonces Navarra quedó unida para siempre al resto de España. Y tan "unida" con alma y cuerpo, que

en ninguna región se conservaron mejor que allí las puras virtudes viejas del carácter español. Aquella pequeña región es en España como la gota de esencia que se echa en un pañuelo y lo llena todo con su buen olor.

REGENCIA DE CISNEROS

Muerto Don Fernando, había de sucederle su nieto, el hijo mayor de Doña Juana la Loca, llamado Don Carlos. Sería rey de toda España y "regente" de Castilla, mientras viviera su madre, que era le Reina efectiva, aunque por su locura, sólo lo fuera de nombre.

El príncipe Don Carlos no estaba en España. Estaba en Flandes, por ser su padre, Don Felipe *el Hermoso*, el marido ya muerto de Doña Juana, conde de aquella tierra. Mientras no llegaba a España a hacerse cargo del gobierno, fué regente el Cardenal Cisneros, que aunque muy viejo ya, conservaba su energía y entereza de siempre. Cuando, al cabo de un año, el rey Don Carlos desembarcó en Asturias, el Cardenal-regente emprendió el viaje para ir a su encuentro. Pero por el camino enfermó gravemente y murió sin lograr ver al nuevo Rey.

LOS PLANES DEL NUEVO REY

Acaso esto fué un grave mal. El Rey no había estado nunca en España; hablaba mal el español y venía rodeado de caballeros y amigos de su tierra de Flandes, o sea "flamencos". Le hubiera convenido mucho aconsejarse con una persona, como Cisneros, tan conocedora de España y de su especial modo de ser.

Falto de estos consejos, el Rey empezó a dar los cargos principales de su Corte a los extranjeros que venían con él, algunos de los cuales, sobre todo el señor de Chievres, miraban a los españoles con cierta superioridad y se consideraban un poco como "en país conquistado".



Esto produjo entre las gentes cierto disgusto, que se aumentó al ver que el mismo Rey empezaba a hacer grandes gastos para trabajarse su elección de emperador de Alemania. Porque Don Carlos era, por su padre, nieto del último emperador, el cual acababa de morir sin hijos. El Imperio no se heredaba por línea directa, sino que cada emperador se elegía por votos; pero era la costumbre que recayera en un pariente próximo del emperador muerto. Don Carlos podía muy bien ser elegido. Y Don Carlos, que venía de Europa y sentía profundamente su política, veía que, si era elegido emperador, se reuniría en su mano el mando de España, Flandes, Alemania, mas mucha parte de Italia. Esto era tanto como dejar bloqueado y cercado por todas partes al otro reino importante de Europa que venía

siendo nuestro rival: a Francia. Esto era tanto como asegurar nuestra supremacía en Europa.

LAS CORTES DE CORUÑA

Pero Castilla está demasiado apartada y aislada, lejos de Europa: los castellanos, como ya había pasado en tiempos de Alfonso el Sabio, no comprendían bien este plan grande y ambicioso, y miraban con malos ojos los muchos gastos que para lograrlo se hacían. Le costó mucho trabajo al Rey conseguir el dinero que deseaba para ir a Alemania, y asegurar su elección. Este dinero sólo podían concedérselo, según la costumbre española, las Cortes; o sea la reunión de los nobles, altas dignidades de la Iglesia y representantes de los pueblos. Las Cortes, reunidas en la Coruña, se negaron al principio, y el Rey tuvo que hacer todos los esfuerzos imaginables para conseguir su deseo.

Una vez conseguido el dinero, Don Carlos marchó rápidamente a Alemania. Esto aumentó el malestar de los pueblos. En Segovia, a la vuelta de los "procuradores" o diputados que habían ido a las Cortes de la Coruña, hubo un fuerte motín, acusándoles de haber sido comprados por el Rey. Uno de los procuradores fué ahorcado en la plaza pública.

LAS COMUNIDADES

Esta fué como la chispa que hizo saltar el incendio. Rápidamente la sublevación se extendió a otras varias ciudades—Zamora, Toledo, Avila—que se unieron entre sí, formando lo que se llama "Comunidades". Los sublevados o "comuneros" se reunieron en Avila. De las instrucciones escritas que allí llevaron los repre-

sentantes de las varias ciudades y de los documentos o "manifiestos" que fueron publicando los rebeldes, se puede deducir el espíritu de aquel movimiento. Este tenía una primera base de razón y justicia, en la petición que hacían al Rey para que rectificase algunos errores que, por su poco conocimiento de España, podía haber cometido: como el favorecer demasiado a sus amigos extranjeros, etc... Pero luego, estas peticiones se fueron extendiendo y llegaron a formar un verdadero "programa político", cuyo espíritu era pequeño y mezquino. En realidad, en los "comuneros" apenas estaba representada la alta nobleza de Castilla; sino que eran casi todos gentes mediana: en el fondo, políticos y caciques de pueblo. Sus manifiestos son en definitiva, el programa de la política pequeña, que se ha llamado en España "política de campanario". Buscan, ante todo, disminuir los tributos, asegurar sus privilegios. Se vé una actitud recelosa para todo lo extranjero, para toda relación con Europa. Pretendiendo ser un programa total de política española, no se habla para nada de América, de Marruecos: de nada que se salga del problemita caciquil y aldeano, del lugarón que se tiene delante de los ojos. En el fondo, las "Comunidades" eran un movimiento para rechazar el Imperio que se le venía a España a las manos, con Carlos V.

DESARROLLO REVOLUCIONARIO DE LAS COMUNIDADES

El mal fondo que las "Comunidades" llevaban dentro, se fué viendo cada vez más claro, en su desarrollo. Poco después de sus primeras peticiones, formaron el llamado "pacto de comunidad", con el cual se comprometían las ciudades a seguir siempre unidas para

defenderse contra los posibles abusos de cualquier rey futuro. Entre las peticiones del momento, sacaba ya la cabeza una idea política general. Se trataba de volver otra vez a debilitar al poder real, a dar cortes a la unidad. Estaba aún demasiado cerca la época de Enrique IV. Se trataba, acaso, sin darse cuenta de ello, de deshacer la obra de los Reyes Católicos.

Un poco después, todavía, empieza a aparecer en las Comunidades una "izquierda", llamémoslo así, ya de carácter más popular, más revolucionario, que no sólo se sentía ya rebelde contra el Rey, sino frente a los señores de cada ciudad. Es la eterna marcha de estos movimientos. Los jefes se apoyan en el pueblo, y luego el pueblo se vuelve contra los jefes. Casi al mismo tiempo, aliado con las "Comunidades" de Castilla, surgía en Valencia el movimiento de las "hermandades" o germanías, cuyos jefes eran ya tejedores, mercaderes y marineros.

Todavía le faltaba al movimiento comunero un paso más para recorrer el camino desastroso de todas las revoluciones españolas. Casi al final del movimiento, cuando ya estaba medio vencido, pretendió aliarse y entenderse con el Rey de Francia, que había intentado invadir y reconquistar otra vez el reino de Navarra. Era el último paso que le quedaba: el "separatismo"; la venta al extranjero por sostener unos privilegios de aldea y parroquia.

No; el movimiento de las "Comunidades" no fué un movimiento glorioso, como pretendieron los liberales y revolucionarios del siglo pasado. aunque produjo espléndidos tipos humanos, en sus raíces ideológicas fué una explosión de ese bajo fondo de rebeldía y separación que continuamente hay que dominar y vencer en España. Ya hemos dicho que España se ha formado

por una lucha constante entre las cosas de Europa que le vinieron por arriba, y las de Africa, que le vinieron por abajo. Las "Comunidades" no son más que un episodio de esa lucha de siglos entre la idea europea y romana de unidad, y la idea africana, de separación. Era la lucha de la tribu contra el Imperio.

VILLALAR

Frente a los comuneros, tenía toda la razón Carlos V. Con su acento extranjero, con su visión europea de las cosas, el Rey sentía mejor que los comuneros el verdadero destino de España, que no había de ser cosa pueblerina y estrecha, sino cosa ancha e imperial.

Lo que tenían de razonables las primitivas peticiones de las "Comunidades", fué casi todo concedido por el Rey. Prometió no dar cargos a los flamencos y disminuir tributos. Si había faltado en ésto había sido por su juventud y poco conocimiento de España, pero en cuanto se dió cuenta, lo rectificó.

Pero como las "Comunidades", a pesar de esto, seguían su rebeldía cada vez en sentido más revolucionario, el Rey ordenó desde Alemania que se les diera la batalla. Así se hizo, organizando un ejército, que encontró a los comuneros en Villalar, y los derrotó completamente. Aquello apenas fué batalla: los comuneros cedieron y huyeron en seguida, dejando cien muertos, cuatrocientos heridos y mil prisioneros en poder de las tropas del Rey, que no tuvieron ninguna baja. Se ha querido explicar esto, por una fuerte lluvia que se dice daba en la cara, por la dirección del viento, a los comuneros. Pero, en realidad, la explicación está en la debilidad y desorganización de todos los ejércitos

populares. Villalar fué la conocida desbandada de las turbas revoltosas ante el pelotón de la guardia civil.

Los principales jefes del movimiento, Padilla, Bravo y Maldonado, fueron condenados a muerte. Murieron con entereza y valor, pues eran gentes de buena fe, que probablemente no comprendían todo el error del movimiento que dirigían. La viuda de uno de ellos, Padilla, pretendió continuar todavía, por algún tiempo, la rebelión, pero pronto fué vencida y todo se terminó.

Carlos V había vencido; había vencido la idea de Imperio. Bien pronto los soldados españoles andarían por toda Europa, y los conquistadores y misioneros por toda América. Bien pronto nuestros sabios irían a dar clases a Inglaterra, a Francia, a Alemania, a Italia, y nuestros libros serían leídos y traducidos en todas partes. España va a vivir frente al mundo. Pronto en sus dominios, extendidos por toda la tierra, "no se pondrá el sol"... Los comuneros se conformaban con que se pusiera en el vallado de su huerto o en la colinita de su aldea.

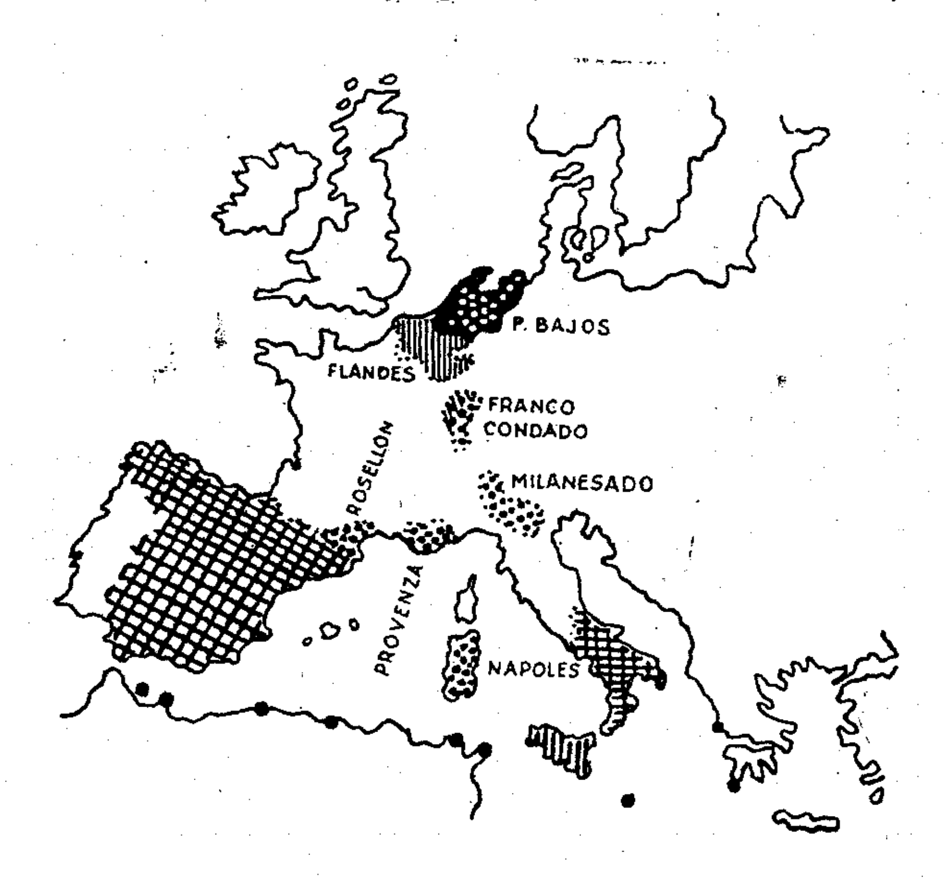
EL IMPERIO

Mientras tanto, en Alemania ocurrían a Carlos V, sucesos que habían de tener gran importancia para la Historia definitiva de nuestra Patria.

Lo primero que ocurría era que Carlos V, al fin, había sido elegido Emperador. Lo segundo, que frente a la nueva e importantísima "herejía" que en Alemania había surgido y que era la "Reforma protestante" de Martín Lutero, el rey Carlos había tomado una actitud de lucha: decidido a defender, frente a ella, a la fe católica y al Papa de Roma, cuya autoridad negaban los protestantes.

Cuando Carlos V volvió, pues, a España, volvía ya

Emperador. Parecía que España iba a quedar incorporada a un gran Imperio. Pero Dios dispuso las cosas de manera que lo que ocurrió, en realidad, fué que el centro y eje del Imperio se trasladó a España. Alemania estaba dividida y agitada; la elección de Carlos,



como emperador, no fué nunca reconocida por todos los príncipes alemanes. Su autoridad estuvo siempre discutida y desobedecida en parte. En cambio España, tal como la habían dejado los Reyes Católicos, era una nación unida con un fuerte poder real, con un Mundo recién descubierto para ella y con dominios en todas

partes de Europa. En la realidad, pues, el centro del Imperio se trasladó a ella. Carlos V fué emperador; pero su imperio ya no fué alemán: fué español.

LA ESPADA AL SERVICIO DE LA CRUZ

¿Y cuál era la sustancia y contenido de este Imperio? Conviene saberlo porque es el significado propio que el Imperio tiene y ha tenido siempre para España.

El otro hecho importante que dijimos, había ocurrido en Alemania a Carlos V, nos dice cómo entendía éste el Imperio. Frente a la herejía protestante, había puesto su espada al servicio de Dios, de la Iglesia, de Roma, para defender la Fe. Este era el sentido de Imperio tal como lo entendía Carlos V, rechazando las sugestiones del puro imperialismo territorial que alguno de sus consejeros, como Mercurino de Gatenara, le hacían. Tal como lo había definido siglos antes un Papa, Bonifacio VIII: el poder de la tierra, la espada del emperador, puesta al servicio del poder del cielo, de la Iglesia de Roma de la civilización cristiana.



Esto había sido el Imperio romano desde que Constantino se había unido a la Iglesia de Cristo: esto el Imperio bizantino; esto el Imperio de Carlo-Magno y de sus sucesores alemanes, aliados y defensores del Papa. Ese era el Imperio que Carlos V heredaba y traía a España.

A ningún sitio mejor podía venir el Imperio. En ningún sitio tenía el terreno más preparado para el desarrollo de su misión. Por uno y otro lado de España, había campo ancho y larga tarea. A un lado más allá del Atlántico, un Nuevo Mundo que había que convertir a la Fe; al otro, Europa, amenazada por unos turcos que había que detener y unos "protestantes" que había que vencer. Por un lado, la herencia de Isabel la soñadora; por el otro, la herencia de Fernando el europeo, el político.

Se ha discutido mucho si le hubiera sido mejor a España seguir nada más que el camino americano, que le señaló Isabel, o el camino europeo, que le señaló Fernando. Pero España no se paró, entonces, a pensar esto. Aceptó las dos herencias, los dos caminos. Abrió, hacia un lado y otro, sus brazos, como quien se crucifica para salvar a toda la humanidad. Se abrió como una flor y el mundo se llenó de su aroma.

XXII

Empresas en Europa

LA HEREJIA DE LUTERO

LA primera empresa imperial de Carlos V, fué la lucha contra los protestantes.

Esta herejía había sido fundada y predicada por un fraile renegado que se llamaba Martín Lutero. Es indudable que todas las personas, incluso los buenos cristianos, estaban convencidos de que había que reformar en la Iglesia algunos valores, que, como dijimos, se habían aflojado de su pureza primitiva. Lutero quiso reformar no sólo lo secundario que era reformable, sino también el "Credo" o dogma de la Iglesia, que viene de Cristo, su fundador. Esta fué su herejía y lo que le llevó a rebelarse contra el Papa.

A esto se unía el nuevo espíritu naturista y atrevido del "Renacimiento". La resurrección de la antigua sabiduría griega y romana, había hecho a muchos hombres demasiado confiados en su propia razón e inteligencia, que creían no tenía que ser dirigida por una autoridad superior. Además, la invención de la Imprenta había hecho llegar a todas las manos la Biblia o Sagrada Escritura. Antes, la Biblia sólo la leían y explicaban unos pocos, preparados para ello. Ahora la podían leer todos y cada uno la entendía y explicaba a su gusto.

fundó San Ignacio de Loyola. San Ignacio era vasco y de ilustre familia. Fué primero soldado y hombre de mundo. Le hirieron en Pamplona, cuando el rey de Francia como antes dijimos, quiso reconquistar esta ciudad. Durante la cura de su herida se dedicó a leer libros de santos y entonces nació en él la idea de servir más fervorosamente a Dios. La Orden que fundó tenía un sentido más batallador y moderno, de acuerdo con las necesidades del momento. Frente a la rebeldía protestante, la nueva orden significaba la exaltación vehemente de la obediencia severa y de la sumisión al Papa. Hasta en los nombres que dió San Ignacio a sus fundaciones se ve el carácter militar e impetuoso que le imponía el antiguo capitán de Pamplona. A la Orden que fundaba la llamó la "Compañía" y a la táctica espiritual, tenaz y envolvente, que ideó para conquistar las almas, le llamó los "Ejercicios".

La Compañía de Jesús, que logró pronto tener en su seno muchos sabios, santos y misioneros, como San Francisco Javier y San Francisco de Borja, trabajó mucho para extender en el pueblo español esa clara y general idea de horror a la herejía y unidad de Fe. Los jesuítas influyeron profundamente en la enseñanza y formación de las clases medias de España. Hasta entonces no había más que escuelas elementales y populares; y luego, Universidades para los escogidos. Ellos dieron mucha extensión a la enseñanza llamada "media". Son los creadores de la idea del "bachillerato". Por ellos se extendió en España entre la clase media y las profesiones liberales, ese sentido católico, ilustrado y claro, que ha hecho nuestra Fe tan difícil de ser arrancada.

ESPAÑA Y FRANCIA SE PELEAN POR ITALIA

Pero no fué la guerra contra los protestantes la única empresa que ocupó en Europa la actividad de Carlos V. Otras guerras de carácter más material y mundano llenan también su reinado agitadísimo.

Ya hemos visto cómo el reino que venía siendo nuestro rival, Francia, quedaba encerrado y cercado por los dominios de Carlos V. Natural es que los reyes franceses buscasen una salida por donde escapar a este aro de hierro. Y la única salida posible estaba por Italia.

Italia, metida en el centro del mar Mediterráneo, estrecha y pobre de tierras, necesita para vivir, salir fuera de sus fronteras y romper su encierro. Sólo ha sido grande cuando ha logrado esto: con el Imperio Romano, extendiéndose por el mundo. Cuando no logra extenderse por fuera y se queda en sus fronteras, se debilita y se rompe en pequeños Estados. Eso era lo que ocurría en esta época. Italia, reducida a sí misma, estaba débil y dividida.

Y cuando una nación se divide, es mucho más fácil de ser dominada por sus vecinos. "Una alcachofa, decía Maeztu, es difícil de tragar entera y en bloque. Pero hojita a hojita ya es fácil". Esto le pasó a Italia. España se había apoderado de parte de sus tierras. Ahora Francia quería también apoderarse de ellas y romper por allí el cinturón español que la rodeaba.

GUERRA ENTRE CARLOS V Y FRANCISCO I

La guerra en Italia, empezó completamente favorable a Carlos V, que venció repetidas veces en la parte

del Norte al rey francés: Francisco I. Luego hubo una temporada favorable a éste, que llegó a poner a las tropas del Emperador en trance difícil. Pero, de pronto, todo cambió al encontrarse ambos ejércitos cerca de la ciudad de Pavía. Allí se dió una gran batalla, en la que mandaban a los españoles el duque de Borbón y el marqués de Pescara, y a los franceses su propio rey. La batalla fué durísima y al fin la victoria fué totalmente para los soldados de Carlos V, que lograron coger prisionero al rey de Francia.

El prisionero fué conducido a Madrid, donde estuvo encerrado en una torre durante un año. Carlos V le trató, durante su prisión, con gran consideración y caballerosidad, yendo en persona a visitarlo, en una ocasión en que estuvo enfermo en su encierro.

Poco después los dos reyes firmaron un tratado de paz: y el rey de Francia fué devuelto a su tierra con todos los honores. Sin embargo, una vez libre, dijo que aquel tratado de amistad no tenía valor ninguno por estar hecho a la fuerza en una prisión y nunca se atuvo a su cumplimiento.

LA GUERRA CONTRA ROMA

Todavía tuvo Carlos V que sostener otras guerras en Italia. La primera fué con el Papa Clemente VII. El Papa en aquellos tiempos, además de padre espiritual de todos los cristianos, era rey o señor de un pequeño reino: y como tal, tenía su ejército e intervenía alguna vez en luchas y guerras. El Papa, alarmado por los triunfos de Carlos V en Italia se alió con Francia y con algunos pequeños estados italianos, y luchó contra el Emperador.

Este entonces le escribió una famosa carta, repro-

chándole su conducta y rogándole, de nuevo, que reuniese un Concilio para hacer la "reforma" verdadera de la Iglesia, como el mejor medio para detener la otra Reforma de Lutero. Pero como el Papa no hiciera caso, las tropas del Emperador llegaron a entrar en Roma, al mando del duque de Borbón. Como éste murió a la entrada de Roma, sus soldados se desmandaron e hicieron en Roma grandes saqueos. Cuando Carlos V se enteró de aquello, lo deploró hondamente y dió toda clase de excusas y explicaciones. Poco después se hizo la paz y el Papa se reconcilió con Carlos V.

LA GUERRA POR EL DUCADO DE MILAN

Más tarde volvió éste a pelear en Italia con el rey de Francia: ahora por el derecho que los dos creían tener al ducado de Milán.

El rey francés, en su afán de vencer a los españoles en Italia, llegó a aliarse para esta guerra con los turcos. El Emperador volvió a obtener varias victorias en Italia y luego en la misma Francia, donde, inesperadamente, penetraron los tropas españolas, llegando hasta cerca de París. Pero, al fin, cansadas ambas naciones de la guerra, se firmó la paz, arreglando las cuestiones de Italia mediante un proyecto de boda entre un hijo de Francisco I y una hija de Carlos V.

LA EXPEDICION CONTRA BARBARROJA

El peligro turco, siempre amenazante para Europa y especialmente para España, por sus intereses en Italia y Norte de Africa, volvió a agravarse durante el

reinado de Carlos V. Un célebre pirata turco llamado Barbarroja, era el terror del Mediterráneo y molestaba continuamente las costas del Norte de Africa, llegando a proclamarse rey de Túnez. El Emperador armó contra él una flota, logrando vencerlo, arrojarlo de Túnez y asegurar otra vez la posición de España en esas tierras—puertas del Mediterráneo—tan importantes para ella.

XXIII

Empresas en América

LOS CONQUISTADORES

HEMOS contado las campañas que agitaban por el lado de Europa, el Imperio de Carlos V. Pero al mismo tiempo, por el lado de América, el poder de España se extendía cada día más, mediante continuos descubrimientos y conquistas, que parecen, por la enormidad de su esfuerzo, cosas de dioses o gigantes más que de hombres.

Los conquistadores eran en su mayor parte andaluces y extremeños. Extremadura y Andalucía son las tierras más bajas de España: las tierras a donde tardó más tiempo en llegar la reconquista y donde más tiempo se detuvo. Sus hombres estaban, pues, templados por una experiencia más larga de guerra. Además, son las tierras españolas más calurosas. Sus hombres estaban mejor preparados para resistir las altas temperaturas americanas. Segar un trigal cordobés en agosto, no es mala preparación para conquistar tierras tropicales.

LA TIERRA AMERICANA

El esfuerzo que los conquistadores realizaron para dominar aquellas tierras lejanas, es una de las mara-

villas mayores de la Historia del mundo. Todo estaba allí por hacer. No nos podemos hoy dar perfecta cuenta de lo que para un hombre acostumbrado a los paisajes europeos apacibles y cultivados debía ser el encontrarse, de pronto, frente a aquella naturaleza salvaje, nunca domada por el hombre. Había bosques en que los árboles llegaban a enlazar las ramas tan apretadamente, que formaban un techo y para saber si era de día o de noche, era preciso trepar por los troncos hasta lo más alto de sus copas.

Y frente a esta naturaleza, no había ningún instrumento de dominación. Todo tuvo que llevarlo España: el caballo, el perro, el trigo, la viña, el olivo. Emociona pensar que todos los inmensos trigales de aquellos países tan ricos hoy, proceden de unas primeras espigas que cultivaron como flores, en macetas, los primeros españoles allí llegados. Emociona leer en los escritores que presenciaron la conquista, cómo fueron defendidos los primeros pies de olivos con centinelas armados y cómo se vendieron como piedras preciosas las primeras aceitunas. Todo era nuevo y milagroso. Se volvieron a vivir en América las primeras horas del mundo. Se asistía, con devoción, al nacimiento de una segunda España. Uno de los primeros ramos de olivo criado en América, fué llevado, en la procesión del Corpus, al pie de la Custodia. Un día, se reunían unos cuantos colonizadores a comer, casi con solemnidad religiosa, los tres primeros espárragos nacidos en América de semilla española.

BASES DEL CENTRO

Y todo esto lo lograron unos puñados de hombres, que suplieron con el entusiasmo y la fe la escasez de medios y recursos.

Se diría que Dios hacía coincidir providencialmente el descubrimiento de América con aquella hora del Renacimiento en la que sobreestimado el valor del hombre y excitadas las imaginaciones con el recuerdo de los heroes antiguos, vistos según el patrón de Plutarco, se produjo la más granada cosecha de seres excepcionales que ha conocido la humanidad.

Bajo la autoridad de Diego Colón, hijo del Almirante, se conquistó el archipiélago antillano, extendiéndose desde la Española a Jamáica, Puerto Rico y finalmente Cuba, con Diego Velázquez de Cuellar.

Desde estas bases tan estratégicamente colocadas en el centro de América, al mismo tiempo que se extendía el dominio del archipiélago, se dirigían exploraciones hacia la Tierra Firme, siempre con la tendencia orientalista que había impulsado los principios de la empresa americana o sea con el afán de encontrar un "paso" de mar que condujera hacia el mar de la otra parte—el futuro Pacífico—y nos diera esa ruta para llegar a Asia por Occidente que, desde el principio, había ilusionado a nuestros navegantes.

Golpeando con poca fortuna las tierras centrales de América consumen sus energías Diego de Nicuesa, Juan de la Cosa y Ojeda. Al fin Vasco Núñez de Balboa el 25 de Septiembre de 1515, logra mojar su mano en el Oceano Pacífico pero no por haber encontrado el "paso" hasta él, sino por haber explorado la parte más estrecha del istmo.

Todo esto atrajo hacia la parte central de América lo mismo en sus tierras continentales que en las insulares, la mayor concentración de navegantes y aventureros, y del excedente de energías de esas bases centrales, a donde empezaban a llegar ecos fabulosos de

las mayores civilizaciones aborígenes, la maya y azteca por el Norte y la incaica por el Sur, iban a partir las grandes expediciones y conquistas verdaderamente con talla y volúmen de auténtica mitología.

HERNAN CORTES

Hacia el Norte, desde la isla de Cuba partió el extremeño, Hernán Cortés con once barcos.

Cortés que fué el más culto de los conquistadores españoles de América, pues hab.a sido universi.ario .e Salamanca y tenía hasta sus ribetes de latino, dosificó sabiamente en su empresa, la prudencia, la astucia y el valor. Después de vencer en Tabasco, se buscó la amistad del cacique de Cempoala, cerca de la costa, y ayudad_ por los cempoaleses cayó sobre Tlaxcala, la ciudad más .oderosa del país, fuera de la capital y enemiga del emperad^r Moctezuma. Ya aliad^ con los tlaxcaltecas, Cortés marchó hacia la maravillosa ciudad de las canales y los lagos—Méjico—en el corazón del Anáhuac. Después de responder duramente a una difícil emboscada en que se vió envuelto en Cholula, Cortés llegó hasta la capital, donde fué recibido por el gran emperador Moctezuma en plan amistoso. Por no romper esta situación pacífica, Cortés se avino a despedir a los tlaxcaltecas que le habían acompaña-



do y que, por la tradicional enemistad de ambos pueblos, lastimaba el orgullo de los mejicanos. De este modo Cortés con un puñado cortísimo de españoles, quedó en situación bien precaria y difícil en la inmensa y pobladísima ciudad.

Por un prodigio de diplomacias y prudencias, pudo mantener Cortés aquel difícil equilibrio de mutuas cautelas que era su amistad con Moctezuma: hasta que habiendo tenido noticias de que había desembarcado en las costas de Veracruz, don Pánfilo de Narváez, como enviado del gobernador de Cuba, Velázquez, que consideraba excedidos por Cortés los poderes que recibiera, éste tuvo que ausentarse de Méjico para ir a hacer frente a los soldados enviados contra él. Venció fácilmente y atrajo a Narváez a su obediencia, pero al volver a Méjico encontró a su lugarteniente Don Pedro Alvarado, en situación comprometida y difícil, buscada por su propia falta de tacto y prudencia en la resolución de algunos incidentes surgidos durante la ausencia de Cortés de cuyo genio Alvarado carecía. La continuación del difícil *statu quo* logrado por Cortés fué ya difícil. Los aztecas llegaron a sitiar el edificio en que se alojaban los españoles, y en su terraza fué muerto por sus propios súbditos el emperador Moctezuma que allí vivía, con nombre de huésped y realidades de prisionero, al asomarse para arengar a su pueblo con palabras de paz. Muerto el emperador la ofensiva contra los españoles fué general y el 30 de junio de 1519 en la llamada "Noche triste", los españoles tuvieron que abandonar la ciudad en circunstancias tan apretadas y difíciles que apenas logró atravesar los canales y alcanzar la otra orilla una tercera parte del ejército. Rehechos los restos de este en Topeaca y acrecidas más tarde con nuevos hombres y pertrechos llegados

de las Antillas y aun de Canarias, Cortés volvió a caer sobre Méjico, sitiando ahora totalmente la ciudad con la ayuda de una escuadrilla de naves ligeras que hizo construir para dominar sus canales y lagunas. Largo fué el sitio y tenaz hasta el heroismo la defensa de los mejicanos: hasta que al fin, en 1521, reducida casi a escombros la gran ciudad se rendía y con ella el nuevo emperador Guatemor al que, por su valiente gallardía, Cortés confirmó en sus regias prerrogativas.

La fundación de la Méjico española y cristiana fué el primer gran núcleo continental que nació de la dominación española en América.

FRANCISCO PIZARRO

De no menor maravilla y acaso más portentosa desde el punto de vista del sufrimiento y la resistencia física, fué el descubrimiento y conquista del Perú. Fué llevada a cabo esta empresa por el trujillano, Francisco Pizarro, pariente de Cortés, asociado con Diego de Almagro. El descubrimiento de la tierra, partiendo hacia el Sur desde Panamá, fué de una enorme dureza y gran parte de su gloria corresponde a la tenacidad y pericia del piloto Bartolomé Ruiz. Los sufrimientos y angustias de los españoles en las islas del Gallo y la Gorgona, exceden a todo lo que hayan imaginado las más atrevidas novelas de aventuras.

Hecho el descubrimiento y habiendo venido Pizarro a España a obtener la licencia para la conquista, ésta se inició con doscientos veintisiete hombres que se apoderaron de una extensión de tierra poco menor que la mitad de Europa. Para esta conquista tuvo muy en cuenta Pizarro las experiencias de su pariente Hernán Cortés, y el modelo mejicano se advierte muy presente

en toda su tarea. Aprovechándose de las rivalidades entre las dos incas hermanas Huáscar y Atalmalpa, Pizarro con temeridad inconcebible se metió con su puñado de hombres hasta Cajamarca en el corazón del país. Allí fingiendo entregarse al ejército de Atalmalpa se apoderó de éste y como éste, a su vez, había derrotado a *Huáscar*, quedó Pizarro como dueño y señor del país en 1532.

Las rivalidades entre Pizarro y Almagro, y algunas torpezas de Fernando Pizarro, hermano del conquistador, que ocasionaron la sublevación del nuevo inca *Mauro Cápac*, nublaron los capítulos finales de este grandioso episodio. Pero de esas nieblas, la crítica histórica saca cada vez más limpia de tacha la extraordinaria figura heroica y talentosa, del gran conquistador.

OTRAS CONQUISTAS Y DESCUBRIMIENTOS

De modo parecido se descubrieron las tierras que se llamaron "Nueva Granada", la Colombia de hoy, por Gonzalo Jiménez de Quesada. El Río de la Plata, explorado primero por el lebrijano Solís, fué dominado, primero, por Don Pedro de Mendoza que fundó en 1536, Santa María del Buen Aire: fundación que llegó a perderse, hasta que más tarde, expediciones del Paraguay y Santa Fe, fundaron por segunda vez en aquel sitio el Buenos Aires actual.

Desde el Perú, por su parte, Almagro, el compañero de Pizarro, intentó forzar la cadena de los Andes y pasar a Chile defendido por los indomables araucanos. Solo consiguió señalar la ruta andina de aquella empresa que parecía imposible pero que, años después,

consumó Don Pedro de Valdivia, que fundó Santiago de Chile el 12 de febrero de 1541.

Todavía continuó por bastante tiempo y casi puede decirse que del todo no se extinguió hasta el siglo pasado, la resistencia de los heroicos araucanos. Tanto que esa resistencia dió tema al mejor poema épico que produjo la conquista de América: La Araucana, cuyo autor Alonso de Ercilla, enamorado de su valor y entereza, casi hace héroe y protagonista de su canto al jefe enemigo Caupolican y no al capitán español.

Digamos finalmente que al mismo tiempo que estas empresas de conquista y dominación, se intentaban otras de pura exploración. Estas tuvieron durante años como principal objeto, encontrar un estrecho o "paso" por donde poder pasar al otro lado de América, al Oceano Pacífico, y por él llegar a Asia. O sea, realizar la primitiva idea que Colón creyó haber realizado. Esto lo logró por fin un portugués. Fernando Magallanes, que al servicio del Rey de España, habiendo salido de Sanlúcar de Barrameda en 20 de septiembre de 1519, pasó por el Sur de América, por el estrecho que hoy lleva su nombre. Una vez en el Pacífico, llegó hasta las islas Filipinas. Allí fué asesinado por unos salvajes. Y un vasco de su tripulación, Sebastián Elcano, siguió el viaje en la nao Victoria, hasta volver, costeando Africa, a Sanlúcar de Barrameda, de donde había salido, con dieciocho hombres, el 7 de diciembre de 1522. Elcano, pues, fué el primer hombre que dió la vuelta al mundo. El Emperador le concedió llevar en su escudo la imagen del mundo, con un letrero en torno que dice: "Tú me rodeaste el primero".

LA OBRA MISIONERA

Y no se crea que estos hombres maravillosos, como héroes de cuentos, se olvidaban a aquella distancia del sentido de Cruzada que España había dado, desde un principio a la conquista. Hubo en aquellas empresas indudablemente algunas crueldades, codicias y defectos humanos. Pero continuamente aparecen rasgos que demuestran que aquellos hombres duros no se habían desprendido de la sublime idea española de ganar un Mundo para la Fe y la civilización. Cortés, teniendo preso al rey mejicano, se dedicaba a explicarle la doctrina católica; y el mismo rudo y hosco Pizarro, teniendo ya sus soldados en línea para pelear con los peruanos, hacía que primero se adelantase sólo el misionero para decirles que venía en nombre del Emperador a sacarles de sus errores y enseñarles la Verdad de Cristo.

Los conquistadores fueron siempre acompañados de misioneros que demostraron, en sus deseos de convertir a los indios, la misma audacia y valor que los otros en ganar las tierras. Los primeros y principales misioneros fueron los franciscanos: Luego llegaron los agustinos, dominicos y jerónimos, y más tarde los jesuitas. Hubo entre los frailes españoles una verdadera vehemencia misionera. Se dió el caso de ir a tierras lejanas y durísimas a misionar incluso grandes señores, como el franciscano Pedro de Gante, que era pariente de Carlos V. También se dió el caso de un obispo de Méjico, tan arrebatado por el celo de apóstol, que a los ochenta años se empeñó en marchar a China para convertir a aquellos infieles.

Honra merecen en ese campo insigne de la misión

los obispos, Ramírez de Fuenleal, que rigió Santo Domingo, y Vasco de Quiroga, el famoso "tata Vasco" que tuvo la sede de Michoacan por escenario de su tarea apostólica. También son de insigne recordación Fray Juan de Zumarraga, arzobispo de Méjico, Fray Toribio de Benavente, llamado por los indios *Motolinia*, palabra que significa "Pobreza"; Santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo en el Perú; Fray Bernardino de Sahagún, insigne también en el estudio de aquellas razas y gran intuitivo de la "etnografía" y Fray Junípero Serra, el apóstol casi legendario de California.

LA COLONIZACION, EMPRESA DEL ESTADO

Y al mismo tiempo que la fe de Cristo, España llevaba a aquella tierras todos los adelantos de la Civilización.

Y es que para España, la colonización fué una empresa del Estado, de los Reyes, que consideraban que el Papa les había concedido aquellas tierras para convertirlas y civilizarlas. En cuanto los españoles llegaban a una tierra nueva, al tomar posesión de ella, cuidaban de recordar esto solemnemente: que se ocupaba en nombre del Rey, por autorización del Papa y para esos fines altísimos. Esto se proclama en alta voz y en presencia de un notario. Parece un poco cándida toda esta ceremonia en medio de la soledad de los campos. Pero ella revela que había un programa y un pensamiento de conjunto que daba orden y unidad a toda aquella obra gigantesca de dominación.

Ni Inglaterra, ni Francia, ni Holanda colonizaron de este modo. La colonización era para ellos un negocio que concedían a una compañía. Una vez concedida, el

Estado no tenía nada que ver en el asunto, y la compañía, naturalmente, lo que procuraba era sacar el mejor partido posible de la explotación que le habían concedido. En España, no; en España había toda una red de instituciones que unían en todo momento con el Estado la obra colonizadora, y mantenía vivo en ella el sentido de responsabilidad. En Sevilla primero y luego en Cádiz funcionaba la *Casa de Contratación* para lo mercantil, y para lo político y administrativo el *Consejo de Indias* con su sala de gobierno y su sala de justicia. Para que los gobernadores y demás funcionarios no abusaran de su poder, los reyes mandaban continuamente a América inspectores que los vigilaban y que escuchaban a todos los que tenían alguna queja o reclamación que hacer: y al volver a España se les sometía al juicio de residencia: escrupuloso examen de su conducta que daba amenudo ocasión a ejemplares castigos.

Todo esto dió lugar a una organización perfilada y ejemplar cuya base popular fueran los "cabildos" institución municipal, tan nutrida de sustancia democrática, que en su día constituirían la base de los movimientos emancipadores "España sembró cabildos y recogió naciones", ha dicho don Víctor A. Belaunde.

Como eslabón intermedio estaban las Audiencias y en la cima de la organización jurídica los Virreyes, entre los cuales, sin que faltaran figuras desaprensivas y capaces del abuso, florecieron varones tan insignes como el virrey Toledo de Lima, llamado el "Sabio peruano" por su sabiduría y buen gobierno.

LA OBRA CIVILIZADORA

Por todo esto, fué maravillosa la rapidez con que

aquellas tierras de América variaron de aspecto y entraron en la civilización. Al fin del reinado de Carlos V. a los sesenta años del descubrimiento, ya tenían Universidades, Escuelas y Colegios. Había indios que habían llegado a aprender hasta latín. Se habían construído canales, puertos y caminos: y se habían establecido muchas industrias. En 1582, había imprenta en Lima, en Guatemala en 1660.

Además, todo se había hecho con lujo, con derroche, tratando a aquellas tierras como iguales a las de España. Todas las demás naciones, en las tierras que dominaban, construían las casas y ciudades de un modo pobre y económico, sin atender más que a lo preciso. Todas crearon un estilo llamado "colonial", frío, sin arte, de pura utilidad. Sólo España trasladó a las tierras americanas, sin regateo, todo su arte y estilo de construcción: y las llenó de palacios y catedrales iguales en un todo a las que en España se hacían. Solo en España, estilo "colonial" es sinónimo de un barroco lleno de lujo y exuberancia.

Y es que España se sentía, no "dueña" de aquellas tierras, sino "madre". Quería desdoblarse en ellas y hacerlas iguales a sí misma. Hasta los nombres que daba a las nuevas ciudades y tierras, lo demuestran. Las llamaba Nueva España, Nueva Granada, Cartagena, Toledo... Las ponía sus mismos nombres, como se les pone a los hijos que más se quieren.

LA CALUMNIA Y LA VERDAD

Claro es que, a pesar de ser esta la regla general, no puede negarse que hubo excepciones de abusos y crueldades. Algunos frailes, sobre todo el dominico Fray Bartolomé las Casas, movido por amor a los in-

dios, protestaron de ellos ante los Reyes. Y estas protestas que lo que indican es cómo los Reyes tenían abierto el camino para todo el que les ayudase a corregir cualquier abuso, ha servido a nuestros enemigos para calumniar la maravillosa obra de España en América y pintarla como un conjunto de crueldades y durezas.

Fray Bartolomé era indudablemente hombre de limpia intención, pero su vehemencia, unida a la libertad muy superior a la de hoy que entonces se usaba para hablar a los poderes públicos, han hecho de su obra llamada *Destrucción de las Indias* un arsenal de municiones para los enemigos de España. Pero, por un lado, que Fray Bartolomé escribía arrebatado por un celo pasional, está patente en la graciosa cuenta que algunos han hecho de las cifras de indios que pretende sacrificados en diferentes regiones de América, y que suman cantidades superiores a las de la población india existente al descubrirse esos territorios. Lo que queda, después de restar esas vehemencias, es un celo caritativo y una libertad de expresión, que deben ser incorporados al haber de España que de ese modo, al lado de conquistadores y gobernantes hacía florecer en las Indias, los austeros fiscales que los vigilaban y limitaban.

El que quiera convencerse de la falsedad de eso, que lea las "Nuevas Leyes" que para el gobierno de aquellas tierras dió Carlos V. Son un modelo de amor a los indios y de cuidado para sus almas y para sus cuerpos. Se prohibe en ellas otra vez la esclavitud. Se ordena que los indios sean bien tratados y se les enseñe la doctrina. Se toman disposiciones sobre lo que hoy llamaríamos "salario familiar", o sea, sobre el modo de que pueden vivir, de su paga, no sólo el indio trabajador,

sino su mujer e hijos, se llega hasta prohibir que sean cargados los indios sobre las espaldas y caso de ser esto necesario, se limite el peso que puedan llevar.

Cuanto frente a esta luminosa y humana legislación pueda alegarse de anécdotas, crueldades o violencias, deberán ser incluídas en la sentencia que implica el verso del nada sospechoso poeta José Quintana, bien influído, por lo demás, en la filantropía liberal del siglo pasado.

"Crimen fué de los tiempos, no de España". Crimen, como la esclavitud, de toda la humanidad prolongado durante muchos siglos. Todavía en 1774, y hablando de blancos que no de negros, se insertaba en los Estados Unidos, este anuncio que recoge el historiador Pereyra: "Alemanes—Ofrecemos cincuenta individuos de esta procedencia que acaban de llegar. Puede vérseles en el *Cisne de Oro,* que está bajo la dirección de la viuda Kreides".

Porque por encima de las leyes escritas, la mejor prueba a favor de España, está sencillamente en el resultado mismo de su obra, que ahí está a la vista de todos: la América española es una tierra civilizada, próspera, cristiana. La sangre de aquellos indios primitivos, está hoy mezclada con la sangre española en las venas de sus habitantes. ¿Qué otra nación, salvo nuestra hermana Portugal, puede decir que ha hecho otro tanto?

Con razón un gran escritor americano, Juan Montalvo, escribía modernamente, estas palabras de oro: "España, España, lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, a ti te lo debemos".

CARLOS V RENUNCIA AL TRONO

Esa es la obra gigantesca que durante el reinado de Carlos V realizó España por uno y otro lado: por Europa y por América; por el camino de Fernando y por el camino de Isabel.

Al cabo de treinta y siete años de labor y lucha, el Emperador Carlos, se sentía cansado de cuerpo y alma, y renunció a la corona de España, con sus dominios de Flandes e Italia, en favor de su hijo Felipe, y el Imperio de Alemania en favor de su hermano Fernando. Luego se retiró al Monasterio de Yuste, en Extremadura, y allí se encerró a prepararse a bien morir.

Quería morir como había vivido: dando más importancia a las cosas del alma, que a las del cuerpo. Su reinado había sido una lucha continua por los más altos deseos. En las cosas de la tierra, en los asuntos materiales, no había logrado siempre el éxito. No había podido vencer del todo al protestantismo, ni había sacado mucho partido de sus constantes guerras con Francia.

Pero había logrado, sí, soplar en todo el reino un aliento imperial. Le había dado a España un paso nuevo, majestuoso y noble, como el de su caballo en el retrato magnífico que de él hizo el pintor Tiziano. Cuando él murió, todas las naciones de Europa estaban divididas por dentro en tierras, en religión y en partidos. Sólo España era una fuerte unidad de tierra y pensamiento, que se dedicaba generosamente a las altas cosas del espíritu: a convertir la tierra y a ganar el cielo.

Se ha acusado a Carlos V de haber olvidado demasiado los negocios e intereses del mundo, por los altos sueños y los afanes religiosos. No es cierto del todo.

Durante su reinado, en España progresaron mucho la industria y el comercio. No se puede decir que olvidaba las cosas de la tierra, la nación que tenía cónsules comerciales en los últimos extremos del mundo y que sólo en Sevilla ocupaba en sus fábricas y talleres más de ciento treinta mil obreros. Si a pesar de esto, es indudable que el Emperador y España con él, cayeron más del lado del alma que del lado del cuerpo, la Historia nos ha hecho ver, con dolorosa claridad, que ellos eran los que tenían razón. Hubo un momento en que el mundo estuvo regido, como por "tres grandes", por tres príncipes mozos—los tres entre los veinticinco y treinta y cinco años—Enrique VIII, en Inglaterra; Francisco I, en Francia, y Carlos V en España. Carlos fué el único que constantemente vió claro el problema de la unidad de Europa y el saneamiento de la cristiandad, para aprestarse frente al turco. Los otros desertaron de esa misma misión.

Francisco llegó a aliarse con el Turco y Enrique, para satisfacer pasiones domésticas, se apartó de la Iglesia de Roma... De estas deserciones se derivó, luego, toda una civilización material y económica. Pero, al cabo de dos siglos, toda esa civilización está en gravísimo peligro, porque los hombres, perdida la fé y la moral, se han convertido en salvajes que la quieren destruir. Y ahora el mundo empieza a comprender que tenía razón Carlos V y tenía razón España al querer ante todo conservar y defender esa fe y esa moral, sin lo cual todo lo demás se viene a tierra.

XXIV

Felipe II

EL DUEÑO DEL MUNDO

ENTRÓ a reinar Felipe II, cuando tenía veinticinco años. Su padre, el Emperador, le había preparado cuidadosamente para su enorme y difícil tarea: le había hecho conocer, desde niño, los asuntos y problemas de gobierno, y había querido que viajase por casi todas las tierras de sus grandes dominios, conociéndolas así personalmente y con sus ojos.



Cuando Felipe II subió al trono, pues, estaba perfectamente instruído de su deber. Su padre le había trasmitido, con insistencia, aquel concepto suyo del Imperio, base y razón de toda su política: la Espada al servicio de la Cruz. Pero el cumplimiento de ese propósito, se presentaba a Felipe mucho más difícil y complicado que a su padre.

Si de alguien, en efecto, se puede decir que haya

sido "dueño del mundo", es de este rey español. De los grandes dominios de su padre el Emperador, sólo le faltaba Alemania, pero seguía fuertemente ligado a ella por relaciones de familia. Añádase a esto que, durante una temporada, por su boda con la reina María Tudor de Inglaterra, fué considerado como verdadero rey de este país. Y añádase, todavía, que durante su reinado, logró heredar la corona de Portugal: uniendo así este reino a España y con él todos los enormes dominios que Portugal tenía por Africa, Asia y América. No existió nunca Imperio del tamaño de este. Por estar extendido por todo lo redondo de la tierra, se dijo que en él "no se ponía el sol".

LA LEYENDA NEGRA

Esto hace difícil contar toda la enorme tarea de Felipe II frente a tal cantidad de tierra, buscándole un orden y un sentido de conjunto. Tanto más cuanto que a causa de esa misma enormidad de su poder, la figura de este rey ha sido calumniada y desfigurada como ninguna otra. Se comprende. Como su dominio llegaba a todas partes, en todas partes tenía enemigos: tenía gente interesada en desacreditarlo.

En toda guerra, una de las armas que se usan es esa que llamamos "literatura de guerra": o sea la publicación de folletos y libros, calumniando y desacreditando el enemigo. ¿Qué duda tiene que si en el futuro la historia se escribiera basándose en los libros y folletos de la propaganda bélica, saldría una pura falsedad y mentira? Pues esto es lo que ha pasado con Felipe II y con la España de su tiempo. Tuvo guerras en todo el mundo, por todo el mundo tuvo enemigos, porque a todas partes llegaba su poder. El mundo todo

Lutero, padre de las naciones

lanzó, pues, contra él su literatura de guerra y propaganda: que es lo que se llama "la leyenda negra"... Y por mucho tiempo la Historia se escribió sobre esa leyenda y se creyó en un Felipe II triste, tirano, cruel, sin comprender que esa no era la verdad, sino la caricatura de guerra y propaganda que sus enemigos lanzaron contra él.

LA ROTURA DE EUROPA

La verdad de Felipe II es que le tocó reinar en uno de los momentos más difíciles del mundo.

Durante la época anterior, la Edad Media, Europa había estado unida en una sola fe y religión. Formaba un conjunto de alma y pensamiento que es lo que se llamaba la "Cristiandad". Un hombre de Salamanca o Toledo podía viajar hasta el extremo de Alemania, encontrando por todas partes una misma manera de pensar—la fe católica—y una misma manera oficial de hablar: el latín. Toda Europa era, en cierto modo, su casa, su familia.

Ahora con la herejía protestante, toda esta unidad se había roto. El Catolicismo era la unidad en todo: un solo Credo, un solo Papa. El protestantismo era la variedad: libertad de explicar cada uno la fe a su modo: libertad de desobedecer al Papa. Pero la separación en el pensar produce la separación en el vivir. El "protestantismo" había hecho que Europa se dividiera. Habían nacido las "naciones" varias y separadas. Lutero, padre de las múltiples sectas religiosas, es padre también de las fronteras, de las aduanas, de los pasaportes: de todo lo que significa separación entre las gentes.

LA TAREA QUE SE IMPUSO FELIPE II

Al entrar a reinar Felipe II, aquella nueva Europa separada y rota, estaba en sus comienzos. Era toda como un hervidero de "naciones" varias, que se estaban ajustando en sus límites. Se había roto el equilibrio de la Cristiandad sin ser reemplazado aún por otro nuevo. Era aquel un momento difícil en el cual pudo ocurrir todo. Pudo pasar que los turcos se hubieran apoderado de aquella Europa dividida. Pudo pasar que el protestantismo, en vez de pararse, hubiera seguido extendiéndose y se hubiera apoderado de Francia y de las tierras "latinas", o sea hijas del antiguo Imperio romano. Pudo pasar todo. De allí pudo salir la Europa actual u otras mil Europas distintas.

Y en aquel momento, Felipe II, tenía en sus manos, como un conductor, los frenos del mundo. El tenía que resolver aquello y dar orden y camino a aquel desconcierto. El tenía que procurar que de allí saliera la mejor Europa posible.

Felipe II comprendió este deber y lo cumplió. Esta es toda la explicación de su reinado y el hilo que nos servirá para no perdernos en el laberinto de su tarea enorme y variada. Felipe no era, como su padre, un guerrero: un hombre de coraza y caballo. Era lo que hoy se llama un "intelectual": un hombre de gabinete, de papeles, de estudio. La idea de Imperio, como servicio de la fe, que su padre le enseñara en él maduró hasta sus últimas consecuencias. En unas instrucciones que dió a un gobernador, llegó a revelar todo su pensamiento en esta frase: que no consentiría que se atacara en nada la fe religiosa "aunque se pierdan los Estados"... Es la fórmula de su padre—las co-

sas del alma sobre las del cuerpo—llevada por el hijo intelectual, al límite, a la idea pura.

Parece dura esa fórmula en labios de un gobernante, de un político, cuya misión principal es salvar y defender al Estado. Sin embargo, era la fórmula del momento. El problema de entonces era salvar, fuera como fuera, todo lo que se pudiera de Cristiandad. Gran parte del mundo lo entendió de otro modo: dejó perder la fe, creyendo salvar al Estado... Luego se ha visto que Felipe II tenía razón: que perdida la fe, los Estados se pierden también, y esto no era personal opinión del Rey Felipe, sino conciencia popular, entrañablemente extendida entre los españoles desde el reinado de su padre. Santa Teresa de Jesús, tan representativa del pensamiento religioso medio español, dice en el capítulo XXI de su "Vida": "Por un punto de aumento en la fe y de haber dado luz en algo a los herejes, perdería mil reinos y con razón". Luego añade. "me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan". Es seguro que satisfizo esos ímpetus escribiendo al Rey Felipe, por medio de la princesa Doña Juana, avisos que le impresionaron vivamente, y aún es posible que llegara a tener una entrevista con el Monarca.

EL REY ESCRUPULOSO Y JUSTICIERO

Al servicio de esta magna tarea, Felipe II empezó por poner, como base y cimiento, los mismos que ya enseñaron los Reyes Católicos: una fuerte unidad en el mando y en las tierras mandadas.

Felipe II fué el modelo supremo del mando fuerte y único, del poder absoluto, frente a Europa que vivía

todavía, un poco, en la división y anarquía de la Edad Media.

Era un trabajador incansable. Lo vigilaba todo y todo pasaba por sus manos. Hasta altas horas de la noche, trabajaba en su mesa, anotando de su puño y letra todas las órdenes y resoluciones. Atrajo a sí más fuertemente que ningún otro rey del mundo, todas las funciones o tareas del Estado. En sus manos, la Inquisición sirvió más que nunca, al interés nacional de mantener una fuerte unidad de pensamiento. Sabía que tenía enfrente al mundo, que tenía que conducirlo, y todo era poco para agarrar fuertemente "el mando" y que no se le fuera de la mano.

No se podrá decir que fuera un hombre simpático, atractivo: como no lo fueron San Ignacio, Cisneros, ni ninguno de los grandes españoles que tuvieron que ponerse frente a frente a un mundo que se desbordaba. Pero su energía seca, se la hacía perdonar con las mismas virtudes de la Reina Católica. Primero con su rectitud de intención y conciencia: pues era un hombre extremadamente escrupuloso y en los problemas difíciles consultaba con teólogos y letrados. No tenía su poder limitado por fuera, pero él se lo limitaba por dentro con sus escrúpulos. Segundo, con su amor a la justicia. Era en esto inflexible. Un día había ido a dar un paseo, en coche, al campo. Estando paseando, vió al lejos, que su cochero tenía una reyerta con un lacayo y le daba una cuchillada. Cuando fué luego, a tomar el coche, viendo al cochero en el pescante, preguntó a su ayudante: "¿Cómo no lo habéis mandado prender"?. "Señor—le contestó el ayudante—, porque no había otro cochero para llevaros". Y el Rey terminó: "Pues prendedle ahora mismo: y dadme un caballo, que yo volveré en él".

EL REY SOLEMNE

Con esas virtudes dentro de tan gran poder, llegó a tener entre las gentes, un prestigio casi divino. En América, a tanta distancia, se le veneraba como un ser inmenso y lejano. Aquellos conquistadores, aventureros y libres, se pelearon mil veces entre sí: pero nunca se les ocurrió rebelarse contra el Rey.

Y él procuraba ayudar a ese prestigio con su manera y presencia. Era solemne, ceremonioso y callado. Vestía generalmente de oscuro y miraba con fijeza. No tenía la sonrisa de la reina Isabel, pero sí una grave "majestad", hecha no de orgullo, sino de convencimiento de su misión y deber. Los que se acercaban a él solían hacerlo temblando y él tenía costumbre de ponerles la mano en el hombro y decirles: "Sosegaos". Porque tras ese empaque logrado con estudio, no se escondía un alma seca: sino suave y fina. Pocos saben, por ejemplo, que el rey Felipe era muy aficionado a la música: tenía a sueldo más de sesenta y siete músicos, y en su cuarto, a solas, tocaba la "vihuela", especie de guitarrilla pequeña.

Con esta idea más humana del rey Felipe II, vamos a contar su reinado. Tiene el mundo delante. Ahora vamos a verle entrar por él, enérgico, sabiendo donde va. No será el Felipe II, triste y seco de la calumnia. Será el que ya sabemos que adoraba la música. Se entrará por el mundo, con resposada majestad, diciendo frente al griterío histórico de calumnias y mentiras de sus enemigos, su favorita palabra: "Sosegaos".

LA UNION DE PORTUGAL

El cimiento que aquellos buenos maestros de grandes cosas, los Reyes Católicos, enseñaron para sostener torres de gran altura, fué ese: la unidad.

Ya hemos visto cómo sentía Felipe II la unidad de mando. También sintió la unidad de sus tierras.

Durante su reinado, completó la obra de los Reyes Católicos, uniendo también a España la única porción que en la Península quedaba aún independiente: Portugal. En una expedición a Africa había desaparecido el rey portugués, Don Sebastián. Su sucesor era viejo y no tenía hijos. Felipe II comprendió que era una ocasión única para lograr la unión de Portugal y España, y derrochó habilidad y energía hasta conseguir ser nombrado rey de Portugal. Naturalmente, había otros pretendientes, y Felipe tuvo que hacerles la guerra. Una victoria por mar le dió el triunfo definitivo.

Felipe II dió todo el valor que tenía a aquella unión con la gran nación hermana, que le traía otro Imperio repartido por todo el mundo. Mezcló sabiamente en su política para con Portugal, la energía y la templanza. Reprimió duramente todo intento de rebelión; pero no nombró para los puestos de gobierno un solo español, reservándoselos todos a los mismos portugueses.

Hasta qué punto Felipe II se preocupó de la idea de unir España y Portugal, lo demuestra el atrevido proyecto que estudió para hacer navegable el río Tajo desde Toledo a Lisboa. Era la misma idea que ya los romanos tuvieron al querer hacer un gran camino que fuera del centro de España a la costa de Portugal, pasando por Mérida. O sea: unir así, al ancho, Lisboa al centro de España, para borrarle la idea de ser, al largo, una franja de tierra separada.

Estos sueños de las altas noches de vela del incansable Rey eran generosos, pero ya tardíos. Portugal había vivido ya mucho tiempo solo y había hecho gran-

des hazañas por todo el mundo. El mismo rey Don Sebastián, perdido en Africa en una Cruzada audaz y romántica, le había dejado a los portugueses una leyenda poética: se creía que algún día volvería el rey perdido. Esto es lo que une a los hombres y hace las naciones: la poesía de una esperanza común. Portugal era ya una nación mayor de edad, que no había de estar mucho tiempo confundida con España.

Pero no importa. Lo que importa no es la unión de las tierras, sino de las almas. Y esta es fuerte como cariño de hermanos. Cuando Toledo sufrió el dolor de su Alcázar, las "radios" de Lisboa lo lloraban como cosa propia. Entre Lisboa y Toledo, el Tajo no fué navegable para los barcos, como soñó el rey Felipe. Pero el aire sí fué navegable para el amor.

LIMPIEZA DE MORISCOS

A esa misma idea de unidad de las tierras, obedece su política de severidad con los "moriscos", que en gran cantidad había todavía en Andalucía. Felipe II continuó frente a ellos la política vehemente de Cisneros. No podía él defender frente al mundo la unidad de la fe sin empezar por tenerla en casa.

Esto dió lugar a una fuerte sublevación de moriscos, que se hicieron fuertes, sobre todo, por las sierras andaluzas: refugio eterno de desobedientes y rebeldes. Don Felipe, después de varios intentos de represión, mandó a Andalucía a su hermano don Juan de Austria, que los derrotó varias veces, logrando terminar con la sublevación. Muchos moriscos fueron echados de España y otros repartidos por las demás tierras, lejos de Andalucía.

EL PAPA Y FELIPE II

Pero todo este fuerte afán de unión interior, no era, como dijimos, sino para sentirse fuerte y seguro, para su inmensa tarea y deber frente al mundo.

Y es curioso que la tarea, fuera de España, del Rey que había hecho su lema de la defensa de la Fe, se inaugure teniendo unas contiendas con el Papa. Pero el Papa, Paulo IV, como rey y señor de un Estado, era enemigo de España: y Felipe II, el escrupuloso, después de consultar a teólogos eminentes, peleó con el Papa, como jefe de un Estado, aunque acatándole siempre como Padre de la Iglesia. Además el rey Felipe, seguía, como su padre, pidiendo del Papa la reforma de la Iglesia dentro de la fe que el Papa retrasaba. Sus disgustos con el Papa no se salían, pues, de su idea constante de defensa de la fe. Ahora "más papista que el Papa", la defendía contra el retraso de Roma en reformar y purificar la Iglesia.

LOS TURCOS A LA VISTA

También era "más papista que el Papa", en advertir el otro gran peligro que, otra vez, amenazaba a Europa, a la fe y a la civilización. Los turcos seguían siendo medio dueños del Mediterráneo. El pirata, Dragut, sucesor de Barbarroja, era el terror de ese mar y de las costas del Norte de Africa. Pero el resto de Europa no quería ver o evitar el peligro. La división religiosa traída por el protestantismo, había esfriado la vieja idea de Cruzada: y Europa, partida en dos, se ofrecía débil y rota al turco.

En la misma Italia parecía ya irremediable su llegada. Por la Corte del Papa no faltaban ya prudentes

diplomáticos que aconsejaban mandar emisarios al turco para entenderse con él. Varios estaditos italianos ya lo intentaban. Y las muchachas de los puertos bordaban ya estandartes con la media luna para halagar a los invasores próximos y seguros.

Pero frente a todo ese mundo dividido, débil, Felipe II, el "dueño", en su gabinete de Madrid conservaba la idea clara y la voluntad firme. No había que ceder: había que salvar a Europa. Realizó primero unas victoriosas expediciones de limpieza por el Norte de África. Luego, cuando ya el turco amenazaba la misma Venecia, se decidió a una acción más a fondo.

LEPANTO

Afortunadamente, el nuevo Papa, Pío V, era Santo y h bía vu lto a la amistad 'el Rey de España. Comprendía la firmeza gloriosa de su postura y le excitaba a su empresa, predicando, otra vez, como en tiempos antiguos, la Cruzada.



Felipe II, ayudado por el Papa y Venecia — o sea por los que "directamente" sentían ya sobre sí el peligro: no por el resto de Europa que seguía en sus divisiones religiosas—, armó una gran escuadra de doscientos sesenta y cuatro barcos y cerca de ochenta mil hombres. La mandaba, como militar, su hermano Don Juan A t i , y om

guiaba, uno de los más insignes que ha tenido España: Don Alvaro de Bazán.

La escuadra española encontró a la turca en el golfo de Lepanto, cerca de Grecia. La batalla fué larga y durísima. Don Juan de Austria, en una galera rápida, recorría contínuamente la línea de sus naves. Los barcos turcos avanzaban en forma de media luna, pero los cañones españoles, concentrando su fuego en el centro, la partieron en dos. Desde entonces, los turcos empezaron a vacilar. Se unió a esto, un fuerte viento que se levantó, favorable a los españoles, porque arrojaba contra los turcos la humareda de los cañones, que era negra y espesa, por lo mal que quemaba la pólvora primitiva que se usaba entonces. Al caer la tarde, era completa la victoria española.

Cuando lo supo el Papa, mandó repicar todas las campanas de Roma; mandó que a la Letanía de la Virgen que se suele rezar después del Rosario, se añadiera la invocación de "Auxilio de los Cristianos", y aplicó a Don Juan de Austria las palabras del Evangelio, sobre el Bautista: "Ha venido un hombre enviado de Dios, que se llama Juan".



Verdaderamente España acababa de salvar a Europa. No hay más que ver el mapa. La batalla se dió en aguas de Grecia, en Lepanto. Allí España detuvo al

turco. De Lepanto para allá, para Oriente, todo es división, mezcla de raza, falsas religiones: Asia. De Lepanto para acá para Occidente, empieza la Europa cristiana, civilizada, próspera. Europa llega hasta donde llegó España.

En aquella batalla memorable, un soldado valiente, que peleaba con fiebre, perdió un brazo. Se llamaba Miguel de Cervantes. Con el otro brazo escribió, después, el libro más famoso del mundo: el "Quijote". Es la historia de un caballero que pelea por un alto ideal, sin hacer mucho caso de las cosas prácticas. Es el libro de España: de la España que, en Lepanto, salvó al mundo y se sacrificó por un ideal.

GUERRA DE FLANDES

Ya estaba salvada la fe contra el enemigo de fuera. contra el turco. Quedaba el de dentro todavía: la Reforma protestante.

El primer sitio donde este enemigo le enseñó la cara a Felipe II fué en Flandes; en las tierras que tenía encima de Francia. En apariencia, el malestar que empezaba a notarse en Flandes contra el Rey de Francia, parecía producido nada más que por la protesta contra los españoles que ocupaban cargos de gobierno y mando. Parecía como una reproducción de lo que en España fueron las "Comunidades": los españoles, entonces, no querían gobernantes flamencos, ahora los flamencos no querían gobernantes españoles.

Viendo nada más que esta parte del problema. los gobernadores que Felipe II tenía en Flandes creían que todo podría resolverse con suavidad. Pero Felipe II. desde su mesa, veía más allá. Aquello no era un problema como el de las "Comunidades", que con una

represión y accediendo a poner gobernantes del país, sería resuelto. La inquietud de los caballeros flamencos estaba ocultamente movida por los protestantes de Inglaterra y por los de Francia, donde ya había empezado a filtrarse la herejía. No era una agitación pasajera: era el gran peligro de Europa que asomaba por allí.

Para los protestantes, dueños ya de los países sajones—Inglaterra, Alemania—, era Flandes la antesala para invadir los países latinos, o hijos de Roma: para bajar por Francia, ya medio contagiada, a España y a Italia. Flandes era para Felipe II, como la coraza con que tapaba y cubría a España contra los golpes enemigos. Por Flandes era por donde, al través de Francia, se metían en España los pocos libros protestantes que llegaban a ella. Un librero de Amberes tenía, en Medina del Campo, una sucursal secreta, para vender libros protestantes. Si esto ocurría con un Flandes católico y en las manos de España, ¿qué iba a ocurrir con un Flandes independiente y protestante?

Así, a la luz de su idea general del enorme problema de Europa, veía Felipe II el problema de Flandes. Y así puso al servicio de él una energía y una tenacidad, que sólo ahora, comprendiendo como él veía las cosas, parecen explicables. Envió, como gobernador, al duque de Alba, con órdenes severísimas que el duque exageró todavía más sobre el terreno. Luego envió varios otros gobernadores, entre ellos el mismo Don Juan de Austria, el héroe de Lepanto, y uno de sus más famosos generales: Alejandro Farnesio. Este último obtuvo bastantes victorias contra los flamencos sublevados. Pero, luego, la constante ayuda de Inglaterra y Francia a éstos, hizo casi inútiles las victorias españolas.

Estas guerras de Flandes duraron casi todo el reina-

do de Felipe II. Todos los españoles que se preciaban en algo iban, alguna vez, a "poner una pica en Flandes", como entonces se decía: a pelear en esa guerra inacabable.

Al fin, ya cerca de la muerte, Felipe II, tan habilidoso como tenaz, buscó una fórmula para ceder sin ceder. Entregó Flandes como independiente pero bajo el protectorado español, al archiduque Alberto, cuidando antes de casar a éste con su hija Isabel Clara. Era tarea de gigante retener aquel país, ayudado en su sublevación por las demás naciones de Europa. Pero Felipe II, con una paciencia increíble, logró conservarlo toda su vida y murió sin haber perdido la influencia sobre él.

SAN QUINTIN Y EL ESCORIAL

Al comienzo de su reinado, había tenido ya Felipe II la inevitable guerra de todos los reyes españoles con su vecino el rey de Francia. Era éste ahora Enrique II, y sus tropas fueron duramente derrotadas por las de Felipe en la batalla de San Quintín. Fué tan sangrienta esa batalla, que todavía su recuerdo vive en el lenguaje vulgar donde, para indicar un fuerte alboroto o desorden, se dice: "se armó la de San Quintín".

En acción de gracias a Dios por esa batalla, el Rey mandó hacer, cerca de Madrid, el magnífico Monasterio de "El Escorial". Es un monumento enorme, serio, sin más adorno que la propia armonía de sus proporciones. Se hizo en veinte años, siguiendo un solo estilo y un solo plan de conjunto: no como tantos otros grandes monumentos que están hechos, como a tirones, a fuerza de añadidos que mezclan toda clase de estilos y épocas. El Escorial es, de arriba a abajo, "uno": como la idea y la voluntad del Rey que lo mandó hacer.

La victoria de San Quintín abría a España, el camino de París. El emperador Carlos, que todavía vivía en su retiro de Yuste, al saber la noticia, preguntó: "¿Y no está ya en París mi hijo?"... Pero su hijo no siguió a París, como en ninguna de sus guerras aprovechó sus victorias para seguir más allá del plan que se había trazado: que estaba ligado siempre a la idea que le dominaba de resolver el gran problema religioso de Europa.

Por eso su ventaja en esta guerra con Francia sólo la aprovechó para firmar una paz, sobre la base de su matrimonio con la hija de Enrique II, Pero, eso sí, con la declaración que esa unión con la Casa Real francesa, significaba el compromiso de combatir juntos al partido protestante que iba creciendo en Francia. Era lo mismo que había buscado con su primer matrimonio con la reina María de Inglaterra, que significaba allí la reacción católica. Todo—su vida, sus amores—lo ponía el rey Felipe al servicio de su idea única.

FELIPE II Y ENRIQUE IV

Desde entonces, Felipe tuvo una cierta intervención indirecta en la política francesa, que empleó afanosamente en aconsejar a los reyes vecinos la dura represión del partido protestante y la vigilancia alerta de la frontera de Flandes, por donde la herejía quería filtrarse, como ya expliqué, en los paises latinos.

Pero sus planes estuvieron en un momento de grave peligro cuando, después de otros varios reyes, subió al trono de Francia Enrique IV, que pertenecía al partido protestante. Toda la labor de Felipe parecía venirse abajo. Entonces su tenacidad fué prodigiosa. Acudió a todos los medios. Trabajó afanosamente con

el Papa para que no reconociera al nuevo rey protestante en el trono de Francia. Y como no lo conseguía, otra vez "más papista que el Papa", se decidió a no reconocerlo él, interviniendo, otra vez con las armas, en el país vecino.

Hizo venir a Flandes al general Farnesio, que obtuvo varias victorias. Ayudó por todos los medios al partido católico francés que mandaba el duque de Guisa. Hasta que, al fin, Enrique IV, viéndose apretado por todas partes, resolvió la cuestión convirtiéndose públicamente al catolicismo. Esta dudosa e interesada conversión es la que dió lugar a la frase epigramática "París bien vale una Misa".

Otra vez había triunfado la tenacidad fría del rey Felipe. Conservaba en su mano a Flandes. Francia se aseguraba en la fe católica. La puerta y el vestíbulo por donde la herejía podía entrarse en los países latinos, estaban cerradas por sus manos.

La Europa de hoy, protestante al Norte, en los países sajones, católica al Sur, en los latinos, es la Europa que logró Felipe II, El protestantismo como el turco, tienen su frontera donde él lo paró.

AMÉRICA

Continuaron, durante el reinado de Felipe II, las expediciones y conquistas por América. En su tiempo se funda definitivamente la ciudad de Buenos Aires, y se extiende el dominio español por la Argentina. En su tiempo también, varias expediciones, partidas de Méjico, logran la conquista de aquellas ricas islas del Pacífico, que por el nombre del Rey son llamadas Filipinas.

Pero, en su tiempo, sobre todo, la empresa americana pierde, cada vez más, todo carácter de aventura libre

y suelta para encajarse en una idea de conjunto. El espíritu menudo del Rey que trasnochaba sobre su mesa y sus papeles, llega a todas partes. Se perfila y ajusta la organización de aquellos países. El Rey siente tan profundamente la unidad de aquellos dominios, que llega a pedir al Papa que le conceda el título de "Emperador de las Indias".

PIRATAS AL SERVICIO DEL ENEMIGO

Pero, ya no estamos en los días en que una concesión del Papa, tenía valor de título indiscutible de dominio. Media Europa ha caído en la herejía y está sublevada contra el Papa. Hasta América llegan los chispazos de la gran contienda europea. Los grandes enemigos europeos de Felipe, del defensor de la Fe, ingleses y holandeses, empiezan a hacer su aparición por los mares y costas de América. El "pirata" es un nuevo tipo semimilitar, creado para detener los navíos enemigos durante las guerras: pero que, luego, al cesar éstas, lucrando de la libertad de los mares, continuaba la tarea por su cuenta.

Son, a veces, hombres tan gigantescamente osados como nuestros descubridores y conquistadores: así John Hawkins, Francis Drake, Clifford y otros. Con unos barcos pequeños recorren distancias inverosímiles. Pero la grandeza de los nuestros está en que sirven una idea de conjunto, de Fe y de Civilización. Estos, no. Estos vienen en corso a apoderarse de los barcos que vuelven con oro, a saquear libremente las ciudades fundadas allí por los españoles. No fundan nada, ni exploran, ni conquistan. Piratean sobre lo ya fundado y conquistado por nosotros: toman el botín cómodamente a medio camino.

Pero no son, sin embargo, piratas tan libres y sueltos de todo plan como parece a primera vista. Cuando vuelven a Inglaterra, son recibidos, en su cámara, con complacencia, por la reina Isabel I, la gran protestante que ha sustituído en el trono inglés a María, la primera mujer de Felipe, que significaba la causa católica. Aquellos piratas, pues, forman parte del plan inglés y protestante de odio contra Felipe y España. Son chispas saltadas de la gran hoguera europea. Son reflejos del gran problema del mundo, contra el que Felipe II peleará hasta la muerte en todos los mares y todas las tierras.

LA BOFETADA DE LA REINA ISABEL

El Rey tiene ya hebras de plata en la barbila puntiaguda que rodea su cara pálida de hombre de mesa y oficina. Corren los años de su reinado y de su vida. Con un esfuerzo de gigante, va logrando mantener sus posiciones: pero el enemigo está ahí siempre, vivo, amenazante. ¿Cómo darle, antes de morir, un golpe decisivo en el corazón?

Un día el rey Felipe recibe una noticia que le llena de ira. Uno de los piratas ingleses que más famoso se ha hecho por sus fechorías en América, *Drake*, se ha atrevido a poner su pie en la misma tierra de España. Ha aparecido en Cádiz. Ha saqueado los barcos que había en la bahía y luego ha saltado a tierra, incendiando las iglesias y arrasando la ciudad. Su devastadora crueldad ha sido tal que hoy todavía en el lenguaje de aquella región se asusta a los niños diciendo que "viene el draque". El rey Felipe siente como propio el dolor y la humillación. Le parece sentir sobre su barba encanecida, la mano protestante de la reina Isabel.

Pero sus reacciones son frías, calculistas. El Rey piensa: Aquel pirata ha llegado con ciento cincuenta barcos. Hay una nación que va aumentando, por día, su poder en el mar. Su situación, a la puerta de Europa, es admirable para cruzarse en todos los caminos de España. Está en el Atlántico para entorpecer sus comunicaciones con América. Está junto a Flandes y Francia para ayudar allí, por la espalda, a sus enemigos. El gran horror de Felipe—la herejía—tiene allí como su cuartel general...

Al fin, el enemigo vago y difuso que Felipe viene atacando a manotazos por todos lados, tiene una cara, una figura: Inglaterra. Frente a enemigo tan exacto ya, hace falta también un plan exacto. No como hasta ahora, el acudir aquí y allí para parar al enemigo, sin acabar y exprimir la empresa: sino la acción a fondo, para cortar el mal de raíz.

LA ULTIMA CRUZADA

Felipe ha llegado a una conclusión, nueva para sus tiempos, de tono moderno: España lo que necesita es lo que se dice ahora un fuerte "poder naval". Muchos barcos, mucho poder en el mar. En este poder está la clave, para salvar las dos herencias de América y Europa: de Isabel y Fernando. Para el problema de América, significa limpiar y dejar libre el Atlántico. Para el problema de Europa, significa algo más audaz: un plan que Felipe estudia sobre el mapa en sus noches sin sueño. Invadida Inglaterra, pasado el callejón del Canal de la Mancha, se puede salir al Mar del Norte y por allí dar la vuelta, por encima de Europa, hasta llegar por el Este, a Polonia, la "España del Este" como es llamada por ser él otro núcleo ardientemente fiel a la Religión de Cristo. Así el enemigo será rodeado y cogido por la

espalda. La Europa central y protestante será envuelta y ahogada por los cruzados de Dios. Felipe se recrea soñando en esa escena final del drama de toda su vida. Su plan es la última gran Cruzada: audaz y poética, como el sueño de Cristóbal Colón.

LA GRAN ESCUADRA

Pero, acaso, era demasiado sueño, demasiada poesía ya, para la época. El Rey, desde su frío Escorial, entre las tierras ardientes de Castilla, quiere disponer hasta los últimos detalles de aquella expedición de mar. Para mayor desgracia, Don Alvaro de Bazán, el gran marino que debía mandar la escuadra que se estaba armando, muere antes de la salida. El Rey manda que le sustituya el duque de Medina Sidonia, gran caballero y valiente, pero que no entendía de cosas de mar. Sobra el valor y falta la técnica... Mientras tanto, los ingleses preparan fría y técnicamente su defensa.

Cuando, al fin, salen hacia Inglaterra los quinientos cincuenta y seis barcos de la gran escuadra, van a chocar los dos mundos que han dividido a Europa: el Norte y el Sur. El mundo protestante y el católico: un poco también, el mundo de la técnica, de las máquinas y los negocios; y el mundo de la poesía, del espíritu y de la fe.

Pero empezaba a ser la hora de aquel otro mundo calculista y práctico. Ya había logrado Felipe bastante con pararlo y salvar toda una zona de Europa. No le era dado hacer más. Una gran tormenta echó a pique muchos barcos españoles. Cuando nues-

tra escuadra encontró a la inglesa, su poder estaba muy disminuído. Los barcos ingleses eran más ligeros, más "marineros" que los nuestros. Además ensayaron armas nuevas, precedentes de gran eficacia de la moderna artillería naval. La derrota de la escuadra española fué completa.

Días después llegaban a España de retorno, con las velas lacias y tristes, sólo sesenta y cinco barcos. En ellos venía un gran poeta que, como Cervantes a la gran victoria de Lepanto, había asistido a la gran derrota naval. Se llamaba Lope de Vega. El resto de su vida lo empleó en escribir el teatro más delirante, vivo y animado del mundo. Toda nuestra historia, nuestro romancero, nuestro honor, nuestra fe, nuestra valentía, están en él. Están en él, amontonados, en desorden, como los restos de un naufragio. Parece que Lope de Vega quiso salvar con las letras todo lo que las armas habían perdido, ante sus ojos, en el Canal de la Mancha.

TRENTO

Cuando el rey Felipe supo la noticia, no se le cambió la cara. Tampoco se le cambió cuando le comunicaron la victoria de Lepanto. Estaba sobre los vaivenes del mundo. El había mandado hacer el Escorial que es, al mismo tiempo, un monumento de victoria y poder, y un sepulcro abierto. El que tiene la idea de la Muerte tan cerca de la idea de la Gloria, está preparado para todo.

Comprendía que su obra no podía ir más allá. Bastante había logrado. Iba a morir sin haber cedido un palmo de terreno a su enemigo. Pero el desastre de la escuadra decía muchas cosas. El poder de España se quebraba. Un nuevo poder, más práctico, más de la tie-

rra, se levantaba. Venía la hora de los piratas sobre los misioneros; del oro sobre el Catecismo.

Pero por lo menos antes de morir tenía Felipe el consuelo de ver terminado el Concilio de Trento, donde triunfaba la idea de su padre el Emperador, el afán español: la "reforma" dentro de la Fe. Parece que él había estado sosteniendo al enemigo protestante, mientras la Iglesia se decidía a darle la verdadera batalla en el terreno religioso que eso era su propia reforma y purificación. Ya podía morir tranquilo el Rey antiprotestante.

GUERRA DE PAPEL

La lucha se iba a trasladar a otro terreno. Aquella escuadra que acababa de ser vencida no la llamó nunca España ni el Rey "la Invencible". Ese nombre con que ha pasado a la Historia, lo inventaron los enemigos, tras la victoria, para burla y mortificación de los vencidos. Empezaba la lucha de papel: la literatura de guerra, de calumnia y descrédito.

Los enemigos de Felipe, repartidos por todo el mundo, empezaban a desquitarse con la pluma de lo que no pudieron con las armas. Uno de los condes vencidos en Flandes, Orange, había publicado un libro contra Felipe II, que corría toda Europa. También su secretario Antonio Pérez, huído al extranjero por una famosa contienda con el Rey, llenaba al mundo de cartas en que le desfiguraba y combatía. En todos esos escritos se sacaba buen partido de sus desgracias de familia con su hijo, el príncipe Don Carlos, rebelde y medio loco. Empezaba la "leyenda negra". El mundo nuevo de las máquinas y los negocios, llamaba tirano y cruel al último Rey de Cruzada. Durante siglos ha seguido la

discusión. Felipe II ha seguido peleando contra su eterno enemigo.

MUERTE

Murió de "gota": la enfermedad de los oficinistas: la herida mortal de los que pelean en esa guerra, más deslucida, de la mesa de trabajo. Cuando murió, su cuerpo estaba casi deshecho: Felipe II casi no era ya otra cosa sino una idea clara y una voluntad firme.

Moría como había vivido: venciendo al cuerpo con el espíritu. Como había de morir el Rey que por salvar la fe, no le importaba "perder su Estado". Esta fué la norma de su vida y la lección que, a su tiempo, quiso

XXV

Felipe III, Felipe IV y Carlos II

EL DESORDEN INTERIOR

CUANDO Felipe II muere, deja, sinó vencida, contenida y parada la revolución religiosa: la "herejia". Y deja intacto, entero, el instrumento que ha empleado para esa lucha y victoria: el Imperio español.

Pero la "revolución religiosa" acaba siempre por producir lo que se llama la "revolución política" o sea el desarreglo y desorden en el gobierno de los pueblos. Cuando se pierde la fe, se proclama la libertad de que cada uno piense como quiera, se niega la obediencia al Papa; fácilmente se llega, luego, a implantar la misma libertad y desobediencia en el gobierno de la nación. Ya vimos cómo Felipe II veía esto tan claramente que daba más importancia a la fe que al Estado mismo: porque sabía que éste sin la fe no podía sostenerse.

Y a la vista estaba la prueba. De hecho, las naciones protestantes, las que habían aceptado la "herejía" o revolución religiosa, estaban divididas y tenían gobiernos débiles: Alemania, era una serie de estaditos mal unidos entre sí; Holanda una república que disimulaba con una dictadura su desunión interior; Inglaterra una reunión de tierras varias—Escocia, Irlanda, Ga-

les—donde pronto la "revolución" había de dar claramente la cara asesinando a un rey y proclamando la república.

Frente a la anarquía y desunión de estas naciones protestantes, Felipe II dejaba, en España, una Monarquía fuerte, única. Si ahora en manos de los sucesores de Felipe II durante el siglo XVII, España decae, no es ciertamente porque la venzan esas otras naciones. No: al terminar el siglo XVII y con él los reyes de la familia de Carlos V y Felipe II—o sea los Austrias—, el Imperio español apenas ha perdido nada de sus tierras y tiene casi el mismo tamaño que en tiempos del emperador Carlos. No lo vencen, no lo conquistan: es él el que se va debilitando a sí mismo, en la medida en que, apartándose de las lecciones de Felipe II, se va dejando invadir, poco a poco, por la revolución política.

FELIPE III Y LOS FAVORITOS

Efectivamente, Felipe III, el sucesor de Felipe II, es, al subir al trono, un muchacho, de veinte años, débil de voluntad y flojo para el trabajo. Su padre antes de morir, había dicho con tristeza, pensando en su hijo: "¡Temo que me lo gobiernen!". Y acertó. Desde el primer momento, el Rey abandona aquel cuidado personal de los negocios de Estado que había tenido su padre e inaugura el funesto sistema de los favoritos, o sea de los "políticos". Los "políticos" no pueden nunca tener por la nación el interés que los reyes. Los reyes están unidos a ella para toda la vida: en la suerte de la nación les va la suya y la de sus hijos. Los políticos se ligan a la nación de un modo pasajero si la cosa va mal, dimiten y se acabó. Los reyes son como

el dueño de la casa; los políticos como el huésped o el inquilino.

PARA CONSERVAR EL IMPERIO

Sin embargo, era todavía muy grande el poder de España y sus enemigos nada pudieron contra ella en este reinado. En Flandes, no sólo se mantuvo el dominio, sino que se logró que al morir el archiduque Alberto, al que como dijimos lo cedió Felipe II bajo el protectorado español, aquellas tierras volvieron plenamente al Rey de España. Contra los piratas ingleses, que seguían molestando nuestras costas desde el desastre de la Escuadra Invencible, nos manteníamos a la defensiva, sin que lograran ninguna gran ventaja. En América y Asia los piratas ingleses habían sido sustituídos en gran parte por los holandeses. Su organización, con los "bucaneros" y "pechelingues", se hace cada vez más constante y jerárquica.

Por lo demás, todas las antiguas tareas de la España grande, se continuaron, aunque ya reducidas de tamaño y escala. En Chile se sostuvo una guerra con los indios "araucanos"; en Italia se hicieron varias acciones guerreras para asegurar nuestros dominios: contra el turco se armaron algunas expediciones victoriosas.

NUEVA LIMPIEZA DE MORISCOS

Estas acciones de guerra, fueron completadas por una medida política, también del estilo antiguo. Los moriscos que tras la sublevación de la Alpujarra, se habían repartido por toda España, fueron echados del reino, después de muchas dudas, consejos y averiguaciones, de las que resultó que estaban en tratos secre-

tos con el turco y con el mismo Rey de Francia. No creyó el Rey posible mantener por más tiempo dentro de la nación estos constantes espías y aliados de todos nuestros enemigos.

SUBE AL TRONO FELIPE IV

Muerto Felipe III, entra a reinar su hijo, de igual nombre: Felipe IV.

Llega al trono con dieciséis años. Por el retrato del más grande de los pintores españoles, Velázquez, conocemos su figura. Era rubio, pálido, con los ojos celestes y cansados, como lo describió Manuel Machado en bellísimos versos. Revela en su porte todo, su dejadez y falta de voluntad. Era perezoso y aficionado a andar siempre de fiestas, cacerías, bailes y teatro. En su tiempo se aflojaban mucho las costumbres de la Corte: se pierde aquella idea seria de la vida como deber y servicio del ideal, que tenía Felipe II.

Pero esta libertad de costumbres, ese llenarse la Corte de intrigas y "politiqueo", eran principios de la revolución política que se nos contagiaba de los otros países. Claro que como nuestro pueblo se había librado, gracias a la energía de los reyes anteriores, de la revolución religiosa que es la que produce, como dijimos, la revolución política, ésta no calaba en España profundamente, no llegaba al pueblo como en los países protestantes. En esta época, en Inglaterra, la revolución estalló ya de un modo popular y el Rey, Carlos, fué asesinado. Esto no hubiera podido ocurrir aún en la España de Felipe IV.

EL CONDE-DUQUE

El principal signo revolucionario y de desorden político era, como dijimos, la costumbre de los "favori-

tos" o políticos omnipotentes. El nuevo Rey entregó totalmente el mando de la nación en manos del Conde-Duque de Olivares.

No era el "favorito", hombre falto de talento ni condiciones de gobierno. Tenía idea absoluta y voluntad firme de mantener a todo trance, el Imperio español. Pero quería mantenerlo de un modo práctico, con soluciones puramente políticas y a la moderna: sin aquel gran sentido religioso e idealista de Felipe II. No se daba cuenta de ue éste era el alma de aquel Imperio. Se había perdido, con la Escuadra Invencible, el dominio de España sobre el mar. A pesar de eso, España mantenía su imperio de América y Filipinas: y lo mantuvo todavía durante siglo y medio. Señal de que no lo sostenía únicamente el poder y la fuerza material. El día en que otras naciones que hoy tienen grandes colonias y grandes escuadras, perdieran el dominio del mar, ¿conservarían sus colonias durante siglo y medio?



HABILIDADES DE POLITICOS Y ENTEREZAS DE MUJERES

Prueba de esta política que quería ser habilidosa y práctica, con olvido de los grandes ideales, es el em-

peño que Olivares tuvo de buscar una alianza con Inglaterra, mediante el casamiento del príncipe inglés Don Carlos, con una infanta española. Este matrimonio hubiera horrorizado a Felipe II. El príncipe inglés era protestante. ¡Sucesor de su gran enemiga Isabel de Inglaterra! No cabía olvido mayor de la fórmula extremista del Rey: la fe aunque "se pierda el Estado". Aquí por ganar para el Estado una alianza, se olvidaba la fe.

Sino que la labor de Felipe II, y la de sus antecesores el Emperador y la Reina Católica, a fuerza de limpieza y vigilancia, había metido muy en el fondo del pueblo español, su horror a la herejía. La tolerancia no pasaba de la superficie política. El príncipe Carlos llegó a venir a España con un embajador para conocer a la novia. Hubo grandes fiestas: Olivares y los cortesanos le hicieron grandes reverencias. Pero los planes de la Corte se estrellaron contra el horror de la Infanta a unirse con el príncipe hereje. La herencia mental del rey Felipe II, estuvo en esta mujer. Como ha estado después tantas veces, en las mujeres españolas, mantenedoras extremistas del gran sentido español, frente a tolerancias y flojedades políticas.

OLIVARES Y CROMWELL

Si el instinto femenino de aquella infanta tenía razón, pronto se vió claro. La revolución religiosa dió en seguida en Inglaterra su resultado. La "herejía", sublevación de las ideas, acabó en revolución política, sublevación de las conductas. Al rey Carlos I, el pretendiente de la infanta española, le cortaron la cabeza. Y en Inglaterra se proclamó la República.

Todavía no escarmentado con esto Olivares, firme

en su deseo de aliarse con Inglaterra, pidió la amistad a Cromwell: el presidente de la República recién proclamada. ¡Las manos de un nieto de Felipe II se tendían implorando la amistad de un aventurero protestante manchado por la sangre de su Rey! Cromwell aceptó en principio la alianza. Pero sabía a dónde iba: la condición que puso es que la Inquisición no persiguiera en España a los protestantes ingleses. Esta condición, que era tanto como borrar de una plumada toda la política de Felipe II, no se atrevió Olivares a concedérsela. Hubiera sido impopular: porque el pueblo sentía hondamente la preocupación de la unidad religiosa. La alianza no se llevó a efecto. Felipe II, desde su tumba del Escorial, ganó la batalla.

EL AGUILA IMPERIAL PIERDE ALGUNAS PLUMAS

El afán por aliarse con Inglaterra, era la habilidad que discurrió Olivares para mejorar la posición de España en las guerras constantes que seguía manteniendo en Flandes y en Francia.

En Flandes hubo una primera fase en que la guerra fué favorable a las armas españolas, que, mandadas por el gran militar Ambrosio Spínola, tomaron la ciudad de Breda. La rendición de esta ciudad dió asunto al magnífico cuadro de Velázquez, conocido por "Las lanzas". Pero pronto se cambian las cosas: España fué vencida por los holandeses, por mar, en la batalla de las Dunas y poco después por los franceses, por tierra, en la batalla de Rocroy. Esta batalla fué fatal para España: porque en ella sufrió por primera vez una gran derrota la infantería española, que desde los tiempos del Gran Capitán, gozaba en el mundo fama de invencible.

La guerra con Holanda se terminó, al fin, con un tratado de paz, en el que España le reconocía su independencia y le cedía algunas tierras de Flandes. Más tarde, la guerra con Francia, se terminó con otro tratado, en el que España cedía a su vecino algunas tierras que poseía al Sur de ella, sobre Cataluña. La frontera quedó en los Pirineos: por donde va todavía ahora. En rigor, los resultados de estas guerras, a pesar de las derrotas sufridas por los españoles, no fueron muy decisivos para Francia. Se modificaban, sí, un poco, en su ventaja las antiguas fronteras. Pero, en realidad el cerco español a que estaba sometida desde Carlos V, continuaba intacto.

LA GUERRA DE ENTONCES

Hemos de darnos cuenta de que las guerras entonces, no tenían el carácter decisivo y de aniquilamiento del enemigo que tienen, desde que se hacen con grandes ejércitos obligatorios. Los ejércitos de los Reyes, eran cortos en número, y no aspiraban sino a ganar alguna ventaja sobre el enemigo, para en seguida confirmarlas en un tratado. La mayoría del país apenas se enteraba de esas guerras: y hacía su vida normal. Hacer la guerra era casi la ocupación permanente de unos cuantos hombres: soldados, generales, grandes señores; pero la guerra no significaba, como hoy día, una sacudida total de la nación que la padecía.

Por eso decía al principio de este capítulo, que a pesar de las guerras contínuas y de las frecuentes derrotas de estos reinados, las pérdidas de España en poder y territorio, eran muy pocas. El Imperio continuaba casi entero. No le quitaban tierras a España. Era España la que empezaba a deshacerse en sí misma por su desarreglo político.

REBELION DE CATALUÑA: MOTIVOS Y ERRORES

Uno de los más graves signos de este desarreglo, fué la revolución y rebeldía de Cataluña.

En Cataluña venía existiendo, desde hacía tiempo, un cierto malestar, porque consideraba que no se respetaban suficientemente sus "fueros": o sea las leyes antiguas que habían regido siempre en aquellas tierras. Este malestar y recelo se había aumentado porque era indudable que Olivares tenía propósitos de suprimir esos "fueros", para hacer que fueran una misma las leyes por toda España. Estos propósitos no dejaban de estar inspirados en una idea de unidad, de robustecimiento del poder, de buen estilo antiguo. Pero la "unidad" de Olivares era, como todo en su política, una mala imitación de la idea de unidad de una Isabel o un Felipe II. Estos buscaban la unidad en un entusiasmo común por los grandes ideales del Imperio y de la Fe. Olivares la buscaba en la unidad puramente externa y de papel, de unas leyes comunes.

Y la prueba de esto es el motivo por el que el malestar de Cataluña empezó a manifestarse y convertirse en verdadera sublevación. Con ocasión de la paz con Francia, pasaron por Cataluña los ejércitos que abandonaban la zona cedida a aquella nación. Los catalanes protestaron porque los soldados que, entonces, como gente contratada a sueldo, tenían poca disciplina, cometieron toda clase de abusos. Pero protestaron, sobre todo, porque entre los soldados venían "extranjeros —estas fueron las palabras de la protesta—herejes y contrarios a la Iglesia". Esto dió lugar a que la sublevación tomara un cierto tinte religioso: caso muy frecuente en los separatismos españoles. Los jefes inte-

resados en la sublevación se aprovechan intencionadamente de esa ingenua protesta religiosa, para torcerla y llevarla por mal camino. Pero no cabe duda que esto demuestra que, en el fondo, uno de los motivos de aquella sublevación estaba en el instinto confuso de protesta contra la Corte que iba olvidando los grandes ideales de la Fe, base de la unidad de España. Por boca de los aldeanos de Cataluña, hablaba un poco el mismo sentido español, tosco e intransigente, pero sano, que había hablado por boca de la infanta que rechazó el novio hereje. Siempre que en España falta un gran ideal en el poder gobernante, se producen las rebeldías separatistas.

Pero Olivares, el político práctico, no entendía estas cosas. Frente a la inquietud de Cataluña, dió órdenes de gran rigor. Había que aplastar, fuese como fuese, la sublevación, sin atender—son sus palabras en uno de sus decretos—"a menudencias provinciales". Su actitud frente a la agitación de Cataluña, fué, la de muchos gobernantes de después: el desdén, la burla, el desprecio para los catalanes todos, sin comprender que eso era también, desde el otro lado, un modo de "separatismo". Porque de una raya, de una frontera, tanto puede "separarse" uno tirando hacia un lado, como tirando hacia el otro.

LA GUERRA

Esto excita definitivamente los ánimos. En Barcelona el día de Corpus se produjo un gran tumulto y el representante del Rey, Conde de Santa Coloma, que se había hecho odioso por su gran rigor, fué asesinado. Pocos días después, a las puertas de Barcelona, llegaban más de tres mil hombres del campo o "payeses", llevando por bandera un gran crucifijo y dando el grito

de "¡Viva la Iglesia! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los malos Gobiernos!". Estos tres gritos revelan claramente el verdadero espíritu de la revolución. No se sublevaban contra el Rey, no querían separarse de España: protestaban del "mal gobierno". Protestaban de Olivares, en el que confusamente veían un apartamiento de los grandes ideales que habían hecho y mantenido la unidad de España.

Claro está, que en el curso de la guerra que se produjo, esta idea primitiva y sencilla de los aldeanos, fué desviada de su camino. Y se llegó a la enorme infamia de buscar el apoyo del rey de Francia, Luis XIII, contra el mal gobierno. Acaban con la traición.

Las tropas de Felipe IV, penetran en Cataluña por las mismas líneas del Segre y del Ebro que utilizaron en el Movimiento Nacional las tropas de Franco. Se dieron reñidas batallas, en las que peleaban al lado de las tropas del Rey no pocos catalanes, pues sólo una parte de ellos se había unido a los rebeldes. La victoria fué casi siempre para las armas de Felipe IV. Y esto unido a la muerte del rey Luis XIII de Francia, cuyos soldados habían prestado tanto auxilio a los rebeldes, hizo que la sublevación terminara y se firmara la paz. En ella, Cataluña volvió a la plena obediencia del Rey y éste prometió respetar sus "fueros" y leyes viejas.

MALESTAR EN PORTUGAL

No acabó tan bien para Felipe IV la otra gran sublevación que se produjo en su reino.

Portugal no había dado señales de rebeldía desde que Felipe II lo unió a España. Se había hecho la unión, en el momento de mayor esplendor de la corona de Es-

paña. Era un orgullo, entonces, formar parte del Imperio español y contribuir a sus mayores empresas comunes. Además, Felipe II había hecho para con Portugal, gala de su tacto y su prudencia. No había nombrado un sólo funcionario español para aquella tierra; había respetado sus modos y costumbres; había dejado que Lisboa continuase siendo el centro del comercio único con las colonias portuguesas. El sabio Rey esperaba que la unión de los dos pueblos se hiciese, poco a poco, sobre la única base posible: el amor, la mutua confianza y sobre todo la cooperación en los grandes ideales.

Pero eran estos ideales—centro y núcleo de la unidad de España—los que empezaban a debilitarse en la Corte de sus sucesores. Se repitió el caso de Cataluña. Los primeros síntomas de malestar empezaron a notarse cuando en tiempo de Felipe III se quitaron las leyes rigurosas contra los judíos portugueses. Hubo murmuraciones y protestas: las más vehementes por parte de las órdenes religiosas, sobre todo los jesuitas. Ya estaba ahí el motivo religioso que se cruza y mezcla en todos los "separatismos" de España.

Olivares, frente a la inquietud de Portugal, volvió a ser el político, el habilidoso. Propuso al Rey como remedio, que se llevasen a aquellas tierras, funcionarios españoles y que en cambio se sacasen portugueses, para darles cargos en España. Esto produjo gran indignación: que aumentó al volverse a dar disposiciones benignas para los judíos y al aumentarse las contribuciones.

SUBLEVACION Y GUERRA

Pronto se produjo en Evora, un tumulto de cierta importancia. Y pronto se vió que la revolución de Por-

tugal era, desde el principio, de franca independencia, como era natural, en una tierra que durante varios siglos había sido reino aparte. Allí no se gritaba como en Cataluña: "¡Viva el Rey!". Allí se hablaba de proclamar un rey portugués. Olivares, siempre político, trató de apartar de Portugal, al duque de Braganza, descendiente de los antiguos reyes portugueses, que sería seguramente el candidato al trono. Le ofreció un cargo importante en Italia. Pero el Duque lo rechazó, empujado, sobre todo, por su mujer, que era precisamente española, hermana del duque de Medina Sidonia.

Cuando, poco después, estalló la rebelión francamente y Braganza fué proclamado rey con el nombre de Juan IV de Portugal, Olivares tuvo la mala idea de mandar contra él, al mando del ejército, precisamente, al duque de Medina Sidonia. Pero el duque no se dió gran prisa en acudir. Le halagaba, en el fondo, que su hermana resultase reina de Portugal. No es extraño: pues él mismo meditaba ya, como luego lo intentó, el sublevar Andalucía y proclamarse rey de aquella región. Aquí se ve claro, cómo la separación de Portugal, cómo toda la decadencia de España en este reinado, no es más que "revolución política"; desarreglo y debilidad interior. Es que España vuelve a estar mal gobernada y vuelve a rebrotar en ella la eterna tendencia africana de la desunión. Se olvidan los grandes ideales, alma del Imperio. Y al aflojarse el Imperio, surge la tribu. Los grandes señores vuelven a sentirse "caciques" como en tiempos de Enrique IV.

La guerra se prolongó mucho tiempo, ayudando a Portugal, Francia e Inglaterra. Al fin, en la batalla de Villaviciosa, las tropas españolas fueron por completo derrotadas. Poco después, moría Felipe IV y su sucesor se veía obligado a aceptar la mediación de Inglaterra,

y firmar la paz, reconociendo la independencia de Portugal.

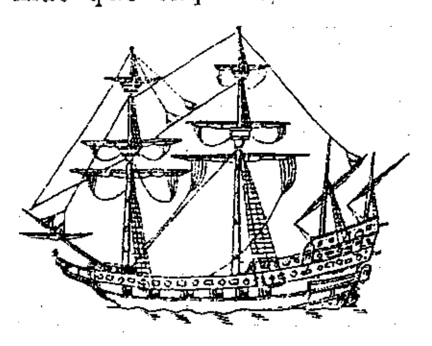
NO DERROTA: DESCOMPOSICION POLITICA

Esta es la disminución más grande que sufrió el Imperio en este reinado. Con Portugal, España perdía todas las tierras ue éste tenía en América y Asia. Volvía a quedar el Imperio, poco más o menos, como en tiempos de Carlos V. Porque España, lo repetimos, apenas perdía terreno en su lucha con todas las naciones. Lo perdía dentro de sí misma. Se le iba [illegible]g[illegible] [illegible]ab[illegible]-blevado Cataluña. El duque de Medinasidonia se quiso hacer rey de Andalucía; el duque de Híjar se quiso hacer rey de Aragón. En Sicilia, hubo también sublevaciones mandadas por un pescador y apoyadas por Francia. Hubo malestar en Vizcaya, con todo el estilo invariable de los movimientos "separatistas": sermones predicando la rebeldía; gritos de obediencia al rey y protestas contra el mal gobierno... Y al fin, amenaza de pedir auxilio a Francia, Inglaterra u Holanda.



Y lo mismo en América. La piratería contra los dominios españoles se había unido y organizado. Tenía un plan de conjunto y formaban casi un pueblo dedicado exclusivamente a picotear las costas de

nuestro Imperio, con el nombre de "filibusteros". Pero apenas consiguieron ninguna conquista estable: nada más que saqueos, incendios, atracos de barcos. Salvo las Molucas que hubo que abandonar, los dominios españoles se conservaban también, enteros. En cambio, dentro de ellos, empezaron a notarse las mismas inquietudes que en España. En Méji··, hubo una formidable sublevación, contra el Virrey, que se venció con la muerte del jefe. Pero no eran los indios los que se levantaban, eran los españoles mismos. Era allí también, el "separatismo", la revolución política.



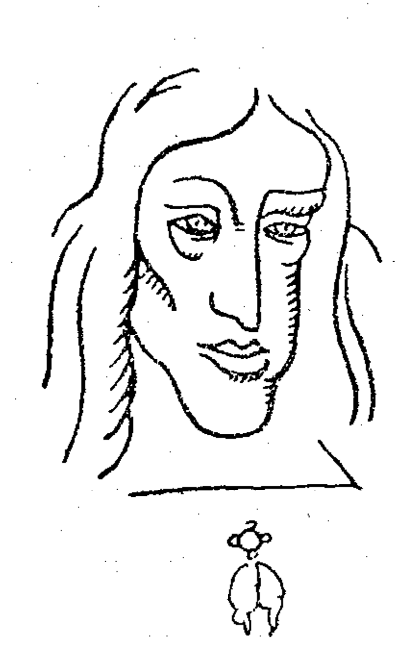
CARLOS II, MENOR DE EDAD

Murió Felipe IV entristecido de tantos desastres. En sus últimos años, separó del gobierno a Olivares odiado del pueblo, sobre todo desde las derrotas de Portugal. Le sustituyó por Don Luis de Haro, que gobernó poco tiempo, pero con buen sentido y prudencia.

Al morir Felipe IV, su heredero Carlos II, tenía cuatro años, ¡Un "menor de edad"! La ocasión no podía ser mejor para que floreciera todavía con más fuerza la mala yerba que venía comiéndose a España: la intriga, la política, los favoritos.

Durante la "menor edad" del Rey, la Historia toma aire y tamaño, de casa de vecinos. Todos son peleillas domésticas. La Reina, viuda, regente en nombre de su hijo, entrega el mando a un jesuíta alemán, el padre

Nithard. El pueblo está descontento y hace su ídolo de un infante que lleva el mismo nombre que el vencedor de Lepanto: Don Juan de Austria. Hay agitaciones, bandos y tumultos. La Reina crea ara re rimirlos una policía a sus órdenes, una especie de "guardias de asalto", que por llevar un gran sombrero igual al de las tropas francesas del general Shomberg, se llamaron "chambergos". Ya empiezan los otros signos de la revolución política, de la disolución interior: la i m i t a c i ó n extranjera, la pérdida de ese "orgullo de ser es añol" que hacía i-sar tan fuerte a los soldados del Gra Capitán o de Felipe II.



CARLOS II Y EL "REY SOL"

Cuando Carlos II es declarado mayor de edad y coronado rey, es un joven flaco y enfermizo, cuya muerte esperan todos de un momeno a otro. Frenie a este rey enclenque, se alza en la vecina y rival Francia, el Rey Sol: Luis XIV. Es un hombre de clarísimo talento y enorme ambición. Sueña con terminar de una vez con el eterno problema del cerco español: la pesadilla de Francia durante dos siglos. Se siente halagado y sostenido por una Corte que le adora, y por una nación próspera y culta: con una cultura debida en no poca

parte a la influencia española, a la que imitan sus grandes poetas como Corneille y Moliere.

Luis XIV intentó primero, sobre España, el camino de las armas. Dos veces pelea con nosotros. La primera guerra termina sin grandes ventajas positivas para el francés. La segunda concluye, victoriosa Francia, con la paz de Nimega, en la que España le cede varias tierras cercanas a sus fronteras.

Pero Luis XIV hace el balance del resultado de esos esfuerzos y no queda satisfecho. Es, una vez más, el resultado de sus antecesores. Las fronteras españolas, sí, se alejan unos kilómetros: pero el cerco continúa. Francia que se siente crecer y prosperar por días, tropieza por todas partes con España. No es hombre Luis XIV para contentarse con tan poca cosa.

Además, alarmadas las otras naciones de la prosperidad de Luis XIV, han decidido ayudar a España. Holanda, Suecia, Alemania, han formado con ella liga contra Francia. Ya empieza la nueva guerra. Las tropas de Luis XIV invaden Cataluña. Y ahora los catalanes, se defienden heroicamente contra los invasores. Pero los franceses obtienen varias victorias y España se ve obligada a pedir la paz, Luis XIV la concede: y se firma la paz de Ryswick. Pero — ¡oh asombro!— cuando se creía que Francia victoriosa impondría unas condiciones muy duras, Luis XIV firma una paz generosa, en la que devuelve a España casi todo lo conquistado en Cataluña y aún parte de sus anteriores conquistas en las otras fronteras.

LUIS XIV CAMBIA DE PLAN

¿Qué ha ocurrido? Ha ocurrido que el "Rey Sol" ha visto claro el problema de España. España debili-

tada y pobre, defiende palmo a palmo su Imperio. El camino de sus antecesores es lento y difícil. Dos siglos de guerra apenas han logrado sino pequeñas variaciones de fronteras sin romper el aro de hierro... Y Luis XIV piensa que el punto débil de España no está en sus fronteras: está en su corazón mismo: en el centro de la nación, en la Corte, comida por momentos de revolución política. Allí, no en las fronteras, es donde hay que operar. La esplendidez de Luis XIV en la paz de Ryswisk es el primer paso por el nuevo camino: camino de soborno, de halago político.

El rey Carlos II está cada día más flaco y enfermo. A la vista está que va a morir sin dejar hijos. Luis XIV ha pensado primero en repartirse los dominios de España, a la muerte del Rey, entre él y el Emperador de Austria. Luego, viendo que la vida del Rey se prolonga más de lo esperado, Luis XIV mejora su plan. Había que casar al Rey con una princesa francesa. Después de muchas intrigas, logró su propósito. Pero años después la Reina murió, y nuevas intrigas de otros bandos palaciegos, consiguieron que el Rey viudo, se volviese a casar ahora con una princesa austriaca.

Pero como Carlos II no tuvo hijos de ninguno de los dos matrimonios, ni Luis XIV ni el emperador de Austria, consiguieron sus propósitos con estas bodas. Las intrigas se trasladaron a otro terreno. La política lo maneja todo. Había manejado los amores del Rey: ahora manejaba su muerte. Ahora se trataba de que nombrase heredero al morir. El pretendiente francés era Felipe de Borbón, nieto de Luis XIV. El austriaco era el archiduque Carlos, hijo del Emperador.

Los últimos años del desgraciado Rey, son un tejido de habilidades y luchas en Palacio, Los partidarios de uno y otro pretendientes no perdonan medios para

vencer el ánimo del Rey: se calumnia, se conspira, se miente. Mientras tanto, el pueblo asiste al espectáculo, cantando por los rincones, coplas de burla. Para colmo de dolor del Rey, cada día más enfermo, se dice que está "hechizado": que tiene los demonios en el cuerpo. En vez de médico, traen a su cabecera unos frailes exaltados que, de buena fe, lo rocían de agua bendita. Todo ha caído en caricatura: la devoción seria de Isabel o Felipe II se ha vuelto superstición; las guerras en defensa del Imperio se han convertido en intrigas de Corte, donde el Imperio se rifa.

MUERE CARLOS II

Poco antes de morir, Carlos II se decide al fin. Nombra heredero al nieto de Luis XIV: a Felipe de Borbón. Era la solución más popular, pues España, harta de guerra, esperaba la paz de la alianza con su vecina, cada vez más fuerte.

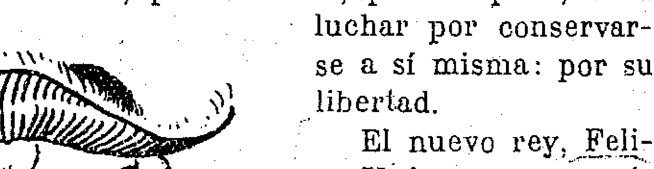
Carlos II muere el año 1700. Empieza un nuevo siglo. Empieza sustituyendo a los Austrias el mando de una familia: los Borbones. Francia ha roto, al fin, el cerco español: pero no venciéndolo con las armas, sino entrándose dentro de él con la habilidad. Al despedir a su nieto Felipe, que venía a ser Rey de España con el nombre de Felipe V, Luis XIV le dijo: "Ya no hay Pirineos"... Los políticos se meten por donde no caben los ejércitos.

XXVI

Felipe V y Fernando VI

SUBE AL TRONO FELIPE V

HASTA los Reyes Católicos, España ha luchado para lograr su unidad. Luego, durante los dos siglos de la Casa de Austria, ha luchado por mantener su grandeza. Ahora, perdida ésta, poco a poco, va a luchar por conservarse a sí misma: por su libertad.





El nuevo rey, Felipe V, inaugura su reinado repartiendo los cargos de su Corte entre caballeros franceses que le acompañan. Se reproduce el caso de Carlos V, cuando llegó a España repartiendo sus favores a los flamencos que venían con él. Pero ahora el caso es más grave. Carlos V llegaba a una España fuerte y grande, que bien pronto había de convertirse en centro de su Imperio y había de sorber hacia ella todas las demás tierras y dominios. Es España—la más fuerte—la que acaba imponiendo su mo-

do y estilo. Los reyes de la Casa de Austria—el mismo Carlos, Felipe II—acabaron por ser totalmente españoles. Ahora el caso es otro. Felipe V viene de la Corte florida del "Rey Sol", a una España decaída y debilitada. Ahora es Francia—la más fuerte—la que tira hacia ella e impone modos y estilos. España va a sufrir, por lo menos en las llamadas "clases altas", un siglo largo de vehemente influencia francesa.

LA GUERRA DE SUCESION

Pero esto alarma a las demás naciones. Aunque al nombrarse heredero de España, su nieto Felipe, Luis XIV, ha prometido que nunca se reunirían las dos coronas—Francia y España—en una misma frente, sus actos empiezan a demostrar lo contrario. Se ve que no rechaza la idea de una posible unión en su nieto Felipe de los dos grandes reinos. Las otras naciones empiezan a temer que la supresión de los Pirineos, anunciada por el Rey Sol, sea algo más que una frase literaria.

En vista de eso, en torno al otro pretendiente, el archiduque Carlos de Austria, se agrupan Inglaterra, Alemania, Holanda y otras naciones para combatir a Felipe V. La intervención de Inglaterra, la dueña del mar, arrastra al partido del Archiduque a las tierras españolas de la costa: Cataluña, Valencia y Portugal. Y así dividida Europa y la misma España, empieza una de las guerras más largas y crueles que esta ha conocido: la llamada "Guerra de Sucesión".

Inglaterra ataca las costas con sus aliados austriacos. El landgrave Jorge de Hesse-Darmstad se apodera de Gibraltar. Pero el almirante inglés Bing, que le acompaña en la operación, no consiente que enarbole

el pendón del Archiduque y se apodera de la plaza que desde entonces, prolongando un estado "de hecho" no volverá más a la soberanía española. Envía también Inglaterra contra Francia que la invade por el Norte. Luis XIV que se ve molestado en sus tierras y advierte reunidas contra él tantas naciones, vacila, duda. Al ver que la guerra se prolonga, llega a pensar en abandonar a España. En el ambiente político y habilidoso de su Corte, esto no suena mal. Pero Felipe V está en España y "ha tomado la tierra", como suele decirse. Desde España contesta a su abuelo: "No dejaré España, sino con la vida: no bajaré del trono mientras me quede una gota de sangre".

AÑOS DE CRUZADA

Y es que a Felipe V se le ha revelado una España que desconocía. Las tropas del bando contrario—holandeses, alemanes, ingleses—han saqueado iglesias; han violado monjas en el Puerto de Santa María. Ya está la guerra planteada en el terreno "español". Los invasores son herejes, "impíos": los eternos enemigos de España. Rebrota la semilla de Felipe II. Vuelve a sonar el grito de Cruzada. Los frailes se alistan al lado de Felipe V, que es ya el "Rey Católico". A los obispos les hierve otra vez la sangre de Cisneros, y dan armas y dineros para la guerra. Y los aldeanos castellanos y andaluces pelean heroicamente al son de aquella coplilla con que, maltratando su nombre extranjero se burlan del general inglés que ha invadido Francia y ha aterrorizado a Luis XIV: "*Mambrú* se fué a la guerra—no sé cuando vendrá"...

El mismo Felipe V es arrebatado por aquel inespe-

rado estilo que toma la guerra. Al ver dudoso a su abuelo, da un manifiesto entregándose a la lealtad de sus españoles: "unido de corazón con mis pueblos, invocando fervorosa y continuamente a Dios y a la Santísima Virgen María, abogada y patrona especial de estos reinos, para abatir el "orgullo impío" de los luteranos"... Así se gana la batalla de Almansa. Así se gana luego, la de Villaviciosa. Y como poco después el archiduque es llamado a Alemania para ocupar aquel Imperio, la guerra se termina con la paz de Utrech.



Felipe V, que ha ganado en la guerra el mote de el "Animoso", conserva el trono de España. Bien es verdad que, a cambio de grandes cesiones en sus dominios, para contentar a los aliados del Archiduque, España pierde en aquella paz sus tierras de Flandes y de Italia. Su mismo cuerpo recibirá alguna herida: Inglaterra se queda con Gibraltar y Menorca. El protestantismo tiene ya su pie dentro de España. Ahora, sí, se ha roto definitivamente el Imperio de Carlos V. Sólo se ha salvado una cosa: aquel impulso—herencia de tantos siglos de lucha por la fe—que permanece vivo en el pueblo y acaba de ganar la guerra.

Y que ese impulso vago y místico que movió al pueblo en la Cruzada tenía su razón, se demostró bien

claramente en la conducta de los ingleses mientras poseyeron la isla de Menorca. Primero con disimulo, luego abiertamente, atacaron la libertad de los católicos,



llegando a negar su jurisdicción al obispo de Menorca mandando cerrar el Seminario e intentando que los niños todos fueran a las escuelas protestantes. Por debajo de todas estas guerras y disturbios, latía siempre el gran problema de Europa: la gran pelea de las ideas salvadoras y des-..uc.oras. Esto ... lo veían los gobernantes ya. Pero el pueblo lo medio adivinaba todavía.

POLITICA AFRANCESADA

Así Felipe V, que debe el trono a ese impulso popular que le ha sostenido cuando su mismo abuelo vacilaba, no sabe comprenderlo en toda su profundidad. Está totalmente rodeado de influencias francesas. Una hábil cortesana de aquel país, la princesa de los Ursinos, puesta por Luis XIV a su lado con esa intención, ejerce un poder decisivo sobre el Rey y la Reina. Felipe suspira por París y Versalles. Y en Aranjuez y la Granja manda hacer jardines, fuentes y palacios que le recuerden su tierra querida.

El, por su parte, en su política, la recuerda demasiado. Como Cataluña ha peleado al lado de su rival durante la guerra y ha sido la última en ceder, le impone un terrible castigo: la quita todos sus fueros, aplicando así la idea francesa de la política "centralista",

que no respeta las tradiciones de las regiones. Al malestar que esto produjo, se unió el de la publicación de la llamada "Ley sálica": ley francesa que aparta a las hembras de la sucesión al trono; ley inoportuna en un pueblo, como España, donde vivía aún el recuerdo de Isabel la Católica.

Todavía mayor escándalo produjeron los proyectos de uno de sus ministros, que siguiendo consejos de Luis XIV, quería aumentar los recursos del reino haciendo vender a las Iglesias sus tesoros de oro y plata labrada. El clamor de protesta fué enorme ante aquel ensayo de despojo concebido en cabezas frías y calculistas, totalmente alejadas del sentir popular de España. Otra vez hubo protestas de frailes y rasgos de viejo estilo: como el del Arzobispo de Sevilla, que mandó convertir en moneda su vajilla particular y se la regaló al Rey para que viese que de lo suyo se lo daba todo, pero que no le daría un gramo del tesoro sagrado.

PROGRESO MATERIAL

Sobre estos desaciertos que revelan que Felipe V no había logrado calar bien el espíritu español y el sentido único de nuestra historia, el Rey hizo a España indudables beneficios en el terreno práctico y material. No cabe duda que España, ocupada en su gran siglo, en la defensa de los grandes ideales de la Fe y del Espíritu, había descuidado, necesariamente, un poco, lo material y útil. En este sentido el impulso dado por Felipe V a las industrias y a la agricultura, las reformas de su ministro Patiño que sentó las bases de una Marina española, la creación de las Reales Academias, la protección de los primeros periódicos son medidas dignas de aplauso. Lo triste fué que el olvido y descono-

cimiento del espíritu español, y de su posición idealista en la Historia, había de ir en aumento y había de llegar a convertir algunas de estas mejoras materiales en armas de destrucción al servicio de ideas extranjeras y revolucionarias.

En América Felipe inaugura la política que será constante, en la Casa de Borbón, de afinar la técnica administrativa a cambio de poner menos alma en la tarea. Los virreyes que, hasta entonces, habían solido reclutarse entre la alta nobleza, empiezan a ser ahora hombres de la nobleza media, profesionales, letrados, marinos y militares. Se crean más tarde nuevos virreinatos en Nueva Granada y Buenos Aires. y se instituyen las "intendencias", dando al régimen americano una organización más racionalista y afrancesada. Sin embargo, nada de esto logra asfixiar el vigor de los cabildos o municipios, la castiza y democrática institución, que hará decir, en el otro siglo, todavía, al argentino Alberdi: "Antes de la proclamación de la república, la soberanía del pueblo existía en Sudamérica, como hecho y como principio, en el sistema municipal que nos había dado España".

FIN DEL REINADO DE FELIPE V

El rey Felipe V tiene en su largo reinado un último período en que la influencia francesa fué compensada con una fuerte influencia italiana, ejercida por su segunda mujer, Isabel de Farnesio, que era de esta nación, y por su ministro Alberoni. En este período, Felipe volvió a guerrear contra sus antiguos enemigos y recobró gran parte de los dominios de Italia, para los hijos de su segunda mujer.

En América Inglaterra, envalentonada por la cre-

ciente debilidad española, convertía la antigua piratería en agresiones más constantes y concertadas. Su proyecto más perfilado fué aquel en que el marino Ausan debía atacar por el Oceano Pacífico y Vernon por el mar de las Antillas, hasta juntarse y extrangular los dominios españoles. Pero Vernon que llegó a apoderarse de Portabello, fracasó ante Cartagena de Indias donde fué derrotado por Blas de Lezo, dejando sin curso las medallas conmemorativas que, seguro de su triunfo, había acuñado ya Londres, con la leyenda: "la soberbia española humillada por el almirante Vernon".

A mediados de su reinado, Felipe V, vencido por su melancolía y aburrimiento de francés, que no acababa de acomodarse a su nueva tierra, quiso dejar la corona. La dejó, en efecto, a su hijo Luis, que reinó, con el nombre de Luis I, unos meses. Pero al cabo de ellos murió, y Felipe V volvió a ser Rey durante bastantes años.

FERNANDO VI

Fernando VI. sucesor de Felipe V, fué, sobre todo, el Rey de la Paz. Terminó, a poco de subir al trono, todas las guerras y cuestiones pendientes con la paz de Aquisgrán y evitó cuidadosamente, durante su reinado, la intervención de España en nuevas guerras. Toda su preocupación fué el mejoramiento de los intereses materiales. Dió disposiciones favorables a la agricultura y a la industria. Tuvo un gran ministro, el Marqués de la Ensenada, que varió en muchos casos la organización del reino y se ocupó con agudo interés de impulsar la Marina. En su tiempo mejoró mucho el aspecto de Madrid. En él se introdujeron novedades que fueron entonces consideradas como grandes adelan-

tos. Entre ellas la primera empresa de coches de alquiler que del nombre de su propietario Simón González, han conservado el nombre de "simones". Después de haber andado por todo el mundo, no estaba de más que los españoles tuvieran coche para pasearse. ¡Todo es necesario en la vida!

XXVII

Carlos III y Carlos IV

CARLOS III

ESTOS reyes Borbones, como vamos viendo, vivían con la preocupación constante de hacer adelantar materialmente el país. Consideraban, en el fondo, a España, comparándola con la Corte de París, como un país atrasado, donde casi todo estaba por hacer. Estos dos reyes, cuyo reinado hemos contado, fueron hombres buenos, sencillos, de costumbres serias. Los dos muy "metidos en su casa", como se suele decir, y apasionados de la música.

El que entra ahora a reinar, Carlos III, que reinaba ya en Nápoles y que venía a suceder a su hermano Fernando VI, por no haber tenido éste hijos, era, como hombre, no muy diferente de los anteriores. Era el tipo de lo que se ha llamado el "perfecto burgués". Tranquilo, aficionadísimo a la caza; puntual y metódico en sus costumbres y más que religioso, verdadero "beato". Sin embargo, este Rey, como ahora vamos a ver, fué un auxiliar inconsciente de la revolución política, a la que dió toda clase de facilidades y alas. Importa mucho señalar esto para que se vea cómo las revoluciones suelen, antes de dar la cara, colarse al amparo de burgueses incautos, sencillos y hasta devo-

tos, que porque se creen que "los tiempos lo exigen así", que es "mejor ceder un poco para no perderlo todo" y otras cosas por el estilo, acaban transigiendo con las más destructoras novedades.

EL PACTO DE FAMILIA

El nuevo Rey era un admirador embobado de todo lo francés. En esta admiración le acompañaban sus ministros: pues casi todas las clases altas de España empezaron a entregarse a la adoración ciega de todo cuanto venía de París. Empezaba a vestirse a la francesa, con casaca, peluca y medias de seda. Las costumbres todas y el modo de vivir se ajustaban cada vez más a la moda de Francia. Y el lenguaje castellano se llenaba, por día, de palabras francesas más o menos traídas por los pelos, con olvido de muchas de nuestras bellas palabras castizas. Puede calcularse que los escritores de fin de este siglo utilizaban en sus libros una quinta parte de las palabras que habían usado los buenos del siglo XVI.

Esta afición a todo lo francés, fué trasladada por el Rey al terreno mismo de la política. A poco de reinar, firmó con Francia el llamado "pacto de familia", por el que nos comprometíamos a considerar como enemigos propios a todos los que lo fueran de aquella nación. Esto volvió a mezclarnos otra vez en una serie de acciones de guerra contra los ingleses: primero para defender las costas de América; luego para ayudar, contra ellos, la independencia de los Estados Unidos. En esta segunda guerra recobramos la Isla de Menorca, que conservaban aún los ingleses, y adquirimos Fernando Póo, Guinea y otras posesiones que aún tenemos en

Africa y que eran de Portugal: aliado y amigo de Inglaterra.

En general, esa guerra contra Inglaterra, fué conducida, a la rastra de Francia, sin la más leve conciencia de los intereses españoles. Por una parte la guerra se hacía para facilitar la independencia de Estados Unidos: o sea para la creación de una nueva potencia americana en el Norte, que inevitablemente había de ser una amenaza y, desequilibrio, el día de mañana, para las tierras hispanias del Sur. Pero, además, como botín de guerra, España se había de reconquistar de la Florida, antes inglesa, dominando así el Mississipí y quedando colocada en una posición molesta para la expansión de los Estados Unidos por el Sur. Es decir, que después de haber ayudado a su creación, se colocaba en donde necesariamente había de provocar su futura enemistad.



NOVEDADES

Como estas guerras no eran contínuas y se mantenían en tierras alejadas de España, Carlos III pudo dedicarse o mejor, dejar que se dedicaran sus ministros a las reformas interiores y materiales. Se le ha llamado "el rey albañil", por la cantidad de grandes edificios, fuentes, arcos, puentes, que durante su reinado se hi-

cieron en España. Se dió mejor organización al Ejército y se impulsó la Marina. Se estableció la Lotería Nacional: que es dudoso pueda ser considerada como un beneficio para el país. Se impulsaron también las "Sociedades Económicas", centros donde se propagaba el estudio de las ciencias, acaso con un exceso de candidez al creer que ellas, "por sí solas", bastarían para hacer a los hombres mejores y felices.

El Rey creía notar en el pueblo español una cierta desconfianza ante todas aquellas mejoras y ante toda aquella nueva ilustración y cultura venida en su mayor parte de París, y que los cortesanos, enamorados de Francia, llamaban "las luces": en el fondo por estar convencidos de que en España todo había sido oscuridad e ignorancia hasta entonces. El rey Carlos III se burlaba de buena fe de esta especie de resistencia pasiva que advertía en el pueblo frente a sus mejoras, y solía decir que sus súbditos españoles eran como los niños, "que lloran cuando se les lava y se les peina".

Efectivamente el pueblo lloraba un poco ante aquellos lavados y peinados. ¿Era por recelo a toda mejora? Sin embargo, el pueblo había aplaudido con alborozo las de los Reyes Católicos, que fueron mucho más profundas. ¿Era por odio a la cultura? Sin embargo, el pueblo había amado las antiguas Universidades y había tenido como propias sus solemnidades y fiestas.

MOTIN DE ESQUILACHE

Ahora, sin embargo, el pueblo se había rebelado tumultuosamente contra el ministro Esquilache, que había mandado prohibir el uso de la capa larga y el chambergo, que eran entonces el modo ordinario de vestir de la gente. El pueblo no tenía en esto mucha

razón. El "chambergo" no era español de origen y la capa larga, además de ser peligrosa, por lo que tiene de embozo y disimulo, no era tampoco muy nuestra. Lo español era la capa corta hasta la cintura. Esquilache tenía probablemente razón en querer variar aquel traje. Pero el pueblo tenía una razón confusa, instintiva, que le hacía estar receloso de las novedades que le traían, sin saber ya distinguir las buenas de las malas.

UNA CANDIDEZ Y UN INSTINTO

Es lo que nos cuenta horrorizado el padre Feijóo —un fraile benedictino muy "moderno", muy enemigo del atraso del vulgo—de un pueblo de Castilla, donde los aldeanos se sublevaron porque les iban a construir una traída de aguas unos ingenieros ingleses. Los aldeanos decían que no querían aquel agua traída por mano de herejes. Esto es una atrocidad, naturalmente. Pero era un resto confuso y desfigurado de aquella vieja fórmula de Felipe II, que ponía la fe sobre todas las cosas materiales, incluso el Estado. Era un recelo de que al amparo de aquel afán de mejoras externas, con olvido de las cosas más altas, podía meterse en España algo malo y destructor que ellos no sabían definir pero que adivinaban. Porque también era una atrocidad el que un ministro pusiera tal fe en sus proyectos de mejoras materiales, que ordenase que su discurso sobre la "Industria popular" se leyera, como un libro sagrado, en los púlpitos de las Iglesias. Mal está hacer de la religión un obstáculo para las traídas de aguas. Pero mal está también hacer de las traídas de aguas una religión.

Perdida ya aquella antigua compenetración entre gobernantes y gobernados, así estaba dividida España:

entre una candidez arriba y un instinto abajo. Aquella candidez de arriba nos había de traer grandes males... Y aquel instinto de abajo nos había de salvar.

Porque lo que fué primero candidez, fué pronto mala intención. Caído, por ese tumulto de las capas y los sombreros, el ministro Esquilache, llamó el Rey a gobernar al Conde de Aranda. Este llegaba ya a la superstición en su fervor por todo lo francés. Era amigo de casi todos los escritores franceses y verdadero adorador, sobre todo, de Voltaire, el más impío y descreído de todos.

La revolución política que, como dije, venía cuajando en el mundo, en Francia había tomado formas amables y apariencias de simple cultura y espíritu moderno. En realidad, como hija que era de la revolución religiosa, del protestantismo, la revolución política había nacido en Inglaterra. Pero los ingleses habían hecho las cosas como ellos las hacen: sin literatura, en el terreno práctico y real. Le habían cortado, como vimos, la cabeza al Rey y habían proclamado la República. Luego habían arreglado todo, volviendo a aceptar la Monarquía por fuera y en apariencia, aunque manteniendo en el fondo una organización republicana. Habían salvado la "decencia" y las buenas formas. La revolución inglesa es casi la única revolución de la Historia que, a tiempo, se rectificó a sí misma.

En Francia, en cambio, país católico y latino, la revolución tenía que meterse más poco a poco. Donde había triunfado el protestantismo, todo estaba hecho: se le podía cortar la cabeza al Rey al día siguiente. La gente tenía ya para eso suficientes ideas de rebeldía y libertad. Pero en Francia había que escribir muchos

libros y cambiar suavemente las ideas, antes de decidirse a cortarle la cabeza al Rey. Todo llegaría.

MASONERIA

Por eso, en Francia, florecía, como principal instrumento de la revolución, una asociación secreta, callada, encargada de irla metiendo, con disimulo, en todas partes: la "masonería". Por ella, como el topo bajo tierra, venía avanzando la revolución. En España, sólo algunos hombres más agudos, se daban cuenta del peligro, como el padre Rábago, confesor de Fernando VI, que con palabras casi de profeta, le decía al Rey: "Este negocio de los masones no es cosa de burla. El día que éste estalle, abrasará a Europa y trastornará la religión y el Estado". Esto que olfateaba el padre Rábago, era lo mismo que olfateaba confusamente el pueblo español. Sabía que algo malo y destructor se estaba metiendo en España: sino que no sabía bien lo que era y acababa recelando de los trajes que quería suprimir Esquilache, o del agua que traían los ingenieros herejes. Hacían como [illegible] perro fiel del cortijo, que ladra a las sombras que se mueven. Advertía un peligro sin saber cuál fuera.



LA EXPULSION DE LOS JESUITAS

Y era que la revolución se entraba en España, de puntillas, sin ruído, tomando formas de ilustración, culura y mejoras modernas. El Rey, burgués y beato, la ayudaba casi sin darse cuenta. Pero el Conde de Aranda era masón y sabía dónde iba. Tenía sus compromisos ocultos con sus amigos de Francia, y por eso

su primer golpe fué dirigido al corazón de la vieja España.

Aprovechando el alboroto que había hecho caer a Esquilache y le había dado a él el Poder, Aranda hizo correr la voz de que los jesuítas habían tenido la culpa. Se hizo sobre esto un largo proceso, violentando las cosas y haciendo declarar testigos falsos. Con esas y otras "pruebas" se llevó al ánimo del Rey burgués y beato, la idea de que los jesuítas eran enemigos de la paz del reino y se le convenció para que firmara un decreto prohibiendo en su reino la Compañía de Jesús. La revolución se quitaba decididamente la careta. Estaban ya frente a frente las dos Españas: la que rechazaba, sin saber bien lo que hacía, el agua de los herejes... y la que rechazaba, sabiendo muy bien lo que hacía, a los hijos de San Ignacio de Loyola.

Pero aquella orden sólo en secreto y por sorpresa podía cumplirse. De sobra lo sabía Aranda, que conocía todo lo que su decisión tenía de contraria al espíritu popular.

Se obró con una rapidez y un secreto verdaderamente masónicos. El mismo día en que la orden fué publicada, aparecieron los conventos de jesuítas rodeados de soldados. Y aquella misma tarde, sin permitírseles llevar ropas ni libros, fueron llevados en masa a varios puertos españoles, donde se les hizo embarcar para Italia. Todavía en los barcos que los trasladaron, fueron objeto del peor de los tratos, sufriendo todos de hambre y sed y muriendo en la travesía bastantes de los de más edad.

Y esto no era personal opinar del Rey Felipe, sino popular, entrañablemente extendida entre los españoles desde el reinado de su padre. Santa Teresa de Jesús, tan representativa del pensamiento religioso medio es-

pañol, dice en el capítulo XXI de su "Vida": "Por un punto de aumento en la fe y de haber dado luz en algo a los herejes, perdería mil reinos y con razón". Luego añade: "Me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan". Es seguro que satisfizo esos ímpetus escribiendo al Rey Felipe, por medio de la princesa Doña Juana, avisos que le impresionaron vivamente, y aún es posible que llegara a tener una entrevista con el Monarca.

CONSECUENCIAS DE LA EXPULSION EN AMERICA

La expulsión de los jesuitas tuvo repercusiones insospechadas en los dominios españoles de América. Aparte de ser una muestra desmoralizadora de ingratitud, un hachazo dado por la propia España a su más limpia tradición, en el orden práctico descuidó totalmente la organización docente y cultural de aquellos virreinatos. Ciento veinte colegios, con una dotación de dos mil seiscientos padres, quedaron vacías: y a sustituir atropelladamente esta enseñanza vinieron, sin selección, tropeles de mediocres profesores del país. Este dió un impulso enorme a la difusión e influencia de lo que se ha llamado luego el "criollismo" o sea la difusa conciencia de solidaridad diferencial — raíz de independencia—de los naturales del país que, además, andaban, por entonces, soliviantados por los nuevos tributos que la administración de Carlos III les imponía continuamente.

Esta conciencia "criolla" no era, en el fondo, antiespañola, aunque sí amante de una brava autonomía muy hecha de españolísima sustancia y desde luego no era anticatólica. La prueba es que algunos de los jesuitas expulsados, "criollos" de cultura, se hicieron eco

de ella, y la carta dirigida por uno, el Padre Viscardo y Guzmán: "a los españoles americanos", puede considerarse por sus ideas, como el primer manifiesto de Independencia.

Así como los jesuitas españoles, expulsados de la Patria, realizaron en Europa una gran labor reivindicatoria de la historia tradicional—Hampillas, Andrés, Magden, Eximeno—los "criollos" americanos dedicaron, en parte, la exaltación nostálgica de la ausencia a un cierto "nacionalismo" americano con ribetes de independencia y en algunos casos el mejicano Clavijero y el ecuatoriano Velasco, con matices de indigenismo nativista. No en valde eran los sucesores de aquellos misioneros que tanto habían amado al indio y que ahora no lograban superar el impacto humano de aquella ingratitud del poder central. De hecho cuando poco después, el conspirador Miranda inicia sus manejos de independencia, tenía a su lado a varios jesuítas: testimonio de la interferencia de ideas varias, de las mezclas de pasiones, realidades y nuevas intenciones que se anudan como veremos, en el hecho de la emancipación.

CARLOS IV

Sucedió a Carlos III, su hijo, del mismo nombre. Carlos IV entregó en seguida todo el Poder a un hombre ambicioso y de mediano entendimiento llamado Manuel Godoy, que, protegido sobre todo de la Reina, fué el verdadero señor de España durante muchos años.

Comenzó Godoy, como todos los ministros de la época, intentando buenas medidas de reorganización del reino y mejoras de su riqueza. Pero pronto un suceso violento, vino a turbar sus planes pacíficos. Tam-

bién en Francia la revolución se había quitado la careta: pero ya de un modo más descarado y terrible. Las turbas se habían sublevado; el Palacio Real había sido saqueado y al rey Luis XVI le habían cortado la cabeza por mano de verdugo. He aquí una moda francesa cuya imitación no pareció ya al Rey de España tan apetecible.

OTRA VEZ LA CRUZADA

Tanto más cuanto que la Asamblea de los revolucionarios franceses había dicho refiriéndose a España: "¡Que vaya la libertad al pueblo más espiritual de la tierra!". Sabía donde estaba el enemigo. La libertad religiosa, en forma de "herejía", no había podido entrar en España. Ahora su hija, la libertad política, quería venir, en forma de revolución, a vengar a su madre.

España levanta un ejército contra Francia, al mando del g[illegible] [illegible]os españoles vuelven a estar "en lo suyo". Torna a vivirse, como en los primeros días del siglo, horas de Cruzada. Los frailes predican la guerra contra los impíos de Francia. La nobleza y el pueblo rivalizan en entusiasmo. Las Ordenes Militares, especie de milicias de caballeros nobles, vuel[illegible] o[illegible] ti[illegible] po[illegible] l Reconquista a reunir tropas propias... Sólo un español, el Conde de Aranda, que aún vivía, no aprueba aquella guerra: le parece una insensatez, una aventura romántica.

Pero no es posible oponerse al entusiasmo popular.

donde se conserva, como un tesoro, el viejo espíritu español. Las "ideas nuevas", las "luces" venidas de Francia, sólo han llegado a unos cuantos cortesanos. La educación popular seguía siempre en manos de la Iglesia. Porque el Estado no tuvo escuelas populares hasta tiempos muy modernos: pero desde el siglo XVI, San José de Calasanz había fundado, para el pueblo, las Escuelas Pías. Y eran ellas las que habían hecho con el pueblo lo que los jesuítas con la clase media. Ellas, unidas a todas aquellas viejas intolerancias de Cisneros o de Felipe II, eran las que habían mantenido el tesoro de la fe popular. Nuestro pueblo no conocía a Voltaire ni a sus imitadores. Pero se dejaba arrebatar por la palabra de fuego de aquel gran misionero capuchino, fray Diego de Cádiz, cuyos sermones oían públicos de veinte y treinta mil personas.

El general Ricardos obtuvo bastantes éxitos en la guerra, pero murió antes de terminarla y el fin de la campaña no fué favorable a España. Hubo que pedir la paz, que esta vez nos costó la cesión a Francia, como indemnización de guerra, de la isla de Santo Domingo. En memoria de este tratado, el favorito Godoy, recibió el pomposo título de Príncipe de la Paz.

NAPOLEON

Pero, poco después, la revolución francesa hacía lo que todas las revoluciones: tomaba una apariencia decente, de orden, de autoridad. Un militar, Napoleón Bonaparte, daba un golpe de Estado y se apoderaba del Poder. Al tumulto sucedía la Dictadura: el mando fuerte y único. Bajo la nueva apariencia el espíritu de la revolución política continuaba lo mismo. Napoleón,

que ambicionaba conquistar el mundo, era el brazo armado de la revolución.

Pero el Gobierno de Carlos IV y Godoy, era de tipo "burgués", asustadizo y apocado. En cuanto vieron que la Francia revolucionaria e impía ponía mejor cara, empezaron a sonreirla. Es siempre la conducta burguesa frente a la revolución. En cuanto ya no suenan los gritos de la turba o ruedan las cabezas de los poderosos, ya les parece que se puede transigir con todo. Era el espíritu que ya se había insinuado en España, cuando Olivares le tendía su mano a Cromwell, recién asesinado el Rey de Inglaterra. El mismo espíritu del Rey beato que había transigido con echar a los jesuítas. Ahora, caliente todavía la sangre de Luis XVI, se firmaba una alianza con la misma Francia de la revolución. Aquello ya no era un "pacto de familia". Era un pacto... con los verdugos de la familia: que Borbón era Carlos IV y Borbón Luis XVI, el ajusticiado en París.

Esta alianza dió en seguida sus frutos. En América para congraciarse con Estados Unidos, enemigo de Inglaterra, Godoy, sin lucha, corre un grado al sur la frontera española del Missisipí, haciendo a la joven nación, con ello, el más expléndido regalo para su ensanchamiento poderoso. En una serie de encuentros militares con Inglaterra, la enemiga de Francia, llevamos en ella la peor parte, hasta terminar con la derrota de la escuadra española en Trafalgar. Derrota gloriosa por otra parte, donde pusieron muy alto el nombre de España, insignes marinos como Gravina y Churruca y en la que se discutió mucho la pericia del almirante francés Villeneuve.

TOTAL: ¿QUÉ HA HECHO ESPAÑA?

Pero Napoleón, que iba poco a poco apoderándose de Europa, y colocando amigos y parientes en todos los tronos, tenía también sus planes sobre aquella España que tan cándidamente le estaba ayudando. Napoleón, que ya se había hecho proclamar emperador de los franceses, tenía sobre España no más que la idea vulgar que sus paisanos habían formado a fuerza de libros superficiales y leyenda negra. Como habíamos sido los grandes enemigos de todo lo que ahora en Francia triunfaba, los que habíamos "visto venir", a tiempo, el peligro, nos querían borrar con desprecios y calumnias. La opinión media francesa sobre una nación que había descubierto América y sostenido un Imperio, había llegado a resumirse en aquella frase sonriente de un escritorcillo francés, Mr. Massan de Mowillers: "¿Qué ha hecho España en el mundo?" Así con esa idea fácil, sin darnos importancia, hacía Napoleón sus planes sobre España. Pronto España, en la guerra de la Independencia, había de enseñarle no lo que había hecho, sino lo que aún era capaz de hacer.

LA ABDICACION DE BAYONA

El plan de Napoleón estaba meditado punto por punto como una partida de ajedrez. Empezó por sacar todas las tropas que pudo de España, con el pretexto de que, como aliada suya, fuesen a ayudarle en sus guerras en el extranjero. Luego, con la disculpa de invadir Portugal, que era aliada de su enemiga Inglaterra, hizo entrar en España gran cantidad de soldados. Estos

se fueron estableciendo en muchas ciudades, fingiéndose amigos unas veces, y algunas, cuando lo creían preciso, ocupando violentamente los cuarteles y ciudadelas. El pueblo se mostraba, con esto, lleno de inquietud. Pero los gobernantes le daban toda clase de explicaciones, asegurándole que no podía esperarse perfidia ni traición alguna del Emperador de los franceses.

Sin embargo, cuando Madrid mismo fué ocupado por una gran cantidad de tropas francesas, al mando de Murat, pariente de Napoleón, los reyes, con el favorito Godoy, decidieron trasladarse a Andalucía, como lugar más apartado y seguro. Pero estando, camino ya del Sur, en Aranjuez, el pueblo, advertido de la fuga de los Reyes y atribuyéndolo todo al odiado Godoy, a quien se creía vendido a Napoleón, se levantó con un terrible alboroto y saqueó la casa del ministro. Este, al cabo de día y medio, fué encontrado despavorido, en el piso alto de la casa, escondido en un rollo de esteras. Libró la vida con dificultad de las iras del pueblo, y el rey Carlos IV calmó a éste, privando de todos sus cargos a Godoy y renunciando la corona en su hijo Fernando, que era muy popular y querido.

El nuevo rey, con el nombre de Fernando VII, entró en Madrid, en medio de un verdadero delirio de entusiasmo. Pero, pocos días después, su padre Carlos, declaró que su renuncia en Aranjuez había sido arrancada por la fuerza y no tenía valor. Casi al mismo tiempo, el Emperador francés mandaba emisarios a uno y otro, a Fernando y Carlos, para convencerles de que fuesen a verle a Bayona, en Francia, donde de común acuerdo se arreglaría aquel asunto. Los dos cayeron en la trampa. Fueron a Bayona, y allí, con disimulo primero y con descaro en seguida, Napoleón les

hizo saber que había decidido arrojar del trono de España a los Borbones y dárselo a un individuo de su familia.

Obligado por la fuerza, Fernando firmó su renuncia devolviendo la corona a su padre, su padre firmó la entrega a Napoleón, y Napoleón firmó el nombramiento de rey de España a favor de su hermano José Bonaparte. La corona había pasado de mano en mano, como en un juego de prendas, hasta llegar a un inesperado destino. En el papel, todo estaba hecho. Pero, en la realidad, faltaba una cosa: ¡Faltaba España!

XXVIII

La Independencia

DOS DE MAYO

MIENTRAS tanto, en Madrid, los ánimos popula-re[illegible] e[illegible]t[illegible]b[illegible] ll[illegible] [illegible]xcit[illegible]ció[illegible]. L[illegible] [illegible]l[illegible] franceses que ocupaban la capital, no desaprovechaban ocasión para exhibirse en desfiles y retretas. Esto humillaba a los madrileños, que tenían grandes dudas sobre el pretendido carácter pacífico y amistoso de aquella ocupación. Más de una vez las tropas francesas habían oído a su paso silbidos y murmullos de desagrado. Madrid estaba cargado de rencores contenidos: sólo se necesitaba una chispa para la explosión.

Así las cosas, se corrió una mañana por la ciudad que Napoleón mandaba llamar también a Bayona a los infantes: únicos miembros de la familia real que quedaban en Madrid. Los quería, por lo visto, a todos en su ratonera. Era el día 2 de Mayo. La noticia parecía tener su confirmación con la aparición de tres coches de mulas, preparados como para un largo viaje, a la puerta de Palacio. El pueblo madrileño fué llenando la plaza. Había murmullos, comentarios. Corría la noticia de que uno de los infantes, de corta edad, lloraba porque no se quería ir de Madrid. Las mujeres se enternecían, los hombres se indignaban... De pronto, se hizo

un profundo silencio. Un piquete de soldados franceses, al mando del oficial ayudante de Murat, se abría paso por entre la muchedumbre. Se dirigía a Palacio. ¿Pretendería arrancar por la fuerza a los infantes? En el silencio se oyó la voz angustiada de una mujer de pueblo: "¡Que nos lo llevan!"... Bastaron estas cuatro palabras, más elocuentes que todas las arengas militares, para hacer estallar la ira contenida. La gente se avalanzó sobre los franceses: con los puños, con navajas, con tijeras y agujas de coser colchones, fueron agredidos los soldados. Los instrumentos humildes del oficio de paz de cada día, rasgaban las casacas azules, donde aún se olía la pólvora de las grandes victorias de Napoleón.

Pronto llegó a Murat la noticia de lo que ocurría frente a Palacio. Por las bocacalles de la plaza, aparecieron después unas compañías francesas que, sin previo aviso, hicieron una descarga sobre los madrileños. Algunos cayeron al suelo, los demás se dispersaron en todas direcciones, llevando así, con una rapidez increíble, el grito de sublevación a todos los extremos de la ciudad.

Todo Madrid fué pronto campo de batalla. Tropas francesas barrían a cañonazos las calles principales. Pero no por eso cedían los madrileños. Muchos se metían por entre las filas francesas, seguros de su muerte, atacándolas con armas cortas.

MALASAÑA, DAOIZ, VELARDE

En seguida encontró el pueblo su caudillo improvisado. Un hombre humilde, llamado Pedro Malasaña, fué el que animó a las turbas a ir al Parque de Artillería a buscar armas. Los oficiales que estaban allí de

guardia, Daoiz y Velarde, abieron las verjas del Parque y sacaron fuera tres cañones.

Con esta artillera, ayudados por el pueblo y un piquete de infantería, a las órdenes del teniente Ruiz, sostuvieron contra las franceses una lucha desigual y heroica. No pocos soldados de Murat cayeron en la refriega. Al fin, horas después recuperaron el Parque, pasando sobre una alfombra de cadáveres españoles. Entre ellos, los tres oficiales nombrados: Velarde y Ruiz, muertos en la pelea; Daoiz, mechado a bayonetazos, al entrar en el Parque la tropa enemiga.

Con esto, volvió a caer el silencio sobre Madrid. Eran las tres de la tarde. Sólo se oían descargas sueltas, que venían ahora de la cacería que por bocacalles y esquinas hacían los franceses de fugitivos y aun de pacíficos transeúntes. Malasaña se refugió en su casa y allí, defendiéndose como un tigre, murió con su mujer y su hija. Por las calles se detenía y registraba a todos los vecinos. Mujeres y niños eran cogidos porque llevaban unas tijeras. Los presos eran llevados a un tribunal militar improvisado en la Casa de Correos. Allí, casi sin ser oídos, eran sacados al Paseo del Prado o al Retiro, amarrados los codos, de dos en dos, para ser fusilados.

El horror de esta tarde madrileña, fué reflejado para siempre en maravillosos cuadros, por el gran pintor Goya. El mismo había pintado poco antes la alegría pacífica del pueblo madrileño en su cuadro "La Pradera de San Isidro". Porque Madrid, a pesar del esfuerzo de la Corte y los pedantes por afrancesarlo, no era París. Madrid era así: pueblo de romería, de toros, de sencillas costumbres. Por debajo de un siglo largo de olvido en las alturas, se había venido arrastrando el verdadero espíritu español. Y allí estaba: dispuesto a

rechazar a los franceses, como un día a los moros. Con esto no había contado Napoleón. No sabía que aquel pueblo rociado de mucha sangre africana, preservado en su pureza por inquisidores y reyes viejos, se conservaba todavía fuerte y digno. Y todavía tenía el alma entera, para pintar como Goya o morir como Malasaña.

SE EXTIENDE EL ALZAMIENTO

El duro castigo de Murat contra los madrileños, censurado hasta por muchos franceses, había acabado de desesperar a los españoles. Ya era inútil querer detener la rebelión. Como fuego en día de vendaval, corría por toda España.

No es posible contar estos principios del gran alzamiento popular llamado "Guerra de la Independencia", sin pensar en el Movimiento Nacional de 1936. Los dos nacieron de la misma hondura y verdad del alma española. Por eso los dos se parecen como hijos de la misma madre.

La misma confianza temeraria, sin mirar la fuerza con que se cuenta. El Alcalde de Móstoles, un pueblecito de pocos vecinos, cercano a Madrid, al enterarse de los sucesos de allí, declara la guerra a Napoleón, con la sencillez de un acuerdo municipal. Sin ponerse de acuerdo, la rebeldía aparece casi al mismo tiempo, en los puntos más lejanos de España. Se improvisa todo. En Galicia los estudiantes forman los batallones llamados de "los Literarios". Ya están ahí las milicias. En Asturias, a falta de oficiales de carrera, se reparten grados militares a estudiantes y muchachos del pueblo, que, como por milagro, se convierten en verdaderos jefes. Ya están ahí los "estampillados" y los "provisionales". Llueven en los Ayuntamientos los

ofrecimientos y donativos. Hay grandes señores que entregan toda su fortuna. Parece que se va a oir la voz de Queipo celebrando el rasgo. Se sueña, se delira, se cree ciegamente en la victoria que parece imposible. Se mira al mundo cara a cara. De la recién nacida Junta de Asturias, la primera formada, salen dos comisionados a dar la noticia del Alzamiento en Londres. Son recibidos con asombro. En la "Cámara de los Comunes", el Congreso de allí, se habla de aquellos intrépidos asturianos. Y por la noche, en todos los respetables hogares ingleses, se busca, con afán en el mapa, aquel puntito casi invisible—Oviedo— que le ha declarado la guerra al emperador Napoleón.

DISCIPLINA INSTINTIVA

Y en todo aquel delirio que, en días, llena toda España, apenas un abuso, un desorden, un exceso. Salvo algunos incidentes en Valencia y Granada, aquel pueblo sin reyes, sin jefes, entregado a sí mismo, se mueve con una "disciplina instintiva". La disciplina del entusiasmo común. Y la unión fervorosa. El comandante militar de Gibraltar, se asusta porque un día ha venido a comunicarle el alzamiento un emisario de la Junta de Sevilla, y al otro día otro de la Junta de Granada. El inglés da consejos de buena organización: deben ponerse de acuerdo, debe haber una cabeza común. Pero no hay tiempo: ni hay peligro: Cuando hay un fervor común, la variedad, por lo que tiene de espontáneo y silvestre, es fuerza. Nadie piensa ahora en separaciones. Cada pueblo invoca su Santo o su Virgen; cada tierra canta su copla, como ahora en las trincheras: pero todos piensan en una sola España. La

tribu es también una fuerza cuando se pone al servicio del Imperio.

Si no ahí tenéis los catalanes. ¿Dónde están los rebeldes de ayer? ¿Dónde los de mañana? Al mismo grito de "Viva el Rey"—áspero en Cataluña, dulce en Galicia, cantarín en Andalucía—a ellos ha correspondido el primer triunfo de la guerra. En los peñascos del Bruch, han hecho retroceder, por dos veces, al ejército francés. Era este numeroso y bien armado. Pero en los catalanes ha rebrotado la "guerrilla" de Viriato. Pocos, pero seguros, atacaban entre las piedras, con pistolas y escopetas de caza. No se les veía. Parecía que las piedras, como encantadas, vomitaban balas y fuego.

LA SORPRESA DE VALDEPEÑAS

Napoleón quiere sacudirse aquellos mosquitos que le molestan su amplia frente llena de planes ambiciosos. Un ejército francés se mete por el Norte hacia Santander y Asturias, con grandes dificultades. Otro ha de salir de Madrid hacia el Sur. Hay que partir España en dos. Este baja por las llanuras peladas de la Mancha. Allí el terreno no permite hacer "guerrillas": y a campo abierto es inútil intentar nada contra aquellas anchas filas de caballos que bajan entre nubes de polvo moreno. Sólo cabe la habilidad, el entorpecimiento. En Valdepeñas, los vecinos han cubierto el suelo de arena, mezclada con clavos y pedazos de hierro. Amarradas de reja a reja, han cruzado las calles a ras de tierra, con cuerdas tirantes y disimuladas. Ha llegado la caballería francesa, llevándose el sol en los cascos relucientes. Los caballos tropiezan en las cuerdas. Caen en montones. Los manchegos, ocultos en las

esquinas, disparan un diluvio de balas. Las mujeres arrojan calderos de agua y aceite hirviendo. Los franceses no se atreven a pasar adelante aquel día.

VALENCIA

Mientras tanto, para completar la cruz, con que se quiere borrar a España del mapa, otro ejército francés marcha sobre Valencia. La ciudad se ha preparado para la defensa, y recibe a los franceses con fuego de cañón. Allí hay ya una dirección militar. Las baterías están sabiamente colocadas. Los alrededores de Valencia se cubren de muertos. Cuando en un momento parece que va a faltar la metralla, manos de mujeres la improvisan con rejas de ventanas y balcones. Un fraile, adorado del pueblo, corre por parapetos y murallas predicando la Cruzada contra el impío. Rebrotan las hazañas de romance, como en el sitio de Granada. Un mesonero, magnífico tirador, sale cinco veces de la ciudad a caballo, completamente solo, y desde cerca dispara treinta o cuarenta cartuchos sobre el enemigo. Días después el vigía de la torre de la catedral, "el Miquelete", anuncia que los franceses se retiran. Así es en efecto. Frente a los muros de Valencia dejan más de dos mil cadáveres.

Pero para la terquedad de Napoleón, como si fueran alfombras de rosas. Sobre ellos quiere asentar un reino. Manda a su hermano José que venga a España a posesionarse de su trono.

EL REY JOSÉ

El rey José atraviesa con bastantes dificultades, el Norte de España y llega a Madrid. Entra al caer de la tarde, seguido de una gran escolta, que más que hon-

rarle, le defiende. Las calles están casi vacías. Aunque Murat y las autoridades madrileñas que le están sometidas, han dado orden de poner colgaduras, apenas las hay en algún que otro balcón. También se ha mandado repicar. Pero algún leguillo travieso hace como que se equivoca y toca el doble de difuntos. Por las aceras, se oye, suelto, algún flojo "Viva el Rey". Pero la "erre" estrujada y gargajienta hace ver que brota de garganta francesa. Un chiquillo da un "Viva al Rey Fernando". Hay un pequeño revuelo, que pronto pasa y se contiene. Ante las calles desiertas, el rey José se vuelve a uno de la escolta y comenta: "Esta es una ciudad sin gente".

Sí hay gente, rey José: pero está metida en sus casas, tras persianas y visillos, comentando la llegada del nuevo Rey y formando su leyenda. Le han puesto "Pepe Botella", porque pretenden que es borracho. También dicen que es tuerto. En realidad, no es ni una cosa ni otra. Es un hombre bueno, sencillo y amable... Pero ya dije que esta del descrédito del enemigo, es un arma de todas las guerras. Demasiado poco abusamos de ella. No hicimos una "leyenda negra": apenas una leyenda rosa e inofensiva. Con dos mentirillas inocentes contestábamos a tres siglos de grandes calumnias.

BAILÉN

El rey José quiere hacerse simpático en Madrid. Da fiestas, se presenta en público, sonríe. Habla un español chapurrado, con acento medio francés, medio italiano. Presume de orador y con cualquier motivo, pronuncia largos discursos, que hacen contener la risa a los que le escuchan.

Pero su naciente plan de atracción sonriente del

pueblo madrileño, es cortado bruscamente por las noticias de la guerra. El ejército de Andalucía, mandado por el general Dupont, se ha encontrado, cerca de Bailén, con los españoles del general Castaño. Ha habido una gran batalla. El ejército francés ha tenido que rendirse. Varias divisiones francesas han entregado sus armas. Europa entera se ha conmovido con la noticia. Es la primera gran derrota que sufre Napoleón. Su fama de invencible se tambalea por primera vez. España ha roto el ídolo.

Pocos días después, ante el cariz que tomaba España envalentonada por el gran triunfo, el rey José se retiraba de Madrid.

Delante iba el ejército, rechazado en Valencia, que se replegaba hacia el Norte. Antes de salir de Madrid y por los pueblos del camino, las tropas saquearon y robaron cuantas iglesias y casas principales encontraban a mano. Ya en Bailén se había dicho que parte de la derrota se había debido al deseo de los soldados de no abandonar los montones de cosas robadas que traían. En esta guerra perdió España buena parte de su gran riqueza de Arte. Todavía en muchos museos de Francia se ven esmaltes y piedras preciosas, cuyo perfil coincide, demasiado exactamente, con los huecos vacíos que, como ojos tuertos y saltados, se ven en los cálices y custodias de España.

ZARAGOZA, GERONA, ARAPILES, SAN MARCIAL

No por esto terminó la guerra: aunque ya el espíritu del enemigo quedaba quebrantado. Duró años todavía. Napoleón, al recibir la noticia de Bailén, tembló,

de rabia y decidió venir él mismo a España a mandar la campaña.

Pero Napoleón estaba en España derrotado de antemano, por su desconocimiento de lo que era este pueblo. El era el heredero de todos unos siglos, de todo un mundo, enemigo y despreciador de España: el mundo de la herejía, de la revolución el que exaltaba todo lo material y se sonreía de todos los idealismos. Creía que todo aquello de los moros, Isabel la Católica y Lepanto, eran cuentos viejos. No creía en esas cosas. Creía que España eran Carlos IV o Godoy: los que se embobaban ante él y le doblaban las rodillas. Todo le cogió de sorpresa.

Como el general francés que sitiaba a Zaragoza y la aconsejaba que se rindiese a su ejército que era fuerte, moderno, y traía con él la civilización. También este se sorprendía de la respuesta del general de la plaza, Palafox: "Nosotros los españoles, a pesar de las "luces" esparcidas por la revolución francesa, seguimos yendo en peregrinación a Santiago de Compostela". ¿Qué tendría que ver eso?, se preguntaría el general francés. Pero eso era todo. Los españoles sabían que allí se resolvía otra vez el pleito de Europa: que aquello era otra vez Cruzada y Reconquista. Los zaragozanos habían jurado ante la Virgen del Pilar "defender la Santa Religión, el Rey y la Patria".

Dos veces fué cercada Zaragoza por el francés. La primera vez tuvieron que retirarse, ante la resistencia loca de los zaragozanos. Una mujer, Agustina de Aragón, al ir a llevar la comida a unos artilleros, los encontró todos muertos, y ella misma se dedicó a disparar los cañones. En el segundo sitio, Zaragoza cayó hecha un montón de escombros. Un general francés daba el "parte" a Napoleón con estas palabras "Jamás

he visto, señor, un heroismo igual al de los defensores de esta plaza. He visto a las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto". Como Sagunto, como Numancia. Como Oviedo, como la Ciudad Universitaria, como Santa María de la Cabeza.

Gerona sufrió también un asedio terrible y entregó al enemigo escombros y muertos, algunos de balas y muchos de hambre.

De este tono y estilo fué toda la guerra. Luego, a medida que pasaba el tiempo sin que la resistencia cediera, Inglaterra, la enemiga mortal de Napoleón, envió a España refuerzos. La campaña tuvo entonces un plan de conjunto. El general inglés Wellington, con tropas inglesas y españolas hizo una marcha desde Andalucía a la línea del Tajo, ganando grandes batallas en Talavera y los Arapiles. La prolongación de la guerra, empezaba a producir un hambre terrible. No se sembraba; los campos estaban arrasados y los brazos que hubieran de labrarlos estaban todos, con un fusil, en la guerra. Afortunadamente dos grandes triunfos españoles en Vitoria y San Marcial, unidos a las malas noticias de la campaña que tenía emprendida en Rusia, decidieron a Napoleón a abandonar España.

EL GENERAL "NO IMPORTA" VENCE AL COLOSO

El coloso había sido derribado. Por primera vez Napoleón había luchado, no contra un ejército, sino contra todo un pueblo. Toda nuestra Historia se había como resumido en aquella guerra. En ella habíamos repasado todas sus páginas mejores. Había habido Saguntos y Numancias en Zaragoza y Gerona; Viriatos,

en los cabecillas y guerrilleros "Empecinado" y otros: Gonzalos de Córdoba, en los Palafox y Castaños. Se había peleado entre coplas y chistes. En Cádiz las mujeres se habían sostenido los tirabuzones del peinado con laminillas de plomo sacadas de las balas francesas. Había habido sobre todo una fe indomable. Cuando se sabía de una derrota, contestaban los españoles: "No importa, mañana venceremos"... Así se dijo que fué el general "No importa" el que ganó la guerra de la Independencia.

Napoleón, aunque tarde, comprendió su equivocación. Perdida su fama de invencible, cayó rápidamente de su poder. Y años después, desterrado y preso en el islote de Santa Elena, se quejaba con amargura: "Esa desgraciada guerra de España fué la que me perdió".

Así lo reconocen con él muchos franceses. Porque nunca ha faltado en la nación vecina los que por debajo de sus malos Gobiernos, han seguido admirando y queriendo a España, y continuando el espíritu de la vieja Francia de San Luis. Copiamos, para terminar, las palabras de uno de ellos: "Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Rusia, pudieron dar al coloso el golpe mortal. España, surgiendo, de pronto, tras la falsa decoración de la Corte sometida a Napoleón, lo venció y con el mismo golpe venció la Revolución, de la que aquél fué siempre instrumento".

XXIX

Fernando VII

LAS CORTES DE CADIZ

YA la España una y grande, es también libre. Ha vencido al invasor: es libre en sus tierras. Pero todavía tardará en ser libre en su política, en su gobierno. Porque aunque el pueblo ha vencido a Napoleón, que representaba la Revolución, las clases directoras y gobernantes de la nación siguen embobadas por las ideas revolucionarias.

Algunos grandes señores, muchos políticos y no pocos escritores, al proclamar Napoleón su intento de mandar en España, se sometieron a él. Son los que se llaman "afrancesados". Otros, sin llegar a tanto, manteniéndose unidos a la rebelión popular, se dejaron llevar, sin embargo, de las ideas francesas en el mando y gobierno de España.

Así la Junta organizada en Madrid y en seguida trasladada a Sevilla, como Gobierno Central de España, que sustituyera al Rey secuestrado en Francia, decidió convocar unas Cortes para que decidieran sobre la organización y Gobierno que había de darse a España. Esto era todavía durante la guerra misma; y las Cortes, después de haber estado unos meses en San

Fernando, acabaron reunidas en Cádiz. Las Cortes de Cádiz tenían un mal de raíz. Las antiguas Cortes españolas estaban formadas por los señores principales, los sacerdotes más eminentes y los representantes de los pueblos y Ayuntamientos: de este modo se reunía la gente más sensata e importante de la *nación*, y se compensaban las opiniones y consejos de todos. Las Cortes de Cádiz, reunidas atropelladamente, sin poder consultar a muchos pueblos de España, fueron un conjunto variado y caprichoso de personajes y personajillos, que no representaban ni con mucho a la verdadera España que a aquellas horas estaba peleando, en el campo, contra los franceses.



No hay que negar que entre los diputados de las Cortes, había muchos de buena fe y de gran patriotismo. En conjunto era emocionante ver el buen deseo con que se dedicaban a querer reorganizar y dar leyes a España, cuando el mismo Cádiz, donde las Cortes se reunían, estaba cercado por los franceses y cañoneado por sus mismas baterías. Pero, en el fondo, aquello no era más que lo que siempre han sido en España los Congresos de Diputados: una gran tertulia política, donde se decían bonitos discursos y se divagaba sobre

todo lo humano y lo divino. El pueblo asistía a las tribunas, como al teatro o como a los toros. Desde allí jaleaba a los oradores. Y estos, arrastrados por el aplauso, pensaban en lucirse más que en hacer cosas prácticas para España.

LA CONSTITUCION

Pero entre tanto discurso florido y tanta inocencia, había un grupito pequeño que sabía a dónde iba. Este grupito, heredero de los Arandas, de los entusiastas de "las luces", quería sepultar en el olvido todo el viejo espíritu de España y convertirla en una nación "moderna" y "libre": lo que quería decir para ellos, en una imitadora de la Francia revolucionaria. Pero el grupito sabía que esto había que hacerlo con disimulo, sin asustar: como había dado Aranda el empujón a los jesuítas. No había que poner en la "Constitución", o sea en la ley que hicieran para organizar España, cosas demasiado violentas: había, por el contrario, que decir que España seguiría fiel a su Rey. Pero luego, a la espalda de estas declaraciones pomposas, había que deslizar cosas más prácticas para sus fines: se quitaba desde luego la Inquisición, se proclamaba la "libertad de imprenta" o sea el derecho de decir cada uno lo que quisiese sin censura ni cortapisas... Así fué aprobada la Constitución. El grupito que sabía a donde iba, fué el que triunfó. De los otros, hubo algunos que se dieron cuenta del peligro y protestaron. Los demás, burgueses y hasta beatos, la aprobaron como aprobó el beato y burgués Carlos III la ley contra los jesuítas: por "ir con los tiempos", por no parecer atrasados e ignorantes.

LIBERTAD DE IMPRENTA

Pronto la nueva Constitución dió sus frutos. Las sonoras declaraciones de fe y religión, quedaron ahí, en el papel, escritas y muertas. En cambio, la "libertad de imprenta" dió lugar a montones de papel impreso que, con lenguaje cada vez más atrevido, llevaban al pueblo el veneno de todas las impiedades. No tardó en salir un librito, obra de un escritor burlón e impío, llamado Gallardo, donde se hacían de las cosas sagradas los chistes más irreverentes y se decían las mayores blasfemias.

Se armó un enorme escándalo. Muchos que incluso habían aprobado y aplaudido la "Constitución" se asustaron. Ellos no habían creído que las cosas fueran tan lejos. No sabían, los pobres, que cuando se enciende la mecha, nadie puede evitar que corra el fuego. El libro impío y escandaloso fué entregado al juez y prohibido por éste. Su autor, Gallardo, fué encerrado en una prisión militar.

El grupito masónico se calló de momento. No convenía irritar los ánimos. Pero luego, en las sombras, empezó a laborar. Hasta que logró darle la vuelta a todo. Se levantó la prohibición del libro. El juez que lo prohibió fué llevado a la cárcel. Y Gallardo, en cambio, el blasfemador público, salió de su prisión en triunfo y llevado en hombros...

¡Y mientras tanto el pueblo moría en Zaragoza y en Gerona, por defender, contra Francia, la España de los Reyes Católicos!

VUELVE FERNANDO VII

Terminada la guerra de la Independencia y vencido Napoleón, el rey Fernando VII salió de su destierro

de Francia y volvió a España. Fué recibido con delirio de entusiasmo, pues aunque su conducta en el destierro había sido cobarde y débil frente Napoleón, el pueblo se lo disculpaba todo y veía en él el símbolo de su independencia recobrada. Una vez en España, presentaron al rey unos cuantos diputados de las mismas Cortes de Cádiz, un escrito rogándole que suspendiera la Constitución. En realidad esta petición era popular, pues la nueva ley había caído rápidamente en descrédito, cuando se fué viendo que significaba, en el fondo, la negación de todo cuanto se había defendido, contra Francia, en la guerra.

Pero Fernando, no supo sustituir aquella ley que suspendió por un gobierno fuerte, enérgico, pero para todos los españoles. Mal aconsejado por los que le rodeaban, persiguió y castigó implacablemente a los "liberales": o sea a los que habían sido partidarios de la Constitución. Queriendo hacerse temer, no supo hacerse amar. Pasó en muchas cosas al extremo contrario. Porque una cosa era no consentir aquella "libertad de imprenta", a cuyo amparo blasfemaba Gallardo, y otra cosa era establecer aquella censura de teatros, por ejemplo, en la que el fraile Carrillo, borraba con furia todos los inofensivos "ángel mío" y "yo te adoro" que azucaraban las comedias que se le traían.

Esto produjo un nuevo y oculto robustecimiento del bando liberal. Empezaron las conspiraciones y las intrigas. Como no se podía nombrar en alto a la Constitución, los liberales, por haber sido publicada el día de San José, la llamaban "la Pepa". Y de aquí viene el decir "¡Viva la Pepa!": frase que empezó siendo modo disimulado y convenido de vitorear la Constitución de Cádiz.

Los liberales, ayudados por la masonería, procura-

ban atraerse al ejército. Hubo varios intentos de sublevación, todos descubiertos y castigados con gran severidad. Pero estos sucesos habían de tener un reflejo de importancia definitiva, lejos de España, que conviene contar.

LAS "LUCES" EN AMERICA

Nuestros dominios de América seguían más lentamente—con la lentitud propia de su mayor distancia—los vaivenes de España. Durante todo el siglo XVIII, los Borbones, como dijimos, habían llevado a aquellas tierras su espíritu organizador, su afán de mejoras materiales. Hubo varios virreyes que gobernaron aquellas tierras con acierto y bondad. Pero también en esa misma época habían empezado a introducirse en América las nuevas ideas: las "luces"; las ideas revolucionarias y afrancesadas que derretían de entusiasmo a muchos cortesanos de por acá.

Vehículo importante para esta penetración ideológica fué el periodismo, que empezó a alcanzar creciente extensión. Méjico fué la cuna del periodismo americano con su "Hoja Volante" (1621) y luego su "Gaceta" (1722). En el curso del XVIII estas hojas primeras se multiplicaron en todos los países: Guatemala, Lima y Habana tuvieron sucesivamente sus "Gacetas", y en 1792 se fundó el muy célebre "Mercurio Peruano". Siguieron luego el "Papel periódico de Bogotá" y en seguida el "Telégrafo Mercantil", de Río de la Plata. Toda esta otoñada de hojas periódicas, así como los libros de Francia e Inglaterra, servían para poner en contacto a la América del Sur con las nuevas ideas.

Como estas eran hijas de las naciones enemigas de

España, que habían calumniado su obra en la Historia, y se empeñaban en pintarla como cruel, atrasada y tirana, las tierras de América, empezaban a creerse que ellas habían sido las víctimas de ese atraso, crueldad y tiranía.

EL IMPERIO SE ROMPE

Aprovechando todo esto, algunos habían empezado a pasar al terreno de los hechos, en el que esporádicamente habían movido antaño algunos conatos rebeldes, como el de los "Comuneros del Socorro", la sublevación del pretendido Tupac Amaru, que aunque se vistió de color indigenista, fué una típica rebeldía "criolla", y los manejos del mejicano Mendiola. Un agitador de cierto despejo y enorme vehemencia, el venezolano Francisco de Miranda, iba y venía, manejado por Inglaterra, sembrando la semilla "separatista".

Miranda no era un hombre vulgar: tenía extraordinario poder de captación y tuvo relaciones directas con no pocos de los que, luego, habían de ser los "libertadores" de América: como O'Higgins y Simón Bolívar. Llegó Miranda hasta preparar en los Estados Unidos una expedición armada—una corbeta y dos goletas—que fondearon en Ocumare. Miranda llevaba prevenida hasta una fantástica bandera, donde la raya central celeste, representaba al mar que separaba una franja roja—España, la sangrienta—y otra amarilla—la dorada América—. Todo este intento liberado montado sobre ideas tan absolutas y rencorosas, no tenía en América asentamiento popular, y Miranda fué rápidamente rechazado. También lo fué la expedición inglesa de Pophan y Beresford, que después de apoderarse de Buenos Aires, fué heroicamente derrotada por Juan Martín Pueyrreden y Santiago Liniers, que

acudió con refuerzos desde Montevideo. En realidad, de aquella manera desnuda, con banderas antiespañolas embestidas violentas y directas, la emancipación hubiera tardado mucho en producirse. Fueron los acontecimientos históricos los que le dieron, luego, impulso y velocidad.

Había ocurrido, estando así las cosas, la decisión de Napoleón de apoderarse de España. Inglaterra que estaba "a lo que saliera", en su política de debilitar las naciones todas del Continente, decide aliarse con España, para quebrantar a Napoleón, que es entonces lo que más le interesa. Da una vuelta en redondo y abandona a Miranda. Wellington que había recibido el encargo de preparar una invasión formal de los dominios españoles de América, recibe, de pronto, la orden de marchar a España, para ayudarla contra Bonaparte. Ahora no le interesa debilitar a España, envenenando sus colonias; ahora le interesa más debilitar a Francia, venciendo a Napoleón. Tiempo habrá de volver luego a lo otro.

Pero lo que, de momento, deja de hacer el plan meditado y oculto de rebeldía, lo hacen los sucesos por sí solos. Llega a la América española la noticia de que los Reyes de España están cautivos en Francia y de que, en su ausencia, las provincias españolas han nombrado "Juntas" para gobernarse. Ellas que se consideran tan provincias españolas como las otras, ¿no pueden hacer lo mismo?

Además, las noticias que siguen llegando de España dicen que José Bonaparte está en Madrid como Rey y las autoridades de la capital le acatan y obedecen. Las Juntas americanas, pues, se sienten por momentos desligadas de España: no por odio a ella, sino porque no quieren ser colonias de Napoleón. Por eso, entre

los partidarios de las Juntas independientes, se encuentra gran cantidad de curas y frailes. No es que reniegen de España: es que la dan por perdida y quieren salvar a América del afrancesamiento revolucionario e impío.

Se forman dos bandos: partidarios de la Junta independiente, y partidarios de no variar nada y seguir con las autoridades españolas. Esta contienda, como véis, es puramente civil, interna: con americanos-españoles a un lado y a otro. Nada más inocente que creer que la independencia de América fué un levantamiento de los naturales del país contra España que les oprimía y a la que detestaban. No hay nada de eso. Era una pura guerra civil. Y en un bando y en otro sonaban palabras de igual amor a España.

La independencia de América, no es sino un caso más de ese "separatismo" que aparece en España en cuanto afloja el Poder central. Se separaba América, como Portugal se separó después de Felipe II, como intentaron separarse Cataluña y los grandes señoríos de Andalucía, Aragón y Vizcaya. Era descomposición interna: revolución política. Los gobernantes españoles se habían vuelto de espalda a aquel ideal de Fe, que era el alma del Imperio español: y el Imperio, falto del alma, se deshacía como un cuerpo muerto. Eso era todo.

Méjico enseñó la fórmula. Se intentó allí que el propio virrey, Iturrigaray, se proclamara independiente de España, al estar secuestrado el Rey que representaba, y como el virrey no accediera, fué violentamente depuesto. En el Perú se proclamó la llamada "Junta Tuitiva". En Bogotá, tras la expulsión del virrey Aznar y Borbón, se estableció por unos días

la que se llamó la "Patria Boba", como en Chile la "Patria chica", que tuvo a Benardo O'Higgins por principal figura. En Buenos Aires, donde ya se había abierto una importante brecha en el derecho tradicional, al deponer el Cabildo tumultuosamente al virrey Sobremonte, con ocasión de la invasión inglesa, y nombrar virrey a Santiago Liniers; otro cabildo dará el supremo poder a una Junta, presidida por Cornelio Saavedra, e inspirada por el talentoso y teórico Mariano Moreno. Esta Junta enviaría ya al interior del país una expedición militar mandada por Castelli. Contra las tropas brasileñas, que ha requerido, en su auxilio, Montevideo, luchan en la Banda Oriental del Virreinato de la Plata, las tropas del heroico Artigas: que al quedar, luego, prácticamente solas, minan la autonomía del que será el futuro Uruguay. Todo se hace al principio como fórmula jurídica y provisional, en espera de la liberación de Fernando VII, cautivo de los franceses. Pero cuando esta liberación se produce, ya la idea emancipadora ha madurado y expresado toda su extensión. Las balbucientes ideas primeras, como la que albergó el general San Martín o el mejicano Iturbide, en su famoso "Plan de Iguala", que hubiera querido una solución a estilo de la brasileña, con un príncipe de la familia de Fernando, reinando en aquellas tierras y federándose con España, estaban ya sobrepasadas. La independencia era ya un hecho biológico: la mayoría de edad de aquella gloriosa realidad —lo "criollo"—que España había creado. Frente a esta realidad, Fernando VII intentaría la violencia. No era posible poder exigir en aquel momento una clara comprensión histórica de su inutilidad.

LA SUBLEVACION DE RIEGO

Lo que fué primero discusión de bandos y partidos, se convirtió pronto en guerra: guerra civil. Pronto los partidarios de la independencia encontraron su caudillo en un hombre de gran talento y energía: el caraqueño Simón Bolívar.

Al mismo tiempo, a todas las causas anteriores, se unían otras que empujaban la independencia más y más. Vuelto Fernando VII e iniciadas sus persecuciones contra los "liberales", éstos, desde España, en su afán de roer el poder de Fernando, impulsan la sublevación de América. La masonería, sobre todo, la apoya decididamente y se entiende con los jefes rebeldes. Al fin, un día, a los seis años de vuelto Fernando VII, una de las conspiraciones militares que continuamente vienen tramando los liberales, triunfa. Hay en Andalucía un fuerte ejército preparado para embarcar hacia América a contener la creciente independencia. Pero un coronel masón y liberal, Rafael Riego, logra sublevar las tropas. La sublevación de Riego triunfa: el Rey asustado se ve obligado a restablecer la "Constitución de Cádiz". Pero el precio es caro. Las tropas no embarcan para América. Esto acelera definitivamente la independencia de aquellas tierras.

PERÍODO ROJO

En el nuevo período liberal que sigue después de triunfar la sublevación de Riego, la revolución muestra ya por entero su cara espantosa. Ya es un período que pudiéramos llamar "rojo". La masonería es la que manda y dispone. Los "doceañistas" de ayer—o sea los Diputados de las Cortes de Cádiz—son ya considerados

tibios y perseguidos por los nuevos liberales más jóvenes y exaltados: es el camino de todas las revoluciones que acaban negando a sus propios padres. Toda España se llena de crímenes. El cura de Tamajón es asesinado a martillazos; en Coruña, un gobernador arroja al mar cincuenta y un presos políticos; en Cáceres son acuchillados hasta los niños; ancianos venerables como el Obispo de Vich o el general Elio, son fusilados sin piedad. ¡Ya se ha quitado por completo la careta la revolución! Era esto, esto, lo que disfrazado primero de opinión religiosa y luego de libertad política, España venía previniendo y deteniendo hacía siglos.

LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Mientras que esto ocurre en España, en América se precipita el desenlace de la sublevación. Durante los seis años anteriores de gobierno absoluto de Fernando VII, España había llegado casi a ahogar la sublevación y a dominar de nuevo todas sus tierras de América. Pero el nuevo período liberal y revolucionario, vuelve a dar la ventaja a los sublevados.

San Martín opera incansablemente en el Perú. Tras la batalla de Pichincha que puede ocasionar un problema de competencia con Bolívar que actúa en Colombia, ambos generales se entrevistan en Guayaquil y San Martín decide eliminarse voluntariamente. Al año siguiente, Bolívar, tomando el mando, gana la batalla de Lunin, y poco después, la definitiva de Ayacucho, que significó ya la total independencia de las tierras que fueron de España en el continente americano. Sólo guardó España las islas de Cuba y Puerto Rico. Hasta el final, la guerra conservó ese carácter de guerra interior y civil que ya dijimos: carácter que a veces se

revela incluso en rasgos llenos de elegancia y caballerosidad. Así uno de los generales americanos sublevados, después de derrotarnos, hizo levantar un monumento en el lugar del combate con este letrero: "Honor a los vencedores y a los vencidos".

En realidad la forma humana y generosa en que España había colonizado aquellas tierras, tenía que acabar con la emancipación de ellas. Las había hecho cultas y civilizadas: las había dado los medios para valerse y vivir por sí mismas. Eran hijas criadas con todo esmero y que al llegar a la "mayor edad" habían de emanciparse. La sublevación no hizo otra cosa sino anticipar esa "mayor edad" y hacerlas independientes antes de su completa madurez. Esta impaciencia la pagaron las nuevas naciones independientes viviendo un primer período lleno de agitación, desorden y falta de organización. Ya esto va pasando y aquellas tierras empiezan a ser naciones prósperas y felices a las que les está reservado un espléndido porvenir. Y a medida que se tranquilizan y entran en orden, renace en ellas el amor a la vieja España que les dió generosamente cuanto necesitaban para su vida y su prosperidad.

LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS

Pero la descomposición revolucionaria que era en España crimen y anarquía, y en América sublevación emancipadora, no podía dejar indiferente a esa capa honda y extensísima del verdadero "pueblo español" que bajo aquel hervidero superficial, seguía fiel a la tradición. Hubo contínuas conspiraciones y movimientos de protestas. Los campos se llenaron otra vez de "partidas" y guerrilleros. Los que habían rechazado

en la Independencia las tropas de Napoleón, rechazaban ahí ahora a la política "roja" antiespañola y revolucionaria.

Mientras tanto, Francia, donde después de la caída de Napoleón se había producido la restauración de la Monarquía de los Borbones y la reacción en sentido tradicional, había entrado en la llamada "Santa Alianza", liga de varias naciones decididas a oponerse a las ideas revolucionarias que amenazaban a toda Europa. La "Santa Alianza" no era una "Sociedad de Naciones", basada sobre intereses o conveniencias. Era un compromiso de Cruzada basado en los altos ideales de Civilización que se veían en peligro. Al fin Europa le daba la razón a España. Europa iba a luchar tardíamente y a la desesperada contra lo que España, sola, venía luchando hacía siglos.

En cumplimiento de ese pacto, Francia—la nueva Francia monárquica y católica—se decide a intervenir en España, para librar al rey Don Fernando de los políticos masones y revolucionarios que le tienen secuestrado. Al mando del Duque de Angulema, pasa los Pirineos un ejército de cien mil soldados. El carácter de Cruzada de aquella empresa se revela en el nombre con que se designa aquel ejército: los "cien mil hijos de San Luis".

Pero, ahora, el ejército francés, cruza toda España de arriba a abajo, en un "paseo militar", entre vivas y aplausos. Ahora no hay partidas ni guerrilleros ni Zaragozas ni Bailenes. ¿Es que se ha dormido el valor español? No: es que en la Independencia no rechazamos a Francia por una pura razón de odio de vecinos: rechazamos a la Francia que entraba como instrumento de la Revolución. Ahora entraba como instrumento

de la Fe y de la Monarquía y se le abrió paso sin dificultad.

SEGUNDO SITIO DE CADIZ

Fernando VII y los políticos que le rodeaban y le tenían en secuestro, tuvieron que refugiarse en el extremo Sur de España: entre las murallas de Cádiz. Los franceses pusieron sitio a la ciudad. En aquel momento, sobre el mapa de España, podía hacerse el "aforo" o medida de "la verdad" de la revolución. Toda España recibía con júbilo a los nuevos Cruzados, a los "hijos de San Luis". Ellos sitiaban a Cádiz, sin temor a un ataque de la retaguardia; con el poyo de todo el pueblo que tenían a la espalda. Delante de ellos, en cambio, la revolución española cabía en las murallas de Cádiz. Allí estaban refugiados los grupitos de masones pedantes y políticos que mantenían la revolución política. En vano en aquel nuevo "sitio" de Cádiz, se intentó reanimar la alegría y la majeza de aquel primero, cuando la cercaban las tropas de Napoleón. Ahora no había copias, burlas ni seguidillas. Es que en 1812, en Cádiz, había estado sitiado el pueblo... Y ahora, en 1823, en Cádiz, estaban sitiados unos políticos y unas camarillas impopulares.

Por eso Cádiz tuvo, al fin, que capitular. Los políticos tuvieron que entregar al rey Fernando VII, que fué recibido en el Puerto de Santa María por el Duque de Angulema. Inmediatamenle los franceses se retiraron y el rey Fernando, libre ya de la presión de los revolucionarios, suspendió la Constitución y se dedicó a perseguir duramente a los liberales.

POLITICA SIN CUARTEL NI PERDON

Otra vez el Rey caía como un péndulo, en el extremo opuesto y a España le era negada la tranquilidad...

Pero en realidad, ¿era esta tranquilidad posible? Mucho se ha censurado a Fernando VII, y con razón, por el rigor que en cada una de sus etapas de Rey absoluto, empleaba contra los liberales de los otros períodos. Su disculpa está en que aquellos eran los primeros momentos de la guerra a muerte, que había de durar un siglo, entre la tradición y la revolución. Frente a Fernando VII, los liberales revolucionarios conspiraban continuamente en logias y cuarteles contra las esencias de España. Fernando VII, cuando les ganaba la vez, se defendía contra ellos a sangre y fuego; como ellos, cuando dominaban, se defendían asesinando curas, obispos y generales. Era la misma lucha a muerte que luego, había de llamarse "guerra carlista". Era la lucha elemental del mal y del bien, de la muerte y la vida de España.

INTRIGAS

El último período del reinado de Fernando VII está ocupado totalmente por el mismo vaivén trágico que ha llenado todo su reinado. Los cabecillas del período liberal y masónico son cruelmente castigados. Riego muere en garrote y los pedazos de su cuerpo después de descuartizado, son enviados, para escarmiento, a diversos puntos de España. Hay nuevas conspiraciones liberales y masónicas, todas reprimidas con dureza.

Al fin, en los últimos días del Rey, la lucha interior que ha agitado a España durante su vida, se prepara para partirla definitivamente en dos despues de su

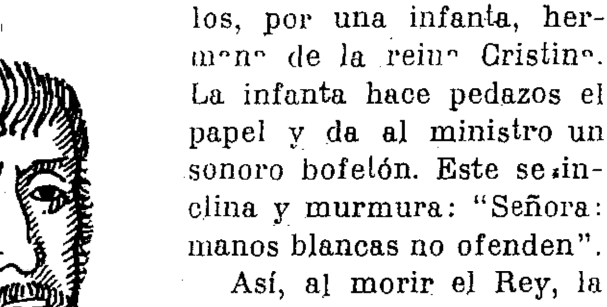
muerte. El Rey se ha casado por cuarta vez con la joven princesa napolitana María Cristina de Borbón. La nueva reina, apoderándose totalmente del ánimo del viejo y enfermo Rey, impone una nueva política de perdón. Se firma una "amnistía". Vuelven los liberales desterrados y perseguidos. Ya tienen aquí los acusadores del rigor de Fernando VII, la política moderada y tolerante que tanto querían. ¿Se ha resuelto por ello el problema de España?...



No: el problema de España era más profundo que la inconstancia y el carácter del Rey. Era el problema de su vida o su muerte de nación. Ya no es el Rey el intransigente; ahora es una gran parte del pueblo español la que, tomando el nombre de "apostólicos", se alarma de aquella tolerancia de la nueva reina y se agarra a la defensa íntegra de la tradición. El Rey no tiene sucesión masculina, y "los apostólicos" levantan la bandera del infante Don Carlos, hermano del Rey, para que le suceda en el trono. Don Carlos, en efecto, parece totalmente inclinado a la defensa de la Tradición sin concesión alguna a las ideas revolucionarias.

Frente a ellos, los liberales se agrupan en torno a la reina Cristina y defienden como sucesora en el trono, a la hija de ésta, casi recién nacida, la princesa Isabel. El Rey, siguiendo su triste destino pendular hasta la muerte, vacila entre una y otra solución. Primero la Reina y los liberales logran de él una ley favorable a la sucesión de la niña Isabel. Luego, a última hora, en

su lecho de muerte, los partidarios de Don Carlos logran que se vuelva atrás y firme una disposición en favor de su hermano. Pero el papel donde el Rey moribundo ha firmado su nueva resolución, es arrancado de manos del ministro Calomarde, amigo de Don Carlos, por una infanta, hermana de la reina Cristina. La infanta hace pedazos el papel y da al ministro un sonoro bofetón. Este se inclina y murmura: "Señora: manos blancas no ofenden".



Así, al morir el Rey, la gran pelea interior de España que ha agitado toda su vida, queda planteada con cruda franqueza. La guerra ha empezado, en su misma alcoba. Pronto serán cañonazos, lo que en ella han sido bofetones femeninos. Los partidarios de la Tradición española se agrupan en torno de Don Carlos. Los de la revolución liberal en torno de la reina Cristina, regente durante la menor edad de su hija. Los primeros se llamarán "carlistas"; los segundos, "cristinos". Ya tienen nombre de reyes los dos bandos que venían peleando en España. La raja que divide y corta a la nación, ha llegado ya hasta la cabeza.

XXX

María Cristina e Isabel II

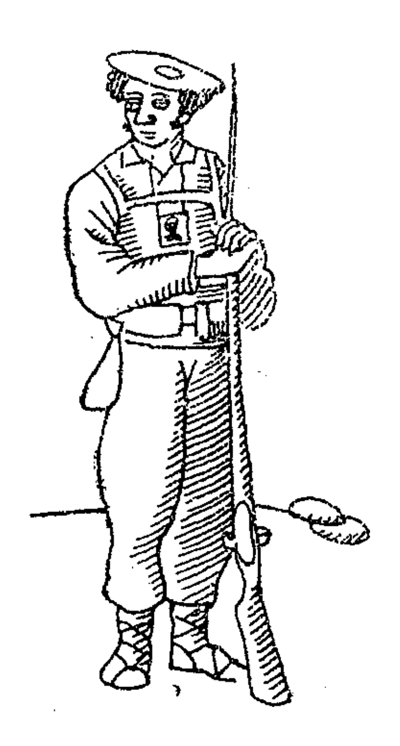
PASTELES Y MATANZAS

MUERTO Fernando VII, su viuda, María Cristina, ocupa la Regencia, en nombre de la reina-niña: Isabel II.

Pero María Cristina, es napolitana: viene de fuera y no comprende toda la hondura de la lucha política que desgarra a España. Cree que se puede curar con pomadas aquella enfermedad, donde se juega la vida o la muerte de la nación. Su primer ministerio publica un manifiesto que, porque quiere contentar a todos, no contenta a nadie. Se brindan a los liberales reformas políticas, y a los carlistas seguridades católicas. Pero es inútil: los revolucionarios vueltos del destierro, exigen más de la reina Cristina. Esta se ve obligada a dar el Gobierno a uno de ellos. Busca al más moderado: Martínez de la Rosa. Este pretende hacer una política de equilibrio, de transigencia. Y el pueblo, con certero instinto, le bautiza con el mote de "Rosita la pastelera".

Pero con "pasteles"—se vió entonces y lo hemos visto después—no se puede parar una revolución. La masonería, aprovechando una terrible epidemia de

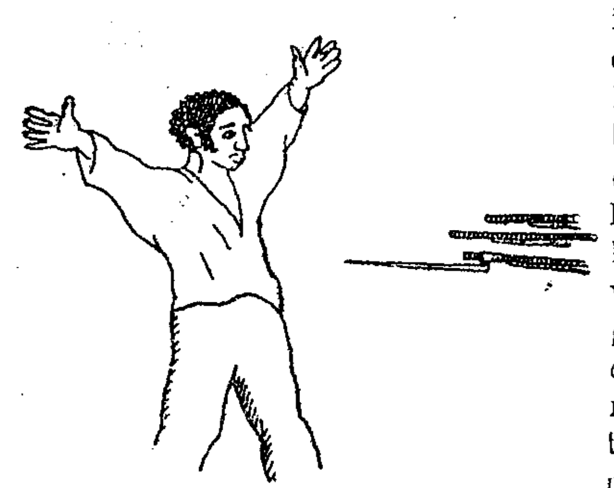
"cólera" que hay en Madrid, lanza la calumnia de que las fuentes públicas han sido envenenadas por los frailes. Unos cuantos infelices lo creen de buena fe; otros, pagados por los masones, se unen a ellos: y pronto se reúne una mediana turba que, por primera vez en España, asalta los conventos y degüella a los frailes. Las escenas son idénticas a las que se presenciaron en la segunda República española. Dieciséis jesuítas, cincuenta franciscanos, son bárbaramente descuartizados, ante la quietud de los soldados que tienen orden de "dejar hacer". El capitán general de Madrid, "no se entera". A los asesinatos siguen los saqueos. Cuando, caída la tarde, la autoridad da orden de reprimir los alborotos, ya éstos han terminado por completo.



LAS "PARTIDAS" CARLISTAS

Pero todo esto no es más que la obra de unos grupos masónicos y antiespañoles apoderados del poder. La verdadera historia de España—la de la Reconquista, la de los Reyes Católicos, la de Felipe II y la Independencia—no está entonces en Madrid: sigue corriendo por el Norte, por los montes de Navarra y las Vascongadas, donde los "carlistas" se han levantado en armas contra el Gobierno liberal y revolucionario.

Primero son unas cuantas "partidas" sueltas. Pero poco a poco, a medida que la política "roja" de Madrid se quita la careta, la rebelión crece y adquiere su pleno sentido de Cruzada nacional. El espíritu tradicional de España está plenamente con los carlistas. La revolución que en Madrid mataba frailes y quemaba iglesias, no podía ser "popular" porque era hija de cuanto, durante siglos, habíamos combatido. La revolución era para nosotros cosa extranjera e invasora: tropa napoleónica, horror de Dos de Mayo, recuerdo de los fusilamientos pintados por Goya.



Por eso aquellas primeras "partidas", solitarias, mal armadas, teniendo en frente todas el poder del gobierno central, pudieron mantenerse y crecer. Por donde quiera que iban encontraban el apoyo y el calor del pueblo. La "intendencia" de aquellas improvisadas tropas, la hacían los mismos aldeanos, trayéndoles, con amor, huevos, gallinas o legumbres. Mientras que los "cristinos" tenían que pagar sumas enormes por sus servicios de espionaje, los carlistas tenían de balde la más amplia y perfecta información, traída espontáneamente por cada pastor de cabras o por cada mozo de mulas. Cuando los carlistas entraban en un pueblo, in-

variablemente eran recibidos en triunfo; las niñas y los hombres se agarraban a las bridas de sus caballos y se encaramaban en los estribos para obsequiarles con chocolate y con refrescos, mientras desde los balcones. colgados de mantones y colchas, las mujeres tiraban flores a su paso. El confuso instinto popular adivinaba que era la verdad de España la que entraba en el pueblo.

ZUMALACÁRREGUI

Pronto aquella desorganizada rebelión popular, encontró su jefe y organizador, en un genio de la estirpe del Cid y del Gran Capitán. Se llamaba Tomás Zumalacárregui. Había luchado en la guerra de la Independencia, y más tarde, con el grado de coronel, se había retirado a su casa, no queriendo servir a los gobiernos de la revolución. Ahora se presentaba espontáneamente a unir y mandar a los carlistas: que era tanto como continuar la guerra de la Independencia. Era de mediana estatura, ancho de hombros y con cuello de toro. Se hacía adorar de los soldados, por su enorme valor personal y su energía, mezclada de amor a sus tropas. Vestía generalmente un pantalón oscuro y una zamarra o chaquetilla de piel de carnero. Sobre su frente, tostada de sol, sin más adorno que el gran borlón de plata que le caía en el hombro, lucía la boina, sin costura, sin visera que cubría los ojos: sombrero leal y sin trampa de la gente de bien.

En manos de Zumalacárregui, las dispersas "partidas" carlistas se unen y organizan. Atraídos por su gran prestigio, cada día se presentan nuevos voluntarios: muchos de ellos oficiales "pasados" del campo

cristino. Aun así, el ejército carlista es necesariamente inferior en número al ejército oficial del gobierno de Madrid, y tiene que recurrir, para suplir esta superioridad, a la eterna táctica de todas las grandes empresas españolas: "la guerrilla".



Pero la "guerrilla" popular española, especie de flor silvestre de nuestros campos, llega a rendir en las manos geniales de Zumalacárregui, toda su entera eficacia. Inventa toda una nueva organización del ejército con vistas a la rapidez y a la sorpresa. Divide a la tropa en pequeñas secciones. Sustituye la pesada mochila por saquitos de lona; y la cartuchera que golpea el muslo y se enreda en las piernas, por el cinturón. La boina vasca sustituye al pesado sombrero militar. Todo está estudiado con miras a la agilidad y la ligereza. Al fin de cada batalla, el ejército cristino deja el campo sembrado de cartucheras, mochilas y sombreros, sin que haya una sola prenda carlista sobre el suelo. Parece que han luchado con ángeles o espíritus.

OTRA VEZ, AIRES DE CRUZADA

El núcleo primero de la resistencia es el verde y escondido valle del Baztán, en Navarra. Allí se reúne

y se instruye la tropa. Desde allí irradian por el Norte las primeras campañas gloriosas de Zumalacárregui. En ellas, la guerra vuelve a tomar ese aire de Cruzada popular y religiosa, que ya hemos conocido cada vez que se ponen en pleito los grandes ideales de España. La guerra, profesional y triste en el bando cristino, es en el bando carlista dura, alegre y genial. Un día el pretendiente Don Carlos, que asiste en persona a la guerra, está a punto de caer prisionero en una emboscada: pero un soldado, ancho y fuerte, le toma en hombros y le salva, llevándole durante horas por vericuetos y caminos de cabra. Otro día en que hay que hacer una marcha de muchos kilómetros, los jefes ordenan a la tropa que procuren conservar lo más posible las alpargatas, pues la intendencia anda escasa de ellas. Cuando llegan al punto de destino, se observa que la tropa va dejando surcos de sangre en el camino. Los soldados van todos descalzos. Así han hecho los largos kilómetros de la marcha, llevando intactas las alpargatas sobre el hombro.

Y es que en aquella tropa la disciplina es amor y veneración. Zumalacárregui ha sabido despertar esa devoción directa y personal, que es el alma de todo buen bando entre españoles. Castiga con terrible rigor toda debilidad; pero defiende, como un león, a sus soldados fieles. A un intendente perezoso que, al llegar a un pueblo, tardaba en buscar alojamiento a sus soldados, le hizo Zumalacárregui ponerse de rodillas ante la tropa formada y recibir así dos cubos de agua por la cabeza. Justicia popular y rápida que se adelantara en un siglo, con más gracia humana, al ricino fascista.

EL CURA MERINO

El plan de Zumalacárregui, era obtener rápidamente una base limpia de enemigos en el Norte, para en seguida, aprovechando la gran ventaja de su ejército —agilidad y rapidez—, bajar inesperadamente sobre Madrid. Era el modo único de dar un fin satisfactorio a la guerra.

Para atravesar rápidamente Castilla, contaba Zumalacárregui con el apoyo de las "partidas" que por aquellas llanuras había levantado el cura Merino. Era éste la última representación en miniatura de aquellos obispos guerreros españoles—los Carrillos, los Cisneros—que aparecen en nuestra Historia, siempre que corren aires de auténtica Cruzada. No era como Zumalacárregui un gran general, pero sí un maravilloso guerrillero. Vestía un levitín negro y un sombrero redondo. Llevaba siempre un inmenso trabuco que para disparar, apoyaba debajo del brazo, pues el hombro no hubiera podido resistir su contragolpe. Como la base de su modo de operar por aquellas llanuras peladas era la rapidez llevada al vértigo, llevaba siempre dos caballos, que tenía enseñados a galopar al compás. Cuando notaba que se iba cansando el que montaba, sin parar el golpe, se pasaba de un brinco al vecino y continuaba su carrera.

El cura Merino obtuvo bastantes victorias aisladas por Castilla, como Zumalacárregui por el Norte: pero perdió mucha gente y no logró, por la dificultad de aquel terreno sin montañas, dominar de modo fijo, en ninguna parte. Por esto, Znmalacárregui no encontró un camino abierto, para bajar sobre Madrid: y aunque él insistía en esta idea—que hubiera sido la única vic-

toria definitiva del carlismo—, el mismo Don Carlos le hizo desistir de ella.

MUERTE DE ZUMALACARREGUI

Entonces su campaña se extendió por el Norte, llegando hasta las puertas de Bilbao, ciudad que logró cercar y sitiar. Hubo un momento en que los cañones carlistas abrieron una brecha en los muros bilbaínos y parecía que la ciudad iba a caer. Sin embargo, por la escasez de municiones, hubo que suspender, de momento, el asalto. Poco después, Zumalacárregui se empeñó en asomarse, con sus anteojos, al balcón de la casa que le servía de Cuartel General, a pesar de que las persianas, agujereadas totalmente de balazos, indicaban el mucho peligro. Una bala rebotando sobre los hierros del balcón, le hirió en una rodilla. La herida que, al principio, pareció sin importancia, le ocasionó la muerte once días después.

El gran jefe carlista moría de lo mismo que había vivido y triunfado: de su arrojo personal, de su audacia españolísima. No dejaba terminada su obra. Poco después había que levantar el cerco de Bilbao y luego, tras de varias batallas, el general cristino Espartero, vencía en Luchana e imponía más tarde la paz en Vergara. Zumalacárregui, sin embargo, dejaba algo más hondo que una victoria definitiva: dejaba indicado el camino violento y duro por el que había que vencer la revolución que triunfaba en España. Esta fué su lección, y fué la lección del carlismo. La gran idea de Cruzada contra la Revolución, que de un modo o de otro, se mantenía viva en España, hasta estallar el

18 de Julio de 1936, fué ya pensada, en principio, bajo la boina de Tomás Zumalacárregui.

MENDIZABAL Y EL "INMENSO LATROCINIO"

Porque, mientras tanto, la revolución avanza implacablemente en la Corte. Prosiguen los asesinatos de frailes y las quemas de iglesias. Hasta que, al fin, la revolución encuentra su hombre, como la reacción había encontrado al suyo. El hombre de la reacción carlista era un héroe que, al morir, no dejó ni dinero para su entierro: Zumalacárregui. El hombre de la revolución liberal, era un judío que se había labrado una gran fortuna personal: Mendizábal. Este ministro de la reina Cristina, más ladino que todos los anteriores, en vez de dejar asesinar frailes y quemar conventos, ideó un procedimiento más sutil para el triunfo de la revolución. Declaró, por una ley, propiedad del Estado, los bienes y riquezas todas de las Iglesias y Ordenes religiosas, sacándolos en seguida a subasta y vendiéndolos a poco precio a los particulares. Esto es lo que se llama la "Desamortización". Esta ley llamada por Menéndez y Pelayo, el más sabio escritor de nuestro tiempo, "inmenso latrocinio", no fué ni por asomo popular. El pueblo veía pasar las tierras y riquezas de los conventos, de manos de los frailes, que al fin y al cabo daban grandes limosnas a los pobres, a manos, no de éstos, sino de los caciques y los ricos del pueblo que las compraban por poco precio. Pero así Mendizábal conseguía su objeto: no sólo quedaba la Iglesia empobrecida y humillada, sino que nacía de la "desamor-

tización", una nueva clase social de propietarios y burgueses que se hacían "liberales" para poder conservar sin escrúpulos, los bienes robados por el Estado a los frailes y comprados por ellos a bajo precio. Desde entonces esta burguesía media e interesada, es el nervio del liberalismo español. Esta fué la gran habilidad de Mendizábal: vió que la revolución, que en España era cosa postiza y extranjera, carecía de una fuerte base de ideal, y se decidió a darla en cambio, una fuerte base de intereses... Los carlistas se congregaban como águilas, por los picos de Navarra, en alas del más desinteresado ideal. Los liberales se reclutaban en Madrid, en torno del poder, como gorriones atraídos por las migas de pan de la "desamortización".

Con la desamortización, además, sufrió otro golpe rudísimo el tesoro artístico de España. Ella completó la obra de saqueo y desastre de la invasión francesa. Ricos tesoros y joyas de las iglesias se dispersaron y perdieron. Magníficos edificios, iglesias y conventos, se convirtieron en ruínas, desatendidos por el Estado y faltos de todo cuidado de conservación. Viejas piedras históricas ayer cuidadas con mimo filial por cartujos o franciscanos, se deshacían ahora tras las espaldas indiferentes y aburridas de un conserje con muchos galones y poco sueldo.

LA REVOLUCION DEVORA A SU MADRE

Todo el resto de la regencia de Cristina, lo ocupa el progreso de la revolución, que siguiendo su ley natural cada vez exigía más y devoraba a sus propios padres. Una de sus víctimas fué la propia Cristina. Era

tarde cuando quiso frenar los avances revolucionarios y apoyarse en los políticos más moderados. Ya no podía ser. Había pasado la hora de "los pasteleros" con que se inauguró la regencia. Ahora el general Espartero, vencedor de los carlistas, pone su espada al servicio de la revolución y de vuelta de la guerra, obliga a la reina Cristina a huir al extranjero, mientras él se declara Regente.

En manos de Espartero, la revolución anda, a galope, su camino. Todos los intentos de reacción son ahogados con terror y dureza. Y mientras tanto, en Palacio, la reina-niña, que lleva el bello nombre de la Reina Católica, Doña Isabel crece entre generales revolucionarios y viejos doceañistas, como Argüelles y Quintana, que son sus maestros y tutores. Se trata de llenarle la cabeza de ideas revolucionarias y aun de corromper su alma con lecturas inmorales. La revolución quiere pudrir a España desde su misma cabeza.

Cuando, al fin, un movimiento militar mandado por el general Narváez, derriba al regente Espartero, la reina Isabel es declarada por las Cortes, mayor de edad. Tenía entonces trece años. Con esta edad y aquella educación, la reina-niña era colocada en el trono de España. La revolución sabía lo que hacía. En el sitio de mayor resistencia frente a ella, colocaba la debilidad y la niñez.

ISABEL II

El reinado de Isabel II está todo lleno de una triste e inútil agitación política. La reina traída y llevada por políticos, generales y cortesanos, tira o afloja la rienda según se lo aconsejan. El gobierno pasa sucesivamente

por las manos enérgicas de Narváez y por las revoltosas y ambiciosas de Espartero y O'Donnell.

Hay un momento al principio de su reinado en que parece todavía que una llamarada de buen sentido va a arder en la política; que va a taponarse la brecha más grave que la revolución ha logrado abrir: o sea el secuestro del Trono. Se habla de casar a la reina Isabel con el heredero del pretendiente Don Carlos. O sea, de unir los derechos de las dos ramas combatientes, terminar la guerra civil, y sobre todo recobrar para el Trono de España, su pleno sentido de defensa de la Tradición contra el avance revolucionario.

Pero los políticos deshacen este plan bello que ha defendido con vehemencia el gran escritor católico Jaime Balmes. Los carlistas, los defensores de la Tradición, vuelven a ser "partidas" rebeldes por Cataluña y Valencia: mientras la reina Isabel arrastra su nombre histórico de aquí para allá, a merced del oleaje revolucionario.



GUERRAS EN AFRICA Y AMERICA

Los gobernantes mismos asustados de su propia obra demoledora, quieren desviar la atención de las gentes, fuera del pudridero de la política, e inventan casi artificialmente, guerras exteriores que levantan un poco el tono de la vida nacional. Hay la "guerra de Africa" y "la

guerra del Pacífico". En una y otra vuelve a lucir la eterna gallardía española.

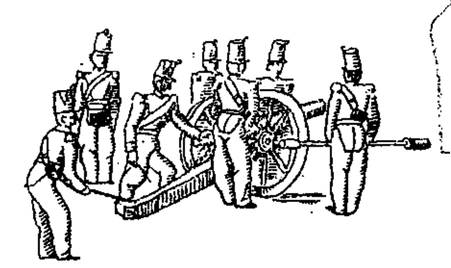
En Africa, el general Prim, ha cogido un día la bandera española y se ha lanzado él solo contra los enemigos. En aguas de Valparaíso, el almirante Méndez Núñez, viéndose amenazado por la escuadra inglesa, pronuncia la famosa frase "España quiere más honra sin barcos que barcos sin honra". Todo esto demuestra que el vigor español estaba vivo en sus hijos. La decadencia española era puramente política y de mal gobierno. Aquellas guerras y aquellos "gestos" heroicos no conducían a ningún resultado definitivo; fallaba en la política española el núcleo central, el ideal altísimo y el programa imperial y religioso, que dió antes plan y sentido a las empresas que ahora se imitaban.



DESTRONAMIENTO

Había, sí, todavía, héroes para una batalla; pero en el gobierno no había ya más que políticos revolucionarios. En sus manos, la revolución había decidido suprimir ya todo obstáculo. En septiembre de 1868, la escuadra situada en Cádiz, se subleva contra la Reina, de acuerdo con el general Prim, el héroe de Africa. Algunas tropas leales a la Reina, tratan de oponerse al

movimiento revolucionario, pero son vencidas en el



puente de A colea. D as después Doña Isabel II, huía destronada, al extranjero. Era, en menos de treinta años, la segunda reina española que --z--- la f-o--te-a. L-- primera, Cristina, había sido casi la creadora del régimen liberal. La segunda, Isabel, había sido casi criada y hecha por dicho régimen. La revolución no perdona ni a sus madres ni a sus hijas.

XXXI

La primera revolución

CORTES REVOLUCIONARIAS

ESPAÑA no tiene Rey. Triunfante la revolución se ha formado un Gobierno provisional, presidido por el general Serrano, vencedor de Alcolea: el cual se apresura a convocar "Cortes Constituyentes" para que decidan sobre el Gobierno y organización que haya de darse a España.

En las Cortes Constituyentes se delira, se blasfema, se improvisa. Un diputado declara la jubilación de Dios. Otro llama a Isabel la Católica, "Isabel la beata". Uno de los principales jefes republicanos, Pí y Margall, defiende la doctrina llamada "federal": según la cual, cada Ayuntamiento es un núcleo libre e independiente, que, luego, "si quiere", puede unirse a otros Ayuntamientos para formar así la Provincia: la cual a su vez, "si quiere", se unirá a otras para reconstituir la Nación. He aquí arruinada, de golpe, toda la obra de muchos siglos: toda la obra de Roma, de los Reyes Católicos, del Emperador. He aquí España vuelta, otra vez, a las tribus ibéricas: empezando a hacerse otra vez a sí misma.

Y es natural que se halla llegado a esto. Todas las bases sobre la que se apoyaba nuestra unidad de na-

ción, han sido suprimidas. Ha caído la Monarquía o unidad de mando. Ha caído, ahora, en las Cortes (a pesar de los pliegos de protesta con tres millones y medio de firmas que han llegado a ellas), la unidad de fe y de religión, que, desde la conversión de Recaredo, se mantenía en España.

DON AMADEO DE SABOYA

Por capricho del general Prim, las Cortes que han estado discutiendo entre traer un rey o declarar la República, deciden darle la Corona de España a un príncipe italiano: Don Amadeo de Saboya. Este Rey, elegido por votos, sin vínculos de familia y sangre con los reyes españoles, no es ya tal rey, sino un Presidente de República disfrazado.



Los republicanos se indignan de aquella farsa, y el mismo día en que el nuevo Rey desembarca en España, asesinan en Madrid al general Prim. El rey Don Amadeo, falto del único apoyo verdadero que tenía, reinó dos años escasos enmedio de un terrible espectáculo de disolución española. Los carlistas, firmes siempre en su protesta contra la revolución, mantienen por el Norte la rebeldía

en nombre de la España verdadera y tradicional. Los republicanos se dividen en partidos, bandos y grupos. En las únicas colonias que nos quedan—Cuba y Filipinas—se extienden los movimientos de protesta e insurrección.

EL COMUNISMO A LA VISTA

Y enmedio de ese general desorden, asoma la cara un enemigo nuevo: "la revolución social": hija siempre de la revolución política y vengadora de sus víctimas. No se les puede decir a los pueblos que son libres y soberanos, y quitarles todos sus frenos—los reyes y la fe—y luego querer que sean manejados indefinidamente por los políticos y masones que les han dicho esas cosas. Los pueblos acaban exigiendo que "les hagan buenas" esas palabras. Acaban atropellando, con sus turbas, a esos políticos. Acaban asaltando el cortijo que ayer el "cacique" compró por bajo precio al Estado que a su vez lo "desamortizó" a la Iglesia.

En París "el Comunismo" había aparecido ya con todo su horrible cortejo de hogueras y asesinatos. Funcionaba ya en Europa "la Internacional" socialista: unión de los obreros de todos los países para hacer la revolución social. En las Cortes españolas se pone un día a discusión si puede o no permitirse la propaganda comunista. Provoca la discusión el jefe del partido carlista, Nocedal, que coloca la cuestión en un terreno claro y rotundo: hay que escoger entre la Iglesia de Cristo y la Internacional. Otro gran orador Ríos Rosas, dice que "la Internacional" no es más que "la pelea de todas las fuerzas inferiores del mundo contra las

fuerzas superiores que han fundado la civilización europea". Y Castelar, el más elocuente orador de la época, anuncia, como un profeta, que el comunismo querrá "imponer al Occidente su espíritu oriental y asiático".



El peligro no pudo, pues, verse y advertirse [illegible] claridad. Lo que amenazaba a España, como al mundo, no era ya una revolución política de superficie, sino una revolución social de fondo, de entraña. España no se iba a romper en partidos, en bandos, en ayuntamientos y cantones: se iba a romper también en "clases": en pobres contra ricos, en obreros contra patronos.

Pero aunque el peligro se vió con tal claridad, se retrocedió ante la solución. Sólo algunos, como Donoso Cortés, después de profetizar de modo maravilloso que de Rusia vendría la agresión comunista, clamaron por la unión de las dos ramas monárquicas, para que España volviera plenamente a su Tradición: única salvación posible. La revolución social que se veía venir, era hija de la revolución política, como esta de la revolución religiosa. Era el último acto de la tragedia que a tiempo habían advertido y querido evitar los Reyes Católicos y el Emperador y Felipe II. Sólo la vuelta a ellos: a nuestra tradición de fe, de autoridad, de moral y de familia, podría salvar a España.

Pero estas voces se perdieron en el desierto. El acuerdo de las Cortes, después de larga y brillante discusión, fué que "aunque la Internacional era condenable por sus principios contrarios a la propiedad, a la religión y a la familia, en un régimen liberal, como el de España, era imposible impedir su propaganda". La revolución política con servil reverencia, abría las puertas a la revolución social. Los políticos entregaban a España a sabiendas y atada de pies y manos, a la barbarie.

LA PRIMERA REPUBLICA

¡Y con qué prisa la barbarie se aprovechaba de la licencia que la daban! Los acontecimientos se suceden y atropellan con rapidez de cinematógrafo. El rey Don Amadeo, sintiéndose incapaz de detener aquel desastre, renuncia a la corona, y en seguida las Cortes proclaman la República como forma de Gobierno de España.

Apenas era ya Monarquía la de Don Amadeo; pero, aun así, su ausencia se hace sentir y la disolución de España llega al delirio. Pasan por la Presidencia del Estado, todos los republicanos más ilustres, Figueras, Pí y Margall, Salmerón, sin que ninguno logre atajar el mal. Hay momentos en que el Gobierno de Madrid, apenas manda más allá de las tapias de la Moncloa o de Chamartín. Los carlistas siguen sublevados por el Norte. Los "alfonsinos"—pues Isabel II ha renunciado en el destierro todos sus derechos en favor de su hijo Alfonso—conspiran continuamente. Toda España se divide en "cantones" o pedacitos de tierra que se declaran independientes. En Cádiz el Ayuntamiento, convertido en Gobierno, saquea conventos e iglesias. En

Cartagena, con ayuda de unos barcos sublevados se hace frente durante meses al Gobierno de Madrid. Cataluña habla de declarar, como libre é independiente, el "Estado Catalán". El populacho ha perdido el respeto a todo: y por las calles hace burla de los uniformes militares y sigue a los oficiales gritando, con sonsonete de mofa: "¡Que baile!"

EL GOLPE DE PAVIA

El último de los presidentes de la República, Castelar, hace grandes esfuerzos por restablecer la autoridad. Rinde a Cartagena, trata de volver su prestigio al Ejército. Pero las Cortes, en plena locura y anarquía, lo derrotan y lo tiran del Poder. Es la madrugada. Por los escaños del Congreso se corre la noticia de que el general Pavía, capitán general de Madrid, viene hacia el Congreso con un batallón. Los diputados hacen frases sonoras: muchos dicen que no abandonarán sus asientos: que el general Pavía, para apoderarse del "Templo de las Leyes", tendrá que pasar "por encima de sus cadáveres"... Poco después, el general Pavía llega con sus soldados. Suenan unos disparos en la galería del Congreso. La desbandada es general. Ni un sólo diputado conserva su sitio. Cuando la luz de la mañana entra por la claraboya del salón, el general Pavía es dueño del Congreso. No ha tenido que pasar sobre ningún cadáver. Unicamente sobre algunos sombreros, abrigos y paraguas abandonados en la precipitación de la fuga.

RESTAURACION

El golpe de Estado de Pavía, ha matado la República. El Gobierno nacional, que se ha formado, pre-

sidido por el general Serrano, trata inútilmente de mantenerla todavía.

Los carlistas, envalentonados con los sucesos de Madrid, hacen un supremo esfuerzo, llegan hasta las puertas de Cuenca y amenazan seriamente a la capital. El general Serrano, asustado, les manda emisarios y les hace toda clase de ofrecimientos: les asegura que mantendrá en sus grados a los oficiales del ejército carlista; les promete convocar un "plebiscito" para que, por votos, se decida el Gobierno de España. Pero los carlistas contestan con noble dignidad rechazando todo pacto con la revolución. No admiten más solución que el reconocimiento de Don Carlos, como Rey, y la vuelta en todo a la Tradición española.

Mientras tanto, un político inteligente y habilidoso, don Antonio Cánovas del Castillo, trabaja por otro camino en favor de Don Alfonso, el otro pretendiente: el hijo de Doña Isabel II. Cánovas quiere traer al Rey de otro modo que los carlistas: no en lucha a campo abierto, sino contando con todos, mediante la habilidad y la intriga política. Celebra conferencias, gana voluntades, se busca apoyos en los políticos y en los generales. Pero ni aun así puede evitar que el último empujón de su obra sea de carácter violento y militar. El general Martínez Campos, al frente de una sola brigada, se subleva en Sagunto y proclama rey a Don Alfonso XII. El país recibe con júbilo la noticia y el Gobierno del general Serrano agacha la cabeza y cede.

La Monarquía ha sido restaurada. Pero, ¿ha sido vencida la revolución? Entraba en España un rey joven, animoso, inteligente: pero entraba, desde el primer momento, en pacto con parte de la idea liberal y revolucionaria. Cánovas había entendido la restau-

ración como una cuestión de gobierno, no como una cuestión más profunda, de victoria, a fondo, de toda aquella revolución política y social, descreída y asiática, cuyo peligro acababan de denunciar las mismas Cortes españolas.

Los carlistas, manteniendo, con intransigencia, su bandera limpia y su postura de guerra; la misma necesidad que hubo de un chispazo militar para traer al Rey que Cánovas quería traer por medio de puras componendas, significaban la advertencia clara de que la batalla era más profunda, y algún día habría de darla en su propio y último terreno.

XXXII

Alfonso XII y la Reina Regente

CANOVAS DEL CASTILLO

EL primer ministro de Don Alfonso XII, Cánovas del Castillo, era u hombre de extraordinario talento, pero tenía poca fe en el propio pueblo español que tenía que gobernar. Creía que éste estaba decaído y sin fuerzas: que no había que esperar de él grandes audacias y que todo había que confiarlo por lo tanto a la habilidad política. Así él no trató de vencer la Revolución de frente y cara a cara, sino de atraérsela, entenderse con ella y limarla las uñas.

En realidad, su falta de fe iba más allá. Viendo a Italia entregada a la revolución de Garibaldi, y a Francia apenas salida del chispazo comunista de París, creía que los países latinos eran poco menos que ingobernables y ponía todo su entusiasmo en los países sajones: sobre todo en Inglaterra, cuya política liberal le arrebataba el corazón. No comprendía que esto era tanto como olvidar toda la historia de España, que había sido una perpetua lucha por defender la civilización de Roma, católica y autoritaria, contra la nueva civilización protestante y sajona, que del "libre examen" religioso había venido a terminar en el liberalismo político.

Sólo hay que decir en su disculpa, que en aquel momento la corriente casi total del mundo iba por ese camino y era muy difícil a un político sobreponerse al ambiente y marchar por otro camino distinto. El parlamentarismo liberal, o sea el sistema de elecciones, votos. Parlamentos y libertades, era entonces como el traje de etiqueta que se exigía a las naciones civilizadas para presentarse decentemente en el mundo.

En el fondo, Cánovas mismo no estaba muy convencido de que ese sistema político fuera el más conveniente para España. Pero le pasó como al que se pone un traje, aunque no le guste, por estar de moda. Así, por ejemplo, Cánovas estableció el "sufragio universal" o sea el derecho de que las cosas políticas se resuelvan por la mayoría de votos de todos los ciudadanos, valiendo lo mismo el voto del sabio que el del ignorante. El mismo declaró, en el Ateneo de Madrid, que el "sufragio universal" le parecía un disparate y que era una institución que necesariamente llevaba al "comunismo". Pero no se atrevió a dejar de seguir la moda y lo estableció en España, procurando únicamente atenuar sus malos efectos, mediante la astucia. "Soy enemigo declarado del sufragio universal—llegó a decir—, pero su "manejo práctico" no me asusta."

Sobre ésta base de habilidad y trampa se montó toda la política.

Cánovas incorporó a la nueva Monarquía casi todas las conquistas y avances de la Revolución: de tal modo, que los más ilustres defensores de ésta, como Castelar, declaran que la Revolución seguía viviendo en España y que todos los ideales que ellos llevaron a la República iban siendo conseguidos con la Monarquía. Y esto

pasaba no sólo con las ideas políticas, sino con las personas mismas. Desde el primer momento, Cánovas incorporó a su Gobierno y a su obra muchos de los hombres de la República revolucionaria. Y algunos de éstos, como Sagasta, pudieron permitirse el lujo de decir que servían a la Monarquía sin renunciar a una sola de las ideas que llevaron a la Revolución.

FIN DE LA GUERRA CARLISTA

Este mismo espíritu habilidoso, lo que se ha llamado "mano izquierda", empleó Cánovas para acabar con la rebeldía carlista, que todavía continuaba viva por algunas tierras del Norte y Levante. Sustituyó la guerra abierta por la intriga. Ofreció a los jefes honores, empleos y hasta dinero. Se valió hasta del encanto femenino de una dama inglesa que, casada con uno de los más famosos jefes carlistas, Cabrera, logró apoderarse del ánimo ya viejo y cansado de su marido. Este reconoció a Don Alfonso XII y su abandono del ideal carlista causó enorme sensación. Sus amigos, los "cabreristas", fueron empleados por Cánovas como agentes para introducir en el campo de Don Carlos la desunión y el desaliento. Sin embargo, muchos permanecieron inflexibles y leales al ideal. Y el mismo Don Carlos, al verse obligado a cruzar la frontera hacia Francia, proclamó que plegaba su bandera, pero que "jamás se prestaría a convenios deshonrosos y desleales"... Era el viejo ideal español, puro, espiritualista, el que se replegaba. Quedaban en frente, vencedores de momento, un político dominado de ideas inglesas y un viejo jefe carlista vencido por una inglesa

guapa. Era la victoria del otro mundo práctico y cómodo: de "buenas formas" y fondos peligrosos.

LA LLAMA VIVA

Pero no se crea por eso que había sido inútil aquella sublime terquedad del ideal carlista. Se retiraba de los campos, pero no del alma de España, donde su fuego sagrado había quedado vivo para siempre. Gracias a él hubo ya en todo momento dentro de la política y el pensamiento español, un nivel de máxima altura que quedaba ahí como una aspiración no satisfecha. Gracias a él, nunca dejaron de sonar en España voces de advertencia que recordaban la Tradición y señalaban el camino verdadero. El mismo general Martínez Campos, el que se rebeló por Don Alfonso XII, viendo las complacencias de Cánovas con los revolucionarios, solía decir que él llevaba "tres cuartas partes de boina carlista". Desde entonces todos los que han procurado salvar a España de la mala pendiente revolucionaria, han sido hombres influídos por el ideal de la Tradición, que se quedaban cortos y a mitad del camino y por influjo del ambiente o la época. A Maura le faltó vencer sus escrúpulos liberales. Al general Primo de Rivera le faltó convertir en sistema y milicia su instinto... El fuego



sagrado, la llama ideal, estaba ahí, viva siempre. Pero a todos les faltaba el cuarto de boina de Martínez Campos.

EL PACIFICADOR

A la paz lograda en las tierras de España con la terminación de la guerra carlista, se unió la lograda con los rebeldes de Cuba, mediante el pacto llamado del "Zanjón". Con todo esto, Don Alfonso XII alcanzó el bello nombre del "Pacificador". Al que añadió muchas pruebas de simpatía y buen corazón con su incansable afán en acudir en socorro de cuantas calamidades y miserias ocurrían en su reino. Así, con motivo de la terrible epidemia de cólera que afligió a Aranjuez, el Rey, sin decir nada a sus ministros, se escapó una tarde, y se fué solo a visitar a los contagiosos enfermos que llenaban los hospitales.

Pero el Rey estaba herido de muerte. Una terrible enfermdad, la tisis, minaba su naturaleza. Era todavía muy joven cuando murió en el Pardo. Su carácter abierto y muy español le habían hecho popular; y su muerte fué cantada en romances, que todavía ayer repetían, jugando a la rueda, los niños de Madrid.

LA REINA REGENTE

A los pocos meses de morir Alfonso XII, su viuda, Doña María Cristina, tuvo un hijo: Alfonso XIII. Durante su menor edad, la reina viuda ejerció la Regencia.

Parece que Dios se esforzaba en querer demostrar que el error fundamental de España estaba en el sisma político extranjero y liberal a que se había entre-

gado y que frente a él no podía nada, ni la inteligencia ni la buena voluntad de las personas. Si Cánovas era un hombre de gran talento, ahora la Reina Regente era una mujer de gran prudencia, sensatez y bondad.

Pero la política seguía siendo la misma. Poco antes de morir Don Alfonso XII, Cánovas había pactado con Sagasta, una política convenida y artificial, por la que disfrutarían, uno tras otro del poder, sus dos partidos: los "conservadores" y los "liberales". Uno y otro subían y bajaban, como cunitas de feria, sin que el verdadero pueblo español interviniera para nada en aquel juego ni se interesase por él. Todo era mentira: las elecciones, los discursos del Parlamento. Para atraerse amigos y partidarios, los jefes políticos, aunque honrados ellos mismos, transigían con que se cometieran abusos e inmoralidades.

Y por debajo de toda esa "política" puramente artificial y falsa, la verdadera revolución, cada día más social que política, avanzaba sin cesar. En Jerez de la Frontera, una noche, los campesinos habían entrado en tumulto, y con sus hoces de segar el trigo habían asesinado a varios pacíficos paseantes, por el sólo delito de no tener en las manos callos que revelasen el roce de una herramienta de trabajo. Otra noche, en un teatro de Barcelona, había sido arrojada desde los pisos altos al patio de butacas, una bomba, que causó varios muertos entre los inocentes espectadores. Aquello era ya el mal hecho sin un fin determinado: por el gusto del mal mismo. Aquello era el último grado de la corrupción del alma humana empezada hacía siglos, con la herejía y la impiedad. Frente a un mal tan profundo, ¿qué iban a poder las inocentes habilidades de la política?

SANTIAGO Y CAVITE

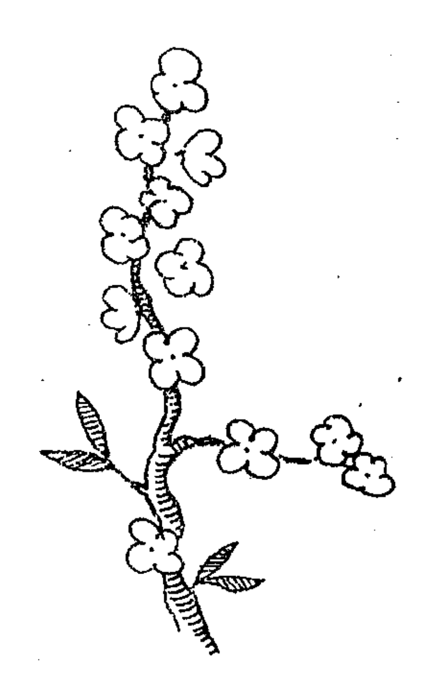
Mientras tanto, los últimos restos de nuestro Imperio colonial, se sublevaba contra nosotros. Una vez mas, no era aquello odio a España, guerra exterior y victoria contra ella. Era una prolongación de nuestra descomposición interior y política. Era un capítulo más de la revolución. Los abusos, negocios e inmoralidades de la política liberal, habían llegado a aquellas tierras. Al malestar que eso producía, se unía la acción de la masonería, que desde España, fundaba en Cuba y Filipinas logias con carácter separatista. No nació, pues, de las colonias la separación: era la misma política española la que deshacía los restos de su Imperio.

Los esfuerzos de última hora para oponerse a la rebelión fueron inútiles, sobre todo desde el momento en que los Estados Unidos la apoyan decididamente.

Lo único que quedaba a salvo en aquella catástrofe era el honor de la Patria. El vigor de los españoles, su vieja entereza continuaban intactos. Eran héroes los que se despedían de América, como héroes fueron los que la conquistaron hacía tres siglos. En Santiago y Cavite nuestros marinos asombraron al mundo con su valor. Un comandante se deja hundir con su barco envolviéndose en la bandera. Un alférez pierde un brazo de un cañonazo y continúa en su sitio diciendo: "No importa: me queda otro para la Patria".

Pero nada de esto pudo impedir que nuestros políticos liberales tuvieran que firmar, en París, el reconocimiento de la independencia de aquellas tierras. Cánovas se evitó este dolor: porque poco antes fué

asesinado por un anarquista. Nuestro Imperio, incorporado a España por una Reina sabia y prudente, moría en manos de otra Reina prudente y sabia. No eran las Reinas, como no eran los marinos ni los soldados, lo que había variado. Era el modo de gobernar a España.



XXXIII

Alfonso XIII y la revolución

LA FARSA POLITICA Y EL AGUILA ENJAULADA

AL cumplir los dieciséis años Don Alfonso XIII, fué declarado mayor de edad y entró a ejercer sus funciones. Don Alfonso había sido educado en un respeto casi supersticioso a las ideas liberales y parlamentarias y a la Constitución hecha por Cánovas, donde estas ideas se desarrollaban y vivían. Los más entusiastas defensores de esas doctrinas habían sido sus profesores y maestros.

Sin embargo, nunca el artificialismo de esas ideas liberales, extranjeras en España, y la debilidad del artefacto político sobre ellas montado, fué más incongruente con la vida y la realidad de la Patria. A partir de la pérdida de las últimas tierras de América—lo que se llamó de un modo general "el desastre"—se había producido en España una generación nueva de escritores jóvenes que pedían renovaciones hondas. Unos las pedían en un sentido, otros en otro; pero el deseo de renovarlo todo y la falta absoluta de fe y respeto para la farsa política era general. Al mismo tiempo los obreros, organizados en "socialistas" por un agitador activo y fanático llamado Pablo Iglesias, pedían

también reformas profundas. Por otro lado, las ideas tradicionales, salvadas gracias al terco esfuerzo del carlismo, eran defendidas por muchos sabios, escritores y algunos políticos. Por todas partes, pues, la realidad española rebosaba de la mezquina realidad política.

Los primeros ministros de Don Alfonso XIII, eran supervivientes de la época anterior, que en vano pretendieron mantener intacta la vieja mentira política. Pronto la realidad española pudo más que ellos. El viejo artefacto de los dos partidos en turno alternado, que montaron Cánovas y Sagasta, se rompe con la división de los mismos partidos y la aparición de otros nuevos. Además, un político de gran talento y honestidad, don Antonio Maura, trata de llevar a la política la renovación honda que el país reclama y quiere hacer lo que él llama "la revolución desde arriba": o sea la transformación de todo, no por la violencia de la calle, sino por la voluntad del poder.

Pero el gran orador carlista Vázquez Mella, le dice un día, con acierto, a Maura, que "es un águila: pero un águila enjaulada". Aguila por el vuelo audaz de su pensamiento y su deseo: pero metido en la jaula de la idea liberal y parlamentaria, de la que no acierta a separarse. Maura es un hombre de los que Dios se empeñó en regalarnos para demostrar que el mal estaba en el sistema y no en los hombres: y que eran inútiles todos los talentos y buenas voluntades, mientras la máquina política fuera la misma.

SEMANA SANGRIENTA

Efectivamente, la realidad española demostraba por momentos la hondura de sus problemas revolucionarios.

En Marruecos hay que pelear contra los moros rebeldes frente a España. Los políticos, asustados continuamente por las protestas del Congreso, obran con vacilación y miedo y apenas sacan partido a los gastos de sangre y dinero que se hacen en la guerra. En Barcelona la protesta revolucionaria contra el envío de soldados a Africa, toma carácter violentísimo y se produce la llamada "Semana sangrienta". Durante siete días son dueñas de la ciudad las turbas. Se queman muchas iglesias, y los revolucionarios llegan a bailar por las calles con los cadáveres de las monjas asesinadas. Jefe de toda aquella barbarie, era el revolucionario y masón Francisco Ferrer, fundador de una "escuela moderna", donde se enseñaba que Dios no existía y la bandera de la Patria no es más que "un trapo a la punta de un palo".

El Gobierno de Maura procede con energía y fusila a Ferrer. Ante este fusilamiento, el enemigo revolucionario que España tiene enfrente, enseña toda su cara y aparece en toda su verdad. La masonería de todo el mundo organiza una enorme campaña de calumnias e injurias contra España. Vuelve a salir, con nueva irritación, toda la vieja "leyenda negra". En Bélgica se llega a levantar un monumento al fusilado español. Se ha visto claro que el enemigo sigue siendo el de siempre: el mundo impío—hereje ayer, masón hoy—constante enemigo de la España defensora de la fe. Las injurias son las mismas que en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, y es que la batalla que España tiene que pelear, es también la misma.

MAS ROTURAS

Y mientras de este modo el mundo se revuelve otra

vez contra España, dentro de España misma, fomentada por esas mismas fuerzas extranjeras y masónicas, continúa la descomposición interior y revolucionaria. Todo se rompe y divide: los partidos se cortan en grupitos. Los obreros se separan de los patronos; los sabios y escritores se apartan de la Historia y el pasado glorioso. La rotura llega a la misma tierra de España. En Cataluña se acentúa, por momentos, la tendencia de separación. Se dan "mueras" a España y se silba la bandera de la Patria. En Vizcaya empiezan a notarse iguales síntomas. Todo esto no es sino el fin del mismo proceso de roturas y disolución del viejo Imperio, por el que España ha venido perdiendo Portugal, Flandes, Italia, América. El jefe y fundador de los separatistas vascos, don Sabino Arana, le había puesto en su día un telegrama al Presidente de los Estados Unidos, felicitándolo por la independencia de Cuba. Y en Barcelona, en los tumultos separatistas, era corriente mezclar el "¡Viva Cataluña libre!" con el "¡Viva Cuba independiente!". Todo el proceso de rotura de España se sentía, uno e idéntico.

EN BUSCA DE ESPAÑA

Por eso, en donde ese ideal, replegado, expulsado de la política, se mantenía vivo todavía, se vivía en perpetua protesta. Caído Maura, nuevos políticos liberales pretenden contestar a la campaña masónica contra España, dándole el gusto y la razón. Se dictan leyes antirreligiosas; se llega casi a romper las relaciones con el Papa... Pero, por aquellos días, se celebra en Madrid el "Congreso Eucarístico Internacional", que resulta una imponente manifestación de fe. Se ve claro que la verdad española es muy otra que la que refleja la políti-

ca. Se advierte que la España de los Reyes Católicos y Felipe II, por debajo de la traición de sus Gobiernos, sigue viva y algún día se levantará violentamente. El Gobierno no ha permitido que el Rey presida la sesión primera del Congreso. Pero en la última aparece el Rey y sin consultar con el Gobierno, lee un discurso de vibrante profesión de fe y adhesión al Papa.

Y es que al Rey le pasa como a España. Por debajo de su capa política, lleva una verdad más honda. Venciendo su supersticiosa educación liberal, hay en él un joven de su tiempo, que desea también la renovación de España. Por eso busca la verdad española donde cree encontrarla. Un día, en las masas creyentes, tradicionales, del Congreso Eucarístico. Otro día en el Ejército, que se conserva sano y patriota. En el Ejército, arde una llama de ira y protesta contra la política traidora. En alguna ocasión no ha podido contenerse. En Barcelona, unos oficiales han asaltado, un día, la redacción de un periódico que insultaba a España. Los liberales púdicos, acusaron al Rey de mantener relaciones directas con el Ejército; de intervenir en sus nombramientos de jefes y oficiales. El Rey, en efecto, busca afanosamente, más allá de la política, la entraña de España, donde puede encontrarla. Adivina confusamente, hasta donde su educación liberal se lo permite, que son aquellas masas del Congreso Eucarístico y aquellos militares de su Ejército, los que un día—Cruz y Espada—salvarán a la Patria.

LA GRAN GUERRA

Pero en el mundo, va a ocurrir un suceso trágico y enorme, que va, de repente, a remover todas las ideas

y a replantear los problemas todos. Ha estallado la Gran Guerra. Durante cuatro años, Europa es un infierno de fuego y de sangre.

Frente a este suceso, Alfonso XIII, afirma su personalidad y su simpatía ante el mundo, montando en su mismo Palacio una oficina encargada de dar noticias de los heridos y prisioneros, de uno y otro bando, a sus respectivas familias. Millares y millares de cartas vienen a su Palacio, de todos los rincones de Europa. Mediante una perfecta organización de fichas y listas, se contesta a todos, se dan noticias, se enjugan lágrimas. Cuando todo el mundo es un infierno de odios, el Palacio Real de Madrid es el consuelo del mundo.

Al mismo tiempo que el rey Alfonso siente así robustecida su personalidad, las ideas políticas del mundo sufren una enorme transformación con motivo de la guerra. Las ideas liberales y democráticas han fracasado ruidosamente al no haber podido evitar la guerra. Cuando llega el momento de terminar y liquidar ésta, son cuatro hombres los que, en París, en torno de una mesa, deciden de la suerte de Europa. ¿Dónde está el pretendido derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos? Nadie cree ya en esto. En Rusia, la Revolución se ha quitado toda careta y amenaza al mundo con una barbarie nueva, descarada y terrible. En Italia, Benito Mussolini, da un puntapié a la política liberal e inaugura una nueva forma de gobierno llena de sentido autoritario. Las cosas han variado totalmente desde el tiempo de Cánovas.

13 DE SEPTIEMBRE

Y es poco después de esto cuando, con motivo de un grave desastre sufrido por las tropas españolas en Ma-

rruecos, la revolución aprovecha la hora, en España, para atacar todos los fundamentos de la Patria. Se hacen terribles campañas contra el Ejército, contra la Monarquía, contra la unidad de la Patria. El ejemplo de Rusia excita a los revolucionarios españoles. En Barcelona, con ocasión de una fiesta de tradición catalana, se llega a arrastrar por el suelo y pisotear la bandera de España. Entonces el capitán general de Cataluña, Don Miguel Primo de Rivera, se rebela con la guarnición de aquella ciudad, contra el Gobierno liberal de Madrid. La guarnición de Zaragoza, al mando del general Sanjurjo, se une al movimiento. El Rey llama a Madrid al general Primo de Rivera, para encargarlo del Gobierno. Es el 13 de Septiembre de 1923.

LA DICTADURA

Todavía otro hombre. Todavía otro regalo de Dios a España. El general Primo de Rivera es un gran patriota, valiente, rapidísimo de inteligencia, arrollador de simpatía.

Luce en su pecho la laureada, ganada en Marruecos con ocasión de haber rescatado, él sólo, un cañón que se llevaban los moros. Primo de Rivera se declara "dictador", o sea, jefe absoluto de España. El aplauso total con que la nación lo recibe, revela bien claro la debilidad de la caída política liberal y lo artificialmente que estaba puesta sobre la verdad de España.

Además, como dije, ya era hora en que se podía ensayar todo. Ya se podía dejar de ser liberal y parlamentario sin rubor. Ya no había, como en tiempos de Cánovas, "modelos extranjeros" que seguir inevitablemente. Mejor dicho, los modelos empezaban a ser

otros. A poco de subir al poder Primo de Rivera, lo demostraba yendo a Italia en compañía de los Reyes. Allí el "dictador" conoció a Mussolini. Allí el rey Don Alfonso se hincaba de rodillas ante el Papa y leía un fervoroso mensaje de amor. España se encontraba otra vez a sí misma en Roma: en las dos Romas, en la de la Fe y en la del Imperio.

INSTINTO PRECURSOR

Pero Primo de Rivera no era un hombre suficientemente preparado para ver todo esto con la claridad con que aquí ahora lo contamos y decimos. El era un hombre de más instinto que cultura. Pertenecía, por su edad, a la época liberal, aunque por su viva inteligencia y su fervor patriótico, adivinara que había que sustituir todo aquello con algo nuevo. Pero creía que lo que había que sustituir eran más las personas y las costumbres que el fondo mismo del sistema. Creía que su obra era "dictadura" pasajera, limpieza de momento, para volver luego a lo que él llamaba la "normalidad": o sea, a una forma de Gobierno estable que no acertaba a concebir de modo muy distinto a la que él había destruído.

Primo de Rivera era, en una palabra, representación gloriosa y exacta de lo que quedaba entonces en España de sano, de intacto: de base para una futura reacción salvadora. De lo que se había paseado por las calles en el "Congreso Eucarístico" o se inquietaba en los cuarteles ante la política de los malos patriotas. De lo que había lucido tan alto en Cavite o Santiago de Cuba. De ese fondo de instinto tradicional, de valor humano, que sólo esperaba unirse a una idea

clara y nueva para producir en admirable hermandad de voluntad e idea, de milicia y pensamiento, el Movimiento Nacional.

ALHUCEMAS

Por eso el primer período de su Gobierno—el período del instinto de las renovaciones prácticas e inmediatas—fué admirable. Purificó todas las costumbres políticas, cortó abusos, disminuyó gastos. El nombre de España se hizo respetable en el extranjero. Y toda ésta labor enorme, la completó con una gran victoria en Africa, por la que fué vencido totalmente el rebelde Abd-el-Krim, y España aseguró el completo dominio de la zona que le correspondía en Marruecos. Esta victoria fué el desembarco de Alhucemas: que significaba herida de muerte para el cabecilla moro. La gloria de esa acción corresponde totalmente a Primo de Rivera, pues ninguno de los demás jefes y oficiales creían posible llevar a cabo la temeraria empresa. Primo de Rivera, sólo contra todos, sostuvo la idea. Le advirtieron la víspera que era fácil que saltara el Levante, viento peligrosísimo para el desembarco. Pero él, como un dios que mandara sobre las fuerzas naturales, contestó: "Mañana no habrá Levante". Y no lo hubo. Treinta y dos barcos entre españoles y algunos franceses, se presentan en la bahía de Alhucemas. Mientras ellos cañoneaban la costa, de sus costados se desprendían unas barcazas con las tropas de desembarco. Por un error, las barcazas, en vez de ir al sitio de la costa que estaba señalado, se desvían a otro. Se diría que la mano de la Virgen de la Merced, cuyo día era, las guió: porque el lugar fijado estaba minado, por los moros, de bombas explosivas. Las barcazas encallaron

en un "bajo" de arena. Los soldados tuvieron que echarse al agua y ganar la playa con el agua por la cintura y el fusil en alto para que no se mojara. Pero nada les detuvo. Llegaron así a tierra y poco después, en lo alto de los montecitos que rodean la bahía, aparecía la bandera española. Los primeros en desembarcar habían sido los legionarios. Los mandaba un jefe intrépido, moreno, ágil y pausado a la vez. Se llamaba Francisco Franco.

LA CAMPAÑA CONTRA EL DICTADOR

Después de ese primer período de aciertos y triunfos, la situación empezó a hacerse más difícil para el dictador. Los antiguos políticos intrigaban constantemente contra él. Varios de ellos refugiados en el extranjero, mantenían contacto con todas las fuerzas revolucionarias interesadas en la caída de Primo de Rivera. Hojas secretas con calumnias y ataques al dictador pasaban continuamente la frontera. La masonería de todo el mundo no cesaba de moverse contra España. Eran inútiles los aciertos materiales que Primo de Rivera y el gobierno de hombres civiles de que se había rodeado, después de volver de Africa, tenían continuamente. España prosperaba materialmente como nunca: se hacen grandes obras públicas: sobraba dinero. Se inauguraban brillantemente las Exposiciones de Sevilla y Barcelona. Unos aviadores españoles, a bordo del hidro "Plus Ultra", cruzaban el Atlántico por primera vez y llegaban a América. Pero nada de esto detiene la campaña cada día más intensa contra el dictador: campaña de políticos, de masones, de gru-

pos, a la que, en verdad, permanecía casi totalmente ajeno el pueblo español.

En aquel trance difícil, la obra magna de Primo de Rivera quebraba por su único punto débil: por la falta de una idea clara y profunda de lo que debía ser como total renovación de sistema político. El dictador vacilaba continuamente sobre la forma de dar término y salida a su Dictadura... En "notas" que dirigiera al país, rebosante de sencilla y buena fe, se disculpaba continuamente de sus poderes "excepcionales" y anunciaba la terminación de la Dictadura y la vuelta a la "normalidad". No veía que en la vida de una nación "lo normal" tiene que ser precisamente el orden, la verdad, la vida digna dirigida hacia los grandes ideales. Lo "excepcional" era lo otro: lo que España, de espaldas a su tradición, venía sufriendo hacía dos siglos. Acaso era pronto todavía para ver esto claramente. Acaso España tenía que sufrir todavía más para que, en torno de esa idea, se levantara una voluntad activa y fuerte, con aire de milicia.

OTRA VEZ LA FARSA POLÍTICA

Primo de Rivera no pudo resistir toda aquella presión que le rodeaba y le ahogaba. Dimitió y el Rey dió el Gobierno al general Berenguer. Este formó un Gobierno con políticos antiguos y liberales, creyendo, de buena fe, salvar así la situación. Pero era vano ya el deseo de querer montar otra vez el artefacto de los partidos, las elecciones y el Parlamento. Nadie creía ya en aquello. Los revolucionarios querían cosas más hondas y definitivas. Y los buenos españoles comprendían que también tenía que ser más definitiva y honda

la solución. El Gobierno vivía en medio de la mayor indiferencia y soledad...

Una tarde de marzo, por las afueras de Madrid, enmedio de un enorme gentío que lloraba de dolor y de ira, cruza un entierro. Es el del general Primo de Rivera, que ha muerto, solo, en París, al mes de su salida del Gobierno. Su cadáver ha sido trasladado a España para recibir sepultura. El Gobierno ha ordenado que el entierro vaya por las afueras. No ha consentido que cruce por el centro de Madrid. El centro de la capital está otra vez tomado por la farsa política. Y la verdad de España—siguiendo su destino desde hace dos siglos—pasa otra vez, como expulsada, "por las afueras".

DESTRONAMIENTO

Hay un año todavía de inútiles forcejeos. Se suceden las conspiraciones contra la Monarquía y los alborotos revolucionarios. Hay motines de estudiantes, huelgas, intentonas militares. Los políticos, por no parecer anti-liberales, no aciertan a defender el Trono de sus enemigos. Hay gente de orden, militares y hasta sacerdotes que, de buena fe, llegan a creer que la República es la única salvación.

Al fin, se celebran unas elecciones municipales que arrojan este resultado: veintidós mil concejales monárquicos y cinco mil republicanos... Pero el hecho de corresponder el triunfo de los republicanos a las ciudades más importantes—Madrid, Barcelona, Valencia—impresiona enormemente y da a la elección el valor de una victoria de la República.

El mismo Rey, educado en un respeto liberal al valor de los votos y las elecciones, cree que aquello

significa una expresión de la "voluntad popular" contraria a su persona. Casi todos sus ministros le aconsejan que salga de España. Y él, el Rey valiente que ha sabido un día echar su caballo encima del anarquista que le disparaba a un metro de distancia, no sabe ahora sobreponerse al respeto liberal de aquellos votos republicanos. El Rey se va para evitar a España toda violencia y todo derramamiento de sangre. Una tarde de elecciones ha derribado una Monarquía de siglos...

Horas después las calles de Madrid se llenan de gritos, manifestaciones, banderas. Cruzan camiones con mujeres alegres y malos estudiantes. Los tranvías van llenos de gentes que vociferan en los estribos y en el techo. Se improvisan coplas chabacanas. Ya se puede decir otra vez de España, lo que el lenguaje vulgar dice de todo lo que es desorden, desarreglo y lío: "Esto es una República"... Y todo ello se logra sin sangre: no por el primer acierto de una República, sino por la última generosidad de una Monarquía.

LA ANTI-ESPAÑA

Pero por lo menos, ya estaban las cosas claras. Desde aquella hora—14 de abril de 1931—, la gran lucha que, según hemos visto, ha sido todo el nervio y la razón de la Historia de España, quedaba planteada con plena claridad y a vida o muerte.

La República era como una concentración y alianza de todos los constantes enemigos de España, para hacer, contra ella, un esfuerzo definitivo. Napoleón, brazo de la Revolución francesa y liberal, volvía a entrar en España detrás de la masonería. Lutero, detrás

de los intelectuales anticatólicos e impíos. Los turcos, detrás de los bolcheviques, asiáticos y destructores. Nuestras leyes se ponían a imitar a Méjico y a Rusia. Desandaban hacia atrás el camino de Colón y de Lepanto. Nos venían ahora los modelos de la América que ayer bautizamos y del Asia que ayer detuvimos.

Y la República sabía perfectamente dónde estaban los puntos de apoyo de una posible y futura reacción española. A destruirlos ferozmente dedicaban todos sus afanes. España, lo hemos visto, ha sido, a través de su historia, nada más que esto: Fe, Monarquía y Milicia, como instrumentos de su Unidad. Esta es la definición de España. Por eso la República, negándolas una a una (además de ser eso: República—es decir, anti-Monarquía—), era anti-católica, anti-militar y separalista. La República era, en todo, el triunfo de la Anti-España.

Atacó la fe española, furiosamente, con leyes y con hechos. Disolvió a los jesuítas, prohibió la enseñanza religiosa. Llegó a declarar, por boca de uno de los principales políticos republicanos, que "España había dejado de ser católica". Incendió iglesias y conventos, destruyó montones de joyas de artes, de bibliotecas y archivos.

Atacó al ejército, realizando una cuidadosa obra que ellos mismos llamaron de "trituración" de los Cuerpos armados.

Atacó la unidad española, dando a las regiones que lo pedían, sus "Estatutos": leyes que consagraban muchas independencias de organización y gobierno, que estas regiones recibían, sólo, como un primer paso, para alcanzar la completa independencia.

Al fin, después de cinco años de destrucciones sis-

temáticas y continuas de todos los cimientos de la Patria, en 1936 se llegó al llamado "Frente Popular", o sea, a la alianza de todos los más extremos enemigos de España—masones, socialistas, separatistas—para su completa destrucción. Sevivieron unos meses para su completa destrucción. Se vivieron unos meses en plena anarquía y desgobierno.

Por agentes del Gobierno, se asesinó al gran político monárquico Calvo Sotelo. Y se preparaba ya un último golpe para establecer en España, plenamente, el régimen comunista, a lo ruso, cuando el 18 de Julio de dicho año, surgió el Movimiento Nacional.

¡PERO ESPAÑA VIVIA...

Porque, naturalmente, las fuerzas de reacción de la Patria no se durmieron durante esos cinco años. Acorraladas y pinchadas diariamente, abrieron totalmente los ojos y comprendieron que había que plantear la defensa en el mismo terreno claro y duro en que se presentaba la lucha.

Afortunadamente, las eternas verdades de España, aunque enterradas bajo montones de malas leyes y malos Gobiernos, continuaban vivas. La Historia seguía corriendo, como una enterrada vena de agua, bajo el desastre de la revolución. La Tradición—Altar y Trono, Fe y Monarquía—seguía viva, salvada por el gran esfuerzo del carlismo y recogida ahora por toda la gran masa católica y monárquica del país. El ejército continuaba, en gran parte, sano y patriota, a pesar de todos los esfuerzos de la República por destruirlo: y aun había dado señales de vida en algunos

intentos fracasados, pero gloriosos, como el del 10 de Agosto de 1932, al mando del general Sanjurjo.

Todas estas fuerzas de reacción, seguían vivas en España. Ya hemos visto cómo su impulso se había manifestado, de vez en cuando, en algún hombre excepcional—Maura, Primo de Rivera—, que luego se habían quedado a medio camino, por el ambiente todavía liberal de la época. Pero ya hemos visto también, cómo el mundo había dado un cambio en redondo.

Las viejas fuerzas de reacción española, lejos de encontrarse ahora, como hace unos años, en desacuerdo con la moda de fuera, se encontraban, de pronto en plena actualidad. A la juventud tocó reavivarlas y darlas sentido activo, nuevo e impetuoso. José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, convirtió en idea clara lo que en su padre fué glorioso instinto. Levantó la bandera de la Falange Española. Llevaba el yugo y las flechas de los Reyes Católicos. Pero su ideario superaba en mucho en sentido espiritualista y católico, en respeto a la persona humana y amplitud de universalidad, a los "fascismos" de tipo puramente nacionalista y pagano. Por otro lado, los "requetés", herederos del carlismo, se fortificaban y se preparaban cada vez más.

Ya estaban, pues, en marcha, en pie militar, todas las verdades de España, todos los elementos invariables de su esencia y definición: lo religioso, lo monárquico, lo militar, la unitario o nacional. Todo unido, todo junto y en haz. Ya no le faltaba ningún cuarto a la boina de Martínez Campos. Ya la reacción es redonda y perfecta como el círculo: como la rueda del carro de la Victoria.

* su padre : Miguel

XXXIV

El Movimiento Nacional

ESPAÑA EN PIE

PORQUE es esto todo unido, lo que el 18 de Julio de 1936, ante el inminente peligro de destrucción de España, se pone de pie...

Como en la República se concentran todos los enemigos de España: en el Movimiento Nacional se concentran todas sus fuerzas de salvación. Dios las había querido conservar, en España, cada una en un arca o depósito sagrado. La Tradición, guardada en las breñas de Navarra, baja, al mando de Mola, en un torrente de boinas rojas. El Ejército, intacto en el Norte de Africa, donde no podían llegar los bracitos trituradores de Azaña, pasa el Estrecho y sube al mando de Yagüe y de Varela. Por el resto de España, las camisas azules de la Falange, les esperan. Queipo de Llano levanta los ánimos desde los micrófonos de Sevilla, que ha dominado casi milagrosamente. Y todo lo preside la tenacidad y la agudeza estratégica de Francisco Franco.

LAS DOS ZONAS

El Movimiento Nacional divide a España en dos partes. No es una línea militar táctica y estudiada. Es

la frontera caprichosa que resulta del altibajo de la pasión española. Donde hubo valor y espíritu, hubo zona nacional. La línea va no por esta ciudad y esta sierra y este río, según una necesidad militar: va por el corazón de Varela, y el arrojo de Queipo y el empuje de Mola. Y aun fuera de ella quedan las tenacidades gloriosas y aisladas del Oviedo de Aranda, del Alcázar de Moscardó y del Santuario de la Cabeza de Santiago Cortés.

HEROES Y MARTIRES

Y como siempre que corren aires de Cruzada, todo lo más profundo y mejor del alma española sube a la superficie de la Historia. La juventud, que se creía dormida y floja, despierta con un ímpetu nunca igualado. Las madres sufren en silencio. En Navarra hay casos en que se alistan en un mismo Regimiento, un abuelo, un hijo y un nieto. En los hospitales se ven maravillas como la de aquel soldado que agonizando entre agudos dolores, rechaza la morfina que le trae la enfermera y dice: "No: quiero morir sufriendo por Dios y por España".

Toda la mejor Historia de España parece que se agolpa y resume en la Zona nacional. Hay Saguntos y Numancias, como Oviedo y Santa María de la Cabeza: donde el capitán Cortés pide a los aeroplanos que le tiren, con las provisiones, semillas de rosas amarillas y coloradas, para plantarlas y poder así ver en todo momento los colores de España. Guzmán el Bueno resucita en Moscardó, que deja que fusilen a su hijo antes que entregar el Alcázar. Vuelven las majezas personales del cerco de Granada, como las de Queipo en Sevilla. Renacen las milicias de la Independencia y las parti-

das de la guerra carlista... Y en frente, en la Zona roja, tornan los primeros capítulos de nuestra Historia: los mártires, las catacumbas. La Misa dicha con un vaso de cristal, un pañuelo y un pedazo de pan. El paseo misterioso por las calles de la Barcelona roja de aquel señor, aquella tarde de junio, seguido a cierta distancia, de varios amigos que cuchichean entre sí. Aquel señor lleva en el pecho, escondido, el Sacramento. Es el día del "Corpus". Aquello es la procesión...

VICTORIA

Tres años de victorias contínuas palmo a palmo. Apoyándose en el Cádiz de Varela, en la Sevilla de Queipo, las tropas de Africa suben hacia el Norte. Mola ha bajado con sus tropas y sus requetés hacia Somosierra. El Alto del León ha sido gloriosamente defendido por la Falange. Con la toma de Mérida y Badajoz se unen Extremadura y Castilla: la España de Hernán Cortés y la España del Cid.

Poco después se toma Toledo, se liberta el Alcázar se llega hasta las puertas mismas de Madrid.

En aquella hora, la guerra cambia de cara. Los "rojos" empiezan a recibir enormes refuerzos de Rusia, de Francia, del mundo masón y socialista. Llegan las "brigadas internacionales". La Cruzada se hace más dura y lenta. En el verano siguiente se domina toda la zona Norte—Bilbao, Santander, Gijón—y el frente queda reducido a una sola línea.

Más tarde, desde Aragón, se avanza impetuosamente hasta llegar al Mediterráneo. De este modo la Zona roja queda partida en dos. Es el golpe de muerte.

Meses después se entra en Barcelona y al fin el 28

de marzo de 1939, se ocupa Madrid. Tres días después el General Franco decía lacónicamente en su parte de guerra: "la guerra ha terminado".

A partir de ese día, España realiza un gigantesco esfuerzo de recuperación material y moral. Se reconstruyen pueblos, caminos, puentes; se inicia una obra trascendente de cultura con el *Consejo de Investigaciones;* se inicia una normalización jurídica de las Instituciones del Estado. Pero todo ello es entorpecido y dificultado por la gran contienda universal que, pocos meses después de acabar la guerra española, estalla en Europa y en el mundo. La situación de España es dificilísima: y una política de severa "neutralidad" continuada con la diáfana claridad de su postura anticomunista, hace de nuestra Patria una incansable defensa de las posiciones de Paz y Cristiandad, que pregona diariamente el Sumo Pontífice.

Termina la Gran Guerra y en la embriaguez filodemocrática del triunfo no se recuerda la realidad de la posición Española y se trata de cercarla económica y diplomáticamente. España hecha ya a sufrir "sitios" desde Sagunto a Zaragoza, aguarda con tenacidad y espera confiada en su justicia y razón, a que las amenazas del Oriente cada día más visible para el mundo, justifiquen sus posiciones y la aclaren cada vez más los ojos de sus fiscales y detractores. De este modo España confía que la comprensión y la amistad vuelva a ella, trayéndole un clima más propicio al desenvolvimiento pacífico de su economía y sus instituciones, notablemente afectadas por la recelosa concentración de una política que no puede ceder una pulgada a la eventualidad ni al peligro... Una vez más la tesis espiritualista y heroica está intacta en España: y una vez más

su mantenimiento es tan sacrificado y glorioso, como costoso y duro para su vida material.

Por días el mundo receloso y distanciado de España rectifica sus posiciones. A la cabeza de este movimiento de justicia figuran cada día con mayor calor emocionado, los pueblos hispano-americanos. La solidaridad en la defensa del Espíritu es cada día sentida por toda la Hispanidad como una definición superior a toda anécdota diplomática.

INDICE

Págs.

Advertencia Editorial		5
España		9
La Historia de España		13
I.	Los hombres primitivos de España	15
II.	Fenicios, griegos y cartagineses	23
III.	Los romanos	32
IV.	El Cristianismo	41
V.	Los godos hasta Recaredo	47
VI.	Los godos desde Recaredo a don Rodrigo	61
VII	Principio de la dominación árabe y de la reconquista cristiana	72
VIII.	La época brillante de los árabes	79
IX.	Los cristianos dentro de la zona árabe	93
X.	En la zona cristiana: La Reconquista por León y Castilla	97
XI.	El Cid Campeador	104
XII.	Desde el Cid a las Navas de Tolosa	120
XIII.	El Santo y el Conquistador	128
XIV.	La herencia del Santo y del Conquistador	141
XV.	Castilla hasta Isabel y Aragón hasta Fernando	149
XVI.	Una corte desgraciada y una boda feliz	161
XVII.	Primeros años de los Reyes Católicos	167
XVIII.	La conquista de Granada	173
XIX.	Cristóbal Colón	185
XX.	Hasta la muerte de doña Isabel	196

Págs.

XXI.	Primeros años del reinado de Carlos V	204
XXII.	Empresas en Europa	215
XXIII.	Empresas en América	223
XXIV.	Felipe II	239
XXV.	Felipe III, Felipe IV y Carlos II	263
XXVI.	Felipe V y Fernando VI	282
XXVII.	Carlos III y Carlos IV	291
XXVIII.	La Independencia	307
XXIX.	Fernando VII	319
XXX.	María Cristina e Isabel II	337
XXXI.	La primera revolución	351
XXXII.	Alfonso XII y la Reina Regente	359
XXXIII.	Alfonso XIII y la revolución	367
XXXIV.	El Movimiento Nacional	383

9a

ESTA EDICIÓN, CON LA QUE
SE LLEGA A LOS CUARENTA
Y SEIS MILLARES DE EJEM-
PLARES, SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR POR «ESCELI-
CER, S. L.», EN SUS TALLE-
RES DE CÁDIZ, EN LA
PRIMERA DOMINICA DE LA
CUARESMA DEL AÑO
SANTO MCML